

JOSÉ MARÍA MUÑOZ R.

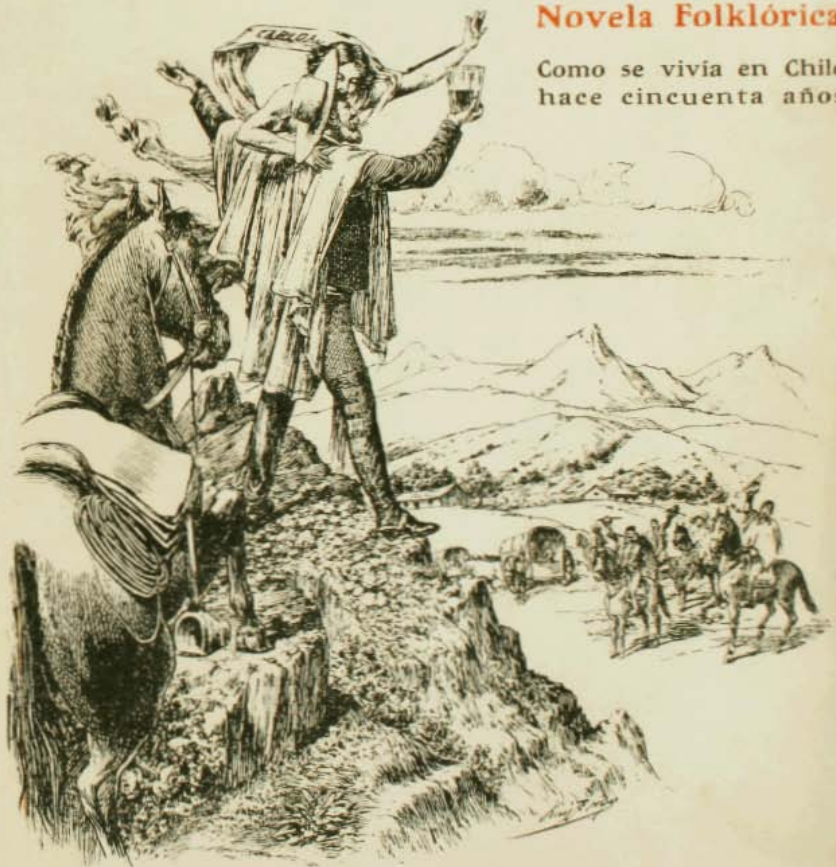
"PELLIN DE ESPINO"

Don Zacarías Encina

El "mentao" Patrón Viejo

Novela Folklórica

Como se vivía en Chile
hace cincuenta años



IMPRESA NASCIMENTO

JOSÉ MARÍA MUÑOZ R.

“PELLÍN DE ESPINO”

Don Zacarías Encina

“EL MENTADO PATRÓN VIEJO”

COSTUMBRES CRIOLLAS

Un manojo típico de aforismos de la lengua castellana
COMO SE VIVIA EN CHILE HACE CINCUENTA AÑOS

Costumbres, dichos, chistes, refranes,
supersticiones, máximas, anécdotas y
pitanzas del pueblo chileno, descritas
en lengua vulgar, tal cual se estilaba en
aquellos entonces cuando se sucedie-
ron los acontecimientos que se narran.

Prólogo de don

ELIODORO FLORES TOLEDO

Dr. en Letras de la Universidad Central
de Madrid y Miembro Correspondiente
de la Real Academia de Ciencias y
Artes de Cádiz.

Ilustraciones de don

LUIS FERNANDO ROJAS

Reputado artista de la E. de Bellas Artes

IMPRENTA NASCIMENTO
SANTIAGO CHILE

1932

Es propiedad
Inscripción núm. 2615

al ilustre maestro y Catedrático Dr. don E
dmo Florio Echeverría, que llevado por la pasión a
folklore criollo - con su bellísimo prólogo - ha
adornado las páginas de esta obra de Costumbres
En testimonio de gratitud y como impu
des recuerdo. Su affm. amigo y S. S.
J. M. Muñoz

Santiago. Mayo 18/32

PROLOGO

Desde que mi ilustre y sabio maestro Dr. Rodolfo Lenz predicó con fervido entusiasmo en su cátedra de Castellano del Instituto Pedagógico la importancia del estudio de nuestra literatura popular; desde que se canalizaron todas estas ideas y disciplinas en la Sociedad de Folklore Chileno, fundada en 1.º de agosto de 1909; desde que se escribieron las Monografías que forman los dos volúmenes a que ascendió la cosecha de esa época clásica del folklore chileno, no se había publicado hasta ahora nada tan extenso y tan completo como la obra que hoy presenta al público don José María Muñoz Reveco.

Es la primera parte de un trabajo que constará probablemente de unas mil páginas y que se irá publicando en cuadernos de unas doscientas a doscientas cincuenta páginas sucesivamente con la intercalación en el texto de unos cien dibujos a pluma hechos por artistas nacionales de más reputación.

El señor Muñoz Reveco, persona modesta y sin ninguna pretensión literaria, ha consagrado treinta años de su vida y toda su fortuna a vagar por campos y poblados para satisfacer una vocación irresistible: observar con toda acuciosidad y benedictina paciencia el panorama general de las costumbres populares y anotar con escriptulosidad y rigorismo todo lo que ha caído bajo su ojo observador y perspicaz.

Como es de presumir, su espíritu observador se afinó paulatinamente y la técnica de anotación se perfeccionó tanto que al cabo de algunos años el material coleccionado formó un arsenal tan inmenso

y valioso que puso al señor Muñoz en un grave aprieto: ¿cómo presentarlo al público? ¿qué forma darle? Y sin guía que lo condujera a través del laberinto de tan heterogéneo material, optó por darle el plan y desarrollo con que aparece esta primera parte.

En ella encontrará el lector como fondo una copia exacta de la realidad y podrá saborear la forma agreste y natural de la expresión verdaderamente popular de millares de palabras, dichos y expresiones que todo el mundo ha oído y olvidado con los años, y que tienen ese envidiable sabor criollo que nos hace estallar la risa en los labios, la malicia en los ojos y la admiración en el alma.

El servicio que—sin pensarlo—ha prestado el señor Muñoz a la ciencia etnológica y al folklore con la contribución que hoy empieza a ver la luz pública es de un valor inmenso. Todos los impenitentes adoradores de estas disciplinas científicas deben estar de plácemes. Y con razón, pues tienen aquí una montaña de material que ha de servir en los países hispano-americanos y especialmente en los centros docentes universitarios del extranjero como base comparativa del folklore y en seguida como base inductiva para la etnología.

Santiago de Chile, 1.º de abril de 1932.

ELIODORO FLORES TOLEDO.

Al iniciar la lectura de esta obra, escrita en literatura genuinamente criolla, por un modesto servidor, pedimos tan sólo un momento de re-
 traimiento, que lo dedicaremos a honrar la memoria de los beneméritos
 conciudadanos: nobles damas y caballeros de vieja estirpe, que llevados
 por su amor al prójimo, al igual que *D. Zacarías Encina y Donoso*, el
 héroe de esta novela en sus añejas costumbres, pasaron por este CHILE
 amado, ejercitando entre los desheredados de la fortuna el evangelio de
 la caridad.

En memoria de los *benefactores del pueblo* dedicamos esta página
 de honor, colocando para imperecedero recuerdo de los que nos sigan,
 los nombres de los filántropos que a continuación expresamos:

Señoras:

JUANA ROSS DE EDWARDS,	Valparaíso.
EMILIA HERRERA DE TORO,	Santiago.
MAGDALENA VALDES DE VALDES,	Santiago.
BLAZA GONZALEZ DE ARRIARAN,	Santiago.
DOLORES REYES DE LARRAIN,	Santiago.
CARMEN TORO DE ISAZA,	Santiago.

Señores:

CARLOS VAN BUREN,	Valparaíso.
FEDERICO VARELA,	Valparaíso.
MANUEL J. ARRIARAN,	Santiago.
RAMON BARROS LUCO,	Santiago.
FEDERICO SANTA MARIA,	Valparaíso.
ENRIQUE DONN,	Constitución.
CIPRIANO AVELLO,	Concepción.
LUIS MARCHANT PEREIRA,	Santiago.
PEDRO LEON GALLO,	Atacama.
Dr. EDUARDO DE GEYTER,	Rancagua.
Dr. ARTURO GUZMAN,	Santiago.
Dr. MANUEL BARROS BORGÑO,	Santiago.
Dr. ROBERTO DEL RIO,	Santiago.

Pbros. señores:

CRISTOBAL VILLALOBOS,	Santiago.
FIDEL MARIA PALLERES,	Placilla - S. Fernando.
AGUSTIN GOMEZ,	S. Felipe - Gorbea.

Por los que de ellos recibieron y reciben el bien.

EL AUTOR.



BOSQUEJO PRELIMINAR

Al margen de cada vida
Hay escrita una historia.

.....

LA MUJER QUE VENDIO SU CORAZON Y MURIO DE AMOR

CORNELIA LEONTINA

Ubicado a quince tiros de lazo (1), contando desde sus extramuros en la pintoresca aldea de MARIPOSAS, sita en un hermoso rincón del valle de Aconcagua, en el recinto de una colina que domina en sus contornos el más bello panorama del río y de los campos, fértiles en vegetación y cubiertos de lozanos rebaños, hay un cementerio que guarda entre sus muertos la más emocionante historia de un amor que fué imposible.

Allí, inmediato, donde los primeros moradores de esos campos fértiles delinearon las calles donde construyeron sus viviendas y los cercos donde pastaron sus ganados, acordaron levantar su *Campo Santo*, morada final de los que eran y de los que vinieran.

Al murmullo del agua nacida entre las vertientes que limpia y clara se escurre aprisionada entre lajas y cascadas, en busca de salida, aquel cementerio, que había a su entrada su linda casita y seguía al interior su

(1) Un lazo estirado, corresponde a doce *brazadas*, y cada *brazada* de hombre equivale a un metro sesenta centímetros exactos.

corrida de naranjos, de zambóas y de limones, que daban en su tiempo fragancia y frutos; y sombra a los caminos. Y, aparte de ello, cosa que el *panteonero* lo cultivase a su manera, un *panizo* de tierra para la hortaliza que la había de haber para su gasto y llevar de cuando en cuando sus *engañitos* a las amistades; sin contar también la *concesión* que le daba el *Parroquial* (2) para que pudiese criar *suelos* su *par* de chanchitos, que no *hozaban* por estar *destrompaditos*, daño a náiden hacían ni *encomodaban* en lo más mínimo.

Este recinto, cerrado desde que fué fundado, con *cercas* vivas (3); semeja el paraíso ideal que invita al descanso al rendido peregrino.

Bajo la sombra de un añoso sauce, *triste* y agobiado como el sitio donde emplaza, y cuyas flexibles ramas descenden hasta besar los suelos, hay un cerco formado por una modesta verja de hierro que ostenta una cruz y cierra una loza que el tiempo y la piedad de los hombres ha respetado, en cuyo dorso puede distinguirse, en caracteres vaciados a cincel, esta inscripción que fué el epílogo de una historia de amor.

"Bajo esta loza yacen los despojos del ciudadano francés *Mucii* Cornelio S. y los de su adorada hija CORNALINA, viuda de don ZACARIAS ENCINA, que fué el padre protector de los pobres; fallecida la niña el 25 de agosto del año 1888, a los 19 años de edad".

(2) El *táta* cura que gobierna la Parroquia.

(3) Linderos hechos con plantaciones de árboles frutales. Ahí entran: el membrillo, los granados, la *tuna* y *ramajes de espino*, para que no se *propasaran* los comedidos, ni los perros hambreados se entraran a *burgar* de noche lo que no les conviene.

CAPITULO I

DOS VIDAS Y UN DESTINO

Lirio del valle: ¿Por qué has dejado marchitar tus pétalos y morir de amor?

.....

¿La triste historia de un amor que fué imposible, hemos dicho?

.....

Relatan las crónicas del lugarejo cómo brotó, cómo emergió y cómo murió, la planta del amor en el hado de la heroína de esta novela inédita, hija mestiza de padre extranjero y de madre criolla; la que, jugando con el corazón de los hombres, los manejara presionados a impulso de su rara belleza, cual fué la causa del suyo propio y de otros muchos sufrimientos que sólo la muerte pudo remediar.

Narrando, cuentan las cuitas:

Corría el año 1872.

Pocos días hacía, había puesto pie en el *paradero* (1), al margen de la pequeña aldea de *Mariposas*, un competente vini-cultor que recientemente llegando venía desde la remota Francia, y propietario era de unos mostachos grises que, en de que llegó, se los llevaba atuzando todo el tiempo lomesmo q'el gato casero, y bien se los hubiese querido para sí el mismísimo Humberto, justamente *Rey de Italia* por esos entonces; y llevaba visto no sacarse por jamás la *cachimba* de la boca.

(1) Parte solitaria, fuera de camino transitable, donde se detenía el tren por algún motivo justificado.

Y si venía, no era para estarse a brazos cruzados, sino porque había sido contratado en su tierra para plantar en este apartado y desamparado rincón del mundo CHILE ¡una viña! que hubiese *cuarteles*, hileras niveladas, alambrados con estacas y *camellones* de cepas de burdeos hechos venir expreso de su país para un acaudalado estanciero que era previsor y se las sabía *todas*.

El *gabacho* éste no andaba solo.

Lo acompañaba su mujer, una hacendosa y jovial *chilenita* (?), la cual, aunque regordida su poco, y se afanaba en no serlo, era pispirigua como ella sola: y el fruto de aquellos amores, el pimpollo de una preciosísima criaturita que la idolatraban ciegamente ambos esposos y contaba a la sazón un lustro.



Con su carita de *serafín* alado, era la niña la admiración de todos. ¡Grandes y chicos, pobres y ricos, cuantos la veían, quedábanse embelesados mirándola, admirándola y echándole ¡Dios te guarde! ¡No la *vayen* a ojal; se parece tantaso a la propia María Santísima, cuando estaba en pañales! ¡Si llega a vieja, no va a tenel buen fin!

Tal era el decir y el sentir de aquellas buenas gentes; y, los que no la conocían, espasmados ante tanta beldad, abrían tanta boca creyendo que era *gallo* la pollita!

Por esto, comparándola con el Niño Jesús, decíanla, con toda ingenuidad: ¡*Aññui!* ¡Quién pudiera besarle el trastecito!

¡Arcanos de la vida!

El francés, al poco de sentar reales (2) en la aldea, de resultas de las cornadas de una vaca brava que le salió a través en una noche de luna, y como que le anduvo haciendo mella el *zamarrón*, porque, por no *ca-
tearle* el bulto (3) a la bestia, la *bestia* lo cotoneó de lo lindo con los cachos, no dejándole hueso bueno!

Padeciò *montón* de tiempo, ya cayendo, ya levantando, hasta que vino por él la *Pelada* (4).

Viuda e hija, después de este *percanse* continuaron viviendo en el campo, ayudadas de escasos recursos.

¡A nadie le falta Dios!

¡Ayúdate, que yo te ayudaré!

¡Algo es algo!

¡Qué le vamos a hacer!

El Cónsul francés de la época, que había intervenido en la venida del *Muciú* a CHILE, después de los funerales y de haberse percatado que era arte harto difícil eso del *capéo* y de los *quítes* cuando el cornúpedo es bravo, no se es perito en el asunto, ni se tienen aptitudes para torero, ofreció ayuda a la viuda y promesas de educar a la niña una vez llegado el tiempo.

Ofrecimientos que fueron cumplidos escrupulosamente.

* * *

Crecida la criatura, siguiendo las costumbres de la tierra de su padre, y llevando los hábitos nacionales de la madre, fué mandada tres años más tarde, como interna, ¡con *beca*, por supuesto!, a un colegio de monjas francesas, arraigado en Valparaíso, donde al cabo de cinco años más de darle y de *cabarle*, hizo estudios suficientes para ser una señorita de sociedad.

No fué, pues, el sitio donde se funde esta novela el lugar preciso donde naciera la heroína de ella.

Derivado de Cornelio, que así, dijimos, se llamaba el autor de sus días, y de Leontina, que era su madre, habíanla puesto en la *baustisma*!

(2) Haber hecho del lugar donde se vive su residencia única.

(3) Quitarle el cuerpo a tiempo.

(4) Quiere significar la muerte, que viene en persona.

de la Parroquia CORNELIA LEONTINA; pero como el doble nombre resultaba algo lato, lo solían simplificar llamándola a veces CORNA, y a veces, LEONA.

En el colegio, una monjita, traviesa y parlanchina como ella sola, que decepcionada de un amor fatal, *dáale* que le había *tirado* por meterse en el convento, previo el *desembuche* de un mil de *esos* que, para no arrepentirse, importaba en esos años el derecho de *vocación*; tuvo la humorística ocurrencia de armonizar aquellos dos nombres, refundiéndolos en el de CORNALINA cuando fuese bien portada; y, *asá* feo, como suena la palabra *Cornaleona*, cuando se tornara en rezongona, *mañosa* o desobediente con sus *mayores*.

CORNALINA daba a entender *piedra preciosa*, clasificada en la categoría de las ágatas. Viste de color cobrizo, y va salpicada de pintitas negras, verdes, rojas, así como el tamaño de un granito de arena.

* * *

No ensalcemos en estos renglones la maravillosa y sin par hermosura de la heroína de esta historia de amor, que lo fué verídica; limitémosnos a analizar, ¡sí!, con pausa y detenimiento, como en sus condiciones de humilde señorita en pugna con sus ideales de grandeza, inducidos por seres depravados y corrompidos, dieron al traste con sus fantasías de mujer, arrastrando en su caída la vida del hombre que fué su prometido y debía ser en tiempos no lejanos el paraíso de su dicha.

Dejemos a Cornalina, por todo el tiempo que podamos, adormecida en el letargo, quieta, en su ataúd, en el Cementerio de *Mariposas*.

Prescindamos, por el momento, de encontrarnos en el recinto fúnebre, con criptas, nichos, mausoleos, *Capilla* y hueseras rebalsantes de osamentas, tibias, dedos con falanges y uñas crecidas después de la muerte, calaveras descarnadas y de óseas frentes, faltas de narices, de hundidas cuencas, aparte del mal hedor que despiden las grietas de los sepulcros; menos nos embelesemos en detallar la angelical belleza de la muchacha, porque el definirla no es tarea fácil.

Volvamos a otro sitio (5) donde lo condujera el dedo del destino, y do moró, por algunos años, el cadáver viviente del que fuera el más hermoso tipo masculino nacido en el territorio de Chile en la época y

(5) El Manicomio.

el más aventajado alumno de nuestra Escuela Naval en ciernes: FERNANDO VALDOVINOS.

Y digamos *cadáver*, porque muertas las ilusiones de la vida al recibir el más duro golpe de impresión que haya soportado amante alguno, al tener noticias después de una prolongada ausencia del país que su novia, la mujer tierna y buena a la cual él había entregado otrora su corazón... era la viuda de otro hombre, como fulminado por un rayo, *rodó* su cuerpo, inerte, pesadamente desplomado.

* * *

Al margen de sus ensueños color de rosa, quedábanle en la mente al adolescente el espejismo de su inmenso amor transformado en venganza; que, ¡cual el odio!, es profundo y ¡feroz!

Su novia, la luz de sus ojos, su encanto, su dicha, su embeleso, ¡el ídolo de su amor! en su ausencia, ¡cruel y despiadada!, por satisfacer las ambiciones de su madre desnaturalizada, habíalo traicionado.

Espúrea hija del placer libidinoso, habíale sido infiel a la promesa de su abnegación.

El lujo, los placeres, las malas compañías en unión de mujeres no conocidas, los grabados obscenos, las lecturas malsanas y los perversos consejos de una madre falaz, habíanla corrompido su conciencia de niña.

¡La ley inexorable del destino habíala conducido hasta allí!

Por dinero había vendido su pureza de mujer, uniéndose al hombre (cual él odiaba), con el ímpetu de una rabia satánica; más, ese hombre no existía ya; ¡había pagado con la muerte su osadía!

¡Su delito cometido estaba vengado!

En sus ansias de placeres, de riquezas y de libertad, la prenda preciada de su vida había desbaratado de un golpe ¡tres existencias!: la del que, gozándose de su virginidad, la trajo a la apoteosis de las riquezas; la de su novio, que no conforme con las promesas de un fingido amor, se tornó loco de pena y de dolor; y, la suya propia, que murió troncada en la plenitud de la vida, como muere el lirio *flor de fango*, aplastado por la pisada del animal salvaje!

Fernando, en su inconsciencia, transportado su espíritu a mundos ultra terrenales, incierta su vista y esquivo su mirar, no existía en sí, ni atinaba a nada!

Sus únicas frases, vagamente lúcidas que se escapaban de su garganta, las concentraba sólo en ella.

Esta lucha, palpada y desarrollada tan violentamente en el cerebro del joven marino, concluyeron por reducirlo a la impotencia.

Sin tino, sin experiencia de lo que es la vida, amando mucho, ¡sin límites!, fulminado por la fuerza misteriosa de un gran querer, perdió el control del caso.

La suerte impía desvaneció al abismo sus esperanzas, esparciendo al éter sus ensueños color de rosa.

Todo aquel castillo de ilusiones que había construido en el Edén de su alma para el bienestar y la felicidad de su amada, ondularon en el espacio esparcidos por el huracán de la desdicha.

En el paroxismo de su dolor acerbo, venció la fatalidad a la dicha, cayendo exánime, abatido, ¡yerto!, por los sufrimientos del dolor y del pensar.

* * *

Nada hubo comparable a la escena de desengaño y de dolor que experimentaron los empleados, los transeúntes y los que presentes estaban en la pequeña estación de X, al ver tumbarse inerte al joven cadete, convencido de la realidad de su destino.

En su magnanimidad de imberbe, el joven Fernando juzgó con la clarividencia del héroe, perdonando, así lo manifestó, impertérrito, a la que *acaso* por un infinito amor hacia él, pero no por maldad, jugara apacible y quieta en la ruleta del destino la gran partida: o *felicidad* única, o *desdicha* eterna!

Su martirio de vivir una existencia de penurias estaba profetizado.

Desde entonces en adelante, falto del amor de ella, sería un hombre sin ilusiones, lo que equivale a decir, razonando: un cuerpo sin alma que vive muriendo, azaetado por sus propios enemigos, las pasiones de la carne y del sentido.

Inútiles fueron los esfuerzos de la ciencia médica para volverlo al estado normal; de fuerte y ágil, tornóse en idiota consumado: sus músculos de acero dobláronse como juncos agitados por el soplo del vendaval.

El crepúsculo incierto de la noche de su vida invadió su ánimo y lo avasalló por completo. Su voz, melodiosa y pura, ahogóse para siempre en su garganta.

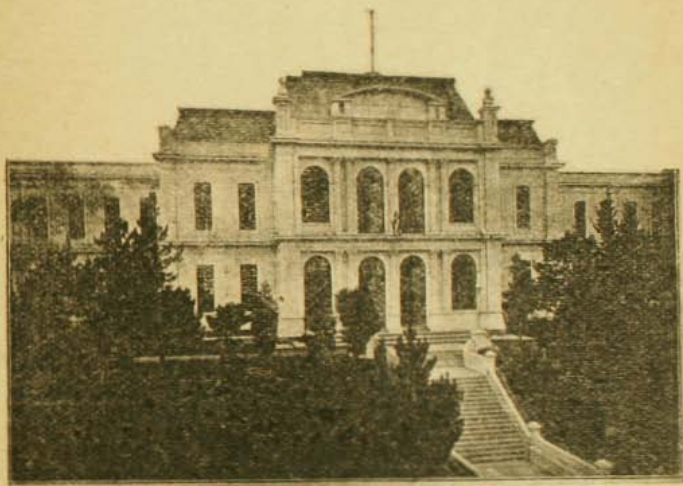
Sólo articulaba palabras incoherentes, ¡sílabas perdidas!, que al definirlas significaban la idea del pasado. ¡Recuerdos idos, de tiempos que

había agobiado el turbión de la desgracia, y, ¡nunca, nunca más, llegarían a ser!

¡El Océano! ¡Tu madre! ¡Terminamos ya, CORNALEONA!

* * *

Hemos de decir que Fernando Valdovinos llevaba el blasón de cadete de la Marina Nacional, debido a los merecimientos que hubo su difunto padre, que fué también *marino* y murió gloriosamente en la conquista de las *Cautivas*.



Las provincias de Tacna y Tarapacá fueron anexadas al territorio de CHILE por la propia voluntad de los hijos del Rimac, a raíz de la derrota de Lima, según rezaba el tratado de *Ancón*, relataba el viejo *patrón* (6) que conoceremos más adelante, a sus sirvientes, amigos campesinos y forasteros que acudían a él en busca de conocimientos de cualquiera índole.

Antiguamente, chilenos y peruanos eran como dos hermanos mellizos, nacidos de la misma madre, que de pequeñitos hubiera cobijado el único regazo, amamantado el mismo pecho y cubierto el propio techo; eso sí que cuando más grandecitos se separaron, y tirando cada cual

(6) Caballero anciano, rico y respetado por cuantos le conocieron.

para su raya, dieron en la *goñicha* de encontrarse (7), porque el uno le tenía aversión al otro, y corrían los días interminables.

Lueguito empezaron a *tutearse*, a mostrarse los colmillos.

Los peruanos, que eran bastante *apitucados* y metidos en leyes, trataron de mirar en menos a los chilenos; y, escondiéndose detrás de las pircas, les sacaban la lengua a cada rato, por lo cual, los chilenos, que lo eran unos *rotos* descamisados (8), indignados, le respondían haciéndoles *tamañas* con ambas manos a los peruanos; y, así se lo pasaban fomentando el descontento, toda vez y cuando.

Por cualquier cosa, ¡ay!, se sacaban la madre. Había que ver la mala atmósfera que corría en los campos al norte de Chile, que todo estaba como maleado, porque nadie trabajaba gustoso y el mal cundía.

Los peruanos, pasando los *sopores* (9) allá en sus canchas, bien enzapatados y vestidos a la moderna: de levita y *dorman* (10) ceñido al cuerpo, y come que come platanitos y camotes maduros, zopeaditos en *guazápo* (11), pasaban una vida parecida a la del zorzal; mientras, los de acá, a manta y *ojota*, la dejaban correr batiéndose a puros porotos con color, queso, pan amasado, causeos picantes y póngale chacolí y pihuelo cabezón.

Por *cuestiones* de unos deslindes, iz que principió el *enredo*.

Si anduvieron agriando los ánimos, y la cosa pasó a marca mayor; ya no se saludaban, ni se miraban, ni menos darse los buenos días.

¡Si te hay visto, no me acuerdo!

Más prosudos se pusieron los peruanos cuando el 6 de enero, allá por el invierno de 1879, en una tarde deliciosa como pocas había habido ese año, cuando todos estaban distraídos en asuntos mejorcitos, ellos, encerrados en un sótano y alumbrados por la luz de un candil, después de haber merendado unas *bolunchas* calientes y picantes, sin acordarse ni esto que Chile era para los peruanos una reliquia, puesto que a don Bernardo O'Higgins y a don José de San Martín, que unidos

(7) No hacían más que verse, se iban a las manos y *por nada se mataban*, defendiendo cada cual su derecho.

(8) El hijo del pueblo nunca usó en Chile la camisa aplanchada (estando en trabajo). Debajo de la mantaca llevaba puesta la blusa y más escondidito el camisón, hecho en jerga de cotí o de lana merino.

(9) En verano el sol tropical mortifica los lomos de los nativos, que con trabajar y sin ello los hacía transpirar enormemente.

(10) Blusa bastante ajustada que usan los bomberos y los militares.

(11) Miel extraída de la caña de Paíta.

formaron la expedición para ir a batir a los *godos* que se habían en señoreado en este continente y pernoctaban a las goteras de Lima, le debía el Perú mucho de su independencia.

Fueron bastante mal agradecidos los amigos del Rimac, cuando con toda la tranquilidad del mundo, después de haber deliberado porción, teniendo la *cachada* de pisco en una mano y la pluma de escribir, que era arrancada de un ganso viejo, en la otra, suscribieron el pacto de alianza con Bolivia, que venía a ser como una prima hermana soltera del Perú, a fin de darle la *zopa* a los indios pegüenches, como nos llamaban en la *Uropa*, en el *Canarián* (Canadá), en el Africa y en los Polos, cuando se creían que CHILE era habitado por indios, y nosotros, con ser descendientes de ellos, éramos poco menos que salvajes.

Mejor es *sonreírse* y que de ello no nos acordemos, porque ni objeto tiene.

¡Han transcurrido tantos años!

Un tal Lucho Rivas (un cuerpo sin alma), y otro que tan bien bailaba como el citado, llamado Santos Benaventes (que era negro de los de la jeta vuelta), y tan buenos uno y otro para los *cabezazos* como para las *patadas* (12) y el de *Locumba* (13), ¡que en eso ocupaban sus vidas!, y lo apuraban en tragos cortos, fueron los promotores de este *acomodo*.

Desde entonces principiaron a alistarse, ¡hijito de mi alma!, para la camorra.

Hay que ver cómo se cuchucheaban en *secreteos* los cholines de la Paz para hacerle la guerra a CHILE, unidos con los chacareros del Potosí y con los *chalacos* (14) del Callao; la cosa era que nadie los viera. La *custión* se mostraba escabrosa.

El Perú, armado hasta los dientes, en tono de gallo *cocoroco*, provocó la *salida*, atacando toda política chilena. Nada les parecía bien. E igual cosa que señora mujer mal humorada, de *punta* con el marido, de cualquier nada resultaba un enojo; y, hasta el patriotismo del *rotito* nortino, que ni se metía con ellos, les hacía daño y lo tomaban en consideración.

¡Vaya si lo tomaban!

Los *cuicos*, es decir, los bolivianos, poseían en Tarapacá *esos* terre-

(12) El nativo *peruano* usó los pies y la cabeza en vez de los puños para defenderse en el ataque, o para aceptar la pelea callejera.

(13) Pisco que se fabrica en el valle que lleva este nombre.

(14) Oriundos del Callao.

nos con *caliche* y yodo, que gracias al sudor, a los callos en las manos y al *peso fuerte* (15) chileno, estaban a punto de dar fuego; pero *ni agua* que los caballeros peruanos fueran a invertir de lo suyo *¡medio!*, ni menos a gastar *tinca* para sacarles provecho.

El hijo del *rigor* (16) tenía que hacerlo todo: plata, *ñeque* (17) y cuanto hay!

Empingorotados en la planicie de una *meseta* de arena caliente, como quien dice un canarito de oro encerrado en su jaula, vivían contentos y sin aspiraciones los bolivianos; de ahí la tentación de los amigos peruanos que les ofrecieron este mundo y el otro: darles salida al mar y puertos con malecones donde atracaran los buques en la cordillera, o donde ellos lo hubieran deseado, a *trueque* de merecerlos.

Hasta que después de tantísimo *fullerear* salieron con la suya.

Si aquello no hubiese ocurrido así, muy segurísimamente que en CHILE no habríamos tenido *Veteranos del 79*, ni don Arturo Prat habría salido a *relucir* en parte alguna; ni *mi* general don José Manuel Baquedano estaría encumbrado en su *mulato*, donde debe estar, ahicito: ¡en la Plaza que es suya!

No habrían corrido torrentes de sangre en Chorrillos, Miraflores, Pisagua, La Compañía, Sangra, Mejillones, Dolores, etc., para quedar endey ¡en las mismas!

La torre del *Huáscar* con sus grandes *cañones* (18), ni las astillas de la *Esmeralda* (19), como las *mechas* y los *sesos* de los chilenos muertos en el asalto del Morro de Arica, no habrían quedado desparramados y pegados en la cubierta del *Huáscar* para ser recogidos después como recuerdo piadoso, y guardados junto con las banderas aportilladas y desvías de los *peruanos* y *bolivianos*, que se encuentran expuestas a la contemplación de las generaciones, ¡pa sécula!, en el Museo de Santiago.

Y, ¿a qué se arribó con todo esto?

Las *Cautivas*, ¿dónde están?

(15) Plata fina, sin ningún aditamento de níquel ni de cobre que lo falseara.

(16) Acostumbrado al sufrimiento.

(17) Esfuerzo, penurias, dinero y el sudor de la frente.

(18) El gran buque blindado *Monitor* peruano, que comandó el bravo capitán *Grau*, y, capturado, fué trofeo de guerra para Chile.

(19) La vieja *Corbeta* que, acribillada por las balas de los cañones peruanos, se hundió gloriosamente en las aguas de Iquique el 21 de mayo de 1879.

.....
¿Qué de bueno para Chile trajo la revolución de 1891?

.....
¡Compañero: échele tinta!

La parentela de Fernando la componían: su madre, doña Efigenia Castro, y su hija Claudina, que contaba a la fecha de esos acontecimientos catorce primaveras.

En el físico, donosa también, éralo un tanto esta chicuela.

Tal familia, sí, oriunda era del lugarejo, asegurándose que sabía vivir con relativa comodidad: una casita pintoresca, dotada de su lindo huertecillo cubierto de naranjales y de chirimoyos, parrón al fondo, árboles variados, plantas, flores y hortaliza que seguían la evolución de sus antepasados a través de los años, constituían la heredad que, agregado a la modesta renta vitalicia recibida por la viuda por montepío del que fué el jefe de aquel hogar, muerto en la guerra de la Independencia, completaban los entros y haber.

El futuro les estaba reservado a la carrera de marino que seguía Fernando, el cual, terminados sus estudios, debería ayudar a su pequeña hermanita.

A pocas pretensiones aspiraba el magín de aquellas buenas personas.

CAPITULO II

LA CONFIANZA Y EL PELIGRO

Historia del anciano acaudalado llamado el *Patriarca*.

Al oriente del caserío de *Mariposas*, separada por el remanso (1) y por la apacible corriente del estero, que en invierno era brazo de río (no le encontraban vado) y salvaba para los de a *pata* (2) un puente de cimbra, se encontraban las hermosas *casas* de la hacienda llamada de *Los Pingüinos* (3), cuya entrada principal la formaba un callejón ancho, ¡muy ancho!, que delineado a cordel, se estiraba para adentro; había a sus costados profundas zanjás e hilvanaban al lado de ambas seis hileras de álamos de gruesos troncos, altivos cuerpos y tupido follaje: verdécitos en el verano; yertos, escuálidos, deshojados y flacos como fantasmas dolientes que enseñaran sus huesuras, allá en el crudo invierno.

Las *casas* se encontraban *aentro*, decimos, y para alcanzar a ellas había, *por ley* (4), que dar la vuelta por el *recodo*, ya que al frente estaba la reja, elaborada en hierro, y que soportaba una de *empostas*, de ladrillo de nunca acabar, sobre la cual trepaba así, como en forma de enredadera, el *rosedal*, que en su tiempo era una *preciosura* como lo adornaba el matiz de sus colores y trascendían sus fragancias; y, ese par de *pimientos* que, cuales centinelas gigantes, en otoño, el viento arremolinado los volvía tu-

(1) Aguas profundas que, calmadas en la superficie, se deslizan pausadas en el fondo.

(2) Los que trajinaban de a pie.

(3) Sinónimo del ave marina conocida con el nombre de Pájaro Niño.

(4) Debía ser así, y de ninguna otra manera.

rumba; cuyo propietario lo era por aquellos entonces el acaudalado señor don Zacarías Encina y Donoso.

Un caballero *bajoncito*, huasote un poco, aunque entrado en años, harto francote, quitado de bullas, bueno como el sol, bueno como la jalea de membrillos y bueno como el pan de grasa amasado; y *rico* hasta decir basta.

Como que se decía que con los entros de un año de sus cosechas, la venta de sus ganados de engorda, lo que tenía acaparado en arcas y talegas (secaba la plata y el oro en cueros (5) tendidos al sol, temeroso de que se le enmohece en las tinajas). Los billetes que ibanle *cayendo* los despachaba tan pronto como podía para la capital, donde los acumulaba de a poco en poco en los *Bancos del Pobre y otros*, en los cuales él era accionista principal.

Por lo expresado, y conste que ello era así, bien pudo haberse comprado la aldea, con habitantes, animalada, aperos, carretas, ganado, y todo un cuanto hay.

¡Bien!

Este caballero, que de *contino* había llevado en su fundo, ínsula o feudo (que da lo mismo decir), una vida patriarcal: justo, apacible y generoso, vivía preocupado con raro empeño y bien marcado interés, en remediar las necesidades pecuniarias de los habitantes del contorno, a quienes amaba como si hubiesen sido sus parientes cercanos, atendiéndolos y socorriéndolos en sus trances difíciles y buscándoles por todos los medios conocidos que imaginarse pueda la manera cómo hacerles más llevaderos su tiempo y sus vidas.

¡A quien Dios no le da hijos,
los Santos le dan sobrinos!

Sostenía feliz y dichoso, afanando siempre, y siempre el mismo, el magnánimo ciudadano.

Nadie acudía a él sin obtener la promesa de ver cumplidas sus esperanzas. En medio de su sencillez, el *hombre* era *valedor*, y era hospitalario, no gustándole en su filosofía el recibir lisonjas ni adulaciones de parte de nadie, que a nada conducen.

En su tuición, vivía a la pata la llana: ¡pan, pan, y vino, vino!

Su altruísmo, nacido del alma, érale innato.

(5) Secados a la *estaca*, y por el lado de la carnaza: espolvoreados de sal.

Obsequiaba cuanto podía y cuanto tenía, llegando en ocasiones hasta sacrificarse personalmente en aras de sus semejantes, sin parar mientes, ni soñarlo siquiera, eso de obtener compensaciones.

Al buen don Zacarías, que *tirando* más para la *otra* que para *ésta*, se alimentaba, para no dañar las quijadas, a puro puré de papas con frangollo cocido, y frisaba en las sesenta y cinco *cuasermas* bien contadas, todo se le hacía *panchitas* (6), impidiéndole nada ser un sempiterno ocurrente y un algo jocoso en sus *chistes*, chascarrros, refranes, cuentos y dichos-rachos que se los lanzaba oportunos y se los sabía por centenares.

Así discurría con suma *gracia*, leía la *Gaceta* cotidianamente, *El Mercurio* de Valparaíso, *El Ferrocarril* y *El Chileno* a *cobre* (7) de Santiago, a los cuales estaba suscrito desde sus fundaciones; ya que desde las *Uropas* le llegaba *La Ilustración*, de Madrid, que traía artísticos grabados y cromos que relataban hechos maravillosos. La mar de novedades.

Disimuladamente servía de *comadrón* (8) cuando el caso lo requería; y, respondido que era, que al *paciente* (9) le doliera la cabeza, por ejemplo, ¡tras!, sin pérdida de tiempo, le aplicaba sobre las *sienes* el *parche santo*, de papel en círculo picoteado con la punta de la tijera, con el agregado de polvos de tabaco, zumo de hojas de palqui *ceroteado* con gotas de sebo de la vela; acto seguido, venían las pildoritas de *Bristol* o las *homeopáticas* al que le creía, que el que *nó*, se lanzaba más que de prisa onde el *méico* yerbatero, u onde la *aivina*, que nada pedían por despachar un cristiano para el otro mundo: como si hubiese sido un carnicalo o un buey empastado.

¡Era un encanto pasarlo en su grata compañía!

Oyéndolo disertar, se corrían las horas; y más, cuando matizaba su charla amena y discreta, adornándola de ribetes graciosos y sabrosos calembours.

Por otra parte, don Zacarías, que había aspirado toda su vida el ozono del campo y de la montaña, desde las sierras de *Tamaya*, que las había recorrido tranco a tranco sólo por el placer de conocer los lugares donde nace la plata y que nadie le contase cuentos, hasta la lejana laguna de *Villotué*, donde pequeño y desapercibido nace el Bío-Bío, que,

(6) La cosa más natural del mundo.

(7) Un centavo importaba cada ejemplar del dichoso diarito, que lo leían sólo los pobres.

(8) Algo así como médico especialista en las enfermedades de las señoras mujeres contaminadas del mal del parto.

(9) El enfermo que aguanta y sufre calladamente cuanto hagan con él.

recogiendo deshielos, esteros, derrames, vertederos y raudales, se trama a caminar corriente abajo hasta llegar al Océano, arrastrando tanto caudal. Después de haber tratado de escalar las altas cumbres del *Antuco*, que sabido es ¡no se casa con náiden! (10), porque luego que penetra que alguien (ser humano nacido) quiere ascenderlo, al momento se torna en huraño y receloso, se descompone el tiempo y cual el león que viendo está que le van a arrancar sus cachorros, rompe en ronquidos terribles, se encapota la atmósfera y en muchas ocasiones, aunque el día esté relindo, se descuelga el aguacero. Así como don Zacarías conoció la laguna y el río *Laja*, tracoteó el *Maule* y le vió la punta al *Perquilauquén*, parajes donde vivía el *Huingán* (11), donde saltaba el *Huemul* y habían los *mallines* (12) que elevaban el chorro a tanta altura y tan hermosos colores daban al ser quebrados por los rayos del sol.

Don Zacarías, el tercer héroe de esta novela, al decir de todos, era un hombre fuerte y sano, aunque pequeño en estatura; y, tan así, si se quiere: ágil y liviano de cuerpo, como un mocito a los veinte años.

Su carita de luna en menguante, rapado bigote y mosca, ¡como se pide!, siempre dejándose crecer el cerquillo de barbas y patilla, unidos con los pelos *zarzillos* (13), formábanle un círculo ligeramente oval, que a veces causaba *risas*; pero que, consigna era, o blasón de orgullo rancio en los hombres acomodados, que no sabiendo a punto fijo por qué se rapaban así, sabían muy perfectamente del resultado de las cosechas, y esto lo corroboraban tomando en consideración el grosor de la nieve caída durante el año que había infiltrado en los cerros, y la cordillera guardaba en sus entrañas; lo sabían por el buen color que llevaban los sembrados, tomando en cuenta la calidad de la semilla que habían desparramado bajo tierra; y les constaba que con la llegada al país de las avecitas llamadas *golondrinas*, que capíándole a los nublados que empañaban los cielos, a las aguas tempraneras, a las escarchas y a los fríos del mes temido, habían emigrado en abril.

Las guaguas, al nacer, ya lo sabían, que:

¡Abril, aguas mil!

.....

Sabían también los hombres de esos tiempos, fieles a la tradición, que,

(10) Era parejo para todos.

(11) Animalejo acuático, de manos cortas con dedos estirados, hociquito pequeño y largas barbas, que se domesticaba fácilmente al hombre.

(12) Vertederos de aguas medicinales, en los cuales se bañaban los indios aborígenes, dueños y señores de esos campos.

(13) Que unen los pelos de la cara con los cabellos, en el hombre.

a partir desde el *Tránsito* (14) en adelante, los días estiraban una pata de gallo, eso lo tenían muy en cuenta en sus memorias; pero lo que más les preocupaba y lo *largaban* cuando encontraban la oportunidad, para sacar sus cuentas sin errarla, antes de entrar o cruzar la apuesta con el ladino vecino: del chanchito abierto, del piñito de lechones, de la montura apurada, o de la vaquillona contra el *chamanto* bordado, o la tarea arada y *cruzada* apuesta, que debía definir el Almanaque Pintoresco Divertido, o el de *Bristol*, que lo repartían gratuito las boticas, era el recordar en sus mentes, el adagio que lo oyeran recitar tantas veces a sus mayores:

¡Treinta días trae noviembre,
con abril, junio y septiembre...
Veintiocho trae febrero
y los demás: treinta y uno!

También podían juzgar por el volumen, y calcular más que ligero por la carita risueña o atingida del que los llevaba, los puntos que calzaban sus bototos.

No tenía, pues, necesidad de sondearle el *báho* (15) a nadie, ni de besarles el *trasero* tampoco; muy por el contrario!

Había que verlo a don Zacarías cómo se afanaba y cómo se entusiasmaba para *atajar* en los corrales *quinchados* o de *pirca*, contruídos con grandes piedras de río, o con *bolones* (16) de cerro ligados con barro; luego, correr en las *apartas* de ganados, siempre que fuese llevando como *compañero* a su viejo capataz Miguelito Poblete, que iba *bordeando* a su lado los cuarenta años de nobles y no interrumpidos buenos servicios; y, andaban en edad ¡por éy!, a las topaditas con el patrón.

Esto, al decir del viejo servidor.

(14) El 15 de agosto de cada año.

(15) Andarse temerosos de indagar, creyéndose que los van a hacer *tirar la carreta*.

(16) Piedra arrancada a cincel y combo de la gran peña.



Se acercaba don Zacarías a pasos agigantados al ocaso de su vida, no habiendo tenido hasta entonces la desgraciada humorada de haber contraído *estado*. ¡Ni siquiera pensarlo!

A pesar de que se susurraba entre los *compaires* y las *comaires* del lugarejo que el *taita Cura* parroquial, *antigüe* andúvole buscando años atrás, por cielo y tierra, muy afanoso para *acoyundarlo* y ponerle el yugo; porque detrás de la Iglesia había tenido gato *encerrao* (17) en las propias casas de *Los Pingüinos*, lo que significaba mucho decir.

Pero la mayor novedad era que el señor Encina y Donoso, envuelto en sus costumbres pacatas, vivía como el pelícano, ¡todos los días del año, solo!, ¡solo y mostrenco!, aislado, en las espaciosas casas de su hacienda; y todos los quehaceres domésticos eran ejecutados por mano de hombre, eliminando a *ña Chuma*, vieja señora, achacosa y mal humorada, que le servía de ama de llaves y de cocinera desde los tiempos de ÑAUQUE.

La que frecuentemente se hacía acompañar de una *chinita*, menudita de facciones, que se llamaba *Casilda*.

La cual *chinita* se amorataba de rabia todo el cuerpo, los ojos casi se le arrancaban fuera de sus órbitas y llegaba a quedar tembleque cuando el *Patrón Viejo*, o cualquiera otro, la dijeran que: por *mandadosa* o por *sonciaca* (18) la iban a mandar para el Puerto (19) con una piedrecita en la boca, para que se contuviera el mar y la tuvieran compasión los buzos y los otros pescados, ya que estaba pronosticado que iba a ser devorada por el tiburón, porque no quería casarse con *Poca Pena*, el negro *facico* color de ébano, que tenía menudita su cabellera como pasas de Corinto, y aunque estaba *mudando* (20) había los dientes albos como la leche, al cual *négo*, según razonaba la *pegüenchita*, mirándolo con ojos de malas ganas; peor, cuando el negro perverso, en su media lengua, la desafiaba, mostrándole los incisivos y brindándole las coplas que aprendiera al pisar el suelo chileno:

¡A los rayos de la luna
y al resplandor del sol,
aunque tengo la cara negra,
a nadie espanto con mi color!

(17) Mujer joven y donosa que vive su amor separada de su amante, y oculta su talante de las miradas indiscretas.

(18) Torpe para todo.

(19) Valparaíso, en la extensión de su mar.

(20) Cambiaba la dentadura.

Adrede lo hacía Casildita, después de una correteada, en que caían marcornados al suelo negro y china, al convencerse que era para ella el verso, venían las retadillas: ¡negro curiche!, ¡negro hediondo, arrancao der carbón! ¡Dios ha de querer que no te destiñas nunca!

Le hay de icil a ñor Cucho (21) que no gaste más agua ni legía pa despercurte: ¡negro jetón y mal encachao!

De cuya personita (el negro) cuidaba el *Patrón* con celo y afán, como se verá en los capítulos siguientes de esta narración.

Guardó el recuerdo la generación, refiriéndose, cuando se trataba de definir la edad avanzada de una persona, al *indio pegüenche* que, al decir de los ancianos, había vivido en los campos curicanos y de viejo le estaban reventando los dientecitos nuevos.

Este aborigen fluctuaba entre los 150 o los 160 años, llevaba el rostro apellinado, el cogote apergaminado y usaba *chapecán* (22), el cual, al preguntarle ¿quién era y cómo se llamaba?, presto, sin dar más datos de su vida ni de su procedencia, sólo atinaba a decir que había nacido *parado* (23) y se llamaba *Nauque!*

Era rumor entre las gentes que, en su mesa, don Zacarías era un *gastrónomo*, y a veces se daba la vida del oso.

¡Ña Chuma aquí, y ña Chuma acá!

¡Que remedios! ¡Que lavados de pie al patrón! ¡Que pega botones! ¡Que ropa al enjuague! ¡Qué las gallinas, los huevos, la comida para la trailla de perros! ¡Que el gato, el loro *choróy*, que hurgándolo todo y rezongando solo todo el día, formaba parte de la familia! ¡Que la harina tostada *fresquecita* para el número uno de la casa (24)! ¡Que la *peusina* (25) pal patroncito, cuando *no le andaba la huata* (26)! ¡Que el cepillo pa los dientes y eso de quitar la tohalla mudrienta pa poner la nueva! ¡Que el *quillói*, pal pájaro dorão, que le taladraba las orejas con el zumbío! ¡Que la agua pa la redoma de los pescaitos coloraos! ¡Que el *embetunáo* pa la *capellá* (27) de los zuecos d'ella y ios del patrón.

¿Quién le *tendía* la cama al patrón, ejándose la *desponjaíta* como a

(21) El llavero del fundo.

(22) Los indios chilenos usaban aros y trenzas, como las mujeres.

(23) Era muy afortunado.

(24) El Patrón, que tenía todas las prebendas.

(25) Pepsina de avestruz, para digerir las comidas.

(26) No andaba bien de salud.

(27) La parte que cubre.

él le gustaba? ¿Quién se *agenciaba* en *ramonearle* las uñas de los pies con la *podaóra* (28) cuando le crecían en demasía? ¿Quién le zurcía el *escarpín* (29) saltado de puntos o el *piquete* en la *cuáca*; y le ponía el *santo* de cuero al pantalón en las *posaéras* o en las *pantorrillas* de las piernas, y quién se atrevió a hacerle n'íun *reparo* (30) al *viejaño* (31) cuando en su contentamiento, jalegrándose de verse vivo!, le brindó animado y tuvo frases elocuentes para galantear a la apuesta dama (tal como lo hacía en sus buenos tiempos), o se *propasó* en rueda de amigos un algo más de lo necesario?

¿Quién le *acondicionaba* el huevo duro, el *charquecito machacáo* y molío al patrón y le rebanaba el *manrión* (32) pa ponérselo en la alforja (33) junto a la gallina pelá y al capón fiambre, quién?

¿Quién, a la *desimulá*, le colocaba el pañuelo de *mocos*, planchadito recién y le rellenaba la tabaquera con el tabaco molido pa que no le escasiara, día a día? ¿Quién le preparaba el *candial* mañana a mañana, batiéndole las yemas de los huevos en la leche, después de haberle dado los tres hirvores consabidos, y añadidole su *poquichicho* de canela de la entera, su *clavito de olol* y su *miajita* del anisáo de substancia?

¿Quién habida de sel si no ña Chuma?

Al soberano *emplasto* que le colocaban en las entrepiernas de los pantalones muy gastados por el uso a fin de hacérselos durar un *poquichicho más* y no fuera a *desperdiciare* esos *medios* que le podrían hacer falta para otras cosas al ser querido que gobernaba la casa, al cual todos le volvían los ojos blancos en caso de apuros, siendo que el parche lo fuera hecho de otro género muy distinto del que lo fué hecho primitivamente por manos de la señora *aficioná*, lo llamaban *¡santo!*; ya que los pequeños desperfectos zurcidos los denominaban *suples*.

Ña Chuma, ¡todo ña Chuma!, que a veces solía volverse *cuatro* y se acostaba *rendía*.

Chismosa, ardilosa, rezongona, alharaquienta, pucherienta y mal *enchá* era como ella sola, sólo el *patrón* la aguantaba!

Benáiga cuando amanecía con las pretinas de sus ampulosas po-

(28) Tijera para podar.

(29) El calcetín hecho a palillos.

(30) En buenos términos: increparle su conducta poco caballerosa.

(31) Derivado de viejo malo.

(32) Pan de grasa, que lo rellenaban con chicharrones y presas de ave, especiales para durar mucho tiempo en las alforjas o *traidoras*.

(33) Bolsones de lana tejidos que se llevaban debajo de la montura.

lleras, torcidas para el lado del revés, o con el *gorcico* (34) colgando, entonces era la terrible Pérez!

¡Miedo! le tenían los grandes, y temblábanle los niños al verla tan *asina* y sobre todo cuando le entraba por cantar en la ronca vihuela que tenía roto el *traste* y remendada la *cintura* con los restos de su camisa cortados en forma de *parches* adheridos con cola de pegar.

¡Cuando me vine de mi tierra,
me vine de allá pa acá;
y si no m'hubiera venío,
entuavía estaría allá!



La tal ña Chuma llevaba adornado, durante todo el tiempo, su cogote a un par (35) de *chapes* (36), que sin pizca de gracia descansaban so-

(34) Bolsillos.

(35) Dos, justamente dos.

(36) Trenzas cortas.

bre sus mansas *ubres*, que en tiempos remotos fueron redondos y duros, como globos terráqueos, pero ahora, con los años, ¡Dios libre!, iban quedándole fofos, y mostrándolos a todos, ¿pa qué los miraban, pus?; negros y caídos como sus cachetes y su *jeta* aporotonada, tal como la lengua del loro.

Y, ¿cómo no iban a *quedarle* grandes los senos, cuando en su mocedad, recién casada, le *cargó* de alimentarse bien; por eso, tarde y mañana, se bebía (sin hacerle gestos) el zumo de la huatita de vaca, sin sal y sin aliño ná, y hervido en l'olla hasta que hacida *mercocha*, con el fin de criar bien a los hijos cuando los tuviera, pa que le bajara la leche?

No por su fealdad, ni porque era *rulenga*; al andar, una *pata* le pedía permiso a la *otra*, haciendo con ambas piernas un gracioso movimiento de caderas que daba *gustito* el verla, cuando trataba de caminar a toda prisa.

Por eso, siempre y siempre, aconsejaba a todos: ¡Al pasito!, ¡Al pasito por las pieiras! ¡Espacito, s'ianda lejos!

No por lo que dejamos expuesto, ni tampoco por su *empella* que la invadía pescuezo y cuerpo, como la *papada* del pavo; aunque se ha dicho:

¡La gordura es parte de la hermosura!

Ña Chuma infundía pavor, si no por su *tarazca*, que como serrucho traváo (37), abría al patrón con el fin de congraciarse con él; y el patrón la ponía oídos, pasándole por tales expansiones más de un *argo* por la *bajujá* (38).

De esta suerte, cualquier día armaba la *safacoca*, y todo el mundo en la hacienda, hasta los mismos perros, estaban *dispuestos* a que les llegase el pan del campo (39)!

Como por vía de entretención, ña Chuma, en su cara, que era *challona* (40), andaba triendo siempre colgáos en sus pequeñas orejillas sus grandes aros de plata con *pasaôres* d'oro y sendas *pelras* finas a cáa lão. Durmía con ellos, y no se los sacaba ni pa mial.

¡Son recuerdos, decía, muy compungidamente, de mi *guarizapito*!

Advirtiéndole que su tal *guarizapito*, había sido su propio hijo Valentín, que *guainita* había perecido en la cordillera tantazos años antes. Un

(37) Los dientes del serrucho después de afilados: se tuercen para un lado y el otro.

(38) Por lo bajo, sin que lo notara nadie.

(39) Un enojo con varillazos.

(40) De facciones abultadas, ancha de pómulos, ojos irregulares, tosca en sí.

rodão (41) tamañazo, que sin motivo n'uno se habida desmoronáo desde cerquita del cielo y que llegaba a dal miéo el zumbío que traida cuando venía embistiendo los montes cuesta abajo, por las laéras, y *quió* (42) onde mesmo estaba acampá la *tropa*, ¡qué calamía tan regrandaza!, lo andúo aplastando al pobrecito, y a la alimalá tamién!

Y como el *guaina* había sido en vida medio enfelmón al estógamo (se rascaba la cabeza), un argo *lerdón* de patas, y su poco arriáo a l'es-puela; y tamién tenuta su ración de pasáo pol debajo de la cola del *traro*, ey fué que no las *raspó* (43) a tiempo.

¡Cómo sufría ña Chuma cuando se acordaba del fináo Valentín! que, fuera de los defectos morales expuestos, había sido pati-zambo; nació asina, el pobrecito, *arqueáito de pielnas*, librando Dios que n'ubiese quedáo tullío, ¡pa nunca!

¡Yos, tuve la culpa, pol noveósa! Sostenía firmemente convencida, al recordarse cómo el *cachete*, el ojo y too el láo zurdo en la cara del *hueñecito* (44) llevó en vida una mancha amoratada opalina, que más parecía combo bien acertado, o patada de mula carguera, mal anivelada, que cualquier otra cosa. ¡Válganos Dios!

¿A qué fin juí a miral pa la luna, q'estaba *clisá*, cuando sabéida q'íandaa preñá der chiquillo?

¡Bien ícen q'en lo ajeno reina la esgracia! Suspiraba tiernamente condolidada, era de Dios, y Dios, Guestro Siñol, se lo llevó pal cielo, tal como se llevó a su paire!

Too el empeño que puse pa q'apriendiera el arte que m'ien enseñaron mis mayores, no l'ientró... ¡Jué contra na!, en re ñunquichicha!

El primer marío que tuvo ña Chuma, que al fin y al fallo:

¡Suerte te dé Dios, hijo,
que el saber nada te vale!

Y a ella le cupo la frionera de haber echado al hoyo siete *macabeos* (45), jué lionero (46), oficio que le tenuta pasión, y le *tiró* ende q'estaa chiquitito.

(41) Avalancha de nieve que se precipita desde las cumbres en las grandes lluvias, al caer la segunda nevazón.

(42) Se cayó.

(43) No se hizo un lado.

(44) Niño de dos años, pero muy pobrecito.

(45) Hombres vulgares.

(46) Se dedicaba a cazar leones.

¡Arriesgando la vía, a cá ná, las embelaba pol los montes, y echando a rodal peñazcos cerro abajo, se metía con caeza y too, aentro de las cuevas abandonás de los mineros, onde comaíreaban los lions! Con tóo, era bien consederáo pol los *patrones* (47) y polción de *preduto* que le ejaba cuando solida bajal de las *serranías* con la *tracalá* de perros y su *pal* de caezas de *ternero* con caras de gato o de cachorros mamones, que a las parejas con el *buitre* (48), con la *huiña* (49) y con la *chilla* (50) tanto estrago hacían en las haciendas entre los cabríos y los lanares. Esto, cuando en el rigor del invierno no se descolgaba el *rayo* bramando y rompiendo los nubláoos ¡too aparatoso!, pa vinil a reducil a ceniza a las pobre-citas!

En una nevazón regrandaza q'iuvo, en que tamién pereció bastante animalá, le llegó la mala: se lo tragó la cordillera; ¡murió como mueren los pájaros! Sollozaba confundida la buena señora, hecha un mar de lágrimas.

¡Sin amparo n'iuno! ¡Sin *confición* y sin ná! (51).

Y, lo piol, jué que n'oubo un arma caritativa que s'ubiera condolío d'él y l'ubiera arrimáo su güena frizca d'iazotes en el espinazo, ni le pasara un trago de *guariznáqui* (52) pa habélo *confortáo* y hecho entral el cuelpo en calol... y no ejálo moril con esa risa *bulrresca*, con que suelen icil ¡adiós! a los vivos, los que mueren caláoos hasta la *méula* e los huesos, los sepultáoos en las nieves.

Que si a ña Chuma le picaba el *pidúye* (53) y se ponía como la *vinchúca* (54) del mal humorada, cuando la mentaban la *lima sorda* o la *maéja sin punta*, y se acordaba de su hijo Valentín; era peor cuando en los meses de invierno, mientras afuera la nieve se deshacía en plumilla, el granizo les rompía los lomos a las bestias y la lluvia caía a cántaros, tal que si se hubiesen roto las regaderas del cielo; seguían bramando los *puelches* (55) y la *escarcha* endureciendo las aguadas, élla, *mate* en mano, el corpiño a medio abrochar, teniendo el quiltro a un lado, y en sus *faldas* al gato regalón; mientras lo *golpeaba* (al mate) por el *culito* contra sus rodillas, pa llamal l'agua pa la *gombilla*, ¡razonaba a solasl,

(47) Cualquier hombre acomodado.

(48) El gran Condor.

(49) Gato montés, color cobrizo, azotado.

(50) El zorro común.

(51) Sin ningún auxilio religioso.

(52) Aguardiente muy fuerte.

(53) Pequeña lombriz que le nace a la guagua en el ano y la hace incomodarse, llorando inconsolable.

(54) Insecto saltón.

(55) Bravos vientos del otoño.

escarbando las brasas perdidas en el *pulchén* (56) con las uñas de la tenaza.

¡Pobre ña Chuma! Se lamentaba recordando a su *Charito* del alma: su Charo; su pobre hija Charo, ya también, finada!

Contaban los malas lenguas, que ña Chuma, con su cuerpo *fofo* y desmadejado, en su mocedad, no habría tenido precio para *vaca lechera*. Preña y paría, siempre lo pasaba, y buenas ubres tuvo para criar la *ternerá* (57) ¡pa qué icil!

De los siete *marios* que sabemos echó a la *zanja* (58), unos murieron de la *picá* (59), que hacía estragos en los campos por esos entonces; otros, del *tabardillo* (60); aquél, de la *membriana*; ése, ahogáo en la *avenia grande* (61); no faltando *Brisio*, el que lo devoró el hambre y murió *trancáo*; otro, en un salteo; y el último, Crisóforo, que murió de la terrible *enfelmedá* der mal der tordo! (62).

Brisio, el *Cristo padecío*, cierta ocasión que caminaba monte aentro, cumpliendo como peón obligáo las obligaciones de la hacienda en un arreo de *capones* (63) q'iba con rumbo pa l'inverná (64) cordillerana, en el cerro de las Tres Pascualas, s'andúo peldiendo en unos coliguales, onde se l'ouscureció la noche *enramáo*!

Y como la lluvia arreciara, con el mismo frío y con la *mantaca* mojá hasta los mismos jundillos, ey jué, que s'andúo *apunando*.

Dey que li entró como una malura de caêza, y al otro día, andando a la sin rumbo, con el último *ulpo* (65) q'izo, perdió el conocimiento y perdió tamién las ganas de comel.

Asina jué cómo lo encontraron los *vaqueános* (66) que salieron a campearlo, ¡botáo!, ¡tiraíto en el suelo!

¡Qué de friegas y qué de sobajeos! ¡Náiden atinaba a icil que juera d'esta vida o de l'otra!

Hasta que con la leche *humana* que la chupaba del pecho de la mu-

(56) Nombre que se la da a la ceniza, en el sur.

(57) Sus propios hijos.

(58) La fosa común en el Cementerio.

(59) Terrible enfermedad que le apunta al ganado vacuno y es nociva al cristiano.

(60) Sueño y dolor de cabeza.

(61) Una gran crece de ríos.

(62) ¡Las piernas flacas y el poto gordo!

(63) Novillos (terneros recién castrados).

(64) Campos de cordillera.

(65) Comida de harina cocida.

(66) Hombres muy conocedores de los *pasos malos* en el cerro y en el plan.

jer *primeriza*, igual que una *guagua*, vino *arribando* y le grotaron de nuevo los colores a la cara!

De todos, resultó la tendalá de *guainas* y de *mozas*; pero, como siempre, si tuvo mala mano con los maríos que se le morían sin habel que, ni pa qué, los *angelichos* se hacidan sal y agua!

En los hombrecitos, escapando *Rebustiano*, el que no *tuerto*, *rulengo* (67), o la di no, dáo al juego, o al trago! Y las *chancletas* (68), cual más cual menos, ¡toas esgraciás!

Charo (se llamaba Rosario, pero la mentaban Charo), que jué la menolcita y la *regalonasa*, hizo güenasa suelte: se sacó la *sin pepa* (69), al carsarse con Hilarión Machuca, un *guaina parco* (70) cuando andaba en sus deberes; bien *chantáo* (71), ¡ganaol de plata!, y ná *calavera* (72), como q'era *capataz mayol* en l'hacienda *Culitrín* arriba (73), pal lao de los Huines (74).

¡Güeno!

¡Charito (de too hay que *picar*), con los años q'iban pasando y lo *feucona* q'era, antes de contrael *estáo*, habida sío una moza haciendosa; güena dueña de casa, juiciosa y humirde com'un perro apaliáo; espués, jigo yo!, una vez casá, ¡lo que son algunas mujeres!, reveló un genio tai-máo, *amurráo* y prosúo que daa miéo. ¡Ni ella sola s'aguantaba!

¿Q'el tiempo andaba ringular, o güeno? ¡Charito, a lo propio, ni chicha, ni limoná: güena tamién!

¿Quel tiempo estaa ñuláo o como pa lluvell, o la luna viniera *sentá* (75)? Tonces, ¡puro vinagre pa la ensalá! Er genio de Charito experimentaba una pertera en el cuelpo y le bajaba toa la *chiná* a los ñervios!

El corazón encerráo aentro de la caja der cuelpo, se espantaa lo mesmo que caballo encabritáo, ¡pa qué le igo, iñol!, d'iun lao pal otro, que se li gorría *taravilla*, ¡se esesperaba sola!, se descoyuntaba y se lamentaba

(67) Dejaba una *pata*, al andar.

(68) Hijas mujeres.

(69) Es augurio de mucha suerte para la persona que rebana el melón dar con la *tajada* en el *casco* que carezca de la *pepa*.

(70) Prudente, circunspecto, no bebe ni habla nada más que lo necesario.

(71) Siempre elegante a su manera.

(72) Nunca se propasa en el licor.

(73) Buscando la corriente del río.

(74) El viejo pueblo de Buín.

(75) Con los *cachitos* para arriba.

com'un *quebráo* (76)! O, al igual q'el *culco* (77) echando herejías en el inielno cuando el tiempo está *encapotáo* y quiere lluev!

Ey era cuando le daba la *catolécua*, se quéida reondita ar suelo, se desconcertaba toa y se costaliaba de lo divino, lo mesmo que ternera hu-raña recién enlazá; y, aguantá, que seguida haulando y pataliando, hasta que llegaba el mario!

Tonces, iz, que las pagaba a nueve el pobre Hilarión, que a la ñan-ga y ñanga (78), la quería a su señora esposa legítima, como cepa de tralhuén, pa echarla a l'oguera y hacerla carbón.

Tratándola con toda suavidad y delicadeza, tal como a una iñorita palticual: en too le daba en el dusto, ¡no t'iofendan mis palabras, le icída, bien re dáo a l'oreja, llevándole el amén, en too, lo mesmo que el san Cristiano, en l'iglesia, a los pairecitos sagráos!

¿Que t'ia dao la *mulatá* otra vez, ñatita linda?

¿E nuevecito habís empesáo a bailal er baile de San Vito?

¿O es que te escuece la *callana*, pol casualidá?

La *platicaba* con toda pruencia, ¡hijito de mi arma!

¡Al fin, si el hombre abomina:
a la mujer, sin razón,
no le cause admiración...
que le juegue la talquina!

Sin más q'eso, Hilarión, cormao hasta las remesmas agállas de habel *lirtao* con su mujer, le entró por ulmil en cama separá, ca y cuando la Charito se l'encaramaba en el macho (79)!

Guiándose pol los consejos de unas *migas* que tenía, empezó pol celarlo y pol cobrarle sentimientos cochinos con toas las conocías. ¡No lo ejaba solo, ni a sol, ni a sombra, ni en paz con naidencito!

En vísperas de unas Pascuas de negros (80), espúes de habel estao a las puertas de la sepultura, casi tieso, ¡*pataliando*!, der *tabacazo* en humo de cigarro de hoja que le dió a chupal, la *compañera* (81), que lo habida

(76) Una caída de a caballo lisiaba a los hombres y los dejaba inútiles para toda su vida.

(77) Curcuncho. A consecuencia de los frios se le endurece la *potra*, se desespera y, desconcertado, feroz, habla lo que se le viene a la cabeza: ¡lo suyo y lo ajeno!

(78) Por fuerza, quieras que no, era su mujer.

(79) Se ponía altanera.

(80) 6 de enero de cada año.

(81) Su propia consorte.

preparao la méica aivina ña Calmen Quiroga, en que entraba: er porvo de la culebria overa, los sesos del ratón capao, la cresta del gallo castizo, un pernil de grillo acatarrao, la lengua der zapo soltero, un puñao d'hormigas del Ciminterio y siete pelos der *agraciao* revolcaos en la leche de l'iguera, sacá a las doce de la noche del *dida* de San Fuan, que era el secreto para atraer al indino *traido!*, que se *dejataba* d'iabel dejao abandoná al *garete* a la señora propia legítima, tan solamente pol darle dusto al cuerpo, *varial* (82) y hacéla sufrir; jey, le dió la *torta aliñá*, y s'iarmó la rosca paire!

Si no son santos, ná, los hombres en la tierra, ni han hecho *votos* sagraos como los pairecitos de misa y cerquillo, que igamos.

Er compaire Hilarión, cormao hasta er gollete en después de la vía crucis que lo habida hecho pasál su señora esposa, y a pesal de la *indolugencia* que gastó con ella: las *paró* (83), que lo que querida l'indina: era, montásele encima y gubelnálo a pueblo.

¿Cómu se vá a compriendel que un hombre dotao de güena conciencia, sin estal *curao*, va a tenel *estógamo* d'iacostalse a ulmil con una mujel tirana, desengañá de fauciones y taimá pol añadidura?

Con su siñol moo que tenida, antes de dal mal ejemplo a l'humanidá en l'acienda, la zarandéo pa un lao y ey mesmo barrió el suelo con ella; y se las aplicó en *solfa* (84), esto, juera de los moquetes y de las moretiaúras, que la ejó marcá pa los restos de su vía!

¡Contra ná, me desgañito,
pol *trayelte* argún regalo:
como ya no me querís
cuanto hago, me sale malo,
toito se lo pasáis al *otro*...
sin vergüenza: care-palo!

¡Le ijol, y, endey de aclará la banca (85), jué y sacó su *macho a mial* (86), raspándolas pa *otro partio* (87), ejando la *pejería* (88) y a su *Charito*, lo mesmo que quiltro en cuaresma, lairándole a la luna (89).

(82) Irse a remoler el dinero con otras mujeres.

(83) Lo supuso, y con razón.

(84) Mientras le hablaba la castigaba con la chicotera de las riendas.

(85) Le habló claro, y le razonó cuanto quiso.

(86) Se fué con toda prudencia.

(87) A otros campos no conocidos.

(88) Todos *confabulados*, hablando mal de él.

(89) Durante los días de la cuaresma, todos sufren las hambrunas, sin excepción.

Y toichicha la veleidá que le bajó a Hilarión, no jué ná más que debió a las *inderéutas* que a la descuidá le plantificó el *discretito* de ñor Nica (90), el *payaol*, en el velorio, cuando vino a despedil al angelicho, en lo las *Tres Candelas* (91), én los *cogollos*, cuando le echó la *talla*:

¡Qué glorioso el *angelicho*
que pal cielo va en camino!
¿En qué se parece al *táita*:
cuando es *iden* al *pairino*?

Y tan bien rebienazo que se veida el *pobrecito* (92) adornao como pa acompañal a la procesión, en una fiesta de gala.

¡Bastante iluminao!, sus ropitas recién aplanchaitas, ¡albitas! (93). Pal viaje pa la eternidad; su carita, como riéndose, pintaíta con *oléas* (94) y con *colorettes*, como que el que lo acondicionó jué el *marica Jloridol*, q'era el mandao hacel pal rezo, pal *planchao*, pa *viral* un telno de paño *casimil*, y pal canto en la chingana!

¡Jlores de cala, jlores de clavel, jlores laboriás en papel de *sea* colol *suspiro* (95). ¡Bastante toronjil, arbaca, velas de esperma y velas de las de cebo, ¡too blanco!, ¡copocito!, y sentáo en su trono de gloria, los ojichos *entornaos* y las *alichas* (96) *platiás*, q'estaba como haciéndole señas con la *megallita* que lo acompañó en toa parte (97) a los angelichos der cielo! ¡Con zahumerios y con tóo!

¡Qué glorioso el angelicho,
que va camino pal cielo...
a rogal, pol *paire* y *maire*:
y a mí que me salga pelo!

(90) El llamado Nicanor.

(91) Vecinas que *cantaban* en la guitarra y las habian bautizado con este sobrenombre.

(92) El niño fallecido.

(93) Blancas, muy blancas.

(94) Obleas de harina (primando los colores chillones) de las mismas con que se pegaban las cartas para cerrarlas, antes que se conociesen los sobres.

(95) Blanco y morado, alternados.

(96) Alas superpuestas.

(97) Medallita de plata que le colocaban a la guagua, al nacer, para librarla del mal de ojo.



Agora, ¿pa qué icil der trago: mistelas, mostos, *gloriaos*, causeos, contra punto a dos razones y laboreos en la vihuela, con canto apropiiao?

¡Qué glorioso el *angelicho*
q'está sentao en alto
no se vayan a descuidal,
que puée pegal el salto!

Esto, cuando sus padres, que debían hacer de *tripas corazón* para no verter ni una sola lágrima por el hijo querido que se les iba, lograban sepultar el cadáver antes de las 24 horas y no esperar que viniese la in-

fluencia y los empeños de los *compaíres*: a conseguirlo prestado, y llevárselo para velarlo en sus casas ¡como *se lo merecida* el pobrecito!, que al ocurrir así, seguía una de *velar a la guagua* en los diferentes domicilios, hasta que le *salía pasto* (98).

¡No lloréis, madres amables...
aunque le tengáis amol;
s'entristece el angelicho,
y se *noja* Güestro Siñol!

.....
Pero no se jué na *mostrenco* (99) el gallómetro, proseguía la señorona, se jué acompañao.

Acopló con él, de supli-falta: ¡bien ícen: que no farta un roto pa un descoció!, la Zenobia Campusano; aquella moza *bizarrota*, arba de cuti (llegaba a ser azul de blanca), livianita de sangre, alta de encuentros y ergaicha de cintura que la mentaban pol buen nombrie y sin ánimos de ofendel a naiden: ¡borcita de amoll; y daba miles de dustos del véla tan bien reconfolmá de toas paltés! (100).

¡Qué mata de *mechas* tenida, que parecida una *champa*, cuando se la ejaba secal al sol, espúes de una *refregá en la artesa*, que la mezclaba con quillay serenao, hasta que hacía *espumita*!

Cuando estaba en pañales, iz que, ¡Ave Marida Purísima!, como si hubiera tenido empacho; pol más que le daban el *azogue* (101) a tomar, y liaplicaban el terrón de azúcar, el romero, la yerba mate, la palma bendita, el tabaco y los tres granitos de sal que los desparramaban al *juego* y en el humito *revolvaban* a la guagua para *envolverla* después en los pañales, y dejála que se azucarase, siempre golvia los ojitos túlnios, y echaba espu-maraja por la goquicha, ¡que daba que sió qué!

Tonces, tenían pol ley que llevála seguíto onde el Taita Cura y sabel aflojal el *real* (102) pa que le pongara los Evangelios Sagraos. ¡Taba contaminá del mal de *ojo seco*, colado entre cuero y carne que le tomaba a la vena y se le recogía a la orina con fiebre al corazoncito, dolamas a la *caeza* y espanto al resuello!

¡Too se pag'en esta vía! ¡Veley! Dígame, ¿qué juicio hacía de la maire, cuando estaba en la güena, la pegüencha?

(98) Se ponía mal oliente.

(99) Hombre que vive solo, sin acompañarse de alma nacida.

(100) De muy bonitas hechuras.

(101) Medicamento especial para los niños medianos en estos casos.

(102) Varias monedas, hasta completar doce centavos y medio.

La *chasconaza*, la *zamba*, la *pañenta* (103), *moño e cuete* (104), *boquezeco*, cejas calzás, apirguiná de cuelpo, mechas tiesas como de quilines de yegua, patas hediondas, ¡fof!, que hasta brigotes tenida.

¡Niuno! ¡Niunito, m'iarma!

Atenida q'era l'hermana de Rebastiano; y, que Rebastiano, el *peine*, está en la regüena con el *patrón* on Zaca, andáa la *chirpienta* con el moño tieso.

¡Espiés, a duras penas, pol la ausencia d'Hilarión, la *galla* vino a confoimarse sola!

Bien ícen:

Q'el bien no es conocío:
hasta que n'oes perdío!

Y, que al hijo der rigol, ¡too bien le enfada!

Estas, y otras cavilaciones sostenía ña Chuma, hablando sola; ¡solita su alma!, al gato regalón, que febril la escuchaba, hecho *rosca* en sus faldas, pero que empezaba a impacientarse por algo grave que pudiera acontecerle; puesto que, paulatinamente dejaba de *runrunear* y, estirando sus patitas *inquieto*, lamíase con su lengüita coloradita y áspera como la carda, uno de sus flancos; mientras empinaba el espinazo, mostrando sus colmillitos afilados como espinas de algarrobo.

Si ña Chuma levanta al animalejo con sus flácidas y descarnadas manos, es porque lo quiere, y si le prodiga dos o tres palmetazos sobre las nalgas, es también por lo mismo!

¿Qué sería d'iuna si no tuviera con quién regalonial y con quién desahogal su pena? Filosofaba la anciana señora, completamente convencida que el bruto acurrucado en sus faldas la comprendía todo cuanto ella le conversaba.

¡Como que son *alimales*!, terminaba diciendo; pero, too lo saén y lo comprenden mejol que muchas personas mal agradecías que *dey* que le eben el servicio a una se mofan!

¡Háguele vosté una *desconocía* (105), y verá como pol encanto cambian de parecell!

Y, uniendo las acciones a las palabras, ¡tras!, el pobre animalejo,

(103) Que tiene manchas negras sobre el cutis de su cara.

(104) Moño muy parado y *empingorotado* que monta sobre su cabeza.

(105) De súbito, le atraca un palmetazo.

¡patitas, pa qué te quiero!, forzoso era que huyese a las imperdibles a refugiarse en el último escondite de la casa; o saltara a tomar el fresco en el mojinete del tejado.

Porque ña Chuma:

¡Quien la hereda, no la hurta!

Estaba con la *zambada*. ¡Tenía *callana*! (106), tal como la tuvo su abuela, y la tuvo su *maire* que la parió; ella fatalizó a la hija, les venía como herencia del *malulo* (107) en las señoras mujeres.

Com'un jardín de tirillas, toa *desguañangá*, hecha una *lila* (108), retornó al hogar, tiempo más tarde, la pobre Charito, cuando s'iacordó que tenía *maire*:

Una *maire*, ¡pa cien hijos!

Razonaba ña Chuma toda compungida. La cosa es que t'enmendís, que no parís la cola; y que no le vayís a dal la oreja al primel hombre que t'empalique pol casualidá! Le ijo la *maire*, o que te enga a dal la perrera en casa'jena... polque yo no t'igunto planes, *moléera*, como t'iacidais con el compaire Hilarión, que pol más *jarabe de membrillo* (109) que te andúo dando a preval, no te púo quitál la mala maña.

¡Vos vís que te hay recogío de purita lástima!

Pero donde más efervescencia gastaba ña Chuma, era cuando al tiempo de acostarse, sentada al borde de la *marquesa* (110), o metida debajo de la *cobija*, se inspiraba orando por el alma de la parentela *ida*, esto, después de los rezos consabidos por los Santos de su advocación; ahí entraban: San Peiro, San Andrés, el glorioso San José, *San Jerónimo*, San Nicodemus, San Judas Tadeo, San Jenaro, San Roque, el *patrón* contra la peste; San Dámaso, etc., no dejando descontentas tampoco, ¿por qué?, a las *álimas* enditas, que en espera de los *resposos* y de las *misitas* que

(106) Un manchón opalino cubierto de vellos negros y sedosos que le apuntaba al recién nacido sobre el potito, cuando descendía de mala cepa.

(107) El diablo.

(108) Flor de jardincillo que cae al nacer y no dura nada.

(109) Una frisca con varillas de membrillo a calzón quitado.

(110) Catre de madera, multiplicadero de chinches.

le mandarían dicil los *dolientes*, que s'iavidan orvidáo del too, d'ellas, penaban en el Purgatorio!

Un Paire Güestro, *glorio* (111), después del consabido en el nombrie sea del Paire, del Hijo y del Santo Espiritu. ¡Amén!, siete *sarves*, un *ben-dito*, un *alabao* y un *yo pecaol*, pal álma der fináo su suegro, ñor Benito Chaparro, que jué el paire de su marío Lauriano, que túo tantos hijos: ¡toos Chaparros!, ¡que fueron tan regüenazos sus cuñaos!

Luego, mirando de reajo la *rueda* (112), cateando el mazo de cáñamo *tazcado*, o a pestañadas con la alfombra de *misa*, que era de cue-recito de león y las tenía en su cuarto, al alcance de su vista, mientras buscaba repaso en su mente y arrellenada en la almohadilla sacaba a relucir una risita irónica, se recordaba con bastante mala intención del *Torito* (113), el ¡discretito!, que la sacaba a las *trillas* y que de tantazo amol que la tenida, en cierta ocasión la empujó río abajo.

¡Hay cosas que son para calladas, otras para comentadas, y otras: para bien habladas!, versaba jadeante y sudorosa la pobre ña Chuma.

El *Torito*, el gallómetro, que no le trabajaba a náiden un día, ni se *comedia* tampoco, y sólo vivía a *dispensa* d'ella; ey jué tan y solamente onde ella aprendió a tenel *taita* (114), hasta que, por fin, lo supo domal a pueblo: a juerza de *pircún* y de polvos pal amol. ¡En esto, Díos se acoldó d'él!

Otras cortas oraciones, menudiaba, para intercedel pol el alma de ñor Justo Avilés, q'era *cantero* y murió al tragarse una espina de pescao, después de los golpes en el tungo que le prodigaron los que sabéidan el güen remedio; ñor Justo, jué el paire d'Hilarión, ¡casi estaba en la segu-rera! que el *hueñecito* (115) ende que mamaba el pecho jué afortunao y ganaol de plata; y, montón d'ialivio que le dió a la maire!

Como q'iunos caballeros *letraos*, pol más señas nombriaos pol el Gobierno, que solidan salil pol los campos a *vacunal* a los cristianos, al insaminálo q'el *hueñe* tenida güena sangre, lo tomaron pol su cuenta con maire y too; pa pasal una vía *regalá* y ganál *ocho riales* pol día: ¡ey es!

Y el *trabajito* n'oera ná; l'escalbaban los *granitos* que tenida en los *lagaltos* de los brazuelos con unas pincitas *chiconcitas*, y endéy del *cero-*

(111) Glorias Patris.

(112) Una rueda de carreta a medio concluir.

(113) Hombre diablo, valiente y capaz de hacer cualquier obra mala.

(114) Hombre que sin esperar razones, castiga al que quiere, sólo porque se le ocurre.

(115) Niño pequeño, que empieza a gatear, pero hijo de padres muy pobres.

tito que supuraba, con unas lancetitas bien afilás se las encanaban al doliente que pillaban a tiro (116), y, ¡na más!
¡Ey iban dejando la pringazón!

En efecto, ña Chuma, conservaba *patentito* el recuerdo de sus maridos: el uno que había sido *ruedero*; hacía la *cama* (117), partía el *rayo* y le perforaba el vaciado en las *mazas*, dejándolo en punto para que el maestro herrero le colocara la *bocina*, y orillando el radio finalizaba la rueda colocándole la *yanta*, con esto terminaba la operación.

El otro, que fué *cañamero*, es decir: desde principiar la tarea, sembraba el *cáñamo*, lo cosechaba, lo dejaba podrir en los pozos, lo *tascaba* en la *maza* y lo preparaba en las bobinas hasta dar hilada la hebra y hecho el ovillo!

Y *aquel*, ¡Avaloi!, que antes hemos conocido, y era leonero.

* * *

El arte de ña Chuma consistía en la *cerámica*.

Fabricaba tiestos, pailas, cántaros, fuentes *callanas* (118) para *tostar* el trigo, *librillos* (119), *cancos* para las plantas del jardín; y *cacharros* de greda, que tanta aceptación tenían en la *recoba* y sabían *comprarse* las señoras mujeres dueñas de casa: a *medio y cuartillo* (120).

Por eso, *pica* (121) le sacaban, que llegaba a *berrear* (122) cuando con su *qué* (123) los muchachos perversos y los hombres malévolos, cual que los abogados y los *tinterillos* de baja estofa se mofan de la desgracia ajena, hacían risa de su imposibilidad física, gritándola desde lejos:

¡Maltes hoy, maltes mañana:
maltes, tóa la semana!

.....
¡Tué, tué, tué, tué!

(116) Costaba para que se entregaran las personas para inocularles la vacuna humana.

(117) Madera confeccionada para formar la rueda.

(118) Una fuente *plana* para *tostar* el trigo, hecha de barro cocido.

(119) La misma fuente, pero bastante honda.

(120) Seis y tres centavos, en moneda de vellón, cobre nativo, respectivamente.

(121) Una rabia concentrada y terrible.

(122) Se lamentaba, gritaba y se desesperaba.

(123) Modo jonjisto y burlón.

¡Se fué Valentín,
se fué pa Vichuquén!
¡A aprender pa brujo:
y no pudo aprender!

Amén, que cuando se les ocurría, al verla pasar, le *piduntaban*, con harto desplante:

¡Lunes, y martes; y miércoles: *tres*!
¡Jueves, y viernes, y sábado: *seis*!

Que la gravaban en la cabeza de ña Chuma, recordándole que el domingo *caería* en *siete* (124).

Dey, los *chuscos*, le quemaban su cogollito de *olivo* revuelto con hojas de palma bendita; o le disparaban sus granitos de sal o de incienso al fuego: para *alborotarla*, llegando en ocasiones a sacarla de *juicio* y hacerla perder las *chavetas*, cuando en el suelo, *raspadito*, le dibujaban con un cuchillo, cuya punta iba dirigida hacia el cielo, la *cruz de Salomón*! Mientras le canturreaban en su propia cara, las doce palabras redobladas:

¡Una!

Una, no es ninguna, y siempre la Virgen pura!

¡Dos!

Dos, son *dos*; las dos tablas de la ley, que grabó Moisés, por donde pasó el *Virrey* (125) con sus Doce Apóstoles a Jerusalem; ¡una, no es ninguna, y siempre la Virgen pura!

¡Tres!

Tres, son *tres*, las tres *Maridas*: la blanca y rubia maire de Dios Mi Reina, Marida Santísima; la *prieta* (126), Marida Salomé; y la María Maudalena, la *pecaóra* (127). Dos, son *dos*, las dos tablas de ley por onde pasó Moisés a Jerusalem; y una n'oes ninguna, y siempre la Virgen pura!

¡Cuatro!

Cuatro son *cuatro*, los cuatro Evangelistas que acompañaron a Jesús en sus paecimientos: San Fuán, San Lúcas, San Marcos y San Matedo,

(124) Cuando cae en domingo, es pernicioso para el brujo.

(125) Suponian Virrey al propio Jesús Nazareno.

(126) De color moreno no llegando al oscuro.

(127) Hecha un mar de lágrimas, Magdalena, arrepentida, al conocer la bondad de Dios, dejó de llevarse esa su vida libertina de antes y se tornó en una buena mujer.

q'escibieron la Biblia, hablando y pintando tan a lo vivo la vía crucis del Nazareno cuando vino a *asistir* a este mundo; tres son *tres*, las tres Maridas: la blanca, la prieta y la de las trenzas d'oro, que estuvieron presentes cuando enterraron al Señor!; dos son *dos*, las dos tablas de Moisés, y una n'oes ninguna y siempre la Virgen pura!

¡Cinco!

Cinco son *cinco*, ¡las cinco llagas!, que l'icieron a Mi Dios los judíos y tantaza sangre erramó, cuando se lo comieron vivo los perros sarracenos: una, en el sagrao costao, dos en los empeines de sus piecesitos y dos en las divinas manos, que lo ejaron güeno pa ná!; cuatro son *cuatro*, los cuatro Evangelistas, que haimos mentáo, tan recaritativos, y tan *reletores* que l'icieron la leénda del *Siñol*, pa que juera a queal estampao en el papel cuanto sufrió el Pobrecito; tres son tres, las tres Maridas, llamás tamién: las tres *chepas*; dos son dos, las dos tablas de la ley, que jué a buscar al monte on *Moisés*, llamado tamién el *Patriarca*; y una no es ninguna, y siempre la Virgen pura!

¡Seis!

Seis son *seis*, las seis candelas, q'ialumbraron a Mi Dios, cuando hicieron etonomías con El, los judíos!; cinco son *cinco*, las cinco llagas pol onde erramó toa la sangre Mi Dios, pol reimil a los pecaóres!; cuatro son cuatro, los cuatro Evangelistas, que tantosos recueldos güenos ejáron escrituráos *pa sécula* en los sagráos Evangelios, p'escarmiento de los masones!; tres son tres, las tres Maridas, cual más de toas más compungía cuando velaron al *Siñol* espúes de descendélo de la Santa Cruz!; dos son dos, las dos tablas de la ley, con los diez mandamientos por onde pasó Moisés a Jerusalem; y una es una, pa siempre la Virgen pura!

¡Siete!

Siete son *siete*, ¡las siete plagas del Egiuto (128): l'hambre, las guerras, la peste negra, la sed, las lluvias, el rayo, la lepra!, cuando hacía estragos entre moros y cristianos dentro del pueblo d'Israel, alcanzando hasta el litoral, onde n'oescapaba náiden; ¡més q'iban a descapal mayolmente!; seis son seis, las seis candelas que después de alumbral a Mi Dios en el Huerto de los Olivos, se fueron pal cielo, onde se devisan claritas, cuando el cielo no está empañao; cinco, son cinco, las cinco llagas que se trastornaron en cinco misterios, ¡ey es!, ¡digamé!; cuatro son cuatro, los cuatro Evangelistas tan mentáoos en los libros q'ihablan del pueblo d'Israel!; tres son tres, las tres Maridas: la primera, la der megio y la úrtima!; dos son dos, las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus dos apóstoles pa Jerusalem; una es una, y agora y siempre la Virgen pura!

¡Ocho!

Ocho, son *ocho*, los ocho bienaventurados hijos de Eva; ahí entraban los múos, los orates, los ciegos, los curcos, los faltos de sentío, los dementes, los mansos y los burros! ¡A cual de toos más esgraciáos! Siete son siete, las siete plagas que asolaron al *Egiuto*, por causa de la prevaricación de los malos gobernantes que, abusando de la inorancia del pueblo, los abatió: cuando no a *multas* a *cóimas*, y jué la plaga mayol que azotó a l'humanidad! Y, ¡Dios libre de cayer de nuevo en manos de tales indinos! Seis son seis, las seis candelas, que por falla de la luna escondía entre los nuláos, alumbraron malamente a Mi Dios, en el Huerto de los Olivos, pero ¡qué hacéle!; cinco son cinco, las cinco llagas que l'hicieron a Güestro Siñol los perros judíos cuando lo sacaron en anda *cuzpaíto*, chicoteándolo por los callejones q'estaban de lo piol, en esos tiempos; cuatro son cuatro, los cuatro Evangelistas, profetas de los buenos q'iablaban por boca d'iangel ¡poco y güeno, sin errarla! y, gamos *apuntando* hasta q'hicieron la Biblia, pa discordia de los que arriaron el ganáo de Dios, que fueran los mismos parecitos!; tres son tres, las tres Maridas: la más goñicha, que fué la maire de Dios encarnáo; la otra de las trenzas d'ioro, que con ellas le secó los santos pies a Mi Dios Ñoun Cristo, en después d'habér-selos lavao con aceite del güeno; l'otra, que la mentaban la Marida Salomé pol lo bien atrasá d'hambres q'iandaba de contino que llegaba a *salomal*; dos son dos, las dos *pieiras* que bajó del monte el gran Moisés, que diez sentencias grababan, pero borradas lo fueron pol los paires fariseos, que a dos las redujeron; una es una y siempre la Virgen pura!

¡Nueve!

Nueve son *nueve*, los nueve lamentos del Siñol, cuando lloró la lágrima viva pa redimil al pueblo de Judea, a sabiendas q'iba a sel un mal agraecío. De guanita le lloró a su Sacarrial Maire pol el pecho, y le echó sus lagrimedos a los reyes *prietos*, que los mentaron *Los Magos*, polque llegaron de quiénsabe d'ionde pa encontrarse en la parición de la Vilgen, junto con la vaca que le calentó al Niño, con Mi Padre y Siñol San José y la burriquita que en toda opoltunidad los acompañó a los tres, y se dice que no envejeció nunca, y le lloró al primo Fuan cuando le descorgó cogote abajo la cantara d'igua en el rido de Jordán. Ocho son ocho, los ocho bien aventuraos que no silven más que pa estorbo de la humanidad. ¡Dios libre y los tenga compasión de verlos cómo se lamentan cuando los otros se mofan d'ellos, los pobrecitos, ey entran hasta los curáos, que no saen lo q'iacen!; siete son siete, las siete plagas del Egiuto, que jué con temeridá lo que asolaron al pueblo d'Israel, cuando se colaron como Peiro pol su casa, no ejando rancho ni casa de rico onde no acabaron con casi la totalidá de los seres humanos, tanto racionales como

alimales, sin respetar a alma nacía!; seis son seis, las seis candelas que alumbraron la llegá der Niñito Jesús, en el portal de Belén, onde la Virgen pasó las crujiás mayores; cinco son cinco, las cinco llagas que l'hicieron a Mi Dios los Sarracenos, cuando hicieron hetonomías con El, los perros arestinientos que ¿qué se estarían afigurando?; cuatro son cuatro, los cuatro Evangelistas, hombres güenos toos, y quitáos de bulla a lo propio de Mi Señol San José y que el propio on Zacarías Encina, que enredos con náiden tiene y Mi Dios le tenga deparaao un rincconcito en los cielos; tres son tres, las tres Maridas: la una que lo jué la propia Marida Santísima y Maire de Dios Paire Celestial; la otra, que lo era la Marida Salomé, y la tercera, que era l'última, que lo jué la chusca arrepentía; pol eso se dice que más gale un arrepentimiento a tiempo que too lo demás, y no esperal la úrtima hora!; dos son dos, las dos tablas de la ley por donde pasó el Virrey pa Jerusalem; y una, una n'oes ninguna, y siempre la Virgen pura!

¡Diez!

Diez son diez, los diez mandamientos que li entregó Mi Dios al viejo Moisés en el monte de Sinái, pa que los trajera cerro abajo, pa que con ellos se rigiera la humanidá, pero jué caso perdío, polque toos salieron con la suya, ¡ca uno tira pa su raya, y el hombre no manda ná! ¡Son las señoras mujeres las que s'están poniendo los pantalones, a l'otual! Nueve son nueve, los nueve lamentos del Siñol, al vel cómo continuaban sus paeceres, ¡cuando una viene no viene nunca sola! Cuando le lloió al Paire Eterno, pa que se condoliera del mundo y le tuviera piedá y caridá; cuando le lloró al apóstol San Peiro, que estuvo con intenciones de quitarle las llaves de las puertas del cielo, pol habelse avergüenzado de El, y así jué como lo negó pol tres veces ante Poncio Pilatos, cuando lo llevaban pal Calvario!; ocho son ocho, los ocho bienaventuraoos hijos de Eva, como no entren ey hasta los navegantes que tambalean a la sin rumbo pol los mares, los caminantes que se pierden en los montes, como los inocente que han padeció persecuciones por la justicia. Los que han sío corretiaos pol el lión y pol los duendes, tamién quean a un lao; y Dios los tenga caridá y misericordia! siete son siete, las siete plagas que asolaron a los malos que hicieron sufrir a los más débiles polque eran capaces, y no s'iacordaban que Dios les podía mandar un castigo; seis son seis, las seis candelas que alumbraron a la Vilgen en el pesebre de Belén, cuando la Santísima Vilgen alumbró a Mi Dios; cinco son cinco, las cinco llagas qu li entraron los judíos al Nazareno cuando lo anduvieron traendo de Heroes a Pilatos, de aquí pa allá y de allá pa acá, antes de crucificarlo como un cualquier lairón, siendo la más grande la que le pegó el Longino en el sagrao costao; cuatro son cuatro, los

cuatro Evangelistas: Matedo, Marcos, Lúcas y Fuan. que acompañaron al Hombre Dios en todos sus paecimientos, no avergonzándose de tenel que dicil q'era su Madestro Querío!; tres son tres, las tres Maridas que se las compusieron pa sufril con paciencia cuanto veían en el Salvador del Mundo que sufrida y sufrida callao, ¡sin decir chus ni mus!, cuando lo azotaban los judíos; dos son dos, las dos tablas de la ley, por onde pasó el Virrey pa Jerusalem; y una, una no es ninguna y siempre la Virgen pura!

¡Once!

Once son once, las once mil hembras que paecieron lo que Dios ha servío y prefirieron la muerte antes que entregarse a vivir amancebás con los fariseos, ¡hijos de una grandísima!

Unas que murieron esperecías por el hambre en las prisiones, las otras de las enfermedades que Dios manda y las más *comías* por los lions hambriaos que se los soltaban en el *triato*, en esos tiempos náiden pagaba por la entrá y toas las junciones eran *gratitas*; diez son diez, las diez tablas de la ley pol onde pasó el virrey pa Jerusalem y lo siguió en procesión too el pueblo d'Israel, hasta vel q'éran sus miras; nueve son nueve, los nueve lamentos del Siñol de los altares; entre los cuales: cuando lo negó San Peiro (lo que no se li orvidó nunca a Mi Dios) antes que cantara tres veces el gallo q'estaba como se píe en el gallinero, esto, horitas antes que le echaran el guante los Sarracenos a Mi Dios; y l'otra: cuando tuvo alma el discretito de *Tomacito* pa no creyerle a la Santísima Vilgen y a los emás apóstoles cuando le ijeron que Mi Dios habida resucitao y estaba entre ellos: que lo habidan visto *bajare* de los altos cielos ¡en cuerpo y alma!, y él, el novedoso, quiso entrarle el deo aentro de la hería pa cerciorarse por sus cabales que ello era verdá; y q'era el mismo Diosecito en calne y hueso, y no era ni un apareció el Siñol. Pol esto ha de sel que Dios conjunde a los incrédulos que no dan crédito a lo que se les dice; ocho son ocho, los ocho bien aventuraos que cuando se incomodan es como la grasa de caballo, polque los pobres de espíritu no silven más que pa dar rabia a los semejanter; siete son siete, los siete pecaos capitales, cuando entraron al pueblo d'Israel, diezmando con toos y ejando la gritaera cuando jormó la rosca, ey entra la soberbia, la avaricia, la ira y la envidia, que en n'iun sólo caso es güena; seis son seis, los seis mandamientos de la ley de Dios, que vienen siendo las seis candelas que alumbraron a Mi Dios y adún se columbran en el cielo, y más cuando las miran las señoras casás en meses mayores; cinco son cinco, las cinco llagas quel'icieron a Mi Dios, a cual de toas lo tenuta más *pren-dio*, q'era con temeridá; cuatro son cuatro, los cuatro Evangelistas, que tan bien se avinieron con Güestro Siñol hasta ejarlo en la sepultura,

pero harto que trabajaron, que Dios se condolió de ellos y les prometió consuelo y que s'iacoldarida d'ellos; tres son tres, las tres Maridas que acompañaron en su soleá al Siñol, a cual de las tres más arrepentía, ¡y con razón!; dos son dos, las dos tablas de piedra que bajó el Profeta desde el monte Sinaí, pol onde pasó el Virrey pa Jerusalem; y una no es ninguna, para siempre ña Virgen pura!

¡Doce!

Doce son doce, los doce apóstoles del Siñol, que tan bien se avenían con El, siendo que entre pescaores, chacareros, albañiles, hortelanos y maestros carpinteros los deligió pa que le acompañaran en las taredas de enderezar a l'humanidá; y fuera de los Evangelistas, ey estaban ño Santiago, ño Andrés el peras cocías, ño Bartolo, ño Simón (San Pedro), ño Judas el Tadeo, hermano de leche con Santiago, y que na tenida que vel con el Iscariote, el que vendió al Siñol. ¡Nunca quiso ocupal Mi Dios a los ricos, pa los puestos que no podían desempeñar mayolmente!

Once son once, las once mil vírgenes puras (algunas viejanconas y otras con la cría al pie), que se las *causiaron* los lions en el cilco ecuestre en presencia del rey Nerón que gobernaba al pueblo de Roma, onde agora está el Santo Paire; ¿cuándo no lo pasaba en fiesta el rey Nerón? De ahí que curao se le ocurrió de mandal matal a su maire porque le habida negao más d'iargo. ¡Era terco el rey Nerón!

Diez son diez, las diez tablas de la ley que grabó Mi Dios y se las entregó a Moisés, que las sentencias tenidan pa regir con ellas al pueblo d'Israel, y era lo mesmo que habidan profetizao en años anteriores Jeremías (el llorón), Isadías, Exequel y Daniel (el que murió en la caverna de los leones, pero no comido por ellos, que le tuvieron respeto y caridá, si no que de pena, al ver y considerar en la perversidad de los hombres ya maduros).

Nueve son nueve, los nueve lamentos del Siñol, que fueron tan sumamente conocíos *los lamentos*, toos tendentes a salvar a l'humanidad, pero ni con esas porque los hombries cada día se ponen piol, a consecuencia de que *fallan* los jueces, en las sentencias! No lo igo pol toos, lo igo pal que le venga el *sayo*, que si el juez *fallara a conciencia*, otro gallo le cantara a la humanidá!

Ocho son ocho, los ocho bien aventuraos hijos de güestra maire Eva, que es sabío fué la señora esposa de güestro paire Adán. Con dicile q'estos (los tontos), no se acabarán nunca y cada día cunden como la corrigüela, la gualputa y el cardo santo, ey le toca la rociá al *gaznachero*, al maricón, al torció, que se güerve pal lao d'ionde más calientan los soles; al juerte de patas, al *pidigüño* y al *petardista*, que toos arrancan d'ellos!

Siete son siete, las siete plagas del Egipto, que caminaban pol parrejo con los siete pecaos capitales, que han hecha tantasa mella entre los güenos hombres, ey entra el soberbio, el avaro, el sodomista, el goloso hasta dicil basta, el envidioso y el flojo que no trabajaba en tras que Dios y le dusta que las cosas se las den hechas.

Seis son seis, las seis candelas que alumbraron al Siñol en el Huerto de los Olivos y en después se encumbraron pal cielo, acompañando a Mi Dios; cinco son cinco, las cinco llagas que l'icieron al Hombre Dios los judíos, cuando lo maltrataron en demasía tratándolo a la baqueta; cuatro son cuatro, los cuatro Evangelistas eligíos pol Dios mesmo, entre los doce apósteles, los cuales, sin saber leel ni escribil, hicieron la Biblia, jey es!; tres son tres, las tres Maridas, la que le lavaba los pañales al Niño Jesús, polque era su maire, que lo amamantó y le dió su leche, mientras el viejo José tendía los pañales:

¡La Virgen lavaba
San José tendía...
y el Niño lloraba,
del frío que hacía!

Y, jcon su hijo no más lo hacía, era su maire, y yastá! La mesma que en después se la llevó derecho pal cielo encumbrá en una nube de plata y rodía de angelichos el dida de la Purísima. Eso lo sae uno ende niño chico! L'otra que lo jué la Marida Salomé, que les servía el rancho a los apóstoles; y la úrtima, que jué la ultrajá, que habiendo sío una chusca, al pasarse al partío de Dios se tornó en niña güena y honrá; dos son dos, las dos tablas de la ley que grabó Moisés, por onde pasó el Virrey pa Jerusalem; y una no es ninguna, y siempre la Virgen pura!

* * *

Y fuego agarraban los pobrecitos hablando de la historia de los Macabeos, de los Apóstoles, del profeta Jonás (dentro del vientre de la ballena), de Elías, cuando se elevó en el carro ardiendo, y, ¿cuántas personas hubieron que lo vieron ir? ¡Incontables!

Días enteros, semanas y meses, se entretenían haciendo bártulos acerca del cómo fué aquello.

No atinaban a nada, y en muchas ocasiones se desvelaban noches enteras, haciendo comentarios y pensando en las cosas ultra terrenales, en es-

pera de que *despejara* para ver las estrellas y ubicar dónde se se encontraban al fin de cuentas: fuera de *Súpiter* y *Saturnio*, que eran los grandes planetas que guían al hombre cuando se encuentra *sin rumbo*: perdió en la soledad de los mares o *enmarañado* entre los montes tuíos; *fijaban* también, *hasta dar* con las *tres Pascualas*, que lo eran en resumidas cuentas las *tres Chepas* (y quien dice *Chepa* dice *Marida*); las tres Maridas, la cruz onde murió el Siñol, las siete que brillan (las candelas), los doce apóstoles, las once mil vírgenes, etc., y la pasada de Moisés por el río Jordán (vía láctea).

En estas disertaciones terciaban los *eruditos*, tales como el Patrón Viejo, Cotollo y *Taita Anselmo*, hombres leídos y que naiden les contaba cuentos; cuya opinión era bastante autoridad para sacarlos del error en que se encontraban sumidos.

Con esto, llegaba la tranquilidad a sus espíritus, harto quebrantados por la necesidad de saber cosas trascendentales y de tanta importancia para ellos.

* * *

¡Cómo le tenía *ojeriza* (129) al *espantajo* de ña Chuma, Venancio, el maestro jabonero, de *Los Pingüinos*, que, a pesar de las hojas de *pucho* (130), las *habas* y los porotos para el *corrimiento*, que llevaba puestos, por mano de la vieja, debajo las orejas, las *sienes* y alrededor de los ojos que le *palpitaban* en demasía, deseábala con todas las ansias del alma para pescarla del cogote, *cotonearla* y zamarrearla a su regalado gusto, para echarla a hervir en las pailas de lejía con estopa de palqui *majado* y zumo de corteza de quillay, junto con los despojos de las yeguas viejas y destroncadas; siendo de advertir que *éstas* tuvieron el delito de haber nacido bestias, y *ella*, ña Chuma, era la abominable *calchona*!

Pues, contábase entre los murmuradores, como hecho cierto y verídico, que, infinidad de veces, la habían *aguaitado* cuando se untaba el pellejo de guata y ombligo con unos menjurjes diabólicos que guardaba en un pomito de lata, y después de *renegar* de Dios y de Marida Santísima por tres veces consecutivas: ¡tras!, que montando en la escoba de ramas de *cicuta*, que la tenía al ladito, las envolaba volando en viaje hacia Vichuquén, a Talagante o al infiernillo, hasta llegar a la Cueva de Salamanca.

(129) Fastidio.

(130) La *colita* del cigarro de hoja.



El bodoque de ña Chuma era, pues, peligroso, por lo *come crédito* (131), por lo *verduga*, por lo *voltaria* y por lo *orejera* (132).

¡Mas!, si para nadie era *real* de carita (133) en las *casas* de la hacienda, el *bueno* del patrón solía exclamar, compadecido:

¡Cuatro ojos, ven más que dos!

¡Mucho de lo que tengo y poseo, se lo debo al cielo de ña Chuma! Creo que si yo llego a morir antes que ella, no quedará mal colocada.

Por su parte, ña Chuma, confiada en los diceres del patrón, ahuyentaba sus penas: *aflojándose* como quería; y, dándole soltura a los nudillos de sus manos puestas en *jarra*, en el redondel de su descomunal barriga, seguiales con la mirada, mostrándoles las coyunturas, y, a veces, levantábalas el redondel del *refajo*, sacábalas a relucir la lengua a los impertinentes, para sostener, al fin, firmemente convencida:

¡Estando en la buena con Dios,
los santos son inquilinos!

Y, *san* se acabó, ¡diablos lesos!

En repetidas ocasiones el anacoreta *patrón* era visitado por un enjambre de amigos, entre los cuales podíanse contar: políticos, congresales y hacendados, entre los cuales el que menos contaba con sus diez mil cuadras de terrenos, de cabida, entre plan y monte, y sus dos o tres mil cabezas de ganado mayor. Hombres de la *banca*, ¡todos varas gruesas de sonoras campanillas y de encumbrado *copete*, que mandaban fuerza!; y, diz, que en cierta oportunidad se había permitido el lujo de haber tenido alojado por corto lapso, a un señor obispo, de *birrete*, *bicoca*, *esposa* y *zapatillas* de seda color lila encarnada!

A la *esposa* (134) nadie en las casas del fundo la vió, por más ojo, maña y empeño que gastaron en *devisarla*; contentándose los campesinos con decir ahitos:

(131) Amiga de hablar mal del prójimo en su ausencia.

(132) Andar atisbando tras las paredes y los matorrales para pasarle el soplo al patrón.

(133) Moneda de dos caras, que les servía para jugar *brujo* a los jugadores de profesión.

(134) El gran anillo de amatista que llevan en su índice derecho.

¡Todo puede suceder, y *nada* también!

Esta visita del obispo era comentada en la aldea y sus contornos, en términos más o menos: que, el *tal* monseñor había venido enviado por el Sumo Pontífice de Roma para *velarlo* en vida, no como a un *cualquiera* chivato descarriado; que lo *velaba* el hombre guapo autorizado y con las prebendas que le otorgaba el clero, sino como un verdadero *cordero* apartado del rebaño de Dios.

En el Santo Nombre del Señor, debía espantarle el *diacho* el *Obispito*, corriéndole *responsos*, uno detrás de otros, sobre su cuerpo tendido en el ras del suelo, tal que si hubiese sido un verdadero muerto; su cruz a la cabecera, sus cuatro cirios prendidos, hisopo de ramas de olivo y bastante agua de la *pila* (135), fuera de estarse enflorado y esparcidas alrededor de él, pseudo cadáver, muchas ramas de *romero*, ¡Añañái, colita de puchol!, para que no se le entrara el diablo por ningún lado.

Así, por estas abluciones santas, era que, como por obra de encantamiento, desaparecía *Satanás* antes de rayar el alba, de dentro del cuerpo del pobre infeliz que le suponían que el diablo se le había colado entre cuero y carne.

Una vez *resucitado*, debía convencerlo, por la *razón* o por la *fuerza*, atrayéndolo al buen sendero y haciéndolo *confesarse* porque sí; arreglar su vida, porque sí; y casarse por fin, con la gatita aquella que tuvo encerrada en sus mansiones tiempo antes de la guerra, también porque sí!

Se ha tenido siempre como verdad de fe en la tradición de las personas que viven en los campos: que el hombre que prospera en sus negocios, es afortunado en sus empresas, o en el amor; y, le resultan las cosas *cabales*, ¡todo se lo debe al diablo!, con el que ha entablado el *pauto* de entregarle su alma después de sus días o en fecha aciaga, a trueque de las riquezas, honores y poderío, que goza o hubiera en vida.

Item, más: de la *gatita* se le *colgaba* (136) un *injerto* (137), el que sostenía y cuidaba el caballero a sus expensas, por mano ajena (138). Pero don Zacarías, que era rehacio al matrimonio como los hubieron pocos; y un tanto *ladino* en materias *curiales*, invariablemente, sostenía, con la venia de las señoras presentes:

(135) Agua bendita.

(136) Aseguraban con toda firmeza.

(137) Un hijo nacido fuera de la ley.

(138) Lo había mandado criar ocultamente.

¡Si el casarse fuera un año,
una semanita, o dos...
pero, por toda la vida:
esa no la *trago* yo!

¡No hay cómo darles en el gusto!, aducía, sombreando sus ojos, en forma de pantalla, con la mano invertida puesta sobre sus cejas, cuando lo *pillaban* contra la resolana, haciéndoseles el *tococo* (139) a los que le instaban con tanto afán; y, punto seguido, fletábales en sus caras, si a Ud. le hace cosquillas el matrimonio: cátese, no más, ¡que yo no me opongo!

Por ahora, mi *curita*, mi amigo o monseñor, ¡no me toque ese instrumento, que suena mal en mis *tardas*.

¿Hemos dicho que don Zacarías hubiese sido un hombre torpe?

¡No! ¡Nada de eso! Huaso, sí, hasta la pared de enfrente, a consecuencia del *rolo* que hubo después de su mocedad con los pobres; y, como disponía de muchísimo *clónquibus*, y todo cuanto se necesita en el mundo para ser feliz y vivir *regalado*, ¡nada le hacía falta!

A mayor abundamiento, le abonaba que a todo el vecindario y nativos del pueblecito, él los había visto nacer y crecer.

Se creía el buen señor, con gran fundamento en el sano sentir de su conciencia, con el sacro deber de lanzarle cuatro *frescas* o *filípicas*, fuesen tuertas o fueran derechas, al mismísimo lucero del alba si delante de él se le hubiese atravesado; pero, siempre advirtiéndole que todo fuese expresado dentro del terreno de la equidad y de la sana razón, cabilando con toda sinceridad.

Trataba don Zacarías a sus pobres con la misma acendrada paciencia, con que otrora Nuestro Padre San Francisco de Asís trató a los suyos, llegando en su humildad y filosofía a llamar: *hijos* al *guairabo*, al *jote*, al *gavilán* y al *cernícalo*; y *hermanos*, al *lobo*, al *chivo*, al *becerro*, al *cocodrilo* y al *borrico*!

¿Dijimos que al caballero, así como le gustaba el pavo asado al horno, la ternera *mechada* y la pierna de cordero *calafeteada* con ajos y olores, le gustaban también, y *harto*, los chistes y los refranes, poseyendo de ellos un caudal, en sus privilegiada memoria?

Añadiremos, según sus textuales frases, que su *cháchara* la había aprendido en sus libros que guardaba como huesos de santo, y consul-

(139) El desentendido.

taba seguidito; o bien, en sus jiras que había efectuado cuando mozo; pues, se conocía al país de Chile al revés y al derecho, es decir: al *dedillo*: del monte al valle, de mar a cordillera y desde el desierto a lo poblado, en todos sus contornos.

¿Cuántas veces, con su carita picaresca y apristiñada, que parecía *picarón* de a cobre (140), había atravesado la *loma alta* en sus diferentes pasos y boquetes, para encontrarse en la Rioja, en San Juan, en Mendoza, en el Neuquén, o en *Bariloche*, donde iba en busca de *caitas* (141) y de *capones* (142), demorándose en estas andanzas meses y meses?

Se *embarcaba* (143), comprando *barato* (144), es decir: tenía idea! (145), para *cambalacharles* a los *cheyes* que habitaban en las *cabañas* ultra andinas, parte de los encargos que les llevaba, como ser: *callanómetros* (146) de oro o plata, monturas, frenos, aperos de montar, ponchas de Vicuña, etc., por ganado en pie, que arriaba cordillera abajo, exponiendo su vida, para vendérselos, a su regreso, a los abasteros *atocinados*, que rellenos en sus *poltronas* de totora, con anchos *braseros*, donde descansaban los codos y les servían de mesa de comedor, de escritorio, de almohada para echar su *mauquedita* (147) a la hora de la siesta, vegetaban en el Matadero de Santiago, teniendo por costumbre: el *pucho* ardiendo en la boca, y al *ñato diablo* (148) amaestrado para las vacas, que dormía con un ojo (149), velando por ellos, acurrucados a sus plantas; y ocupaban sus vidas *pelando* (150) al amigo ausente, o poniéndole cualquier porquería al vecino, sobre la cabeza, para canturrearle al final:

¡El burrito de mi teniente:
tiene carga, y no la siente!

(140) Menudita y vivaracha.

(141) Novillos argentinos criados en las pampas, muy bravos.

(142) Carneros *cuyanos* desbinzados los coquitos.

(143) Era valiente para adquirir más de lo que podían sus fuerzas.

(144) *Barato* no quiere decir nada, es palabra que suena hueca.

(145) Pensaba con raciocinio.

(146) Relojes de bolsillo, enormemente grandes.

(147) Una pequeña siesta después de las comidas.

(148) Perros ñatos, de presa, que donde agarraban no soltaban.

(149) El perro de campo, siempre en vela y atento al peligro que amenazaba al amo, dormita pero no se duerme jamás, por muy rendido que esté.

(150) Denigrar al prójimo en su ausencia, suponiéndole acciones o hechos inverosímiles, que *contaban* terceros.

Otros se divertían echándole *piales* (151) en las de *atrás* (152), con el *lacillo* (153) al *parroquiano* lobo que se atreviese a pasar cerca de ellos; y, aquéllos, quitándole la silla al tiempo de sentarse al amigo invitado, o amarrándolo en ella y poniéndole su *paquete* de cohetes, para estudiarle el genio y qué carita pondría al sentirse en el suelo con las *patas* paradas hacia arriba.

Quedándole en compensación de tantos *sacrificios* un buen porcentaje en utilidades.

Siempre el *ché* (154) fué grande amigo de los hombres de este continente que los visitaban: ya fuese para conocer sus costumbres y modales, o ya por vías de negocios.

El argentino, fiel a la tradición de sus antepasados, era cariñoso, atento, jovial y asequible, hasta el punto de dejar a un lado sus quehaceres para atender a *sus visitas*, a las cuales retenía a su lado por meses y meses, para hacerlos pasar momentos agradables.

Llevando nuestra propia sangre, han las mismas costumbres, llevan nuestros hábitos, usan los mismos *díceres*, y disfrutando del mismo cielo que nos cobija, diferencian sólo en el ¡chey, vida!, en el ¡vidalita!, y en las monturas, que más que aperos de montar parecen una cama completa encumbrada sobre los lomos de la bestia.

El argentino que habita las pampas, llamado también *el gaucho*, no desampara la *guitarra*, ni deja a un lado el *mate*, que lo *chupa* amargo; en vez de la guitarra y el *ulpo* caliente que alienta y *alimenta* al chileno. También cambian el *pericón*, el *gato* y el *zambito* por la canción plebeya, la *paloma* y la *zamba*; allá, como acá: el vino, es vino; y el pan, es pan; la verdad, es bella; y los días de la semana son iguales; el hombre bueno es querido y respetado, siendo que al perverso se le persigue sin tregua y se le vuelve la cara. La *cueca*, ¡es *cueca*! en todas partes.

Y, si la ¡*cueca*! es *cueca*, y el ¡*malambito*! es *malambito*, el ¡*cuchillo*! es *cuchillo*, nadie lo puede negar: eso sí, que diferenciando de forma, cambia el modo de *usarlo*: el argentino, lo *tira* recto y lo dirige al *defeuto* (155), ¡ché!; cuando el chileno lo *carga* curvo y lo *recoge* a la guata, ¡esto es!, cada vez que haya motivos para sacarlo a relucir.

En sus *canchas* (156), por sus recursos, por sus trazas y astucias; y

(151) Manera de engarzar por los pies, con el *torzal* del látigo, yendo sobre andando, al ganado, al *prójimo* o al *quiltro* sin escapatoria.

(152) Las piernas del hombre.

(153) Corrión que horma la montura y sirve en casos extremos.

(154) Gaucho, cuyano o mendocino, da igual.

(155) La cara del adversario.

(156) La tierra que los vió nacer.



por sus habilidades innatas heredadas desde sus antepasados, cada uno: chileno o argentino, separadamente, vale por cuatro de los otros.

Don Zacarías, viejo y todo, donde lo ven Uds., se encontró salvando criaturas en el incendio de la Compañía, ocurrido en Santiago allá por el año 1863.

Casualmente, celebraba la iglesia la conmemoración de la Inmaculada Concepción de María Santísima, y él estaba en *capilla* (157), era en vísperas de hacerse la *fuelle*.

La *fuelle* era una especie de *brecha* o *herida* que se la practicaba voluntariamente el cristiano en ambos biceps, la cual herida o *fistula* suponía constantemente los malos humores del cuerpo del *paciente*; y debía llevarse, una vez realizada, por los *restos* de la vida.

La llaga, o incisión, tenía forzosamente que ser *calada* por manos del *Proto Médico* (158), y requería a la larga un cuidado especial y sumo: tanto, que debía ser lavada cotidianamente para inyectarle en el *huraco*: la *mecha* de pabito desinfectada, la que a la vez iba cubierta por el vendaje y, por sobre éste, ligada al *lagarto* por la *placa* de plata, que, a la medida del deseo, la elaboraba el *platero* (159).

¡Un verdadero suplicio!

Nos hemos desviado, ¡compañero!

Muchazos años habían transcurrido desde el incendio aquel, en que sucumbieron mártires del catolicismo *Romano* un *cirimil* de personas; mas, el recuerdo trágico de lo constatado, bailaba macabro en su memoria, relatándolo cuando venía el caso, con gran acopio de datos, tal como si hubiese ocurrido ayer.

Las fases de la hecatombe las tenía presente.

Pero, ¿cómo no podía ser así, cuando en el incendio rindieron la vida, horrorosamente carbonizadas, más de dos mil almas: *flor y nata* de la sociedad santiaguina?

¡Que los de la *plebe* no eran parroquianos en aquel templo del orgullo!

Los *Padrecitos Franceses*, que mandaban *tinca*, no les permitían ni acercarse a él, apoyados por el látigo de la autoridad edilicia: ¡les *prodivían* la entrada!

* * *

¡Cuánto le atraía y le *embargaba* a don Zacarías el ejercicio combinado de los bomberos!

Esa entidad de hombres buenos, fundada a raíz del siniestro narrado; ¡hay que ver!, decía el caballero, y lo repetía halagüeño, lo que rinde el poroto bayo, cuando trabaja la bomba a vapor!

(157) Preparando el cuerpo para soportar algo grave.

(158) La más alta jerarquía médica.

(159) Artífice que se ocupaba en la confección de artículos de plata.

La bomba a vapor, que arrastrada era por esa pareja de soberbios normandos, que vivían atentos al sonido de la campana y se tornaban inquietos, al ver el uniforme del bombero.

El agua hirviendo dentro de su caja, tenía una fuerza *brutal*, tan sólo que el sonido estridente de su pito de acero hacía arrancar fuerte a hombres y caballos!

¡No hay comparación!, volvía a sostener el buenísimo señor, entre la *bomba a vapor* y los *bombines* movidos a esfuerzo muscular.

El, personalmente, él, don Zacarías Encina, Correa, Ibacache, Toro, León, Valiente, Blanco, Gallardo, Rubio, Río, Reinoso, Amor, etc., más de una vez, mientras paseaba de *punto en blanco* por la *cañada*, pudo ayudar al pueblo varonil, en unión de otros *dandies*, a *achicar*, por los flancos, las palancas de los famosos bombines, que aspirando el *chorro* por el chorizo grande, espelíanlo con fuerza de mil demonios por el agujero del pistón, después de haber recorrido las flacas mangueras, que, cuales culebras enroscadas, iban esperezando sus anillos y estirándose indolentes, al paso del elemento que sentían escurrirse por su vientre.

Pulgada y media, de diámetro, medían las *tripas* de suela curtida de que estaba hechas, y para que no fallaran, ligadas iban por toperoles de cobre, que les remachaban; cosa que ni la paciencia de los chinos, cuando construyeron su gran muralla, la habrían tenido acaso.

Acoplando las unas con las otras, por medio de uniones de hierro batido, pesaban y gravitaban sobre los hombros de los bomberos, algo más que si hubiesen sido las penas del purgatorio.

Achicando uniformemente las *palancas*, el chorro iba parejo; y muy bien hubiese sido que en todo el rigor del empuje bruto, habrían alcanzado a elevarse hasta doce metros bien contados, distancia más que suficiente para apagar cualquier incendio, pues que, por regla general, los edificios con su *camica* para sostener las tejas y ligazón de barro empañado que las amarraban, ¡apenas llegaban, y con mucho!, a encumbrarse sus ocho o diez metros sobre el nivel del suelo raso.

¿Cómo les quedaría de blandicha la cabeza a los fabricantes de estos artefactos ideados para extinguir el fuego?

¡Tal que *papita* o camotes cocidos!

Ahora, harémosle un *parao* a las escalas, porque bien vale la pena ocuparse de ellas: aunque no tan largas que digamos, seis u ocho metros a lo sumo, eran pesadas como caballos recién salidos del potrero de engorda; como que de *canelo* o de *luma* eran labradas, tanto que diez hombres rollizos, bien comidos y mejor mantenidos, cuales disponían más fuerza que un elefante en la trompa, se volvían unos ZANARTUS

para levantarlas sujetas a los *vientos*, que los eran de cueros de novillos pelados a cal y sobados a mano.

Echando sus pulmones, podían ponerlas en la vertical y, hecho, tendían a la altura donde morían éstas la horizontal, haciendo con cuatro o seis escalas esas prodigiosas *pirámides* que tanto admiraron huasos y abuelos.

Nunca dejaba de echar su *piropo* don Zacarías a *Cuatro Remos*, aquel famoso tipo que, encarnado bajo las apariencias de un vulgar *can*, había visto afanado trabajando entre los bomberos, tal que lo hubiese hecho un cristiano, cada y cuando le tocaba ir al Puerto; y lo hacía con tanto empeño, como un ser dotado de inteligencia superior animado de los mejores propósitos; no flaqueándole ni fuerza ni voluntad.

Pero, al margen de escalas, bombas, perro y *bombines*, quedaba la abnegación sin límites de aquellos hombres de *caponas* y *casco de cuero*, que, haciéndoles lucir sus frentes limpias, caíales sobre sus espaldas; y esas soberbias *botazas* que les sobrepasaban de las rodillas; *piola* (160) y

llave de bronce, que les colgaba al cinto; los cuales, hombres ciudadanos ungidos bomberos, dejando su hogar, comodidades y reposo, acudían presurosos en el día o en las altas horas de la noche a combatir entre las lágrimas y los agradecimientos del que *acaso* nada más había; el destructor elemento, tanto en la mansión del más encumbrado señor, como en la choza del más humilde artesano, sin parar mientes, ni esperar recompensa alguna!



El tirano Comendador español Zañartu, que dictara leyes siniestras, allá por los años 1750, fué el que inspiró en el alma del pueblo chileno el vocablo: *se volvieron unos Zañartus*, cuando hay materia para *hacer juicios* dudosos. No obstante, a él se debió: la represa de los *tajamares* del Mapocho; la *hechura* del puente del cal y canto, que unía la Cañadilla con la arteria del comercio principal; la *recoba* de San Diego Viejo, que la abatió la moderna, e hizo en sus canchas el *prado* de Almagro; y las *pirámides* que ornan aún en el margen del Mapocho arriba y en las *afueras*, camino del llano de San Miguel.

La del llamado *Callejón de Negrete* (hoy Av. del Brasil), límite urbano, suburbio de Santiago, hasta donde llegó el *agua potable* que fué conducida en caños de loza vidriada en sus primeros entonces (sita en la esquina de San Pablo, fué mandada construir 45 años más tarde, como reza la inscripción, por don Ambrosio O'Higgins, padre de don Bernardo y a la sazón *Barón de Vallermary*.

* * *

Lleguemos hasta don Zacarías, que nos mostrará su colección de libros, empastados y con láminas, por supuesto, a los cuales les sabía colocar en su portada, previendo el caso de extravío, porque "*en todas hay que estar, menos en la que se van*", la siguiente inscripción, que, entre antiguos, fué bastante respetada:

Si este libro se perdiera,
como suele acontecer;
suplico, al que lo encontrara,
que me lo sepa devolver...

No es dulce, ni es de manteca
que se lo puedan comer,
por eso, y no se asombre;
por eso eso, y no se asombre;
en letras grandes, *tamañas*
si no me sabe mi nombre...
aquí, se lo voy a poner:



Decimos, su colección se componía de obras selectas, un *Don Quijote de la Mancha*, *Las mil y una noches*, *Genoveva de Brabante*, *Los Doce Pares de Francia*, una *Imitación de la Vida de Cristo*, las *Aventuras de Pancho Falcato*, *Veinte leguas de viaje submarino*; fuera de saber la mar de cositas de un *Baroncito de Foblás*, novela colorada y picante como un *aji* en vaina, así lo advertía en gran secreto, y otro de aventuras de *Pedro Urdemales*, que de puro *guariznaqui* (161) entregó a un padrecito franciscano después de una *confesada*, y el sacerdote, juramentado de devolverlas a su dueño, supo quedarse con ellas.

Don Zacarías se encontraba zorro viejo en cuestiones de lecturas y de amores, para que nadie tratara de abrirle los ojos.

Y, a propósito del matrimonio, tomaba muy a pecho aquello del refrán:

¡Te casaste y te fregaste!

Si alguna vez ocurriera que me llegase a casar, ¡Dios nos libre!, decía, *mi mujer*, cualquiera que ella fuera, trataría de entrar a *mandarme* como a *chiquillo motero*, como lo hacen todas!

Por eso, no hay como ser *¡librecito!*

No se casaría con viuda, porque las *viudas* ¡piden rienda!, ni con mujer ya formada, porque a la brota de los árboles, después de una *zampada* de porotos crudos (162) se tornaban en *palanganas* y metetes! Ni menos con una *chiquillona*, porque éstas, mientras más *psiúticas* lo fueran, las consideraba más *ariscas*, prosudas y revoltosas.

¡Dios me libre!, y me tenga caridad, como me la ha tenido siempre; era el constante repetir del anciano caballero, acosado por las insinuaciones. Déjenme solterito y *mostrenco* (163), que les tengo ley a las suegras!

Y díganme, con confianza, preguntaba a sus amigos, ¿por qué ese empeño de casarme y de *joderme* a toda costa?

Su *ajuar*, es decir, los recuerdos que guardaba de su juventud, constituían para su *capote* el máspreciado de todos sus placeres; por esto, solía mostrar a sus amigos y a cuantos lo visitaban, que le inspiraban confianza: un *salterio* (164), del tiempo del rey Perico; un *calvicordio*,

(161) Hombre confiado por demás.

(162) Al encontrarse en estado de embarazo.

(163) Solo en el mundo.

(164) Especie de arpa y piano a la vez, que se tocaba en plano horizontal, tal que la cítara y la cubría su correspondiente tapa.

un *bargueño* (165) y un *canapé*, que perteneció a su abuelito, que se apolillaba en un rincón; sus regios muebles de origen *pelucón*; monturas de todas clases y edades; chamantos bordados en seda y ponchos de largas flecaduras; riendas, frenos de muevo y de palanca; espuelas, lazos, *encimeros* de cuero de *carpincho* (166) viejos y quebrados, e infinidad de aperos de montar; dejando guardados en el *escaparate* (167): los premios y medallas obtenidos en concursos de rodeos y topeaduras.

Ahí estaban: colgando de un *jemal* (168), forjado en la fragua, hasta el *corrión* con que preparaba el *bozal* del potrillo *nuevatón* cuando los adiestraba en las primeras ensilladas; y ahí también, pendientes en sendos marcos que adornaban el muro, orillando la *tela* que delineaba a *pluma* la extensión del fundo, con la ubicación de las aguadas, montes, laderas, *lo plano*, el bosque espeso, la división de los potreros y hasta las *pueblas* (169) de los inquilinos; muchas fotografías de caballos desnudos y ensillados, de *corrales*, *cancheros* y de *varas topeadoras*, en que aparecían *tramados* los *pingos* que cruzaban sus cogotes ¡como un cristiano!, para defenderse, y, con poquito empeño de parte de los jinetes, hacían la *barrida* de ras a ras!

¡Buena cosa de tiempos, aquellos!

De escenas campestres; de amigos y de *sirvientes*, que habían colaborado con él, luciendo en hazañas omnímodas sus dotes de buenos jinetes, hablaba don Zacarías, mostrando el montón de monos pintados (170), trofeos eran que le traían los más gratos recuerdos de epopeyas que pasaron para no volver tal vez ¡jamás!

A veces solía hacer entre sus *cumpas* la reminiscencia de los mejores animales que hubo y fueron sus favoritos: unos que se fatalizaron en el trabajo; otros, que regalase a sus amigos; *aquéllos*, que obsequiara ensillados a la *mujer bonita*, ¡cuál! (171), sólo porque le *dictó* (172); y *esos otros*, que se murieron de viejos en su poder.

(165) Caja toda de cuero del siglo XVI.

(166) Animal silvestre parecido al chanco, que habita los riachuelos argentinos.

(167) Mueble de madera y vidrios, del tiempo de la Colonia.

(168) Clavo de hierro toscamente labrado.

(169) Posesiones de vivientes hechas a la ligera y techada de carrizos o de totora.

(170) Caricaturas y retratos.

(171) Los hombres para exteriorizar el culto a la belleza de las mujeres, les hacían sus regalos.

(172) Quiso hacerlo, era una humorada y se pagaba de su gusto.

¡En los animales se *ensuelve!*, afirmaba el caballero (y lo constaron los antiguos), mientras se limpiaba los párpados y se tornaba *apenado*.



La PARCA (173) detiene su marcha, y hace sus *desconocidas* en este valle de quimeras, buscando su manjar en el humano, sin entretenerse en indagar quién es, ni cómo ríe, de dónde proviene, ni para dónde va, ¡sin distinción!, *ser viviente* que viaja por el mundo: todos le pagan *su tributo*.

(173) La guadaña de la muerte.

¡Tan pronto *coge* al cordero;
como *arrastra* con el carnero!

¡Todos son iguales, para ELLA!

A la guagua, al verla tan tierna, de lástima no se la lleva; al niño adolescente, lo palpa suavemente y por algo, lo deja *ahicito*, como el arbolito *prendido* (174); al hombre de paz le da plazo para que termine sus labores; y, *al otro*, tiempo le concede para que recapacite el daño causado a sus semejantes, se regenere, y no espere un tardío arrepentimiento para que se lo lleven los diablos; y, al *terroncito* (175), a despecho de los que le arrancaron el *testamento* para heredarlo malamente, le otorga la gracia de unos poquititos días más, que lo agradecen los que lo aman y veneran.

Para no irse de vacío, la *gran dama*: ¡terrible!, para algunos; ¡dulce y apacible!, para otros... suele *cargar* con la bestia mansa, con el pajarillo enjaulado, o con el animalito querido, que fué el compañero del hogar.

¡Eso es todo!

* * *

Sólo a sus *camaradas* de mucha confianza solía mostrarles *orgullosa* y confiarles *halagüeño* el secreto de un algo más: un verso alinado de amores y empapado en lágrimas; y el retrato al cromo de una guapa muchacha, cuya historia guardara el silencio de su voz.

¡Recuerdos gratos de sus veinte años!, cuando apenas dejaba de ser colegial en el Liceo de Talca, donde se *deletreaba* el *catete* (176), y el tirano *rector* solía en persona aplicar la *palmeta* con agujeros en los extremos en las manos de los educandos, porque en esos entonces estaba en rigor:

¡La letra, con sangre entra!

(174) Que ha echado raíces y le repuntan los brotes.

(175) Que ha pasado los límites de la ancianidad y está viviendo sobre lo natural.

(176) El libro en que aprendieron los rudimentos de estudio nuestros mayores.

El verso, decía así:

¡Estas flores que te envío:
de mi jardín las cojí;
las plantas quedan llorando
como yo, lloro por tí!

Con ser *polloncito*, recordaba, ¡tenía su *qué* en decirlo!, le quedaba el recuerdo de haber sido bastante enamorado y terriblemente *pechugudo* en sus tiempos; como no pocos que trataron de ofenderlo en su amor propio, se fueron sin probar el peso de sus manos, o la argolla del *rebenque*, no les partió un *jeme* (177) de cabeza! Esto, al decir de él; pero, ¡quién sabe!

¿Qué tal?

Así, pues, sus bienes, no los había adquirido con *modorra* (178), ni haciendo TUTOS, sino que por el contrario: en parte provenían de las ganancias obtenidas cuando era comerciante en ganados; es decir: con la pujanza de su talento, ¡con su trabajo de hombre honrado y sin tacha!, y, en parte: con unas cuantas *barritas* de la famosa mina Coro Coro, en Bolivia, que le había donado fiduciariamente un tío solterón, que por más seña había fallecido en alta mar después de un viaje de peregrinación a los Santos Lugares y a Roma, que hizo por ver al Papa; y *otro algo*, ¡a Dios gracias!, que le habían dejado como herencia sus mayores.

¡Don Zaca nunca se queó urmio!, decían los huasitos y hombres de campo, continuando muy calmados: a pesar de haber sido *hombre lacho!*

Al bajar a *plan* con sus *arreas*, si no le encontraba *cabida* al ganado *granado*, lo beneficiaba en *vara* por su cuenta, buscándole compradores que salían a *corretear* las carnes!, ¡o la di no!, volteaba las *reses* y las *charqueaba* para enviar el *preduto* al Norte (179), donde entre los mineros, a contar desde el *patrón* hasta el último *gañán* que trabajaba de *apir* (180), el de vacuno a media gordura, era bastante apetecido para eso de los *ajiacos* con huevo, y de los *valdivianos* picantes.

(177) Espacio que forma el ángulo de la yema de los dedos pulgar e índice, obligados a mantenerse rectos.

(178) Flojera y sueño a la vez, que le cargaba al cristiano.

(179) Coquimbo, La Serena, Elqui, Tamaya (Bolivia), epicentro de riquezas mineras.

(180) Peón, que cargaba con los *capachitos* de metal, escalera arriba.

Entendíase por *tutos* unos *lulitos* compactos hechos de masa, que los *sobajeaban* las mujeres con el agregado de agua y manteca; por eso el decir:

¡Con agua y harina, cunde la masa!

Cuyos *lulitos* unidos en dos y dada la forma esférica, después de horneados, quedaban de hecho: ¡hechos panes!

Luego entraban los *repartidores*, que montados en diestros mulos, o bien: en fornidos *burros*, que llevaban sus cajoncitos que lo eran de madera, haciendo con ellos el *tercio*, lo pregonaban a domicilio; o por calles y caminos, con el consabido mote: ¡pan de petaquero!

Esto, cuando no de a pie, bien arropado y en canastos que los manejaban colgando al brazo o haciendo equilibrio sobre la cabeza, lo gritaban con rabia, a toda voz: ¡Pan amasao de mujel caliente!

CAPITULO III

UN ASALTO EN DESPOBLADO

Recuerdos de la juventud de un
mozo diablo.

La amaba con delirio.

Era ella una gallarda muchacha; pues, si apenas podría contar los
18 abriles!

El, bordeaba en la edad de Cristo.

Lo recordaba perfectísimo; corría el año 1848.

Se llamaba Lastenia, y tenía sus carrillitos coloraditos como la pe-
chuga de la loica, sus carnes eran tersas y sonrosadas como las del niño
en la lactancia; su cintura era fina y su cuerpo esbelto; en conjunto, era
armoniosa y fresca como el fruto de una tuna en sazón.

Aunando a todo esto, un carácter jovial y asequible, que a muchos
causara *apetito*.

¡No tenía el diantre por dónde desecharla!

Cuando, como las loquitas de cuerpo, cabecita de mirar interroga-
tivo, colita parada *cortoncita* y uñitas rajadas, las *empinaba* cuesta arri-
ba escalando los escollos por las laderas serranas: era una cabrita mon-
tañesa, alegre y vivaracha.

Hija única de un hombre *acomodado* (1), que además era *abastero*
y *cascarrabias*, la conoció en la ciudad de Curicó, punto donde él so-

(1) Su casa donde vivir con muebles y elementos para trabajar con
lo propio.

lía pernoctar cuando de Talca se *remontaba* a la feria de Chillán Viejo, o más al sur alcanzaba, donde también tenía amigos entre los MAPUCHES y *pegüenches*, que a la voz de la mirada obedecían *callaucitos* a los *caciques*, con quienes: *may may*, *peñi* se avenía mano a mano, sin *lenguaraces* (2), porque les *champurreamba* el idioma y les llevaba el *amén*!

Mapuche ¡*pegüenche*!, éralo el indio sureño: de talla y *caletre*, pero de costumbres sanas y nobles; eso sí, que siguiendo la rutina del vivir de sus antepasados, si en el vestir usaba el *chamal* (4) que le hormaba el cuerpo y llevaba el *chiripao* (5) entre las piernas, amarraba su cabeza con una *lianza* de *jerga*; aparte de esto, tocaba la *trutruca* (6), rezaba el *alabao* que le habían enseñado los *misioneros* (7) y sostenía en sus orejas el colgajo de los aros y *pendientes* de plata, según sus ritos, el *cacique* que hacía de jefe era casado a la vez hasta con siete mujeres: ¡porque era capaz!

Coraje de león, fuerzas de gigante y corazón de niño, siempre lo hubo el indio chileno, además de probar serlo, valiente y fiero: ¡pero dado a la razón!

Siendo que el joven Zacarías tenía sus negocios *diseminados*, el padre de la *maravilla*, conocedor de sus amoríos, le había manifestado poniéndolo de *vuelta y media* (8), que en jamás de los *jamases* consentiría en ver a su hija única *casada* con un hombre que no tuviese *cimientos* (9).

En su concepto de hombre con experiencia, estaba escarmentado con la *treta* de los solteros ambulantes (10), por más *boyantes* que fueran y dijese pertenecer a una familia *empingorotada*.

Como hombre de honor, puesto que mucho había oculto entre él y la niña, que en diferentes ocasiones se habían jurado *amor* eterno, demostrándose la moza toda confiada y sumisa al novio, hasta el extremo

(2) Sin intérpretes.

(3) Talento para pensar y discurrir.

(4) Albornoz de lana.

(5) Mantaca que la colocan bajo las piernas.

(6) Instrumento de madera hueca, que mide tres o más metros y se toca con un pito de marfil, o de hueso.

(7) Sacerdotes católicos que enseñan la moral cristiana entre los indígenas.

(8) Le dijo cuanto se le vino de malo a la cabeza.

(9) Su casa, donde vivir.

(10) Que andan de parte en parte, picando y picando, eligiendo mujer para que los *traten bien*, pero no encuentran nunca el árbol donde horcarse.

de haberle dicho diitas antes de este relato: contigo, *pan y cebollas*, en cualquier rinconcito del mundo; fraguaron el plan que Lastenia aceptó jubilosa, puesto que lo llevaron a la realidad.

Tanto en el *ayer* como en el *hoy*, el *siempre* y el *pasado*, en materias de amor, ¡todo fué igual!

Despuntaba el alba del décimo quinto día del mes consagrado a la Patria.

Ya el *ómnibus* (11), que había salido de Talca un día antes, y tardaría en llegar a la capital por lo menos seis u ocho días más, había llegado a Curicó, se encontraba *atestadito* de pasajeros.

No obstante, hubo un *rinconcito* donde pudo acomodarse *otra* caminante, que viajaba con lo *encapillado* (12), ¡solita su alma!, a pesar de ser apenas una niña.

Arrebujada dentro de su *fichú* (13) de *mallá* con solapas que le caían sobre las faldas; su *manteleta* de falla y *bigaña* (14) con canesú y *motivos* bordados; su *capota* (15) estilo Princesa, y guardadas sus manos dentro de una *regalia* de cuerito de coipo despelado a mano, con interiores colchados en seda: ¡no miraba a nadie!, y a juzgar por las apariencias, *viuda* no más podía ser; porque sólo a las viudas les era otorgado el privilegio de *correr la caravana*, andando solas, rodando el mundo como la bola huacha.

Y, además, porque de llevar los ojos gachos y llorosos, hondos suspiros se le escapaban de su pecho acongojado, demostrando, sin quererlo, su amarga pena que oculta llevaba, por algo que al ausentarse dejaba al olvido.

Tras del *carromato*, cortando por la escueta llanura, envuelta en una cortina de polvo, y a galope *tendido* (16), iban los *postillones*, a los cuales, esta vez, se les había unido cabalgando en potrillo *cuartago* (17), de pelo *trintre* (18) y pintado *overo*: recio de encuentros, redondo de lomos, enjuto de nudillos, un algo *levantadoncito* de cruz; y que, por lo

(11) Armatoste que era tirado por caballos cuarteados y recorría grandes distancias.

(12) Lo que llevaba puesto.

(13) Vestido-capa a la vez.

(14) Trajos de la época.

(15) Sombrero de mujer, caído de alas.

(16) Sin vagar.

(17) Que se tramaba de paso al extender el galope.

(18) Crespo, muy sufrida es la bestia que lleva así el pelo.

goñicho, como por sus *cualidades*, no tenía precio (19); un huasote *ri-cachón*, más bien bajoncito de talle que alto, de *chuletas*, *mosquita* (20) y *pera*, cuidados con gran esmero, trajeado de *maucho* arribano (21), que no les perdía: ¡pie ni pisada!



Hermosas *botas calzones*, de cuero de vaca acharolado; cuajadas de hebillas y de *chacharachas*, que causaban admiración y surtían gran efecto, adornaban el *jaez* del mencionado huasito; fuera de sus soberbias *rodajas*, fuera del *albornoz* (22) y fuera también del lazo de cuero de huanaco trenzado y del *guapo* guarapón de *pita* que le caía al ojo, y le *sentaba* al *picarazona*.

Demás está decirlo: que el *chamanto*, la banda que hormaba su cintura, la testera del cabezal que soportaba la frena, eran de pura seda de la gran China; y que a las indumentarias que llevaba el *arreo* ahí, esta-

(19) De gran valor.

(20) Cadejito de *mechas* que le nacía al hombre después de los veinte años, al ladito abajo del labio inferior.

(21) Tomando las riberas del Maule, al sur, el hombre tenía otro peculiar modito de hablar, y maneras arrevesadas.

(22) Charlina, bufanda o cachinez, tejido a telar.

ban el *aspa* que montaba las espuelas, la llanta de los estribos, la argolla del *pigual* y la de la *chicotera* de la penca, ¡todo estaba *repujado* en pura plata! Siendo de notar, porque viene al caso, que las *cabecillas* de la enjarma y los ribetes de la *testera*, eran genuinos del *codiciado* metal.

Y, aunando a lo expuesto, su conversación afable y ese su modito de mirar y de hablar, que parecía reírse con toda gracia: ¡el *jutre* se recomendaba solo!

Cuatro leguas llevaba andada la caravana por el *camino de ruedas* (23), desde su salida del pueblo, cuando del recodo de la carretera, por entre los matorrales y *chircales*, que crecían y abundaban entre los montículos y promontorios del terreno, como si hubieran sido espíritus o monstruos del Averno, montando briosos corceles, aparecieron simultáneamente, como en bandada, doce o más individuos de fiera catadura y de siniestro mirar, ¡caras que jamás habían conocido el jabón!: redondas como vejigas de cebo, o apergaminadas como verijas de viejas.

Haciendo zafarrancho, a boca de jarro, cercando en círculo al carromato y gritando endemoniados, apuntan al rostro de los caminantes, trabucos, revólvers de espoleta, que daban fuego a golpe de gatillo dado sobre el fulminante, pistolas, arcabuces del tiempo del rey Perico, machetes acerados y de gran peso; y, ojos siniestros de que iban provistos.

Intrépidos, avanzan hasta el convoy, y en un abrir y cerrar de ojos, las lazadas de los desalmados habían *acogotado* y traído por los suelos a los aurigas, y trabado por las manos a los pobres pingos con las *boleadoras* (24), los que, hartados de piafar inútilmente, resoplaban sus angustias *apialados* y sin dar señales de moverse para ningún lado.

Tantos y mientras, el que hacía de jefe, levantando el reverso de su poncha, que lo era de *bayeta* del país (25), cuyo extremo hace ademán de voltear sobre sus hombros, acaricia son sorna sus indómitos cabellos y la mescolanza de barba, pera, bigote y patillas que han brotado en su cara como los matorrales y los zarzales han brotado en los montes a la inclemencia del tiempo, en desgredado grupo.

¡Hecho!, ¡trémolo!, yergue su cuerpo hacia atrás, y preso de un ferroz arrebato, clava a la bestia que monta en sus ijares, lanzándola a campo abierto en desenfrenada carrera, para hacerla *desnalgarse* de pies y manos, una y repetidas veces.

De súbito, ¡quieto el pingo!, empínase sobre sus estribos, dispara

(23) Lo transitable.

(24) Juego de bolas de madera forradas en cuero, que usaron y usan los argentinos en las pampas, para cazar los huanacos.

(25) De gruesa lana torcida.

las riendas sobre la *tuza* de la bestia, que tiembla soportándolo, y en esta postura crúzase de brazos, como para demostrar a su gente su intrepidez y valor.

Impetuoso, sofrenéalo de *nuevecito* con las bridas, frunciendo entre tanto el entrecejo.

Mal humorado, vomita maldiciones y blasfemias, que lanza contra Dios y los santos todos, sólo porque la bestia resopla sus narices y mueve sus orejillas tratando de esquivar el embate.

¡Terco!, clávala por terera vez, y hácela repetir de nuevos sendas PELADAS!

La escena de la *pelada* consiste en hacer parar de súbito, a impulso de las riendas y de las buenas piernas del jinete, a la bestia ida en vertiginosa carrera, haciéndola resbalar en tierra firme sus cuatro patas a la vez, hasta sentar ancas en el suelo: y hecho, levantarse rápida, repitiendo esta operación con exactitud simétrica cuantas veces sea dable, hasta dejarla *apañada*, que significa decir en castizo lenguaje, sosegada: ¡quietecita!

Por fin, entre esquivo y *bulrezco*, echando hacia atrás el *fiador* de su *maulino* (26), que deja colgar a sus espaldas, fija su vista inyectada en sangre para mirar y *re mirar* a los de la *diligencia*, e imponer su voz entre su gente, cuya verba relajada repercute en los contrafuertes de los cerros y en el ámbito de aquellas soledades.

¿Y qué, pús?, ¡Alto ey!, ¡Naiden se mueve d'ionde está parao!, *arenga* a los *niños* (27) en tono imperativo, pausado y siniestro.

¡Toos *calléuques*! (28). ¡Ey es!, y, ¡ar que hag'el menol amago le va la vía! ¡Yo lo *apaño* (29) y le doy el bajo!

Y agráézcan que s'ian encontrao con gente jormal y de respeto, porque *losotros* semos *güenos niños*! Ni'uno es mandaoso, ni prosúo. ¡Ta decretao!

¡Güeno es que aparezcan, de cuando en cuando, *comedíos* a ejarle a uno lo que *montón* de farta los hace!, que a veces los toca pasal bartas pellejerías.

Matar, y tapar con ramas, como lo hace el león, ¡compañeros!

Esto *rije* con los embaraos de lomo y *duros de hocico*, que lo q'es a

(26) Sombrerón de fieltro abatanado, hecho en las riberas del Maule.

(27) Los bandidos que obedecían al jefe de la banda.

(28) Todos calladitos, como en misa.

(29) Con toda sangre fría, se encargaba de asesinarlo, sin moverse de ahí.

los otros, dijo y se rió, si la vara de la justicia los *arcanza*, segurito púele sel que cuatro perdigones bien aniveláos los agujerée el *tabique* der pellejo en el banquillo!

Polque en este Chile, está visto, pobre o *rico*, ¡el que la hace, la paga!

Con las leyes, que son cosa sagrá, ¡no se mofa!, ni se juega ¡naden!, ni se las tiene el más pintao; y, además, n'ohay que equivocalse, como lo pregonan el *boqueriento* de Pancho Falcato (30) cuando icida que la fusticia era en país de Chile lo mesmo que la flol de l'higuera y q'el bolío de los brujos; que toos se *despercuden* hablando d'ellos, y cuando los *cachan* que si se acercan *defeutivos*, s'encogen d'ihombros y s'ihacen los muertos.

Endey, *volaera*, se l'ihacen pocas las piernas pa arrancal pal monte, ¡a la sin rumbo! Sin agravios, siendo la ley *pareja*, n'oes rigurosa!

¡Eso es d'ihombre!, contestó a una voz y de un solo golpe, el grupo de malhechores, y principió al *patraqueo*.

El castigo que imponía la ley para expiar la culpa del *ácrata* que hubiese cometido graves delitos, asesinatos, salteos alevosos, parricidios, uxoricidios, o atentados salvajes, era en Chile *la bala*, que venía a terminar con la vida del individuo criminal en nombre de la ley.

El *ser* adulto, hombre o mujer, convicto de *delito*, y *confeso*, después de declarado *reo*, era sentenciado a la pena capital (31).

¡Ah, chitas!

Tres días antes de ser *fusilado* le era leída la *cartilla* por el propio notario, en su celda, donde esperaba el veredicto; luego se le llamaba *el ajusticiado*, se le *acomodaba* en su CAPILLA, y junto con el *parecito* que le acompañaba, iba al *banquillo* en la *celular* (32).

Quien dijo *capilla*, quiso indicar sitio horrendo, como quien dijera un cementerio en vida. El pueblo entero, sabedor de esto, les rezaba en sus casas sus cortas oraciones, y los más ingenuos, haciéndoles la ronda alrededor de la Cárcel, les pedían, con fe, lo que deseaban conseguir con Dios.

El *parecito* puesto a su disposición lo auxiliaba, lo *atrincaba*, lo preparaba a la *conformidad*, y lo ponía, al decir de ellos, en la buena con Dios.

Antes de morir, el *pobrecito* tenía las prebendas de ver cumplidos sus últimos deseos, por eso se le BANQUETEABA.

(30) Famoso bandolero de los campos de Chile.

(31) La pena de muerte.

(32) Carroza cerrada con trabas, colocadas por fuera, donde se trasladaba a los reos desde la Penitenciaría a la Cárcel, y luego de ahí al Cementerio.

Cuanto antojo *bucólico* se le ocurría nada se le negaba, ¡por no irritarlo, tal que a señora *avanzada*, temiéndole por la *desebuchada*!

Pero después de esto, ¡vengan los apuros!; el *amigo* licenciado (33) que lo había *defendido* a brazo partido, y muchas veces arrancándole sus cobrecitos manchados con la sangre de las víctimas hechas en algún salteo, lo abandonaba a la buena de Dios y lo dejaba al *garete*.

La pena capital era el *cuco*, temido para los *niños* de corvo, choco, garrote, puñal, tonto, *diablito*, laque, machete, etc., que pululaban por campos y poblados, y fueron el terror de los caminantes.

El *forajido* de antaño le *aguantaba* al azote (34), que se lo *aplicaban* a culito pelado, al decir de ellos; gustosos toleraban la celda solitaria (35), que no era afrenta; pero, temblaban ante la idea de ser pasados por el trance del BANQUILLO, que les alcanzaba a los *paires*, a los *pairinos*, a los *ahijaos*, a los *compaires*, a la mujer, hijos, parientes y conocidos. ¡No porque a ellos le *doliera morir*!

El veinticinco de enero,
me llevaron prisionero,
al calabozo primero:
y a la Cárcel endey.

Onde un *fuez* care-carnero,
viejo, jetón y lampiño
me *sonsó* lastimero
m'hijito: ¡cuánto te quiero!
¿Vos, *curáo*, hicist' esto:
de matal a tu vecino?

En esta prisión malvada

sepultura d'ihombres vivos
onde n'hay paires ni hermanos,
y onde se muestran tiranos:
los amigos más queríos!
¡Hay que vel q'ehay padecío!

(33) Hombre que estudia leyes, ya próximo a terminar la carrera.

(34) Golpes de varilla de menbrillo, que por lo general se contaban hasta *ciento*, y los hacía *cantar* clarito antes que les saltara la sangre.

(35) Sita en las cárceles, y do jamás penetran los rayos del sol.



La tremenda prueba del *banquillo* reprimió por muchos años el bandolerismo en el territorio de Chile; después, con las *cortas* y las *largas* de los Códigos, los testigos falsos, los leguleyos entrometidos, las leyes elásticas, la benignidad de los señores jueces y el *intríngulis* de coimas, pagadas con el dinero de las víctimas, ¡todo se ha ido a la porra!

Un tablón grueso enterrado en el suelo, colocado semi vertical, que a manera de asiento llevaba un tablillo y aianzaba en dos patas de madera en bruto, colocadas a la diablo y embadurnadas de alquitrán, era el instrumento de la muerte.

En el respaldar de este grotesco mueble se amarraba al infeliz, que, pelado a *lucotones* (36), aguantaba o no a que le vendasen la vista, para no contemplar su desdicha.

Después, el redoble del tambor, el resplandor del fogonazo, el eco seco de cuatro tiros de fusil, y el *golpe de gracia* (37) que lo disparaba el *cabo de baqueta* (38), y le perforaba el cráneo, pasándole los perdigones por los sentidos, venía a poner fin a la vida, del que otrora fuese el valiente matador de cristianos.

(36) Cortado el pelo a tijeretazos, tal como se esquila un borrego.

(37) Tiro de fusil—bala—dado a boca de jarro, en la cabeza del ajusticiado.

(38) Grado del subalterno, que, lavándose las manos como un Pilatos, obedecía las órdenes que mandaba el oficial del *pelotón*.

* * *

Desde lontano, presa de terrible angustia, contempló, contreñido, el joven Zacarías la escena de terror y de desesperación que envolviera, como envuelve el huracán, a los confiados viajeros que ocuparan el vehículo; ¡do iba su dicha única, su ilusión, su Lastenia del alma!

La mujer que, por su querer, había abandonado su hogar, dejando a su viejo padre perdido en la soledad del mundo.

¡Raptada! Así la veía: ¡doblemente raptada!

¡El que sale de su casa:
nunca llega como sale!

Adujo, confuso y agobiado, al acordarse de su abuelito don Tobías Donoso, a quien apodaban el *ánima bendita*, el cual jamás salió de su casa en día que fuera martes, y siempre que salía, previos los persignados de estilo y los consabidos *en el nombre sea de Dios*, debía saber pronunciar estas tétricas frases que ahora le venían y le cuadraban al pelo:

¡Día martes,
no te cases, ni te embarques!

Luego, hizo esfuerzos para contraer sus nervios, y *callóse*, tratando en vano de mitigar su dolor.

¿Y? ¿Qué le quedaba por hacer a él, solo y *mostrenco*, en esas soledades? ¿Cómo aventurarse ante aquella gavilla de bandoleros, dispuestos al masacre, que a su menor insinuación le habrían acribillado el cuerpo, partido el cráneo y arrancándole las entrañas?

Por el ruido de las armas de fuego, cuyas detonaciones llegaban hasta él, por el *chivateo* de los pechugones que se rajaban gritando alrededor de sus víctimas, a fin de infundirles pavor; por los *ayes* lastimeros de los caminantes y por el humo del incendio del carricoche que chisporroteaba en lontananza, creyó, justamente, que nadie habría quedado con vida en aquel campo de Agramante.

Los sirvientes de a caballo que acompañaban a los viajeros, y que departieron tan amistosamente con él, dándoselas de valientes, al ver el

desastre de los del del vehículo: ¡como almas que llevan los diablos habían arrancado desaforados!

No había de ellos, ¡ni luces!

Al día siguiente, los *alguaciles* y las autoridades del lugarejo, que, a pedido del desesperado mancebo, habían llegado hasta allí, a *troche y moche*, ¡cuando ya había pajaritos nuevos!, encontraron en los *cerriillos* sólo un montón de ruinas, un puñado de cenizas, fragmentos de vidrios, hierros, cueros calcinados y cadenas rotas.

El bagaje, tesoro, joyas y ropaje, habían desaparecido en la vorágine del saqueo.

Las bestias de tiro, habíanlas ocultado en los matorrales, o soltá-dolas al valle cordillerano, lugares conocidos sólo por ellos, por el *puma* que, golpeándose su cola larga y lisa, paseaba arrogante su silueta, y por los gigantescos cóndores que en grupos aislados, ¡atraídos por el olor-cito!, se descolgaban desde los páramos de la montaña y revoloteaban impávidos, husmeando su manjar, que esta vez habíanlo encontrado en el cadáver de uno de los de la horda, el cual, sin decir: *a tri tri*, lo habían despachado para el otro mundo sus compañeros, cercenándole la cabeza de un solo tajo, y vaciándole los intestinos: ¡sepa Dios por qué!

El gobernador civil, que, de enfermo, *cotipado*, como se encontraba y ¡sin ánimos!, después de haberse despabilado en la noche anterior un cocimiento de flores con aguardiente, se había levantado *a la rastra*, por cumplir con su deber, armado con su bastón de estoque, que llevaba cachiporra de plata, forrado en madera de cuadro (39), insignia de mandatario del Cabildo, poniendo de súbito semblante cadavérico y haciendo aspavientos con ojos, boca y narices, descubrió su calva para *rascársela* a su regalado gusto, olvidándose que no llevaba puesta su inseparable peluca; y mesándose sus cuatro pelos que usaba de patillas, como trigo de riego sembrado en *rulo*, al unísono que temblábanle las piernas y le traqueaba el *conducto* respiradero del corazón; arengó a su vez, en grave tono, helado el cuerpo y casteñeteándole los dientes:

¡Donde fuego ha habido, ¡diacho!
¡Ceniza queda!, ¡caracho!

Eso bien lo sé, por experiencia propia: ¡aquí fué el asalto, ahí en esos coágulos están las demostraciones fresquitas! ¿Qué más?

(39) Pregúnteselo al abastero.

¡Aplaca, Señor, tus iras...
tu justicia y tu rigor;
que en manos de *un* Gaspar Matus:
misericordia, Mi Dios!

Esta, y no otra, es la *gavilla* que capitanea el bandido *Gaspar Matus*, que recién separada del cumplido don *Ciria* (40), merodea por estos litros (41).

¡Santo cielo!, volvió a repetir, ahíto y abatido, e hincando sus rodillas al suelo, paró al espacio la parte posterior de su humanidad, bajó sus labios fofos hasta tocar con ellos la tierra, que besó fervoroso; y, paseando entre los presentes una mirada extraña e inquieta, como si implorase socorro, dejó a su lado su altanero y prosudo *tono* que le era peculiar, para trocarlo en manso y sumiso.

Y es este canasto *brevero* (42), ¡piernas de Judas!, el que me la tiene *sentenciada* (43), adiós ¡mi plata!, ¡sálveme Mi Señor Jesucristo!, *rumoreó* en tono imperceptible.

Ciriaco Contreras era un santo al lado del tal Gaspar.

* * *

Aparte que los señores jueces de la época, lejos de admitir lisonjas ni adulaciones de nadie, menos *regalitos* para sus familias, en especies o en dinero, poníanles a los menguados que les venían con zalamerías y *requiebros*, verdaderas caras de *Nerones* (44), los mandaban a *mala parte* (45) y los llamaban *leguleyos* o *tinterillos* de baja estofa.

¡Un gallo, con tantas plumas;
no se sabe mantener...
y, un *tinterillo*, con *una*:
mantiene: *chey* y *mujer*!

(40) Ciriaco Contreras, cotizado entre los bandidos famosos, robaba para hacer el bien a los pobres, no fué, conste, un hombre malo.

(41) Contornos. No está lejos de aquí.

(42) Hombre perverso.

(43) Ha jurado matarlo, y lo hace.

(44) El más vil de los emperadores romanos, mandó matar a su propia madre, y *borracho*, como un cuero, incendió a Roma.

(45) A la fiñona.

No cundían, ni por un *pienso*, los abogados *metetes*, llamados más tarde: *gestores*, cuando venían de parte de nadie a *condolerse* del delincuente, ¡por la paga!

Lo que llegaban a conseguir éstos, era: el desprecio del señor juez y el horror de sus amigos, parientes y conocidos, que lo llamaban en alta voz: ¡traidor!, ¡calcahuete de bandidos!, ¡beato!, ¡hipócrita!, ¡farsantazo!, ¡hijuna grandísima!

Su propia mujer lo repudiaba, y lo alcanzaba con los epítetos de *Cain*, ¡no te quiero!, ¡te aborrezco y te odio!, por *perro* (46), y porque, incapaz de ganarte tu vida honradamente, buscas a los pillos para que te *ayuden*. Mañana me levantarás un crimen a *mi* o a *tus* hijas, y te quedarás tan lucido!

¡Asqueroso!

Era por esto, y no por otra causa, que los malhechores de *antigüe* vivían en los repliegues de las serranías, donde abatidos por la quietud del silencio llegaban a *durmirla* en el día; a la inversa que los buhos, gaviilanes, cernícalos y *tricaos* (47), que habiendo hinchado sus buches arrasando con sementeras, arbolados (48), chacarerías y jardincillos, regresaban al *dormidero* renegando y metiendo una bulla ensordecedora de cien mil demonios, alineados militarmente. Igual que los batallones de *linia*: con su *cabo* o su *sargento* al frente.

Y norma fué que, fuera de los asaltos como éste *narrado*, verificado en campo traviesa, los forajidos, antes de efectar una *cubrida* (49), la formalizaban anunciándosela caballerosamente a los moradores de la propiedad que habían *filiado*, cuyo amo o *patrón*, haciéndose el desentido, se hubiese comprobado que lo fuera: tirano, *tacaño* o *palo cagado*, que es como si dijésemos, hablando en puro y legítimo chileno: *abusador con sus semejantes* y no llevase camino de enmendarse.

Y desdichado de aquel que *larguero* (50), se le ocurriese poner resistencia en el ataque, ¡carito le solía costar!, porque en la represalia se les *enardecía* la sangre al decir de ellos, ¡sin tutía!, no siendo extraño que quedase en la *refriega*: ¡ritere con cabeza!

Así expresábanle al Alejandrito en puño, a quien solían llamar tam-

(46) Hombre de malos instintos.

(47) Loros chicos, pintados verde obscuro y con su mancha grisienta, que espelusa debajo de sus alitas.

(48) Se comían las hojas de los álamos, cuanto encontraban a paso.

(49) Al premeditar el sitio donde iban a dar el golpe.

(50) Se descartaba expresando razones estúpidas, para no largar el dinero que se le pedía *buenamente*.

bién: ¡huevo de yegua!, ¡pastel!, o ¡chanchito que no da manteca!; y tenían elegido como *causeo*: ¿qué laya de *amigos* tenemos?, ¡agora le toca a usted!

Er señol ñor *Paminonda* (aquí el nombre) que pase muy felices *Pascuas* y que tenga a bien *deposital* (aquí lo que deseaban) en tal *sitio*, en el hueco del árbol, o en la ranura de la peña, etc., como bien pudieron entregársela al *portador*; y, por si s'anda con *apequenás* y no lalga la *cachá* y dice que ¡*güeno!*, lo miraremos toos los niños de la *gavilla* como *calne de cogote* (51).

Y acuéllese que sus sementeras están re lozanas, hartos *ganaos* hay esparcidos por los montes y en los campos, y bastantes *curvias* tienen los caminos.

Vosté es *palo breso* (52) (le añadian), y no se los hague el *lesano*.

Una cruz, teñida con sangre de cristiano, contrasellaba aquellas macabras misivas.

* * *

La gatita regalona que tuvo encerrada don Zacarías en las casas de *Los Pingüinos*, años antes de la guerra, no era otra que Lastenia, la hija de su prometida raptada en los cerrillos de Teno, que instada por ciertas monjitas en la cual *orden* había entrado como *postulante*, fué a conocer a su padre, cumpliendo las disposiciones de su difunta madre.

Por ella supo que Leontina, *resignada* después de cuatro años de vida marital que hubo con el jefe de los bandidos, durante los cuales, como para tantearle el genio o mofarse de ella, la canturreaba con todo sarcasmo: "¡No se le dé ná, m'hijita!, q'ihombres hay por *montones*, pero que la quieran, la *estiméen* y la *aprecéen* a usted y la *efiendan* como l'ohace este *pecho*, le da sus fartas y too lo q'iapetece, n'ohay n'iunito!"

El hombre, pa sel hombre: hecho y derecho, proseguía el bandolero, ébe sel: ¡negro, feo, pelúo y hediondo! ¡Huela numás, m'hijita rica!, ¡jlor de la canela!, que a los *apitucáos* que no saen defendel a la mujel y se les *hiela la chacra* al tiempo que ga a *jlorece*, esos, no *galen* ni lo que *gale* una cáscara de nuez.

¡Mecón! (53) y *chirriando* (54).

(51) Lo que por *duro* no lo comen ni los perros en el animal vacuno.

(52) Hombre adinerado y que no le significa nada botar unos pesos al pobre que se los pide.

(53) Palabra plebeya, dura y terrible, que significa llamar al *diablo* para que venga por él, en caso de incurrir en mentira y se lo lleve en cuerpo y alma.

(54) Lleno de la más sañuda rabia.

No obstante, el tal que así se expresaba, supo guardarle a la llegada del cielo, como la llamaba cuando más borracho estaba, toda clase de miramientos, como que en sus reductos donde mandaba *fuerzas* era *taita* (55), y la mantuvo secuestrada: no la mató, ni la hizo charqui. Harto de ella, la abandonó buenamente.

Como pudo, la hija arrepentida, buscó medios para reconciliarse con su padre, el cual, viejecito, como el rey pródigo de la leyenda bíblica, la recibió con los brazos abiertos.

Del bandido no hubo hijos.

Después del fallecimiento del *abuelito* murió también Lastenia, cual la había obligado bajo juramento que aunque gastase zapatitos de hierro, algún día fuese hasta el autor de sus días y le refiriese la historia de sus desdichas.

En resumen, el destino lo había querido así.

Las visitas del obispo, que las había agarrado con *juría* (56), veintiocho años pasados antes de este relato, obedecían al mismísimo fin: que reconociese a su nieta *abandonada* al ventestate, como su única y *legítima*, y le diese el *dispense* para entrar al monjío. Pero, ¿se fué por ojo! (57).

A cada momento los sacerdotes del Señor estaban *encima del asunto*, firmes en conseguir, ya fuese por medio de la *palabra escrita* o por medio de la *pechuga* y la *verba*, lo que deseaban, esto es: pavitos o gallinitas gordas, el huevito fresco, el chanchito abierto, los patitos asados al horno, o bien el *testamentito* bien afianzado para después de los días del anciano caballero o de la dama de abolengos, que en el trance de la muerte, mientras los deudos afanaban por los remedios, ellos no abandonaban ni por un pienso lo que deseaban!

Había *desperpajado* la Curia que el caballero poseía montañas de oro, sabía que era un algo fanfarrón, además eso de ser bueno y *católico* por añadidura.

¿Por qué, entonces, andarse con frivolidades?

Ante todo,

¡Toda ley, a quién le duele!

(55) El que pega más fuerte en el pueblo.

(56) Con la tenacidad más grande.

(57) Se fué de vacío, ¡tal como se vino!

La iglesia de Dios necesita de dinero, ¡mucho dinero!, y con la dote del que le dió el ser, la *presunta* sería *monja*, muy probablemente *Madre Generala*, y desde el claustro, donde la *encerrarían* sus *directores* (58) rogaría a Dios por su abuelo, por su *bisabuelo*, por la *parentela* toda, y por su madrecita querida que en el cautiverio en que la sometió el jefe de los bandidos, había padecido en la tierra las penas de San Clemente, purgando en vida sus pecados, y de *yapa* los de don Zacarías.

¡Qué de nostalgias vagaban en el recuerdo de don Zacarías, al contemplar aquel retrato de mujer que tantas escenas de su juventud le recordaban!

Como no hay nada que oculto quede bajo la bóveda del firmamento que, otrora, los antiguos dieron llamarlo *cielo* (59), hemos divulgado el secreto de Lastenia, la Magdalena arrepentida, y del noble viejo, el Patriarca de Mariposas, don Zacarías Encina.

* * *

Jactábase a veces, don Zacarías, cómo en su *mocedad*, ¡una vez a las perdidas!, le había gustado encontrarse de *jaleos*, es decir eso de tener sus ratos de entretención y de solaz, entre amigos y con vecinos de mucha confianza, advirtiéndole que siempre que ello ocurrió, lo hacía por puro *patriotismo*.

Así, saboreaba su *taco* (60) dentro del recinto de la *fonda* en Pascuas, Años Nuevos, y en los 18 de septiembre de cada año, tan y solamente.

¡Esta noche, es noche buena:
noche de parar la oreja;
asómate a la ventana
mientras que *ronca* la vieja!

Donde quiera que fuera, y se hubiese encontrado hombre *chileno* de *cepa*, para los días patrios, dále que tenía no más, por ley, que haberle buscado *los tres pies al gato*, celebrando ¡alma mía!, como lo mandaba el *deutol*, las epopeyas de la Patria Vieja.

(58) Los sacerdotes tienen la prerrogativa de *escudriñar* por medio de la confesión lo que acontece en los hogares, y aún dirigir a los jóvenes y niñas acerca de cuándo deben rebelarse contra sus propios padres o guardadores, si de ellos han de sacar *piltrafa*.

(59) Por lo azulito que era.

(60) Una *cachada* de chicha, absorbida con ansias, hasta aplacar la sed.



¡Con qué entusiasmo! recordaba del regocijo popular en aquellos buenos entonces, cuando en el llano de la *pampa* (61) se *rajaban*, trocando los *cañones* y *gomitando* balas las cureñas de los artilleros, como los *jusiles* de los de *linia*, acoplados con los *cíficos* (62), que no les iban en zaga, ni les aflojaban un *pucho*.

Ni mella que les hacían, aunque *reclutitas*.

Veley cómo *retucaba* en los oídos el estampido de los *cañones*, igualito como si hubiera sido un *fuego* graneado.

(61) La llanura donde se celebraba una fiesta militar.

(62) Los paisanos, que voluntariamente dedicaban su tiempo para ejercitarse en la milicia, los días domingos y festivos.

Mientras esto ocurría en el llano, allá, afuera, en el *estrado* (63) de los *tabladillos*, o sobre el verde césped, a la sombra de los árboles, o al ladito de la carreta *entoldada*, era de ver cómo los *Pobletes* revueltos con los *Riquelmes* (64), ¡todos cúmpas!, y muy unidos, se desperdiciaban cantando y bailando de *punta y taco*, al son de guitarras, pianas, acordeones y *rabeles*, con sus consabidos *huifas* y requiebros!

¡Arrisca la cola cabro! ¡Todos piques! ¡Todos a medio filo!

Cuatro camisas tengo,
y yo las vendo:
para comprar un novio
que por él muero!

Nadie lo reparaba, ni el *paco* lo llevaba preso, porque el 18 de septiembre, el 19, el 20, el 21 y el 22; el 12 de febrero, el 5 de abril, el 24 de diciembre, el Año Nuevo, el 6 de enero, el 4 de agosto, el 24 de junio y el 19 de marzo, había que celebrarlos con bastante alegría.

Asina, hasta el Excmo. señor Presidente de la República, terciada la *banda* sobre el *chileco*, que lo era de *piqué* blanco, cabeza libre y *cacho en mano*, brindaba su soberano *trago* a la importante salud de los Padres de la Patria; también *cufifo*!

¡Cuando te vedo urmía:
imagino que me quieres
más, cuando se abren tus ojos:
empiezan mis padeceres!

Enardecidos los ánimos, por efecto del *tirotedo*, del calor sofocante de la temperatura der sol, como lo definía una huasita vecina, o del licor libado, el *pueblo chileno* ¡olvidaba sus penas!, pues, a *refosilarse* se había congregado ahí; otros, a distraer la niña del ojo; y los más... a echar una cana al *adre*.

¡Los ojos tienen sus niñas,
las niñas tienen sus ojos
y los ojos de las niñas:
son las niñas de mis ojos!

(63) Pieza o cuarto que lo cubría una estera o *petate*.

(64) Pobres y ricos.

Y venga una *zamba*, ¡venga una *refalosa*!, venga una *cuequecita rala*; y para entonar el ánimo, después de éstas, venga una tonada, en que entre: la luna, tenga de mar y un algo de amol.

¡Reflujos tiene la luna,
reflujos tiene la mar,
la mujer tiene reflujos:
y el hombre, no tiene ¡ná!

Unidos hagamos un *aro* (65), transportémosnos por algunos instantes a convivir esos momentos con los entusiasmados huasos y *huasitas*, que acaso fueron de la *parentela*, y se *atracaban* en círculo para no perder el final de una *de pata en quincha* (66) que la bailaban *dos*, que bien se *merecían* y ni *mella* se hacidan!

¡La araña caza a la mosca;
la mosca chupa la miel,
y en el hombre enamoráo:
la que manda es la mujell!

* * *

Infestos, *atosigados*, con el humo de la pólvora que tenía todo el campo *ñuláo*; y azorados por el estrépito de las cureñas, naiden habida reparáo la gran hazaña de los Granaderos de la Muerte, regimiento de caballería conocido mejor con el nombre del General San Martín, que llevaban pantalones de color *azul fuerte*, de corte *bombacho*, con franjas carmesíes, *bototos* con vuelta al llegar a la rodilla, *kepíes* de abultadas viseras, *charreteras* sobre los hombros y altos *morrones* con *flamines* de plumas de garza, que les tapaban los ojos.

Para formar parte de este *pelotón* se requería antes que todo, ser *hombrecitos*, doy gracias!: hombres de *paleta* (67), decimos, y de *pelo en pecho*, seleccionados de gran talla, poseer fuerzas de mono orangután, como el que menos levantaba a su compañero en el *adre*, por *juar*, to-

(65) Entre un *pie* y otro *pie* en la cueca, hay el *trago* que lo toman a la recíproca y es general.

(66) Una cueca bailada ligeramente, en que todos los espectadores se esmeran en aplaudir a los bailantes.

(67) Fornido y fuerte para los rudos trabajos, cuya edad fluctúa entre los 25 y los 35 años.

mándolo por la faja que hormaba sus cuerpos alrededor de los ijares, en una sola mano. Ser, además, verdaderos domadores de potros salvajes; no beber, ni comer *en demasia*, ni cometer *desatinos* que fueran a menoscabar su reputación, ni la del regimiento.

Con todo, y sin saber leer ni escribir, eran los mandados hacer, para con toda pausa y raciocinio, echar una *blasfemia* cuando venía el caso, o rebanar a un hombre de un sablazo.

Obraban, ¡Dios mande!, como verdaderos *cosacos*, y su lema, que lo fué a la vez la más rigurosa consigna: ¡Dios, ante todo, y la Patria!, y a ella obedecer y *callar*, lo llevaban grabado en su alma.

El peligro mayor fué para ellos una *pitijaña*.

Decimos, esos del *pelotón* cargaban en endemoniada carrera; cualquiera hubiese creído que aquello era de verdad! Ellos!, como si fueran a matar, o a matarse!

Montados en sus *tordillos*, de cabecita pequeña, de largas crines y colas no tan cortonas, anca partida, gruesos de encuentro, cortos de talle, blandos de hocico, finos de remo, y de un solo pelo; desenvainados sus *chafles*, que afilados como para rebanar un queso, destellaban centellas y reflejaban ante la vista resplandores que *quebraban* los rayos del sol, eran los *bestias* para ir contra el *enemigo*, que se lo imaginaban en sus mentes.

Habíase espantado la caballada de los paseantes, (*nativos* no militares), y esto entraba en el *contentamiento* de los peatones, que: impávidos, se recreaban contemplando: ¿en qué estuvo que no hubiera habido una avería?; pues, ¡resucitamos de nuevo!, decían, murmurando frases: ¡ja, ja, ja!

Los anduvimos escapando *jabonados* ¡con las mujeres y con la chiquilla! de debajo de las patas de los *chuzos*, que al haber ocurrió la esgracia, la muelle habreida *sio tantania*.

¡Cuando n'ostá de Dios!

No obstante, haciendo comentarios, reían a mandíbula batiente de lo que acontecía a los otros, no perdiendo el estribillo que cantaba una *buena moza*, ni los *manipuleos* del minero que se *destestuzaba* volviendo la cabeza, que la hacía tiritar sobre el tungo, mientras bailaba desesperado de cintura abajo, llevando a todo esto sus brazos caídos como si no hubiesen sido suyos, la vista nublada, y en su rostro dibujada la exacta tristeza lánguida y apacible de un monje recién disciplinado, o de un Cristo Nazareno recién, ahorita, salido de la presencia de Pilatos; y, así y todo, se volvía *turumba* sobre el tabladillo:

¡Con el timbiri, timbiri y timbiri tan:
se canta y se baila con facilidad!



Se desfojaba el *puchas* (68), que hacía la miseria de cuatro años que no bajaba a *plan* (69), y cuando lo hacía, lo era *enchauchado* y trajeado de sus aprestos de trabajo: sus corneas babuchas de cuero de potro, sobadas a mano, el capachito *costino* en que llevaba el *cocavi*, el tacho de cobre colgando al cinto y el recordado *culero* con que se tapaba el *rabo* cuando hacía de *apir*, o entretenía el tiempo como *pirquinero* en unión del *colegato* (70), que era *tinterillo*; mientras éste las *componía* con el *solegao* (71) para trampearle la *patenta* (72).

¡Bailaba!, decimos, el *minero* al lado de la apuesta muchacha que rebanaba los vientos; *pizpireta* y *zalamera*, rozándole con sus *cachetes* coloraditos como la *panana* (73), tanto por el efecto de su lozanía como por

(68) Hombre atrevido y galante, que ha estado sujetándose durante mucho rato de lanzar una de las suyas.

(69) Que no se comunicaba con sus amigos por haber estado trabajando en las montañas.

(70) Un igual a él.

(71) Subdelegado.

(72) El permiso necesario para trabajar la mina antes que otro viniese a pedir el privilegio para explotarla.

(73) Como el bife del animal vacuno.

eso que la daba *que siò qué*, que la mirase el hijo del *patrón*, ¡que lo ha-beida devisao por ey!, al cual ella le tenida amol y miramiento, pol lo suavecito q'era (74); tamién pol el sofoco der sol; y, por último, por el *solimán* frotado a medias que íbalo dejando estampado en la cara del compañero al rozarle con la cutis de su piel la barba del hueñe, que la componían: bigotes, pera y patillas ¡lacias y caídas!

La cual picaronaza, en *tallecito* (75), ¡veley! (76) como la mismí-sima *culebria* que atraviesa la resolana en busca del agua del *batche* (77) para aplacar su sed, se retorcida pa tóos láos, y se daba güertas sin quitar-le la vista de encima, hasta *mautenizarlo* con sus quereres y tan re hartas contorsiones, ¡burlándose como le placida!

¡Si te ije que te querida:
jué pol hacelte la búlra!

¿Quién te gá a querel a vos
pellejo con tantas purgas?

El, ¿quién dudarle pudiera?

Rendido de pasión y de vergüenza, al *oyir que* pol más efeuto que le puso al *escobilláo*, fuera de las arqueadas de lomo y el mayol empeño que gastó pol hacerlo mejol, resultaron contra na, porque fueron para ella los aplausos, como que se anduvo achunchando, cuando lo roció con su despanzurrio, y, para no dar su brazo a torcer, ¡tras! que aprovecha:

¡Dicen que ya no me quieres,
porque te hay dáo mal pago:
volveme a querer de nuevo
que un clavo saca otro clavo!

Y, contrito, el *hijuna* (78), cual que penitente arrepentido, de hino-jos postrado, puede ofrecerle a la *prenda*, ¿qué tanto será?, en prueba de

(74) Muy diplomático, se les iba calladitamente y les hablaba de amor.

(75) Su puro vestidito de percal, recién lavado.

(76) He ahí.

(77) Aguas estancadas, en las piedras y peñascos, que dejan las lluvias.

(78) Hombre diablo querido de todos por lo ocurrente que lo habían de ver.

buenas migas (79), sus más caros afectos, su pecho noble, corazón de cobre, el *culero*, el *capachito*, unas cuantas *pepitas* de oro del de su cosecha, y un *potrillo* de la *baya* aconcagüina, o de ponche con *malicia*, cargadito y *cabezón* (80), que lo equilibra en su cabeza (81), rebalsando hasta los bordes.

En aquella pieira lisa:
onde yo me *refalé*
dame tu mano, ¡chinita!,
que yo te libertaré!

Allá va la bala,
por la *Cañailla* (82)
matando a las viejas
ejando a las niñas!

Acompañada estas *mariguancias* con el consabido: *salustriano*, sá-quele el veneno, señorita!, ¡se l'hago con la mitá!

Mientras ella, que ha recibido el *potrillo* (83) con la puntita de sus dedos, con los cuales, a su vez, acaba de sonarse sus narices, que ha secado con el *ruedo* de la *nagua* (84), esquivo el cuerpo para mirar de reojo al *galán*, hasta que, por fin, se *alima*. Advirtiéndole en tono capcioso y *decidor*, para ello ha hecho la *mar de respingos*: *yastá*, ¡cabayero!, le cumplo y lo *obligo*! (85). ¡Los juímos!

Endey irá onde *otras* y les *platicará* lo mesmo que a *una*, son asina *los hombries* cuando se ven queríos! ¡Tan re veleidosos! Er consuelo que me quéa es que:

¡Er que a cuchillo mata:
a cuchillo muere!

En tanto, el *compañero*, copado y acorralado bajo el peso de tantas reprimendas, de un repentito, mientras se reposa y *cabila* lo que ha de

(79) Mucha intimidad.

(80) Mucho alcohol.

(81) Sin tomarlo con las manos.

(82) Al otro lado del río Mapocho.

(83) Vaso grande llamado *doblero*.

(84) Prenda de vestir que usaban las mujeres bajo del vestido.

(85) Acepta, sabedora que se tomará el contenido del vaso hasta no dejar una sola gota, e igual ha de hacer el *compañero*, va en ello la palabra empeñada.

contestar a la que jamás había visto en los restos de su vida (86), *dale* que ha de pegarle el último *agarrón*, para soltarle el piropo:

¡Las mocitas de mi tierra,
yo le diré como son:
dergaichas en la cintura;
y blandichas en el corazón!

Y a la par que el minero, el hombre de mar (87), el palurdo *soldadillo* (88), el *pampino* (89), el *fútre*, el *petimetre*, el huaso *allegagüe*, de altos tacones y de sonoras rodajas, que al andar le sobraban las *flecaduras* (90), el bohemio rotito *zandunguero*, de ojota, chupalla caída al ojo y de *pata rajá*, el *celaol*, el menistro que mandaba juerzas en l'hacienda, el soldao, el arguacil y aún el *fraile* mismo, cuando estaban de humor: arqueaban sus cuerpos, quebraban sus ojos y altaban sus hombros batiendo sobre la cabeza de la compañera con la cual, después del consabido *engáfiese* d'este gancho, señorita güenamoza; y, aceptado que lo fuera el brazo del invitante, *apercollaban* (91): dama, criolla o plebeya, que llevaba ya preparado de antemano el blanco pañuelo de seda o de *batista*, limpio y perfumado en la *alorosita* agua de florida de *Murray & Lamman*, para batir a discreto compás y enhebrarlas *chicoteado* en el curso de la aplaudida cueca *chilena*; chilena: hasta los huesos de chanco cocido! (92) re chilena como el mosto asoleado de Cauquenes, como la *rucia* volteadora de Aconcagua, el *chacoli* de Coinco, los ponderados *porotos* bayos rancagüinos.

Como el *cóndor*, que en su libre albedrío, remonta y gravita su vuelo sobre la cumbre de los Andes; como el *puma* (93), el *culpéo*, el *huemul*, el pájaro *carpintero*, la *chinchilla*, el loro *bruto* y el pájaro *tril*, *inorante* y *dao a la trampa* (según el comentar de los campesinos), que mora apenado y triste, cullumpiando sus penurias en la copa de los carrizales; igual que el *bagre*, e igual que el pájaro *flamenco*, de cuerpo lánguido y rosado, que vivía en las riberas de nuestros mares; como los

(86) Nunca antes la había conocido.

(87) Llamado vulgarmente *costino*.

(88) Hombre inteligente.

(89) Que habita y se ha criado en las áridas tierras nortenas, donde existe el caliche.

(90) Lo que le sobra a la faja que horma el cuerpo del hombre de campo.

(91) Habían elegido para bailar.

(92) Blandos a consecuencia del mucho hervir en las pailas.

(93) León oriundo de Chile.

pequenes picantes (94) de San Francisco del Mostazal; como las *bolunchas*, los *chunchules* y el *causeo de patas* aliñado con cebolla y mosto; como el *boquil* y el *copihue*, que enreda abrupto en la raigambre de los robles seculares, peumos, litres, quillayes, olmos, araucarias o pinos gigantes, verdes siempre en su follaje, de copo extendido y de corteza pelada hasta el tronco, que pueblan las selvas sureñas.

Si usted no me corresponde,
solita me hay de matal
m'íay de mandal enterral:
onde náiden sepa onde.

Lucero del resplandol
y no me igáis que nós,
que con tus helmosos ojos:
m'ías robáo el corazón!

Y er corazón, m'áis robáo,
y no lo podéis negal
si osté no me corresponde:
solita m'íay de matal!

Al seco, añadidas las palabras *salustriano*, significaba decir: ¡salud!, con este trago signaremos nuestra eterna amistad; y, clavándose la vista fijamente ambos bailadores, debían vaciarse de un *guargüerazo* el contenido del *tiestecito* en sus bocas.

Para mayor regocijo era ¡por ley! que tenían que invertir la *cachada*, probando con ello que no quedaba una sola gota de licor; y al hacerlo, debían poner cara placentera.

En estas *amagancias* terciaban los amigos, que le increpaban al que anduviese tímido, de no andarse con *cuchufletas*, se acaloraban los ánimos, y *porción de veces* (95) obligaban al *cobarde* a beberse *otra cachada* sin ganas, ¡por mauoso! Todo a la importante salud del dueño de casa, aunque no lo conocieran ni de vista, la fiesta se celebrase en un potrero, o fuera pagada en una *chingana*; o *la di no*, los vasos llovían, y llovían también las *rendidas* (96):

(94) Empanadas pequeñas, aliñadas de cebolla y ají.

(95) En muchas oportunidades.

(96) Palabras groseras, que las lanza el hijo del pueblo cuando está enrabado, nunca en otras ocasiones.

¡Dicen que no me quieres:
porque yo tengo
los calzones cocidos
con hilo negro!

Cuando no solas, *alternadas* iban las *cuecas* con ciertas canciones ralas, que terminaban en de *¡pata en quinchá!*, tamboreos, razgueados en la vihuela, animados de viva voz hasta quedar enronquecidos, y palmoteados por los *huachos mirones* (97). Y más que todo, *¡zapateados!* en el suelo, *¡de punta y taco!*, *¡sí!*, y a medida que se acercaba el final, más le *cargaban* lo *garboso*, hombres y mujeres *¡hasta* quedar transpirando! a la *espeta* del otro pie.

Y en esas tonadas de *amol* la frágil *refalosa*:

¡Refalosa me háis pedío:
refalosa te hay de dar
refalosa en la mañana,
refalosa al merendal
refalosa al medio día; y
refalosa al acostal!

¡No llores mi arma!
No llores, ¡no!
No llores zamba:
que aquí estoy yo!

Y el cándido *¡cuando!*

¡Guay, cuando!, con *¡uno* que se *comida* (98) *sobra!* Indicaba a las *claras* advertir que *uno* de los comensales debía pararse, tomar el *po-trillo* con licor entre sus manos y ofrecérselo a la *cantora*, porque notaba que, por falta de trago, como que se iba secando el *guare* (99):

(97) Amigos de tomo y lomo, que les agradaba esta expresión más que si se les rociase con agua bendita.

(98) Dejar al asiento y afanarse por servir a los bailarines.

(99) *Guare*, *cuello*, *buche*, *gáznate*, *cogote* o *tragadero*, es lo mismo decir.

¡Cuando llegará ese *cuando*,
perrito, y esa mañana:
que *los* lleven a los dos
el *chinculate* a la cama!



La *pandorga*, ¡el bailecito de la paloma!, estaba bastante en *boga* y se efectuaba: una muchacha del pueblo, arremilgada de blanco, llevando sus *naguas* albas y almidonadas que llegaban a crujir de lo puro tiesas, callándonos el decir cómo ha dado a su rostro su *manito de gato*, como indicando a las claras: ¡aquí estoy buscando novio!

¡Dicen que no los *querimos*
porque no los *oyen* hablar...
A tu corazón y al mido:
se lo *puéen* *priduntal*!

Manos en cadera, haciendo posturas *bizarras* (100), mirando por sobre sus hombros la punta de su rabo; o pisándose con sus pies la punta de sus pies, *contoneándose* enfática, cabilosa va y viene ¡la moza!, haciendo mohínes, suspirando hondamente y volviéndole sus ojos blancos a los jóvenes ¡de pura diabla!, segura de sus aplausos, que los obtiene frenéticos entre los *mirones* que la codician para sí y la obligan al *bis*.

¡Andan diciendo:
que no te quiero;
una y mil veces te digo:
que por ti muero!

- ¡Una sin otra no vale! (La dice el uno).
—¡No hay primera sin su segunda! (Alega aquél).
—¡Esta sí que es la flor de la canela! (Replica el tercero!).

¡Ende el Cautín al Malleco;
no hay poncho que l'iaga fleco! (Cabilan todos).

Hasta que *por fin*, obligada a más, ¡gira y gira!; va y vuelve!, en vertiginosa carrera, dibujando sus contornos y mostrando sus *choclos* (101) en cada *aro*.

Dejando al auditorio masculino ¡seducido! y al *otro* ¡pasmado!, lleno de *tirria* (102) y de envidia, cuando paraba de bailar, para percibir la copla a ella dirigida que le recitara un devoto admirador:

¡Corazón confitáo:
pecho d'ialmenrra...
Melón azucaráo:
quién te comiera!

(100) Haciendo lo posible por parecer bien a los mozalbetes.

(101) Las pantorrillas de las mujeres, cuando son regordidas y bien torneadas.

(102) Rabia que no se manifiesta.



Vamos a escuchar, ¡amigos todos!, de labios del huaso *enchaucho* on *Balta Rebolledo* (103), que era hombre de *recursos* (104) y de *callanómetro* (105), el cual ostentaba cuando era necesario, e íbalo mostrando a unos para que le viesen las *tripitas* que él las escudriñaba con un palito cualquiera, cuando les daba por *chantarse*; al otro, para que se *cerciorarse* y se *desengañase* por sus ojos cuando le preguntaban la hora, a la señora mujer *cubierta* para que no fuese a ser cosa que fuese a perder *¡lo trabajado!*; y a la guagüita tierna para que escuchara con sus oiditos al *pajarito* que cantaba *dentro!*

Mientras, él, acariciaba con dedos de orgullo el tremendo *colgajo* que le sobraba a la cadena, que lo era de oro y lo llamaban: el *mosquetón* (106). Y llegara decimos, *caracoliando* la bestia y atropellando la venta; todo: ¡porque era el *mentáo!* (107), el cual, después de una sonajera de *cohètes* que le dispararan sus amigos entre las patas del *chuzo*, empenó en darle un suave galope a rienda corta, en una reducida pista que se la trazara imaginaria, esta *hazaña* la repitió una y otra vez, para dar a conocer cuán humilde y cuán maestra era la bestia que así le obedecía y era de su *propiedad*; y como era que, clavada y *espueliada*, escaramuceaba obligada a impulsos de su voluntad que se adueñaba del cerebro del animal.

Tanto la *trabajó*, que aquello parecía cosa de juguete; y, al final, como despedida: la volvió una *taravilla* (108), al ras de la carnaza de un cuero de vacuno colocado dentro de la *ramada*, donde la hizo beberse con el *potrillo* tomado entre su jeta, un buen *resuello* de ponche con malicia, y, seguidamente: acostarse y simular *morirse* en el ras del suelo.

(103) Baltasar Rebolledo.

(104) Poseía fincas, animales y dinero como trabajar y vivir independizado.

(105) Gran reloj de bolsillo, fuesen sus tapas hechas en oro o en plata, o bien, el inmenso monograma esculpido por manos del platero, que hacía juego con el reloj y la cadena.

(106) Monedaza de oro o plata, circundada de su respectiva *corona*;

(107) Conocido y *valedor*, con terrenos propios, mujer legítima, hijos muchos; *chey*, una o varias, no importa, que con *crias* o no; harta animalada en el monte y bien *capacito* para pagar si algo quebraba en el *boliche* donde se encontraba.

(108) Al palito que pega a la *tolba* para que despegue el trigo y no se *tasque*, formando ese ruido que no cesa jamás en el molino *trición*, se le llama *taravilla*; e igual llamó el *cañamero* al doble, triple o cuádruple carrete que torcía la hebra ya hilada; estas *taravillas* giraban a razón de doce, quince o más vueltas que daba la rueda madre, la cual era movida a esfuerzo muscular.

Y endey de *saborearse* una *cachada* que fué general (109), y la ofreció de su ditáme, a los mirones, las *enderezó* en el *guitarrón*, tal y cual que la cosa hubiese resultado en el puro cielo, donde los *santos* habidan armado una remolienda:

¡Escuche, la compañía:
lo que les goy a cantal;
el *guitarrón* (110) va a sonal
con su canto y alegría!

Dijo, y sentándose sobre las ancas de la bestia tendida, como quien se recuesta sobre un mullido canapé, después de haber tosido, gargajeado a su regalado gusto y mirado por todos los lados, dióse por dar a saber a los que le rodeaban, lo que acontecía en la Gloria.

Habrán de saber, que un día
onde Dios, los santos, fueron
y licencia le pidieron:
p'armar una remolienda.

Y el *Señor*, sin soltar prenda:
concedió lo que pidieron!

¡Sacó trago!, el patroncito; así habló uno de los *comedidos*. Bebió don Balta, apurando el contenido del vaso hasta secarlo, y las raspó con el *segundo*:

¡San Pedro, como patrón!
mandó a dusal: ¡chicha y vino!
Arrolláo con tocino
y patitas con salpicón,

(109) ¡Todos alzaron la copa por él!

(110) Instrumento de mayor porte que la guitarra, hecho por el *maestro carpintero de campo* y que había 30 cuerdas entre primas y entorchados de tripas de cabro.

Un ponche bien *cabezón*;
 un canasto de tortillas,
 un *limón* y unas *jrutillas*,
 ya que toos *estáan d'iumol*
 y hay que alegral a las chiquillas
 de la Corte *Celestial*!

¡En el Cielo está lo güeno! ¡Echela con el tercero!

¡Tocaba l'alpa y vihuela:
 Sant'Inés y Margarita;
 tamboreaba Santa Rita
 y Santa Elena *cantaba*,
 pol toas paltos bailaban:
 la *cueca*, el *adre* y el *cuando*;
 San Níco andaba *ganando*
 las *tres mitáes*, que güeno!,
 y San Fuan Nepomuceno
 a toos los iba *alimando*!

¡Huífale, miéchica!

En esto, San Nicodemu
 llegó y dijo a toa prisa:
 tréigan a Santa Clarisa
 y escuchen toos vostedes
 que la Vilgen de Mercedes;
 toque, y cante Sant'Ana,
 y verán: que *San Juriana* (111)
 con Clarisa bailaré.

¡Echenle vino: ¡echenlé!,
 hast'el dida de mañana!

¡Púchas, que m'estoy mariando!

(111) ¡Que alboroto más grande!

¡S'estaba poniendo tarde,
cuando entró un Santo Antonio,
y dijo: pol los demonios,
q'está la fiesta que s'iarde!

Echaré mi cana al'adre;
como l'echan los demás
Y con toa suavidad,
a Santa *Ersa* un capote (112);
sin que niunito lo note:
se lo goy a dal, nomás!

Esta escena de costumbre, tal como se describe, así como los versos que se *cantan*, son copias tomadas inéditas, que palpara el autor de esta obra en un pueblecito sureño.

Y aparte del baile y de la tonada *confianzada* a campo raso, tenían los pobres el *palo encebado*, que tentaba a los que andaban de a pie (113), con sus *treinta reales* en plata, colocados en la cúspide, onde estaba la bandera chilena que llegaba a crujir con el viento; su *par* de gotellas der *anisáo de sustancia*; un *chileco*, un *lazo*, un *pal de chalálas* pa qué icil, un *corbo* nuevécito, con cacha de asta de güey repujada con *arrechunchos* de plata y, fuera de esto, el *manso aplauso* que le deparaban los *mirones* que se habían arremolinado al pie, lo cual era un gran consuelo, aunque el *rotito* se desvaneciera en lo alto y se *resfalara* palo abajo!

Las bravas *topeaduras*, el juegucito del *emboque*, el de las *chapitas*, el otro de la *perinola*, y también: la *chueca*!

Sin contar las carreras en *burro*, las de *ensacados* y las de *gato*, que atraían a la concurrencia a *costalearse* de lo lindo y a gozar por su parte como unos *babiecas*.

Los aficionados al *diablito*, en que figuraban pintados en las faces de un dado hecho en madera a la *diabla* (114): el sol, la luna, una estrella, un *pato*, una moneda de oro y un diablo feo.

¡Al *orito* y al *diablito*!, gritaba el *tahúr*, que llevaba los callos en las charchas de la cara o en las *aponsentaduras*, ya que su vida lo era pa-

(112) Bailaban con ella, hasta que la dejaban completamente *cortada*, hasta darle fatigas de muerte.

(113) Sin Cristo en dinero, el bolsillo completamente pelado.

(114) Hecho en cualquier forma.



sárselo sentado y comiendo; ¡bebiendo, no!, porque al *barajar las cartas* se le habría tupido el seso, y se le conocía: porque sus manos eran suaves como la guatita de una rana recién salida del charco; y, no andando, ¿cómo en los pies le iban a salir?

¡Al *diablito* y al *patito*!, combinaba las frases el *puchas*, y las *me-neaba* (115), metiendo el dado dentro de un tacho de lata, que lo blandía y lo *sonaba*, dándole una y mil vueltas a la vista del respetable pú-

(115) Se daba trazas.

blico que lo veía hacer; instándolos a que dejasen la cobardía a un lado, a fin de ganar dinero; pregonándoles ufano: ¡Ahora o nunca, niños!

¡Al orito, y al orito,
que nunca perdió sus kilates,
como yo, tampoco, he de perder:
los sentidos, por amarte!

Por otro lado: ahí estaba la famosa *maraquita*, en que jugaban con toda maña: un dado, un cacho de asta de buey (auténtico), que caía invertido sobre una carpeta viejísima que lo fué hecha sobre un cuero pergamino, e indicaba el cuadrilátero al cual correspondía ganar.

Así, el pillastre *tiraba* y perdía *uno*, cuando le quedaban cinco probabilidades de *ganar*, todo bajo las barbas de la autoridad edilicia, que lo toleraba impasible.

Y en cada *tirada* de cacho *amayaba* el roteque peonino (116) la total utilidad *robada*, dejando a la vista del soberano público: ¡siempre los *ocho reales!* (117). Los demás se los embuchaba: ¡pa entro!

—¡Ponerles, *rotos*, que plata tiene la banca!

—¡Acercarse guainas a hacer jortuna!

—¡Uno se murió esperando, y *otro* que no tuvo miéu, compró una hacienda en un año!

—¡Der *cobarde*, ná que s'iaescrito!

—¡Me goy pol lo puesto!

¡Lejos!, otros *gallos*, afanosos por mirarle las *patas al caballo*, la *cabecita* a la *zota*, o la *coronilla* al rey; o bien: leer las *marcas* en el librito de las *cuarenta* (118), tenían rueda bastante donde *tantear* sus suertes, de claro en claro!

¡Entonces, y ¡sólo entonces!, era cuando se solía *descarrilar* don Zacarías; y en más de una oportunidad le dió en la *goñicha* de perderse por semanas enteras, en *Lo las Pan de Huevos*, o en *Lo Ña Pancha Lecaros*, donde los de *reloces* d'oro, los de *caénas* con arrechunchos y colgajos, y los de *poncha de Vicuña* tenían *liánza* (119).

(116) Roto en sus hechos, además de ladrón de oficio, conciencia negra, *emperrado*, alma de judas.

(117) Un peso justo.

(118) El naipe completo para jugar.

(119) Crédito mucho, pidieran lo que pidieran, no se les cobraba, porque sabían de fijo que pagarían su dinero y con creces.

Los cuales, después de pescarse una *turca* (120) de las tremendas, eran tratados a cuerpo de reyes; y, al despedirse, les solían acogollar la del estribo:

¡Aro!, ¡aro!, ¡aro! y ¡aro!,
dijo ña Pancha Lecaro:
onde me canso, ¡me paro!
Pongo la pechuga al viento
y el espinazo el reparo:

¿Ya llegó la mula méiz?
¡Carne crúa come el tráro!

¡Cómo se *corrían* de mano en mano los soberbios potrillos de café con leche, llamado también *cola de mono*, porque estaba aliñadito con sus yemas de huevos, para sustanciarlo, su *doçis* del *anisado* para matarle el *duzano* y sus *clavitos de olor* para quitarle el *dejo* (121).

¡Abran *quincha*, abran *quencha* (122), abran *cancha*!

¡La *canela* es *cascarita* (123)
de sabol *disimuláo*;
póngale gente a la *contra*
que cruza la vara ñor *Beño*:
en su *alazán* tostáo!

Ñor Beño Ormeño, hombre soltero y *entero*, con sus cien añitos que le *catgaban* encima, había sido en sus tiempos: *campañista*, *amansaol*, *arriero*, *vaquero*, empezando por *marucho* y *viajero* (llevaba la corresponden-

(120) Una soberana borrachera.

(121) El olor al aguardiente.

(122) Nunca se ha podido averiguar la etimología de la palabra *quencha*, que acaso la dijeron para armonizar el verso.

(123) Cuando el vejete achacoso e incapaz de nada, el mozo o la moza (tomados por la tuberculosis), la *guagüita de pecho*, o el ser miserable o avaro, se amostazaban por cualquier nada, o por *un algo que no valiese la pena*, entonces los que les soportaban sus rabietas e imprecaciones, al momento, viniéndoseles a la imaginación el saborcito amargo de la *canela*—no de otra planta o arbusto—, sin esperar a que se le pasase la *zambada*, les llamaban su atención, diciéndoles en voz de significativo reproche, esta sola y única palabra, que significaba un mundo de retos: ¡cascarita!

cia al pueblo), nunca había conocido *mujel* ni *enfermedad* ¡en los restos de su vía!, a no ser los golpes y los machucones en los pingos y en los corrales, o apartas de ganáo; no se habida encontráo en jamás de los jamaces en pendencias, sólo una que otra vez con *sus roturas* da caéza por *defendere* a sus amigazos, o cuando se hubiera tratado de *cobrar* sentimientos cochinos.

La vieja cicatriz que se le bifurcaba entre el *mate* y la *ceja*, que le tomaba a l'oreja, era debío al *láqui*.

En una *marcorná*, en que se *tramaron* muchos en la vara (en el partío de Nilagüe), onde al *atajare* se l'impusieron otros *comedíos*, jué q'hubo de *deshojalar* (124) pa *darse a conocere*... y, ¡pegar mis negros! hasta que perdió el *sentio*!

Ahora, ¡antigüe!, viejo y *mostrenco*, ¡viviendo allegáo! (125), pero con sus ahorritos dando para los *gastos*, y sus vaquitas diseminás en las haciendas de sus *amitos* (126), ¡querido de todos! y respetado como un caballero *profesional* (127). Debido al cariño que profesara por toda *custión* onde entrada la vacada, las buenas bestias, y conocer los *hombres nuevos*, era lo que lo llevaba a dar fe del rodeo.

Por eso ¡Dios le prestaba la salú y la vía!, y vigilado por todos, que lo cuidaban como a una niña bonita o a un niño mediano, y lo veneraban en lo que valía, montado en su *huacho*, que, al decir de él, lo cridó con *mamaéra* y jué hijo d'iuna yegua muy *mestra* en sus tiempos!

¡Alazán tostáo:
antes muerto que cansáo!

Era que se *asomaba* a *dare* sus güeltas al rodeo, y corte le hacidan los huasitos nuevatonos y las mozas del día, hasta el extremo que lo dejaban *llegare* a la vara topadora, donde los *otros* le *abrían cancha*, y *quitándole caballo* lo permitían *hacere* sus pasadas, mientras las niñas *cantoras*, encumbradas desde el *soberáo*, le *acogollaban* la tonada, que andando el tiempo se hizo popular.

(124) Sacar rápido la *chicotera* y disponerse para la lucha.

(125) Al reparo de una familia honrada.

(126) Sus antiguos patrones, que, reconocidos de sus méritos, lo dejaban ir por donde quisiera y aún le entraban la conversa.

(127) La más alta expresión en el concepto de definir que lo era un hombre libre e instruido.

O esa *aloja*, golpeadita en *culén*, ya que también los soberanos *mates* (128) de la *cruda* (129), o de la *baya* (130), por esto, el refrán:

Me gusta la chicha en *mate*,
y el aguardiente en botella;
y una niña, buena moza,
para casarme con ella!

Líquidos, que sin sentir y como si hubiesen tenido aceite, se *colaban* del *chúico* al cuero, del *cuero* al *cacho* y del *cacho* a la *guata*, pasando por el embudo del *tragadero*, vaciándose guargüero aentro, de hocico en hocico:

Y *atráquele pa ailante*, ¡cumpa!,
que p'atrás rempuja sólo!

¡Qué *gloriáos* (131) con *panales*! (132).
¡Qué *chufiais* (133), con precesitas de *laranjas*!
¡Todo puro y sin *falsifiques*!

Y ¡échele *cardito* Fuana:
que ya me goy mejorando;
q'el que s'enfelma tomando,
con el *mesmo licol* ¡sana!

¡Después de esta vida no hay otra!, por esto hay que alegrarse, y

¡Póngale gente a la loma,
y perros en la *quebrá*. (134)
hartas niñas *güenas* mozas
y prepare otra *ensalá*!

(128) Cascarón del vegetal que lleva su nombre.

(129) La uva de tres días refregada, que se aconcha en el lagar, bebida en tragos largos fermenta en la *guata*.

(130) La misma *cruda* cocida hasta dar punto.

(131) Agua con aguardiente y olores.

(132) Bizcochos de claras de huevo, cocidos al horno.

(133) Agua y vino, con presas de naranja y su poco de aguardiente.

(134) Clamor de alarma, que expandían los hombres cuando hechos unas *Pascuas* salían al monte a *corretear* al león cebado, juramentados que lo traerían a plan: vivo o muerto.

¡Póngale *chicha* en los vasos,
y páseles *otra cachá*;
no s'iafija, ña Ciriaca:
y éjese de *chavacanás*!

¡Póngale no más, sin tardanza!
¿Que no ve q'íay *goluntá*? (135).

¿Vosté ta crendo q'uno juera:
de los mismos de pu allá,

De los que pien al fiáo:
embroyan y no güerven más?

Cierre la *java* (136), patrona,
y éjese de *apequenás*.

¿Pa qué aflijilse sin causa:
cuando too se li ga a pagál?

Póngale sobre los bienes,
pa *eso* mi suegra tiene:
hartas fincas, bien plantás;
hartas vacas, hartos *güeices*,
harto trigo en el granero,
harto ganao en el cerro;
y una viña bien podá!

¡Harta plata en el boricó:
y hartas yeguas *redomás*!

¡Q'entre *ponele* y no *ponele*:
más gale, más bien: *ponele*!

Y *endey*, las cazuelas *aderezadas* con *chuchoca* pal medio día, los *valdivianos* hechos con *semillonas* (137), y adornado con el *brotecito* de

(135) Deseos incontenibles de seguir *tomando* y *remoliendo*, sin moverse de ese sitio.

(136) La boca un tanto abierta, ¡perpleja!, sin atreverse a decir que sí, ni que no.

(137) Papitas chicas que se dejan para la siembra.

la cebolla de *guarda*, que se *comían* mondados con *cacho de cabra* (138), al amanecer; y, a más de ello, los *meteques* (139), los *cardos de caéza* y las *criaillas*, llamadas por los aficionados a los *causeos*: ¡bolunchas!

Los *chunchules* asados al palo con espolvoreados de *harina tostada a la callana y molida a la piedra*; igual que las ¡malhayas!; y esos arrojados de ternera, picantes y con *cuero* (cuando lo eran de chanco), que llegaban a trascender por el *alorocito*!

Y esperar no más, como llamaban *trago* seguidito: las autoridades, las *señoras mujeres* y los *atoráo*s, cuando les llegaba la carraspera.

Los caballeros ancianos llamaban a las *bolunchas* cuando las *apetecían*, pidiéndolas disimulados al oído del sirviente, mientras le alargaban su *gaje* (140), ¡tráigame unas *escrititas*!; y las damas de *copete*, para no ser menos y no hablar en sentido *obseno*, indicaban discretas: ¡deme a mí unas *embueltitas*!

¿Qué delicias, ñato, no?

¡Ende que te ví, te amé:
Y vivo tan re enamoráo:
que como un güey empastáo
me lo llevo pensando en *tús*!

Estas y otras *puyas* dichas en tono sentido, zalamero y alicurco, de verdadera llanesa, atraían al más rehacio para meterle en la gloria, es decir: en la mullida cama que les esperaba, tal y como se las habían propuesto.

Cual en su propia casa, para continuar allí la *jarana*, ¡nadie los incomodaba!

Que cuando se acercaba la hora de *acordarse* que habían abandonado a los suyos, y avisaban a la *patrona* que pensaban retirarse, ésta, arrogante, puesta en sus trece (141), en *jarras* sus manos y en forma terminante sus razonamientos, les insinuaba con la sinceridad del alma:

(138) Aji, oriundo de Chile, picante como un diablo.

(139) Un inmenso troso de carne, acondimentado con un par de huevos, cebolla, vino y bastante pan.

(140) Su pequeña remuneración en dinero en compensación a la atención prestada durante el tiempo que fué servido.

(141) Había tomado su resolución y nadie la *movía* de ahí, aunque se viniera el mundo abajo.

¡Si el *amo* se quiere d'ir...
 hay camas en que durmil;
 y si se quiere quear...
 hay quien lo *vaye* a dejal!

Y torciendo el pescuezo, a veces, cuando el *marchant*e era *pezóa* (142), muy seguramente que terminaban:

¡Que se valle: impolta poco,
 que se quée: impolta más...
 Si se *tuerce* (143): ¡un tonto menos!
 Si se *encacha* (144): ¡un tonto más!...

¡Cómo han pasado esos tiempos!, protestaba hasta *por los codos* (145) don Zacarías, meditabundo y silencioso, contraído en el pretérito, mientras se *mandiucaba* su trozo de *sustancia* (146), que lo mantenía sujeto entre sus dedos, todos pegazosos; se recordaba de sus buenos entonces:

¡En habiendo temporal:
 cualquiera *caleta*: es puerto!

Era de verlo, a don Zaca, en actitud hostil, impacientado, pero *entregado* a la razón, cuando con el puño de su bastón golpeaba el suelo apenas haciendo ruido, enteramente convencido que, metido dentro de su *pellejo*, no valía para el bello sexo: un pucho, del mal tabaco. ¡sí, y como así!, por todas partes le canturreaban cualquier cosa:

¡Cuatro camisas tengo:
 y yo las vendo...
 Para comprar un novio:
 que lo apetezco!

(142) Pesado de sangre, cargante, no les gustaba su trato.

(143) Como se llegase a enojar.

(144) Se enrabia.

(145) Se desesperaba solo y lo manifestaba a todos.

(146) *Sumo* extraído de la gorda gallina de vientre (siendo las negras las preferidas), herbida y *cocida* hasta deshacerse en la olla, junto a la cola de la vaca (que había *dado punto* por su cuenta), y una vez hechos *jalea*, sendos

¡Como pavo a todo flú! (147), iz que lo pasaba, de jovencito, enamorado siempre y nunca con ánimos de casarse, todo el tiempo: ¡haciendo la rueda! (148), y, ¡claro estaba!, que era correspondido por las *pavitas*, que por todos lados se le *atracaban*. Entonces había donde elegir:

¡Niños, echenlé con l'olla:
que, con el cucharón, es broma!

Y lo malo era: que en la *farra* solía *entobacarse* (149), y muchas veces quedar en lo peor; por eso el refrán:

¡El gallo, en su gallinero:
a las *cuatro* se levanta
El que duerme en cama ajena:
aclarando, hace otro tanto!

Este verso singular resulta una *pápa*, porque a la alborada, enredado entre las sábanas, ¡no sabía del mundo pizca!, hasta que el Señor de los altares echaba sus luces; o, hasta que las velas no ardían ya en los candeleros.

De otra manera, no habría habido alegría posible.

¡Cada vez que considero,
que tengo un amor ingrato:
no sé cómo no me doy,
contra un colchón y me mato!

En la *blonda* cama, al aclarar, escuchaba el canto del gallo, que le taladraba los oídos, y el musitar de las *avecillas* del cielo:

componentes se revolvían con la clara del huevo batido hasta hacer espuma, y puesto en moldes de papel que se colocaban en la *lata*, se echaban a cocer hornos adentro.

(147) ¡Tucutacutecucú!

(148) Suelto en el huerto, andando *metido* entre las demás aves del corral.

(149) De tanto haber, no tenía dónde elegir, se le iba la vista.

¡Ya trina la diuca,
ya canta el zorzal
Que viene la *aurora*,
y ya quiere aclarar!

* * *

A veces, recordaba entusiasmado, el *avisado* caballero, de un Gumicindo Peña; afamado *romancero* y *trovador*, que por más señas tenía *charchitas* debajo de la *barbada*, el cual apareció por aquellos contornos en los memorables entonces, cuando él era *guinita* y diablo, por *añadidura*. El tal Peñita, mentado también *El Ruiseñor*, andaba *nadita* peor: *razgucaba* el guitarrón a las mil maravillas, contrapunteándose con el más pintado que se le hubiese puesto a filo.

Entrego la palabra a Miguelito Poblete, mi *capataz* y mi *amigo*, que no me dejará feo; jactábase don Zacarías, porque va a hablar de cosas muy sumamente importantes.

¡A lo divino, y a lo humano! ¡No quito, ni pongo rey! Regocía el aprecio del *patrón* el buenísimo sirviente, que estaba, hacía rato, a la espeta, porque *cachaba* que al amo, como fatigado, se le iba acabando el *tabaco* (150).

¡Cantando, paso la vida:
aunque sufra hondo quebranto
Y es que el dolor se me olvida:
solamente cuando canto!

Continuaba esbozando Miguelito; pero, como está visto, que *jonde hay unos, hay otros!*, de los láos riberanos (con el dedo *grueso* indicaba hacia la cordillera que quedaba a sus espaldas), llegó un *portento* (151), que entendía el arte, y las rasguñaba en el violín, cantando de lo *delicao*; es que se *tramó* mano a mano con ñor Peñita, y en *alfabetos* lo echó a las pailas!

¡Como que li andúo remeando la filma!

Se jueron de *coche* (152), ¡haciéndose la jaita! Uno le *pridutaba* y el

(150) Le iba quedando bien poquita cosa más que decir.

(151) Un hombre que lo sabe todo, ¡super hombre!

(152) Alternándose uno habla y el otro espera y contesta.

otro le respondía al tenor. ¡Güeno que payaron filme, hasta quear roncós! Hacía *aspavientos* (153), mirando las *fisonomías* de las caras de los circunstantes, azuzado por el gran querer de su amo y viejo patrón.

Siguieron *payando*, de *pie forzado*, toa la santa noche, ¡de punta a punta, hasta que aclaró el día!, venciendo el llegao.

El *roto* punteaba el *guitarrón*, que lo habida de antemano bastante bien afinao, y le tocaba al *táuto* (154), bien escupetías las clavijas, pa que con lo terzo de las cuerdas no juera a sel cosa que se fueran a desafinar, haciéndolo hablar como la gente. Lo der *rabel* (155) era un ardid del *peine*, para tantearle el *pulso* al payador con que se abocaba, *cercarlo* (156) y conocerle el *rumbito* por ver si era del oficio! Al que después de unas cortas y de otras largas, lo ejó *atontao*, y a los que le oyían: ¡pasmaos!

Al otro dida, pegó el *regüelo*, ¡s'hizo humito, el puchas! ¡Náiden le encontró la huella!

Yo me credo que era el mesmo *diacho*, forrao en cuero d'hombre enmantáo, o el ante Cristo; ya que bien podía ser también el Judío Errante, sostenían firmemente, por separado: amo y sirviente.

Recogió *cóndores*, *doblonés*, chaucheo y moneda de bellón (157), que fué con temeridá! ¡En los vastos dominios del Señor, no háimos conocío otro igual!

Maliciosos y bien humorados, solían hilvanarles en *retahillas* a dos razones:

Dice el uno:

¡Pol les riles, corre el tren
y pol el alambrie la palabria

Contesta el otro, afectado de indescriptible gozo:

Debajo de la quirolina:
el affligio es el que habla!

Ayúeme compañero:
a cantar a dos razones...

(153) Demostración excesiva o afectada de admiración o sentimiento.

(154) Inspirándose en algo celestial.

(155) Violín hecho de maderas pobres, a la diablo.

(156) Encerrarle solo.

(157) *Quintos* (los llamados cincos, cobres y medios cobres, conocidos por los pobrecitos: por *¡chicos!*, como así también al *chico* se le llamaba: *medio centavo*).

De *plata* son los *gotones* (158)
que llevan los cabayeros!

¡Me *dusta* vel un *costino*:
cuando entra en una *arbolera* . .

Se *come* los *uraznos* con pelos,
y con *cuezcos* las *cirgüelas*!

¡De la *cordillera* vengo:
a caballo en un *pequén*!

El, a *pequenás* conmigo;
y *vos* a *pequenás* con él!

¡En *Santiago*, está la *gloria*;
en *Rancagua*, el medio cielo;

En *Rengo*, está el *purgatorio*;
y en *San Fregando*, el *infielno*!

¡Una *niña*, en un *balcón*,
y un *estudiante* d'iabajo:

Se *reída*, el *picarón*,
porque le *véida*: el *refajo*!

¡Vino *Jesucristo* al mundo:
a *convertir* los *herejes*,

No los *púo* *conveltir*:
y *herraio* le que el *éje*!

¡*San Peiro*, siendo *pelao*,
al *Siñol* le *pidió*: ¡pelos!

Y el *Siñol* le *respondió*:
ejáte de *leseras*, ¡*Peiro*!

(158) Equivale a decir: botones:

¡Tagua Tagua, güena tierra;
Malloga, para lloral;

Mejol es mi San Fernando:
q'ihay uraznos que pelal!

¡Qué grande es el filmamento;
qué grande es: la vida eterna!

Más grand'es el monumento:
que hay en la sierra morena!

¡Mañana, me goy pa Tarca;
q'es una bella ciudá:

Váyase a la mierda, táita:
que a mis no m'ïlpolta nã!

Más, luego, haciendo ambos una pausa, como para sacar el resuello, refrescan la memoria, y del *conchito*, después de hacer fino elogio acerca de lo que significaban los *botones de plata* que usaban los *cabayeros*, entraban a hacer detallada reseña de la *crinolina* que hormaba el talle a las damas de copete; prenda que era formada por una tupición de *aros* de barbas de ballena o de alambre acerado.

A las *altas*, a pesar de llevar escondidas las caderas, les *sentaba* porque les hacía resaltar su esbeltez; pero, no así a las *chicas*, ¡Dios!; porque parecían, al andar, una *pirinola* cucarra, echada a bailar!

Después venían los *secreteos* entre ambos hombres, respecto del *corsé* (con barbas también), cuyo adminículo y prendas interiores de vestir en la mujer necesitaba bosquejo por separado.

¡Cómo se las componían para detallar el tormento del *aprete*, que les deformaba el abdomen, les oprimía las carnes y las hacía dar vuelcos al corazón, siendo que hasta *hambres* tendrían que pasar las *pobres* por andar a la moderna!

Una vez expandidos, amo y servidor, decimos, sacan aliento para *ja-
near* a lo humano. Rompe el patrón:

¡La *mora*! ¡La *mora*, madura, es negra!

A lo que responde el sirviente, en ríctus de significativo desdén:

¡Negra!
¡Negra es la *saya* de luto (159), y el *rico* tiene monedas!
¡Monedas!
¡Monedas, son las que corren!
¡Corre!
¡Corre, aquél, que va de prisa, y entierra los *maurones*!
¡Maurones!
¡Maurones, dan el vino: y el vino, a mí, me consuela!
¡Suela!
¡Suela es la de mis zapatos, y de *forro* la badana, es buena!
¡Buena!
¡Buena es la fiel memoria: que por ella *uno* se acuerda!
¡Cuerda!
¡Cuerda es la de San Francisco, que canta los *mañines* (160)
santos!
¡Santos!
Los ¡santos!, no son completos; porque tienen más de mil mañas!
¡Mañas!
Mañas tiene una hechicera, que urde la maldad y la teje!
¡Teje!
Teje la araña la red; y a la mosca es la que cuela!
¡Cuela!
¡Cuela!, la mujer q'es limpia; y el trigo *seco* se ciega!
¡Ciega!
¡Ciega es la que no ve nada, y va a la mar y se entra!
¡Entra!
Entra en la Iglesia sagrada, donde el *pairecito* saca!
¡Saca!
Se saca, la leche a la vaca, y la vaca no dice nada!
¡Nada!
¡Nada el pescado en el agua; y el agua hirviendo es la que pela!
¡Pela!
¡Pela la *pava*, el que puede; o la di nó: ¿pa qué se mete?
¡Mete!

(159) Ningún cadáver caminaba con destino al Campo Santo sin haber sido previamente amortajado en el hábito del *monje* desechado por el uso, o en la túnica negra que la llamaban *saya*.

(160) Una tripulina de cantos que lo entienden los curitas, en los tiempos de la Semana Santa.

¡Se metel, la zorra en el hoyo; y el perro bravo, la muerde!

¡Muerde!

¡Muerde!, el *payador*, ¡hermano!, cuando la razón le falla!

¡Falla!

¡Falla el lazo en el *potrillo*, cuando el *laceador* es malo!

¡Malo!

¡Malo es lo que se desecha y el *inorante* las raspa!

Estas, otras, y cien coplas: versos, refranes, dichos y proverbios retenía la privilegiada memoria de don Zacarías, como si los hubiese oído *fresquecitos*, indicando indiferente ¡puyas, hombre!; de mis tiempos, que no las volveré a oír!

Y mientras así observaba, desenvolviendo su larga *tabaquera* (161) de cuero de *huiña* (162), que ostentaba guarniciones en oro; cuando no, dándole zoga al *poto* (163), donde guardaba el *tabaco*, liaba uno, *por hacer* (164), con las *sobadas a mano*, que las arrancaba del *librillo* (165).

Con *tiento* (166) desparramaba el tabaco, y con *tiento* retorció el cigarrillo, cabeceándolo (167) como el más experto; para encenderlo al final, con gran cautela, en el *pabilo* (168) que humeaba y daba llamas a fuerza de *yesquero* y de *pedernal* (169).

Pausado, tranquilo, inmutable, grave: aspiraba el suave aroma que luego escapaban sus labios trémolos, en volutas de humo nácar y perla, que contemplaba embelezado! Admirando las espirales que, al paso del viento ibanse disipando en el espacio: lentas, muy lentas!

¡Algo callaba, que rememoraba su mente!

* * *

Pero, ¡a todo esto!, tenía metido, entre ceja y ceja: un consejo que debía dar a la madre de Venancio.

Venancio, era un *pergenio* malaso encachado, que parecía *tucúquere*, y para muchos era mala sombra; aunque no, para la madre; que a fuerza

(161) Adminículo donde guardaban el tabaco.

(162) Animal silvestre parecido al gato.

(163) Bolsiquito redondo de abre y cierre, hecho de caucho.

(164) Un cigarrito hecho a mano, donde lo deseaba la persona.

(165) Librito hecho de hojas de maíz, *sobajeadas* por mano de mujer.

(166) Con gran cautela.

(167) Formándole la *cabeza*, en ambas extremidades.

(168) *Mecha*, que ardía al recibir el chispazo que formaba el golpe entre la *pie*dra y el acero.

(169) Piedra de río, blanca y muy fuerte al golpe, que daba la *chispa* al ser golpeada por el *yesquero*, que lo era a la vez un pedazo de acero bruñido.

de escupos y de goma de membrillo, habíale domado los pelos que le *calzaban* la frente, a fin de que no se lo encontrasen tan *fiero* (170), y se lo llamasen *ave chucho*.

¡Onde habrá como la maire:
q'en too pone cuidao,
que, muriéndose la maire:
quean los hijos ¡botaos!

* * *



Dejemos a Venancio, a la *maire* de Venancio, a los *hijos* botaos!, y escuchemos, a pedido de don Zacarías, el relato que nos hará ñor Migue-

(170) Un hombre feo que causaba espanto.

lito, que tanto conocemos, acerca de la formación del mundo y del nacimiento de *Adán*, el primer hombre, cuando habitó el Edén.

¡¡Güeno!

Cuando Dios Paire, ¡Güestro Siñol!, hizo er mundo, que lo mentó *Malparéiso*, ¡l'ohizo de puro güeno!, pol tenel argo en qué entretenelse y no estar d'ocioso too er tiempo, como l'ohacen los *pueblinos* acomodaos. que se lo llevan por ey, sentaos en los escaños de la Plaza o en la *Caña* con las *patas* estirásl, fué el preámbulo de Miguelito.

Antes q'ihubiera mundo, jesto era un conglomerao de mudres!

Una pura tronquería y tupición de pieiras sueltas: láunas de azogue y de plomo derretió colol a sandre espesa. A más, era como de noche, no s'ialcanzaban a vel ni las manos! ¡Too a oscuras!

Güestro Siñol, q'estáa cansao de flojial y de no hacel jtras que Dios!, ijo entonces: esto no puée quedál asina, yos hago más di argún disparate de aquí! Enfocó al caos, y pol la bajúja empezó a hacel los preparativos.

¡En argo hay que ocupal el tiempo!, seis días tengo de tareda, pa tirarme el corte, le secretió al Paire Eterno; y comenzó a trabajal, hijito de m'iarma, com'un negro esclavo y jetón, de sol a sol, sin tenel tiempo ni pa sentarse a merendal, hasta que salió con la suya y lo ejó tal com'uestá a l'otual.

¡Cómo quearida de alodorío mi Dios, en después d'estos tragines, que se sentó a *durmirla* en una nube de jlores que venida pasando de lalgo. La llamó, al oyirlo, cortó erechito onde la estaba esperando, ¡com'un chiflón!

¡Güeno que queó contentaso el Siñol, cuando *cachó* pol sus ojitos, q'eran sarcos, tant'hermosura!

Ey mesmo le bajaron ganas de echál una cana al adre, en una cueca que l'entonaron los angelichos; y El la bailó zapatía de punta y taco!

Pero, en pensándolo mejol, notó que un argo hacida farta en el mentao *Malparéiso*; y, ¡catey!, dijo entonces, aquí hay un *huecos*, ¡farta un *gallómetro*, que corra con esto y lo aministre; y yos lo fabrico ¡al tiro!

Tonces, iz que túo una conversá con el Espíritu Santo, que s'ioponida a too esto, y después de convencerlo y de hacéle vel polción de cosas, s'iafanó en brujuliále a un peázo de barro latigúo que li trajeron unos monigotes que tenían alitas como los matapiojos, decídan q'eran ángeles, y estaban por ey, apequenáo, esperando las órdenes de Dios Paire.

¡Güeno que porhó!, ¡Güeno que llegó a sudal!, en su sagrá astronomida, hasta q'hizo un mono *feo*, con su güen cogote, lo mesmo que novillo atorunao, bien lagaltiao en los brazuelos, bien compartió de lomos

y regordas las pantorrillas, harto pecho y güenas nalgas!; lo miró, y lo requete miró, una y otra vez; y, ¡tras! que toma su resolución; sacando er resuello de su sagrao purmón, li andúo plantificando er soplío paire... y sin más, queó hecho de güenas a primeras: el primer hombre!

Solo y mostrenco, el *roto* andáa como el *pidén*, tanto pol lo rabón que s'encontraba, comu polque no tenida *pareja*, siendo que toos los emás *alimales* q'andaban por ey a la sin rumbo, iban ca *una* con su *ca uno*, acolleraítos, ¡con gancho!

¡Triste y desganao, *bostezando*, apenao, se batía solo el Paire Adán; ¡too corrió!

Como Dios es tan regüenazo, una vez que se habida fijao en los *paeceres* del Paire Adán, s'andúo apiadando d'él; y fijándolo que l'hubiera agarrao el sueño, una talde, después de una lluvisna, q'estaa como s'píe, roncando com'un puchero aentro de l'olla, arrimao a un lión que lo miraba como saboriándose; y al lao der lión habida un *cernícalo*, y más pallacito habida un *alcatrás*; dey: un *loro papagallo* y un *monito de la Quinta* (171); al otro lao cantaba un *traro* del pico cubio; cerca: un pájaro *cirindango* (172); más pa allá: un zapo overo, un conejo platiao, un *huanaco* lanúo y un pajarito *pitío* (173)

Tonces el Siñol: iz que se andúo como acercando de puntillitas y como que le hizo cosquillas en la palma de las de *atrás* (174), eso por ver tan *insolamente* si er'un argo esquivo o delicación al purmón; y dey, con un puñalito d'ioro q'el Siñol nunca le hacida farta, ni se lo despegaba de las *pretinas* (175), *por siaca*, iz que de soslayo l'andúo haciendo un corte a lo abastero pol un costillar, y le sacó una d'ellas con la mayol *pispicia* (176).

De toas las cualidades que adornan y los defectos que envilecen a

(171) El antiguo *Soo* estuvo instalado en la Quinta Normal de Agricultura, el *mono* fué siempre la admiración del hijo del pueblo, que lo aplaude y contempla horas tras horas.

(172) Pájaro bastardo: mezcla de diucón y de zorzal mero.

(173) Pequeño pajarillo de la familia de los trepadores, que todo el tiempo se lo pasa cantando despacitamente, por lo cual, los pobres dijeron que se lo pasaba resongando solo.

(174) En las plantas de los pies.

(175) Tiras de trapo, con que se amarraban sus vestiditos y sus *delantales* nuestras madres y abuelitas.

(176) Con el mayor cuidado, se trataba de un algo muy delicado.

estas bestias, *alimales*, pajarracos, bichos y pajaritos que lo miraban hacel ¡toos sospechosos!, jué que dotó Mi Dios, a güestros primeros paires!

¿Que ñor Adán queó güeno pa na, con la *sangrida*?, ¡tan red'equivocaos!

Si Mi Dios le sacó la costilla, ¡no jué na pa atolmentalo!, jué con su *qué*, pa ponésela a *otro mono* de la misma masa liúa, con que habida hecho al Paire Adán. Como lo tenida a la manito, n'ohizo más que aplicále la costilla de *durmilón*: cuando queó hecha la compañera! ¡Pa sécula!

¿Más alegrida pal Paire Eterno? ¡Pol Dios, q'estáa bien recontentazo! ¡Carreras pa allá y carreras pa acá, con las polleras a megio arremangal!

Y, ¡qué *sustaso* pa Adán! ¡No hallaba pa ónde arrancal, cuando s'encontró con el espantajo al lao.

¡Luego le entró pol tenéle lástima!, y como que se le jué atracando de a poco; ¡espacito!, ¡al pasito!, pa no metéle tanta bulla; hasta que li preduntó: ¿quién era?, ¿d'ionde habida salío?, ¿cómo se llamaba? y, q'era lo que esperaba por ey, ¡er fastidio!

¡Na, que li contestó la *patrona*; polque *inocentones*: uno y otro, esperando q'eran las *miras* der priduntón, como los niños menores cuando les hablaban del cuco; entuavida estaban espantaos!

¡Güena cosa d'hombre es este Adán!, dijo entonces Dios paire, bastante abochornao, ¡ejándose de gromas!: ¡tenrré q'enseñále yo mesmo la lección!, y se queó como pensándolo detenidamente.

Tonces vino y lo llamó pa un láito; y le platicó en puro chileno: mira vos, *Aviles* (177), ¡aquis t'entrego esta ñatita!, ¡afíjate q'es regoñicha!, cuidála montón porque va a sel como cosa propia tuya; tratála con bastante carínito y suavidá: sacála a pasial al ápa si querís, cuando la veáis aburría, pol toos los rincones; ¡nunca te cansís con ella, ni te le portís engréido! Contále montón de adivinanzas, pa entretenéla a tu regalao gusto, ¡sé güeno!, convidala a jugal al *úto* (178), al ¿quién soy yos? (179), al arroz con leche:

(177) Fué el apellido que dió Nuestro Señor al Padre Adán, cuando lo formó a su imagen y semejanza.

(178) Al *pillarse*, arrancando para perderse tras los robles, entre las rocas, y aún detrás de los animales feroces, que se dejaban manosear y se jugaban con ellos.

(179) Cubriéndole la vista (con ambas manos), le preguntaría imitando una voz extraña, para que ella le respondiese al punto: ¡Eres tís, Adancito mío!

Arroz con leche, se quiere casar
con una niñita del Portugal;
ahora sí, ahora no:
agora sí, que me caso yo!

Al ¡pin-pin!:

¡Pin pin, sarabín; cuchillito de marfil!

Al *Manséque* (180):

¡El Manséque y el *aculeque*
en mi vida he visto yo;
que pongan los huevos juntos:
la gallina y el capón!

Al *Chincol*, al *Correcaballito*, a la *¡Catita, Já!*, y a la *Payaya!*:

¡Catita, Já!
¿Quién manda?, ¡já!
¿Cuántos panes hay en el horno?
¡Veintiún: quemados!
¿Quién los quemó?
¡Pancho: *peláo!*
¡Abbranme lao:
que aquí voy yo!

No te le vayís a metel a agraviao, ¡no faltarida más!; y, adiscúrpale si en argo falla, polque la mujel, pa sel güena hembra: es mejol que seda un *poquichicho* quebrantá de carauter, que no muy fortacha!

Too cuanto ve la vista, Adancito, ¡es tuyo! ¡Propito tuyo, y de náiden más! Yo te lo entrego, sin escrituras, ¡sin compromiso n'uno!; sin recibos, sin testigos, sin estampillas y sin que tenga q'intervenir ni un tintorillo.

Ende agora soís bastante *rico* ¡hombre Adán!, más, l'único que te pío

(180) Entretencción, juego de plabras en los colegios e internados de monjas, con que se *contentaban* las niñitas de hace cincuenta años.

es que no te váis a poltal muy ergulloso, ni con la *rucia*, esa, ni con náiden!
¡Vos mandáis!

Pero, vení pa acá, pa icilte un secreto en la oquedá de l'oreja: "hay que sel bastante hombrecito, Adán, vosteniño, pa podel vivil en este mundo y con *costilla*"!

¡Con moderación! ¡No vaye a sel cosa que te vayís a *tental* en demasia y te vaye a dal pol ponéle fronteras al campo, ni pol hacele el amol a la *nata*!

¡Ni menos que te vayís a *emocional* y te ejís *hociquial* pol la *trenca* (181), polque las señoras mujeres casás, cuando quieren conseguil alguna güena *troncha* con el marío, son zalameras de por sí; y cuando más querías: ¡hijito!, ¡más consentías!

No sea cosa de que te dejís *embaucal* pol la *mocosa*, pol poco y ná que te *platique* es capaz de golverte el *seso* al revés, y una vez güelto el *seso* pal lao de la carnaza; poís cayer en la trampa muy fácilmente.

Aún que t'iofrezca este mundo y el *otro*, ¡ná!, voz no l'ientriguís l'oreja.

¡Dios libre, una vez entregá l'oreja a la mujel, es juicio perdió!

Pol más empeño que gaste, saliba que estruje, te *lloriquée* y te lo desija una y mil veces, y t'empalique poniéndose en una *positura* apená, o te manocede y t'entusiasme llevándote el *amén* (182) y te cuente el cuento del *Pajarino Amol* (183), vos, Adancito, ¡filme com'un perral añero!

¡Es mejolcito que te haguís el *lesano*, pero no aceitále lo que ella te pía ni pol un pienso! ¡Ni menos si t'invita a *comel* la *jrutita del arbolicho ese*, q'está detrás de aquella lomita, polque has de saber tís, que lo q'ihay es, que contiene la esencia que da a conocel al *novicio* el secreto del bien y el secreto del mal, a la vez; y el que lo *préba*: ¡es hombre perdió!

Razones tenrrá el Paire Celestial, le ijo Mi Dios al Paire Adán, pa prodivirte que s'iaís goloso ni *voltario* (184) con *Migo* que te hay dao la luz del dida y t'ihay jormao a la imagen y semejanza del Paire Eterno, sin tenel que pasar por la *vergüenza* de haber sío *chiquillo mocososo* alguna ocasión.

¡Hombre altiroy, barbao y too, antes que cante un gallo!

(181) La ingenuidad de la mujer tierna era comparada con la avecita que por más penas que sufra, nunca regaña de ellas.

(182) Diciéndole siempre que sí y que está bien.

(183) Arruyarle al oído endechas y frases de amor.

(184) Hombre atrevido, que se propasa en su vida que debe llevar.

Y, ¿en tuavida te parece poco?

¿No te entregué, primerito el *palo*, y en después el *mando*, pa que pasárais una vía regalá en compañía de tu ñata alzá?

De *tocála*, ¡sí!, a la *Evita*, y de *manociála* tamién, con ambas manos y a toa hora, *pa eso es tuya*, ná que te tengo que icil Yos; pero no *comértela* ¡indino!, polque pronto te empachará, y si la sigues, es capaz que t'íostigue en ná de tiempo!

¡Polque m'ihabís quéido en gracia, es que te doy este gran consejo, que a cualquier'otro no se lo darida!

La *jruta manzana*, onde es coloráita pol el lao d'encima, ¡toos creen que no hace daño, cualquiera se dequivoca y puede caer en la tentación!, y la *tentación* q'es dulce y sabrosa com'un caramelo pol el lao de la costra: es *múcle* (185) al palaar y *amargasa* pol el lao de la *pepa*.

La *manzana* tiene la propiedá de ponel en el estao de *arizco* (186) al que la mandúque en ayunas.

Fautible será que la ñata (187) endey de habelte dao a prebal la manzana le entre pol dalte a golocial de las *calabazas* que crecen huachas en el *trumao*: una y *otra* son cosas pa la vista, pero no pa que se las coma *asina no más* el hombre poco acostumbrao: polque al *mazcálas* se le puée rodal el *rial*, empañal el entendimiento y hacele bajal al moro o al cristiano juertes dolores de caéza.

En los pasos *apurados*, donde ubicaron otrora las grandes estancias que pertenecieron al acaudalado señor Juan Francisco Rivas (después separadas y hechas trizas, y las mentaban: *El Durazno*, *El Chamico*, *Las Mercedes*, *El Palo* y *Zemita*, internándose *Virgüin* adentro, antes de pisar el suelo argentino por el boquete (u ojo de cordillera) nombrado *San Fabián de Alico*; acá: San Carlos, provincia del Ñuble al otro lado: *Chosmalal*, departamento del Neuquén; al margen de los caminos vecinales o los de las propias haciendas, hemos dicho, que tenían por deslindes los diáfanos ríos del Perquilauquén y del Ñuble, extendiéndose hasta el mar... dominios que los fueron de los indios aborígenes, poblados de leones, jabalies y ciervos (cuandos de ellos) y

(185) Amargo, ácre, áspero al paladar.

(186) Alzado, *soberbio*, vuelto un *torito guapo*.

(187) Epíteto para dulcificar el aprecio que se le debe a la compañera de su vida.

que por su fronda de incomparable belleza no tienen igual en el territorio de Chile.

Las que han en su subsuelo esos yacimientos de fierro que contienen en parte *mantos de imán*, y se comprende cuando cansan a las bestias que trafican *cargadas* o a la *hacienda* que camina *apurada* (en arteos que se *mueven*), hasta el extremo de hacerlas *jadear*.

Asina lo relataban los troncos (188), nació en forma del *quintral* que arraigara en los corpulentos robles, cuyos, en su base, no los abarcaban ocho hombres (y en cumbraban donde crece el *copigüe*), un espécimen de planta *rara*, la cual, a la inversa del fruto llamado *guilláve*, que nace del espinudo cardón y da esa *agüita* que ha la propiedad de calmar la sed al peregrino, este otro *fruto* (bellota o ¿qué?), semejante a la semilla que da la rosa o a la *papilla* del arbusto llamado *carmin* parecida, dijeron, fué, en su estructura, a una *calabaza redonda* o a un *manzanuelo* cuyo nombre le dieron.

No hizo más que *chupar su jugueto* el ser humano, no al tanto de ella, para que empezase a deponer su salud y entrar en un estado de *tristeza* que *daba qué sio qué* el mirarlo *tan amarillento*, cómo se iba *trasminando*.

Contra ná, los que *saben el secreto*, le indican que no, ¡y qué no!, pero él, dale que lo ha de probal, ¡inorante!, creyéndole que son mentiras, cuando lo hace para su bien; y *pedor* aún lo trata al que sobre aviso se *embeleza* y lo paladea con deleite.

¡Después viene el desencanto!

Güestro Siñol, ¡Dios Paire!, el más viejo de las Tres Personas Distintas que jorman la Santísima Trinidad, con sus años, ¡que no pasaba día por El!, apenao pol demás, le echaba la reprimenda al Paire Adán, mostrándole con la vista el alto cielo onde se paseaba la *Palomita Sagra*, que era el mismo Espíritu Santo, en persona; y con el deo *ascarbaol* (189) le señalaba un *Pero Joaquino* (190); q'estaba atestaito de jruta, que llegaba a trascendel el *aloroso*.

Eva, ¡ta bien!, decía, toa *corría*, aguaitando al Paire Eterno, que enojao más que otro poco, li hablaba *golpeao* al *desgraciao* (191), ¡temiendo pol el futuro de más pa'ilante!

(188) Viejos octogenarios que no supieron jamás mentir.

(189) El índice de la mano derecha.

(190) Manzano camuezo de piel fina y rosada.

(191) Hombre que sufre infinitamente y *calla*, porque es culpable de su desdicha.

Yos te lo aviso polque te quiero y es pa tu bien, ¡viejo feo!, jué la última palabria q'el Paire Eterno le *cachiporreó* al Paire Adán, que escuchaba la noticia sin darse cuenta en lo más mínimo de lo que querida icirle al Paire de l'Humanidá, ¡Dios mesmo!

¡No m'iandis con *cuchufletas*, le cargó Dios, con *toa l'infundia* al hombre Adán, instándolo para que no fuese a ser más voluntarioso en los restos de su vida, ni desobediente para con El, haciéndole notar, por vez postrera, que si se desmandaba en algo: lo arrojaría del Paradiso.

¡Si no te echo: te *rempujo*!

Dios, a todo esto, le había bautizado a nuestro Padre con el nombre de Adán, y le había puesto a su vez por apelativo *Avilez* (bien ciertos estaban los antiguos que lo fué así); pero, esta vez, colmado de ver tanto desengaño, con un mal gesto, que le llegó a bajar estornudo, lo llamó para un lado, a fin de no avergonzarlo, y le dijo: ¡Me has hecho pasar un mal rato; si la sigues, no me verás en el resto de tus días! ¡Ni pintao; y, Pérez serás!

Sin contar que tendrás que salir a rodar tierras, entrar a experimentar voluntades y a sufrir lo que Dios ha servido trabajando de sol a sol para ganarte el pan con el sudor de tu rostro; y aún, todavía es poco, supuesto que con lo que han hecho ambos dos, nada valen *uno ni otra* ante los ojos de Dios.

¡Ahora vendrán a saber lo que es bueno!

Tendrán que entrar a experimentar los rigores del hambre, el miedo, la fatiga, la sed, el calor, ¡la envidia, que es lo peorcito! En fin, y nada sería, si no tuvieran por delante las penurias más espantosas, que traen los contratiempos: ¡pellejerías!, ¡calamidades!, ¡ruina tras ruina!

¡Qué de pestes! ¡Qué de dolores de cabeza y muelas: un malestar continuo! ¡Qué pensamientos mal sanos! ¡Qué calambres al cuerpo! ¡Ay, Adancito!

Entonces entrarás a conocer en carne propia lo que son los flagelos, los temblores de tierra, las plagas; y lo que más mata: ¡los celos!, cuando azotan seguidamente a l'humanidad, ¡sin compasión!, hasta que os llegue l'hora de la cuenta! (192).

¡Lo más, pa qué icil!

Toos semos sabeores de lo de la treta del diantre cuando se trajormó

en *culebrón* pa tentar a güestra maire Eva, y lo *bienaso* que la sacaron pol mandaosos los primeros Paires, cuando les corrió vara Mi Dios, en después que les puso las peras a cuatro y los echó cuzpando puerta ajuera del Malpareiso, pol golosos, pol mal mandaos y polque ¡queridan juarle la talquina!

Tamién está viejo lo de las hojitas de la parra y lo de las manzanas en sazón.

* * *

Agora, espues de ejal colcuncho al Paire Adán y toa *matrera* y alborotá, *abostezando la boca*, cosa que nunca antes había hecho y rascándose la *callana*, a güestra Maire Eva, a juerza del raspa cacho que oyeron de labios de Dios, considerando *mayormente* que ya no tenían más pito que tocar en el puerto del Paradiso y debían confolmarse el *uno* con la *otra* y la *otra* con el *uno*, listos pa ponel el cuero duro en caso de apuros, pa experimentar uníos hasta morir las penas del tacho (193), gamos al cuento.

Si el *mestro de escuela* que hemos dejado a tras mano, hemos dicho: *se manducaba los portes* (194) que, como *señal de cariño*, solían llevarle los guainas educandos (de miedo para que no los volteasen a paños), éralo un hombre rechoncho y obeso, cuya fenomenal *panza* tenía fama de ser redonda como un bollo añejo, por lo cual, sus amigos y los parientes, desde que estaba guagua, le llamaban con el dulce epíteto de *Guata de Bollo*, el otro, es decir el *monitor* (195), o sea: el que aplicaba los *sopla mocos* (196), dejando estampados en cada golpe un *huevo* (197), o los *tolondrones* consiguientes, del cual (monitor) nos ocuparemos más adelante, porque entrambos casi se *comían* a los pobres *huachos* (198).

(193) *Abollado* por los mil trabajos que se le daban y debía resistir, so pena de ser un cobarde si le quitaba cuerpo.

(194) Regalitos consistentes en dulces almibarados, gallinitas o perdices fiambres, etc.

(195) Joven aplicado que le ayudaba al *Precentor* en las pesadas tareas del profesorado. Enseñaba a los alumnos las primeras letras.

(196) Una *guantada* o un *charchazo* dado o pegado a la *descuidada* (a traición) sobre el infeliz muchacho; pero, con el consentimiento tácito de sus padres o apoderados.

(197) Un feroz *cototo* que demoraba diez días en sanar, y no completamente.

(198) Desamparados, tal como si no hubiesen tenido padres, ¡nadie se condolía de su desgracia! De aquí el odio que le tomaba el alumno al colegio y luego: ¡la cimarra!



A fin de infundirles el respectivo *respeto* para darles el ejemplo a los otros; y, como por escarnio, a los más *atontaditos* los señalaban igual con un *bonete* laboreado en cartón, que decía en grandes caracteres: *por porro!*

Lo mismo que cuando el niño *mediano* (199) se *meaba* (200) en la cama, aparte de *sujetarlo* de pies y manos para *darle* con el *taita padriño* (201) en las *posaderas*, los *chamuzqueaban* en las llamas que, para el efecto, prendían con paja o papeles, así como quien *zollama* un pato pelado para arrancarle la pelusa, *esto* ¡en el nombre de la Santísima Trinidad! (202).

Luego, sus padres, se lo llevaban al *maestro* para que le pusiera el *otro gorro*, que decía: ¡*por miñ!*; y, al tercero, que había tomado a *hurtadillas*: un *trompito*, o el *alfiler*, la *pera* o el *gajito de uva*, que pertenecía al vecino, en vez de reconvenirlo con sanas frases, no trepidaban en mandárselo *retobado* al *preceutol*, el que les bajaba los fundillos por

(199) Menor de tres años.

(200) Se hacía *pichí*.

(201) Chicote de suela curtida, que llevaba muchos ramales, y no faltaba en ningún hogar.

(202) Por tres veces consecutivas.

cuenta de sus padres para arrimarle a raíz del poto pelado: ¡sus diez palmetazos!, fuera de lo del gorro, que esta vez variaba de lebrero y decía: ¡por lairón!

¡Oh, tiempos!

Preocupada tenemos nuestra mente, en *Venancio*, el *deputol* (203), que, como sabemos, era un hombrecillo: *tacuaco* (204), ¡ñato!, nariz de rabadilla de rana, con cabeza de melón *quique* (205), además de ser *tiñoso* y *alicurco*. El cual, para espantajo en los huertos, o para haberle puesto la zoga al cuello, como a Judas, después de la cuaresma, no habría tenido precio; pero, cobarde y *pucheriento* era como una moza consentida lo estaba en espera de tener el primer parto.

Al *tal monitor* se lo llevaba *tapatarro*, y sufría como un San Lorenzo colocado en la parrilla, cuando le gritaban: ¡taca-taca!

Con todo, taita Cura, *catándolo* mejor, había observado en él que tenía las *reales* para ser *sacerdote*: ¡metódico!, ¡ladino!, ¡cauto en todo!, ¡obediente!, ¡tirano, para fustigar al prójimo!, ¡buen sacador de partido, de donde se lo proponía!, ¡firme de carácter! y ¡bastante duro de mollera!

Por eso, el *gallo*, creyéndose de las nuevas del viejo Cura, que sostenía a pie en juntillas cómo *el joven* estaba *predestinado* (206), se daba ínfulas con propios y extraños, hasta el colmo de tratar a los educandos a la baqueta! (207).

Su pobre padre, que era zapatero en *cosido* (208), a puro cuero francés con *cabrestillas*, *desechando las verijas*, se estilaba en aquellas épocas!; devoto de San Crispín, y por ende: cascarrabias y embustero como un abogado pechoño: ¡toma chicha y cuaresmero! (209), al verlo: tan *ciútico*, tan aficionado al arpa, que muy bien la *brujuliaban* con acompañamiento de *rabel* y de *vihuela*, las hijas de una comadre de sus

(203) Inspector.

(204) Detorme, ancho de espaldas y corto de piernas, las manos muy pequeñas y cabezón en demasía.

(205) Clase de melones: largos, duros siempre y empedernidos, que crecen degenerados.

(206) Tenía remolinos dobles en la cabeza, que significaban inteligencia despejada.

(207) Duro, tal como el fierro que ataca la pólvora para preparar el tiro dentro de la escopeta o fusil.

(208) Hecho con hilo, ahí no entraba la estaquilla.

(209) No probaba *sorbo* de licor durante los cuarenta días que padeció N. S. J., *porque quiso*, cuando vino a recorrer el mundo, *jayer no más!*

padres que vivían *ey no más*, a la vueltecita de la loma (210), *donde medan las viejas* (211), volviendo la cabeza de un lado para el otro, sostenía desesperado:

¡En cojeras de perros,
y en llantos de mujer:
no hay que creer!

A este *chiclán* (212) too se le ha ido en *guídas* ¡y zapallos ná!

Cierta vez, una mañana de invierno, muy de madrugada, ¡con la *fresca!*, a carzón quitao, iz que el paire *aburrió* li andúo dando una *ensalá de pencas* (213) y le aplicó el *tirapiés* (214), haciéndolo bailar como un payaso en la cuerda; y cantar como un *berraco*, en ayunas, creyéndolo firmemente un Juan Lanas!

¡Bastantito equivocados estaban los que así lo juzgaban!

¡Sería sacerdote!, le rememoraba a su *ser*, puesto que en la villa, yendo siempre a trote de chanco, él, que se las comprendía todas, ¡todas las ciudades del *mundo* (215), que en el Atlas o en el Mapa lo tenía a su alcance, en mil ocasiones, solito su alma, había saltado sobre las nieves eternas que coronan las cordilleras; él, que repetidas veces había salvado las encrespadas olas de los mares; él, que conocía exacto el número de habitantes que poblaban el Universo . . . y en el *pizarrón* era el *taita* en saberes, ¡condenado a vivir entre *esos* huasos!, llevaría toda la vida, entre los suyos, la del que es pobre:

¡El que es pobre,
atrás se queda!

(210) El cerro escueto, de conformación ondulante, que al parecer estaba cercano, pero, al andarlo, estiraba leguas y leguas.

(211) Pocas talonadas puede dar la viejecita, acompañada de su *palito* para salir a hacer la *diligencia*.

(212) Hombre, animal o pájaro que lleva sólo un testículo.

(213) Una azotaina feroz con la *penca*, que formaba *terno* con las riendas.

(214) El *corrión* sin fin, con que sujeta el zapatero la horma entre sus piernas, tomada de uno de sus pies.

(215) El globo terráqueo a su vista.

¡Agárrate, Catalina: que gamos a galopial!, cabilaba solariego, el pillalas a tientas y mátalas callando (216).

¡Sería grande!, bien segura las llevaba, tendría *onzas*, merecimientos y *polleras*! ¡No se habían hecho sus manos para cortar cueros, ni *battir* (217) suelas! ¡Cómo se l'ocurre, golpeándolas después de humedecidas: con el martillo, en la cara de la plancha que descansaba sobre las rodillas, sujeta por el tirapiés; ni trazar medidas en los pies *sudados* del apurado parroquiano!

Percibir, siquiera, la extremidad de un zapato que se reía solo (218), le causaba náuceas; eso de hacer *calamorros* de *pipiripavo*, el afanar para practicar una *remonta* (219), o, el poner una media suela *zaternique* en las chancletas gastadas al peor que él (220), no le causaban gracia; más: cuando el hedor de los piñenes llegaba, ¡ay!, a sus narices.

Y romper terrones, como lo habían hecho sus mayores (221), ¡jamás! ¡Era su muerte!

Al sólo oír hablar de la corredita *esa* (222), era cuestión que empezaba a temblar de arriba a abajo; ¡no es tanto lo que me duele, sino el sentimiento que me da, que me pegue mi taita y que se lo cuente a los demás!, decía amedrentado, apretando cuevas (223) como almas que llevan los diablos, o como si lo hubiese ido cuzpando un toro guapo.

No lo *fregarían* a él, pifiándolo al pasar, con el molesto refrán:

¡Zapatero:
tira cuero,
toma chicha
y embustero!

Al *columbrar* que en casa se preocupaban de su persona, acerca de lo afeminado que lo presumían; presto, arrizcaba la nariz como olfateando el peligro; y, mirando con ojos fatales a los que se encontraban cerca de él, dábase a llevar la serie de sus sufrimientos que le podrían sobreve-

(216) Disimuladamente.

(217) Apermazar a golpes uno detrás de otros.

(218) Abierto en la punta, que dejaba verse el dedo.

(219) Colocarle un *suple* al calzado, donde le *venga*, cuando está deteriorado.

(220) Que lo fuese más pobrecito.

(221) Los abuelitos y toda la ascendencia.

(222) Refiriéndose al tirapiés.

(223) Arrancar fuerte, sin mirar obstáculos.

nir en el futuro, en el santo nombre del Señor Atado a la Columna; al cual *Cristo* y no a otro, encomendaba su cuerpo y su alma, inspirado en la eterna confianza que dominara a sus émulo: *los que hemos nacido con esta vocación*, decía socarronamente, tenemos que luchar: contra el mundo, contra el demonio . . . y, contra la carne!

¡Ay!, ¡contra la carne!

Todos, ¡en la transición!, antes de tomar el estado sacerdotal, sojuzgaba quedo, han debido pagar el noviciado, sorportando penurias y bajezas. Yo, ¿por qué no?

¡No hay enemigo chico!

Después, me las pagarán todas por junto: ¡las hechas y las por hacer!; mientras, me queda el desquite:

¡Comamos, bebamos, pongámonos gordos!
Y si el *mundo* algo dice:
nos hacemos sordos!

CAPITULO IV

LO QUE ESTA DE DIOS

¿Qué queda, entonces, para los protestantes, para los ateos, los herejes, los incrédulos y los masones?

Una *catervada* de veces, iz que se habían encontrado en los caminos que van y vienen, el oligarca don Zaca y el anciano taita Cura de *Mariposas*, que, por razones de su estado eclesiástico, tenía la *bula* de Pumanque (1), para subirse a las nubes y andarse *encachado* (2) y mal humorado con todo el mundo, cuando se le ocurría ridiculizar con dichos y con hechos a los pobres e infelices labriegos, a los cuales, después le cantarles en sus oídos:

¡Ociosos, a trabajal,
si quieren tener mujel!
O la quieren mantenel:
¿con agua, porotos y sal?

Solía aplicarles, donde cayera de sus cuerpos, sendos *rebencazos* con la huasca (3) de pergamino trenzado, que arrancando de la argolla que la sostenía pendiente del mango, en el extremo, terminaba en un agudo ramalejo; y lloviera o tronara, llevaba colgando al cuello, por la

(1) Pueblecito cercano al lugarejo de Lolol, que conduce a Matanzas, célebre por sus *curas*, que fueron siempre de armas tomar.

(2) Duro de ceño, de carácter indolente.

(3) Larga, muy larga.



sencilla razón del porque sí!, y, porque sí, les remecía las barbas y tirábales las orejas cuando le *dictaba* y le daba la real gana!

—¡Curita! ¡Curita peorro!, salíale al encuentro don Zacarías, atajándolo, lazada en mano, a la orilla del barrancón.

¡Ayer llegué de la *capital* (4), que dicho sea de paso, está *chantada* donde mismo; y buenas noticias he traído para Ud.!

—¿Cuáles serán?—interroga, ávido de conversa, el respetable señor Cura.

—¡Que el Santo Padre de Roma, en sus sanos sentires, ha dictado un decreto para que *toditos* los padrecitos y los *curitas* del mundo sean casados!

—¿Que los curas *seamos* casados?, cabila y bartúla, en términos zalameros, el Cura, y aún le echó un *requiebro* en latín, al ser tomado de

(4) Se refería a Santiago.

sorpesa, con su carita de pristiño remojada en almíbar, risueña casi del todo.

—¡No! ¡Me he equivocado! ¡O me ha entendido Ud. mal! ¡Quise decir ¡castrados!

Aplastado bajo el peso de las verdades, trocado ahora el ceño en iracundo y feroz, y azareado por la noticia tan mal argumentada, como capciosa y ramplona que le aboca su amigo; y *folleado*, además, por lo fregado y fulero que se ponía don Zacarías, cuando *agarraba* con la *candinga*; no hallando razones que aducir, en el sumun de su ira, mal contenida, trataba inútilmente de descartarse de su contendor: evadiendo, cuerpo y respuesta!

Pero el huaso, *firme en sus trece* (5), volviendo a las andanzas, atraíalo de *nuevecito*: ¡no!, curita; ¡curita bellaco!, yo llevo el lado! (6). De manera que nos vamos a almorzar a *las casas* (7) y después.

—¡Me saldrá con otros disparates mayores!, replicó incomodado el sacerdote, alcanzando las palabras de don Zacarías, cansado de soportar tantas y tantísimas bajezas y *cuchufletas*. ¡No tenía por qué!, terminando en tono agriado: ¡No voy, ni voy! ¡Lo he dicho!

—¡Es que va no más!, o la de no: *apegualado* me lo llevo, afirmó el caballero al rebelde curita.

A veces don Zacarías tenía ideas de macho flaco, que cuando se *encachan* o amurran, no hay poder humano para hacerlos torcer para ningún lado.

Tal aconteció, como lo dijo el curita:

¡Quien no te conoce:
que te compre!

Después del almuerzo venía la *parriedad* (8), y después de ésta, para pasar la *resolana*: una cabeceada y un *secreto*.

(5) De ahí, no lo movía nadie.

(6) El costado *derecho* para el que no es *zurdo*, es la gran ventaja en los hombres de campo.

(7) Residencia del *patrón* en la hacienda, donde es proverbial abunda de todo; quien entra a las casas, es porque tiene fueros.

(8) Gran *comida* que demoraba dos horas sentados a la mesa, en que se engullían, entre charla y charla, multitud de guisos, y, para pasarlos: vino exquisito, dulces, tortas, jaleas, mistelas, etc.

—¡Me había quedado medio *traspuesto*, mi querido amigo Cura, por las entre flautas!, irrumpe el caballero, que, sumido en su SILLON FRAILERO o en el BALANCIN, ávido de conversa, había roncado durante tres horas mortalistas, en puros *escarpines* (9) y a barriga suelta, como que le había hecho efecto la *yerba de la ventosidad* (10), que la había bebido *sorbida en traguitos cortos*, disuelta en infusión, para aminorar ese *flato*, que cuando le venía lo agobiaba tantazo!

Llamaron *frailera* los conventuales y los *entendidos*, al esqueleto armado en toscos palos a medio sacar de canto por el cepillo y la garlopa del maestro carpintero, que llevaba *atarugados* con cola y golpes de mazo sus *braceros*; y, para terminarlo, se le colocaba como asiento y espaldar sendos cortes de cuero crudo, que a la medida del deseo iban remachados en la madera por clavos de cobre que los forjaba la mano del herrero uno por uno. Cuando se gastaba el primer cuero lo trocaban por otro.

Horas y horas permanecían *calentando* el mueblecito (rezando y orando) por las *sacristías*, sentados en estos sitios privilegiados, contruidos sólo para los sacerdotes del Señor, y era pecado grave, ¡se enojaba Dios!, si cualquier ser humano *empecatado* se hubiese atrevido a usarlos.

No obstante, los *ricos* que daban limosnas a la Santa Madre y habían oratorios en sus fundos, podían tenerlos en sus casas para su uso unipersonal, siempre que los dedicasen para entregarse al *recogimiento* a la hora de la siesta, o a la de la *meditación*, entradita la noche.

Balancin llamaban a la silla de balanza, de grandes dimensiones, hecha en madera de haya, con asiento y respaldar en mimbre, que les llegaba de Francia a los acaudalados. Arrellenado en este mueblecito, el patrón esperaba la venida del *hueñe* que lo *cullumpiaba* tirándolo del cordelito, hasta que le bajaba el sueño.

¡Arribando de la cuesta!, dice una vez despierto, en tono socarrón, el caballero a sus quisquilloso huésped, entre despanzurrios van, y despanzurrios vienen: mientras estira sus huesos, escarba sus orejillas, bosteza y restrega las lagañas de sus ojuelos, siempre vivarachos.

(9) Calcetas de gruesa lana, *laboradas* a palillo (hechas en la *Uropa*).

(10) Yerba de cerro, que *sorbida* como bebida, produce casi instantáneamente el *fermento* de los alimentos en el vientre y lo hace expandir sonoros follones, por más *siútico* que lo sea el individuo que se aventure en tragarlo.

¡Eso es claro, y evidente;
y no se puede negar
calaveras del Campo Santo,
y jeringas del hospital!

—Lo que le conté esta mañana, curita, ¡es cierto!

En Roma han principiado a *castrar* a todos los sacerdotes de la Basílica por orden y autoridad del Santo Padre; y, ¡córteme esta oreja que no!

—¿Pero, don Zacarías, válganos Dios! ¡De ello estoy al corriente; y lástima muy grande es que Ud., siendo una persona tan instruída, tan capaz, tan perpicaz y tan católico, apostólico y *romano*... esté tan erroneamente equivocado!

¡No lo diga ni por un *pienso*, mi querido amigo y señor; ni menos contarle delante de los niños o de los pobres, lo que realmente acontece; y a Ud. no le consta, ni lo sabe a ciencia cierta!

¡Ud. se refiere a los *seisses* de la Catedral de Roma!

Esos *seisses* no son justamente *sacerdotes de misa*, ni de prédica, como los somos nosotros, son meramente *monigotes*; o, mejor dicho, hablando en términos eclesiásticos: *ayudantes del sacristán*! ¡Talán, tan, tan!

Y si se les *castra* es para su bien. Para que conserven su linda voz que poseen: fresca, argentina y suave hasta llegar a una edad avanzada.

El Altísimo lo ha querido así. Y envidia deberían tenerle los hombres en la tierra a esos jóvenes, que entre Querúbes, Serafines, Angeles, Arcángeles y Santos que hay en los cielos, elevan sus preces por los pecadores al Divino Redentor.

—¡Ey es! ¡Muy bien! ¡Cosa bonita! ¡Curita, por las entretelas del zapo!

En la bonita está dando el Santo Padre; a pata pelada y con leva. Escoge el Padre Santo a los niños de buena talla y voz para: primero, *desvinzarlos*, y después, ¡esto es lo mismo que darle galope al burro!, los manda *retobados* a canturrearle alabanzas al Señor, en los altares!

¡Si la envidia, fuera tiña:
muchos tiñosos hubieran!
¿Y si la tiña se acabara:
cuántos tiñosos quedarán?

Vaya a bañarse a Roma, donde está el Santo Padre, y *sóplesela* (11) allá, Ud., a ese caballero; que hay por acá ¡quienes acaso lo aplauden, pero lo que es este pecho: ni amarrado con *cuartas* (12) me llevan!

Yo no envidio a nadie, ¡ni nada!, y, por otro lado, ¡le tengo lástima a los *capones*! (13).

Tal como lo había previsto el taita Cura, aconteció.

Después de una pausa, *doblada la hoja* y considerando que había quedado en nada lo de los niños *capados* el anciano sacerdote, reanudando la conversa, pudo proseguir, no sin recelos: *Cumplidamente, mi querido vecino y feligrés*, aprovecho la oportunidad del ratito feliz de encontrarme en su grata compañía para expresarle mis disculpas y manifestarle que: yo, ¡digo así, no más!, es cierto... al fin y al cabo

—Espiche no más, ¡curita! ¿Qué teme? ¡Métale por las hileras! Hunda no más el arado, no se fije, que *¡el tiempo avanza!*, y rompa las melgas no más, para adelante: ¡abrebíe y no se me le quede plantado!

—Es un asunto nimio! ¡Baladí! ¡Poca cosa! ¡Casi nada, que me preocupa para mi mal, mi señor don Zacarías! ¡Eso es! ¡Ud. lo sabe mejor: ¿no está palpándolo Ud., propiamente, lo que Ud. está haciendo conmigo? ¡En una palabra: Ud., mi amigo don Zacarías, me juega mal la talquina: su competencia me perjudica, quiero decir, me arruina!

¿Hace visto? Un caballero, hacendado, *¡rico!*, ¡podrido en plata!, *filántropo*, como los llaman los griegos a los *dadivosos* como Ud. ¡Hay que ver! ¿Qué gana, digamé, con hacerme perder *esos* realitos? ¡Al buen entendedor, pocas palabras le bastan!

—¡Espiche claro, y no me ande con *tapujos* (14), curita!, que lo que es yo, esta vez, estoy como en *verémos* de lo que hemos hablado; cuente que no le he entendido ni la J.

—¡Lo del *bayo*!, mi querido contendor, respondió el clérigo, algo así como entre esquivo y jonjisto, en un raptó de valiente empeño, prosiguiendo: entre las entradas que tenemos nosotros, los *parroquiales*, sonrió el cara de ostra, está el *bayo* (15), pero, ¡mucho me temo! que

(11) Llévelo el cuento lo más ligero, a fin de congojearse con él.

(12) Aperó de labranza que unía las parejas de los bueyes carreteros cuando iban tirando en conjunto de dos, tres o más yuntas. A veces lo era de fierro y otras de látigos unidos que resistían fuertemente.

(13) Novillos, corderos o gallos, a los cuales ¡pobrecitos! le han arrancado los coquitos.

(14) Como que la larga y no la larga.

(15) Especie de angarilla, que en los campos transportaban a los muertos cuando eran sumamente pobres.

el *bayo* de mi parroquia se vaya a apolillar de guardado antes que dejarle un *real* de utilidad o de *entrada* al pobre Cura!

—¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Le aforró el *chancacazo*, con su boquita de *pitul*! (16). ¡Ya me doy cuenta, ¡curita!, y me santiguo, entiendo a las claras: que quiere *cristiano*.

En mis haciendas, Dios ha hecho crecer muchas maderas, y ha puesto también un carpintero en las casas de *Los Pingüinos*.

—En *Mariposas*, como en los linderos de la parroquia hay tantísimos pobres que viven como el perejil, sin hojas; y con haber dado el *kilo* y regado el campo durante sus vidas con el sudor de sus frentes, cuando mueren, ¡triste cosa!: los sepultan de la caridad! (17). Porque a sus deudos les hace falta *ese real*!

—¡Bueno! Le contaré, mi curita *madrugador* (18). No hace muchos días el vaquero Pedro *El chino*, me dió el aviso que de sus vacas: la aguileña rosada, la *aguaneza* (19), con *campanilla* (20), y la clavel *mocha* (21), habían salido *con bien* y los terneros ¡tamaños de gordos! Las *otras* andaban que ya reventaban!

Mande por las *paridas*, ¡curita!, para que aproveche de los quesillos, que los de *apollo*, ya lo sabe Ud., asaditos al palo: ¡son cosa pebre!

Y no se le vaya a olvidar taita Cura: que en mis campos cabe mucha animalada, y nada cuesta el *talaje* ni la puerta (22) para los amigos como Ud.! Cuando se le apolille el *bayo* hacemos *otro*, y ¡Santas Pascuas!

La plata y el saber en el hombre de bien: deben irse a los pies, pero no *cebarse* en la cabeza; así, como así: ¡toda laguna debe de tener su desagüe, amigo Cura, porque de otra suerte se rebalsa, peligra, y con el peso de las aguas puede romper el pretil!

(16) Pequeño pajarillo, que nunca quieto, inocentón, hasta se acerca al hombre para decirle lo que siente.

(17) Entre el *pobrerío* se juntaban, y siempre teniendo presente: el *boy por ti* y *mañana por mí*, tenían cómo enterrarlo, ¡por amor a Dios!

(18) Pide antes que le den, a sabiendas que no le negarán lo que solicita, aunque otros queden a las *cuelgas*.

(19) Barrosa, con una lista *parduzca* que, de rabo a cruz, la partía por el lomo.

(20) Un corte de cuchillo, dado al pescuezo del vacuno al nacer, que le deja un pequeño colgajo y le sirve de señal, en vez de la marca a fuego.

(21) Sin cachos.

(22) Derecho en *efectivo* que para el extraño por cada carretada de leña o de carbón que extraen de las montañas y las sacan fuera del fundo.

¡Cura tacaño, cura mercachifle! ¡Cura apocalíptico! ¿Que no comprende que sólo se ha pisado la huasca? ¡Digo así no más, y me *chanto!* (23).

* * *

¡Avíate curita, por las *chuátas* y por las zanguijuelas!, exclamaba en ocasiones el *chijete* caballero a su contertulio y amigo.

¡A mí no me hablen de penas,
que las penas, penas son;
no siendo las del infierno
Con la *barriga* bien llena:
las *penas* siempre son buenas!

Yo sólo pienso y deseo tener a todo el mundo contento a mi lado, pero no ¡con el moco quéido! (24), afanaba don Zacarías.

El lince Cura, *bloqueado* por el bombardeo de las frases hieráticas que le lanzara como un chubasco el viejo amigo y feligrés, en sus expansiones de hombre de campo, que en los restos de su vida (25) había conocido otro más *chascarrita* y *fregado*; y, picado el amor propio, porque le chocaba que en su cara lo llamase *zanguijuela*, ¡madrugador y *gaznachero!*, apóstrofes que le cuadraban a las mil maravillas, pero no le placía que se lo recordase, menos aún delante de terceras personas; paseando su vista en los contornos do estaba como prisionero en un baluarte, e inspirado en el doble sentido de la alerta, pudo esquivarse mohino: ¡es hora de que me retire, dijo, porque me espera un enfermo!

—Eso del enfermo, ¡es *chuchinga!*, contestó alzándose de brazos el buen señor; todo lo que Ud. me dice, continuó, son puros paliques y *entorchados* para zafarse de mí!

¿Dónde está ese enfermo, que yo no lo veo?

¿Por qué noticias de sus dolencias no han llegado a mis oídos?

Ud. es el idem de su *colegato* el de la Ligua, replicó don Zacarías, en ímpetu de soberano arrebató, el que *se volvía* un *bacilisco* cuando le llamaban *Cura de Petorca*. ¡Yo no me impaciento, decía aquél, porque me digan *Cura de Petorca*, sino que por el *retintín* con que me lo dicen!

(23) Lo demás ya se supone.

(24) Triste, cari acontecido por algo malo que le sucede.

(25) En sus largos años no se había topado con otro igual.

Del *buevo* pequeño que de cuando en cuando se encuentra en los gallineros y fué abusión que lo ponía el gallo, nace incubado por el calor del sol: un pequeño *lagarto alado*, que fué tomado en todo el mundo como un engendro del demonio. ¡Este bicho naseabundo no se está quieto jamás!

En fin, vaya Ud. con Dios, y ¡Dios le asista! Todo lo comprendo, porque si la mentira no fuera cierta: ¡palabra!, que con la venia (26) del señor Obispo le pongo chinga-verijas al pingo que monta y lo haré ver burros negros y escupir tachuelas, a rebencazos!

Luego, rodeando al Cura, para que le escuchase calmado, prosiguió en su tono bondadoso de siempre: ¡Después del rayo, mi amigazo, suele venir el trueno y con él la tormenta!

El Cura está llamado a edificar el templo de Dios en la tierra, no con barro ni ladrillos cocidos en la hornilla al calor de las cepas de espinos y de *plastas* (27), ni con pilares, aunque sean de roble, montados sobre bazas de piedra canteada superpuestas sobre los *heridos* defraguados con mezcla de cal y guijarros (28), si no con el buen ejemplo: diciendo la verdad desnuda a *potito pelado*, aunque ella sea en su contra y sepa que por decirla va a morir ahorcado.

Practicando el bien, con actos positivos de verdadera llaneza; perdonando al prójimo en su debilidad e ignorancia; con afectos de amor nato hacia nuestros semejantes; mas, no, con cursis zalamerías, porque escrito está por la mano de Dios:

¡Obras, son amores;
y ¡no! buenas razones!

El *plomo*, el *compás*, la *escuadra* y el *catete* (29), son en los hombres los buenos actos ejecutados durante sus vidas; que los *malos* sólo sirven de ruina y suelen volverse polilla.

Y, repito, con amor y *afecto*, porque polvo somos y en *polvo*, al fin de cuentas, nos hemos de convertir luego de muertos; y, después de muertos: ¡bueyes negros!

¡Nadie lleva nada para la otra banda!

(26) Con el beneplácito.

(27) Huano de vacuno tal como sale del animal, secado por el resplandor del sol y oreado por el aire en los potreros.

(28) Piedrecillas pequeñas.

(29) Tabla cepillada, donde oscila el plomo en la señal que deja el *gramil* al trazarlo por su centro.

Nuestro Señor Jesucristo nació en un pesebre; amó la pobreza terrenal, sufrió las ingratitudes de los hombres mal agradecidos; sudó gotas de sangre en el Calvario, hasta que reventó en la Cruz por redimir las almas de los pecadores; y Ud., ¡curita!, apóstol de Cristo sobre la tierra, desde que llegó a esta aldea, está torciéndose para el lado de los quesos de don Lucas Gómez:

¡Que tú te los traes:
y tú te los comes!

Como que donde está ganando *platita*, se está hinchando como la rana, antes de *entrare* el tiempo en agua; y con amostazarse, según y como, por cualquier nada, o con meterse a *gracejo*, ¿las quiere componer todas?

¡No, no, no y no! Curita paliquero, *zalameraso* y peligroso!

Ya se lo he repetido infinidad de veces: muéstrese con el ejemplo, mas, no, gastando vanas palabrerías.

¡De lo que viéndose está:
todo puede suceder
En este mundo falaz,
tenemos mucho que ver.
El *pobre* puede ser rico;
y el *rico* pobre también.
Las nubes cambian el tiempo,
y dejan todo al revés:
no es señor *quien señor nace*,
si no quién lo sabe ser!

No me venga a mí con aquello que ña María mató el traro, ni con las peripecias del *godo* del Empedrado (30), que cobraba por las *misas*, cotizando a los *finados*.

El entierro de un *copetón* (31), lo llamaba CULPEO; y el de un pobrecito de solemnidad, que no había en el mundo quién se condoliera de él y sin cobre dejado para que le dijese un misero *responso* sobre su aporreado pellejo, lo mentaba por sarcasmo, estirando la baja jeta: ¡éste es un simple *chilla*!

(30) Sacerdote español que fué vicario en la parroquia que lleva tal nombre.

(31) Un hombre adinerado.

El *culpeo* es el zorro de dos pelos, muy difícil de encontrar; al zorro común, que salta de cualquier tronco hueco cuando menos se piensa, se le llama *chilla*.

La codicia de los hombres, la escopeta de tiros hechos, y la falta de leyes de protección y de procreación de estos animalitos han extinguido la raza. Han barrido con cuantos ejemplares quedaban.

Los *bahuales* (32), el *putú* (33), el *huemul* (34), los huanacos y los avestruces, ya no existen. Los buitres de blanca golilla (35) se han acabado, las perdices se extinguirán seguramente, ya que el ave cazina la *paladea* acaso los gastrónomos de *copete*; las *poroter*as y el pájaro carpintero; como el *avecita pitigüe*, tan bellos que eran, no lo encontramos en ningún campo. El *jilguero* y la *chirigüita*, las *avecillas* menudas de bello plumaje, de sutiles alitas y de sonoro canto que volaban en cardúmenes, para posarse en los *espinales* que poblaban los potreros y alegraban la vista, esto aún dentro de los huertos en las ciudades, ¿quiénes las ven?

De la *bandurria* de patas y pico prolongados, que en bandadas buscaban los espacios para irse a posar a la vega solitaria o al húmedo pajonal, ya no se oye hablar en los campos, ni siquiera entre las viejas comadres, a quienes tanto les preocupaba la vida de estas avesuelas misteriosas.

A la *garza* de flamin y de largas patas, como al gran *cisne* de cogote negro y moco rojo, bellísimos ejemplares de la fauna chilena, se las conoce embalsamadas en los escaparates de los museos; al coipo, le hacen batidas sin cuartel, a palos y a perros, hasta exterminarlos, sólo para aprovecharles el *cuerito* que, *aportillado*, se lo llevan a los gringos curtiembreros, que pagan por ellos una miseria.

* * *

Sin decir *esta boca es mía*, buscando modo de capear el chubasco, yérguese el Cura, haciendo la *ploteforma* de salir fuera del recinto donde se encontraba peor que reo en capilla, a pretexto de hacer una diligencia

(32) Venados silvestres del tamaño de una cabra, y pintados primorosos que llevaban enmarañados cuernos según su edad y abundaban en *porción* en las selvas de roble, que ubicaban a las márgenes del caudaloso Maule.

(33) El más pequeño de los *cervatillos* del mundo.

(34) Eminentemente *chileno*, de rabo pequeño y escaso de cuernos, que poblaba las montañas cordilleranas en la *linde* de las nieves eternas.

(35) El cóndor macho.

urgente, pero *cachó* don Zaca que era un ardid para arrancar a campo raso.

Por tal, listo como un zorro viejo y ágil, cual leopardo avezado: de un zopete, ázelo, por la *esclavina*, y con otro par de zamarrones que le prodiga porque está en su derecho y en su *deber*, lo somete y me lo vuelve turumba.



Acoquinado, ¡con el agua que le llega hasta el *cogote*!, el viejo Cura, mientras en su boca fruncida mastica una interjección en latín, que reventó a flor de labios, la cual invocación hacía alusión citando en parábolas la vida del gran San Agustín, que fuera escarmiento para la apostasía allá en el ciclo 34 de la era cristiana, pudo oír de nuevo, doblemente atormentado, esta chocante reprimenda que le llegó al perno: "Si el Cura no se enmienda, ni se modera como debe, y no deja de andarse con los pobres, que son mis amigos y mis compañeros, como los Talaveras y el capitán San Bruno con los patriotas: *fautible* (36) será que

(36) Lo decía casi sin equivocarse.

vaya a parar a la casa del jabonero (37), donde: el que no cae ¡resbala!”.

Y téngaselo muy en cuenta: que el *tal* San Bruno, antes de ser militar fué fraile *franciscano*, de los mismos *tris-tabacos* (38) que Ud., amigo curita!

Y además de ser *fraile*, el tipo cargante de San Bruno, era ambicioso y sin entrañas: un algo así como picado a la araña (39).

Pero se lo juro por las cenizas de mi madre, y por ésta (hace la señal de la cruz), que de *Mariposas* Ud. no sale vivo, ni se me vuela para ningún lado, hasta que dejemos aquí el pellejo o nos llegue al tronco.

Por de pronto, reciba Ud. *esta bolsa*, que alegría trae; y del contenido: mitad se la guarda para Ud. y la *otra*, con disimulo, la dividirá entre los pobres.

Que si le toca a Ud. enterrarme, se olvidará del *bayo* y se ahorrará de andarse buscando *curatos* o parroquias con *parroquianos* incautos, viejos ricachones y *beatas* que vivan a las puertas de la sepultura; y acaso llegará a convencerse de eso que llaman *tamaño verdad*, ateniéndonos al factor *dolor*, lo del *dolor* del desengaño; porque para mí, tengo que:

Las penas, con pan: ¡son buenas!

¡Prudencia! ¡Prudencia y paciencia!, hermano curita. ¡Justicia!, ¡Fortaleza! y ¡Templanza!

Sobre todo, le encarezco la *templanza*; que en cuestión de *jueces* y de *curas*, más valen: pocos y buenos, que no: *muchos y malos*.

Y ahora, para rematar la obra y para pasar el mal rato, tonifiquemos nuestras tragaderas remojándolas con un *chuflaquito* en jalea, de las que sabe preparar mi vieja Chuma, tan y solamente.

Durante el tiempo que don Zacarías tenía a su alcance al curita de *Mariposas*, no cesaba de motejarlo duro y parejo, atendido a aquello del refrancito:

¡Quien más te quiere:
más te aporrea!

(37) A la cárcel, por orden del juez.

(38) Se hacían los pequeños.

(39) Quería atraparle todo para él, solamente.

Mientras el *resbaladizo* y un tanto *resabiado* presbítero, sorprendido de que don Zacarías estuviese *al tanto* de todo lo que ocurría en su grey, nublada su vista y a pestañadas con su mala estrella, vagaba su alma sobre una tembladera o bajábala al cráter de un volcán en erupción, cuando se despedía del *discretito* caballero, que parece que le hubiese visto las *canillas*, porque a manera de estribillo, tenía que decirle y de *canturrearle*, quiera que fuese donde fuera, o estuviese con quien estuviera, su indispensable *corrido* (40), que tanto *bochorno* le sacara.

El Cura no sabe *arar*,
ni sabe enyugar un buey;
pero, por su propia ley:
sabe que ha de cosechar.

Sentao, estando en su casa:
toito lo sabe el Cura;
quien *mairuga*, Dios le ayúa,
dice el adagio vulgar...
Y al *Cura* lo ayúa el diablo
sin tener que mairugar.

Adún que no lo háigan llamao,
en toas partes ¡se mete!,
en unas: con cara de plácemes
y en *otras* con cara dura!

Con su *sancristano* al lado:
el misal y el agua bendita:
pase lo que pase, al lado:
el Cura: ¿pa qué se agita?

En ocasiones, el Cura:
antes que le entre el *moquillo*,
le pone el *óleo* al *chiquillo*,
y a la moza: la *acoyunda*
con el que puée, ¡por cierto!,
que siendo por la justa paga:
el que la *traga*, la traga,
y al hoyo va: ¡el que está muerto!

(40) Una hilación de palabras de nunca acabar.

* * *

Sin dudamente, opino que es una crasa ignorancia creer que existen los brujos; pero, no es bueno *fiarse* de ellos!

Argumentaba solemnemente el leguleyo curita de *Mariposas*; mas, temblábanle las carnes, como a hombre corrido por el león y que de llapa le hubiese cantado el *chuncho*, o como rana desollada el día anterior puesta en *adobo* (41), al convencerse que don Zacarías cabalgaba el padri-llo *zaino* (42), que significaba para el abucionero Ministro del Señor como el verlo montado en un brujo de carne y hueso o en el mismísimo demonio.

¡Todo porque don Zacarías andaba de buen humor!, y de *buen humor*, don Zacarías gastaba *chanzas* con todo el mundo. Para nadie se andaba con pedos atajados, ni con santos tapados (43).

Y, dale, que cada vez que el santo Cura le *escabullia* el bulto a don Zacarías, don Zacarías, rebenque en mano, se afanaba por atraerlo, con toda suavidad y dulzura, al camino del deber, expresándole: ¿Dónde va, curita, con tanta noche? ¡Así es la vida, y liráy!

—¿Ya anda, vicario, quitándomele el traste a la jeringa?

—¿Quién?, indagaba el Cura, bastante impercütico.

—¡El *pequén*!

¡Le levanta la cola:
y se la sopla bien!

Terminaba el caballero, amostozado por completo.

—¡Yo, yo, no!, atinaba el curita, confundido en extremo; y, zafándose del gran pañolón que le cubría su cabeza a manera de zarcillo (44), dejábase conducir como pingo cabrestiendo sujeto al pigual, donde el destino lo llevase, refunfunando entre dientes:

¿De qué le sirve al cautivo:
tener los grillos de plata,
y la cadenita de oro:
si la libertad le falta?

(41) Dejada remojar en vinagre, condimentada con bastantes aliños.

(42) De un ojo azul cielo, y el otro pardo.

(43) Durante las semanas de *Dolores* y de *Pasión* en *Cuaresma*, cubrían los curitas a las imágenes de los santos expuestos en las iglesias, para que éstos no se percatasen de las lindezas que cometían ellos con los fieles creyentes.

(44) Cinta ancha que anuda y aprieta.

Inter rétro, espectorando por boca y narices, en un acceso de tos que le *traqueaba* el gáznate, terminaba invariablemente con un estornudo o con un *gargajo*, que a la postre íbale a invadir el pañolote floreado en pintas, y floreado en mocos, el cual, a la vez que le servía para las narices, le servía para liar los *atabales*, prosiguiendo en tono vengativo:

—Este don Zaca es más anciano que *Matusalem* y más *espinudo* que una *carpa* (45).

—¡No, curita! se le oye repetir al viejo señor, que esta vez, con ademán brusco, saca a relucir su sátira exquisita y locuaz: no son las *espinas* las que mortifican y clavan en los hombres, sino las verdades, cuando son *¡amargas!*, pero es bueno el hacer memoria, que quien te las dice: te estima; como quien te adula: te embarga!

Por algo han dicho los sabios, y no me vengan a mí, con unas cortas y otras largas, que:

¡No sabe tanto el *diantre* por lo diablo;
si no que: por lo viejo!

¡Eso es!

Pero este curita es recalcitrante como ninguno; ¡no escarmienta!, ni menos que se vaya a enmendar: ¿Que no sabe, Cura mío, que quien siembra vientos, suele cosechar tempestades?

En tiempos de mi mocedad, los sacerdotes del Señor no era *zampones* como lo es Ud., lagrimeaba don Zacarías, leyéndole la *cartilla* al solapado frailucho, que al verse acorralado como un *quique* (46) en el atolladero en que lo había colocado su avaricia desmedida y su audacia temeraria, no hallaba una ramita de salvación de dónde asirse.

Por esto, cortado el cuarenta, y dado su juego por perdido, puesto que con lo del

¡Más fácil es que entre un camello por el ojo
de una aguja que el *rico avariento* se salve!

(45) Pez de agua dulce, rico en sabor, pero que al comerlo se vuelve todo espinas.

(46) Animalejo de pelaje negro e igual al *chingue*, clasificado en la familia de los roedores, que vive en los terrenos húmedos y salen de noche para asolar las sementeras.

Que le había razonado en un raptó de dura elocuencia el hombre dotado de gran corazón y de tan humana verdad: había reventado la papa hirviendo; y, para colmo, la recitacioncita que oiremos, y *con su qué* se la había refregado el enojado caballero entre dícere y jaculatorias:

"Allá, cuando el chancho vuele y la perdiz crie cola; cuando florezca
" la higuera; cuando el gallo ponga huevitos; cuando el *gavilán* deje de
" comerse el pollo crudo y con plumas; cuando la rana crie pelos, al zapo
" le nazcan alas y al elefante lana; cuando la *pollona* embista contra el
" alacrán; entonces será, y entonces, que el avaro deje en paz a la Hu-
" manidad y el mundo se vuelva otro".

Don Zaca, al ponerle las peras a cuatro al pobre clérigo, íbalo dejando ante la opinión pública como la *ná* y la cosa *niuna*; por esto, optó por tomar las de Villadiego.

Y, ¿quién era ese Villadiego, tan mentado?

¡Villadiego era un soldado;
que de *Pedro* (47) en la prisión,
estuvo en toda ocasión
asistiéndolo a su lado.

Vino un Serafín alado;
que con semblante de fuego,
dijo a Pedro: ¡vete luego!,
y toma las *calzas* tuyas.

Pero, Pedro, algo turbado:
con lo del ángel llegado
por tomar las calzas tuyas:
tomó las de Villadiego!

Don Zacarías, sin decir *chus* ni *mus* del asunto, a nadie, presa su alma de horribles conjeturas, había mandado ensillar su macho rosillo estampado con *patacones* y listas negruscas, que lo esperaba a la sombra bajo el nogal.

¡Qué!, si lo llega a montar . . . ¡Virgen Don!

Señita era que *Rebustiano* debía ejecutar alguna orden irrevocable del viejo patrón.

¡Muerto el perro, y callado el amo!

(47) El mismísimo Señor San Pedro que guarda las llaves de los cielos, cuando estuvo prisionero de los judíos y negó a Cristo por tres veces.

¡El macho alazán del patrón está a las cuelgas! (48), corría la voz, volviendo los humanos la boca *chueca*, *sin hacer* amago de mover el tronco del cogote, ni por un pienso!

Y la noticia se extendía como la *niebla* y la *garuga* por la calle ancha, por el caserío y por doquier; y el que estaba en *ayunas* (49) de la nueva, porque recién venía llegando de sus quehaceres, preocupado al verles el semblante tan *asina* a sus vecinos, y el *sigilo* con que se trataban los *amigasos*, luego les interrogaba:

¡Miren que secreteos!

¿Qués lo q'ihay?

¿L'ia pasao más d'iun argo al patroncito con el *careguata*?

Enojado. ¡Solamente *furibundo* (50), cuando el asunto era gravísimo, el *hombre* del pueblo se permitía llamarlo *careguata* al sacerdote, que era el único ser, según ellos, que no usaba *barbas* ni pelos en la cara; con excepción de los *Capuchinos*, que la conservaban enterita, sin *chapodarla* jamás!

Entonces había que ver cómo se *destutanaban* los labriegos por darle en el gusto a don Zacarías, ¡el buenísimo señor!

¡Cómo se llevaban a efecto las *rogativas* y mandas de velas al *álma* del finado: *tal* o *cual*, que esperaba su *candil* al lado del zanjón, a la orilla del camino de los lagartos, o al pie del sauce de las *mulitas* (51), que orillaba el remanso del estero, en el recodo de la quebrada, a *man* derecha, entrando al láito *aentro* del tranquero del potrero del maitén, en la loma blanca; o al lado de la PALMA GACHA, torciendo el cerrillo al empinar por el SENDERO DE LAS CABRAS.

Por muy grande que lo sea el rebaño, los *cabrios* al ir o al volver del pastoreo, en el cerro escueto o en el boscoso, caminan hilados de uno en uno al igual que los patos, siguiendo las huellas del que los guía como *puntero*.

Con el tiempo, las pisadas multiplicadas de madres e hijos, dejan ese caminito que borra por años y años las señales donde nació y creció el pasto, y sirve a los humanos mortales para que se trafiquen cuando han de ir a sus andanzas.

(48) Ensillado, esperando que lo monten horas y horas.

(49) No sabía lo que sucedía en el lugarejo.

(50) Desesperado, por lo que acontecía.

(51) Ranatas que viven sobre la superficie de las aguas e igualan a los zancudos con sus patas largas y cuerpos pequeños.

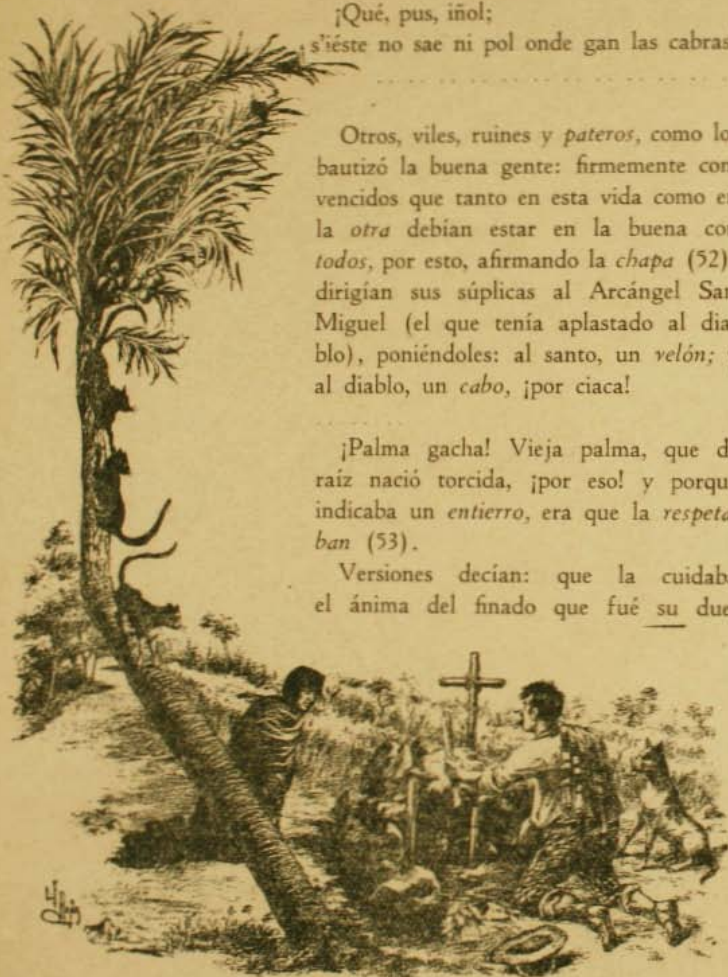
Esto fué lo que dió origen al hombre de campo, al expresarse cuando algún *chambón* titubease en contestar discretamente algún asunto determinado, ya fuese en diálogo abierto de hombre a hombre, o en rueda de *cumpas y amigos*, que criticaban al ausente o al presente (no importa), cuando se las daba de *habilidoso*:

¡Qué, pus, ñol;
s'íeste no sae ni pol onde gan las cabras!

Otros, viles, ruines y *pateros*, como los bautizó la buena gente: firmemente convencidos que tanto en esta vida como en la *otra* debían estar en la buena con *todos*, por esto, afirmando la *chapa* (52), dirigían sus súplicas al Arcángel San Miguel (el que tenía aplastado al diablo), poniéndoles: al santo, un *velón*; y al diablo, un *cabo*, ¡por ciaca!

¡Palma gacha! Vieja palma, que de raíz nació torcida, ¡por eso! y porque indicaba un *entierro*, era que la *respetaban* (53).

Versiones decían: que la cuidaba el ánima del finado que fué su due-



(52) Poniendo el cuero tiezo.

(53) Bien pudieron haberla *tajeado* a su regalado gusto, para que hubiese *estrujado* la *agiitta*, que recolectada en el *mate* (calabaza) y hervida en las *pailas* hasta dar *punto*, les proporcionaba la riquísima miel.

ño; y que de noche se sentía la alharaca cómo peleaban y *chillaban* los brujos que, en apariencia de gatos pardos, subían y bajaban en pandilla del tronco al cogollo y del cogollo al tronco, afanosos en tantearle lo granado y lo maduro a los *coquitos*.

Le faltaban rezos a la pobre *alimita*; pero, ¡no!, la plegaria de los hombres *empecatados*, si no qué: ¡misas y responsos!, dichos al lote, o por corridas *gregorianas* que las rezongaban en latín los padrecitos sagrados, a tanto en dinero!

De otra suerte, era *dificultón* que se le aplacase la *zambada* al patrón, y la cosa quedara en ná!

Y la manda es *deuda*, que si no la paga el mortal en esta vida, tiene el *desquite* que se *chancela* en la otra, y con réitos!

Algo malo andaba entre el *linaje*, y eso debía arreglarlo seguramente *Rebustiano*, o *Cotollito*, con bastante energía.

¡Guay, como se *despepitaban* por agradecerlo, bien *agradado*, al patrón!

Donde iba el patrón, como perros hermanados unidos en la desgracia, sin separarse, ¡inconscientes caminaban ellos!, y aunque el patrón fuese a la *capillita* o fuese al *retrete*, por hacer la *persona* (54), no lo dejaban solo, ni a sol ni a sombra!

¡Cómo se *cuchuchaban* y dábanse cita, atracándosele a don Zacarías, en *son y ton* de inquirirlo, si era *defectivo* que sufría!, ¿y por qué?

Don Zacarías, sin ambajes, respondíales a todos, subrayando las frases: así, y como así, aquí estoy ¡callado!, y pasándolo *igualito* que el mes de agosto: ¡que llueve y que sale el sol!

Y, seguidamente, entraba a mejor relatarles el motivo de sus sufrimientos; explayándose a labriegos y campesinos como si hubieren sido de igual a igual, lo que le acontecía. Argumentándose con dejos de supina tristeza, les recalca aún más: lo único que Nuestro Señor sintió cuando vino a morar en este valle de lágrimas y de miserias: fué el mal agradecimiento de los hombres.

—¡Güen dal! Too está que llegue a conocimiento de ñor Rebustiano, argumentaban los labriegos.

—¡O que no llegue!, contestaba al punto don Zacarías, y lo repetía con su *qué*, al mismo tiempo de imprimir sendos papirotazos sobre las

(54) Obrar el cuerpo.

alas de su de *Monte Cristo* (55), a fin de espantar el polvo adherido y sus angustias que las había, porque: como a una guagüita chiquitita, que *angurreaba* (56) por la teta, se le descomponía el semblante, y haciendo *pucheritos* que trataba de reprimir, se le rodaban las lágrimas.

Nervioso, golpeaba el suelo con sus plantas; el suelo agradecido, que nunca a nadie faltó.

* * *

Que si ñor Rebastiano merece saberlo que el *patrón* ha montado en el *Caifaz*, que así se llamaba el macho, seguramente hace la del buey *tapanca*.

Caso ocurrido, que se atribuía, según el viejo relato de un tal *Ge-deón* (57), a un lozano y manso buey de matanza, que estando *encobrado* (58) así, *cortoncito*, a la *estaca*, esperando pacientemente para que lo *volteasen* (59) y lo *carneasen*, como quien dice mejor: *lo mandasen para la otra vida*, asertó a mirar por entre la palizada la arrogante figura de un joven león que merodeaba por esos contornos; espantado con tal visión, ¡huyó despavorido!, arrazando en su desesperada carrera con cuanto encontraba a su paso.

Del cruzamiento habido entre burro y yegua, nace el *macho* y también la *mula*; mas, como baldón de la raza cabalgar, de esta generación: el macho nunca engendró hijos, como ella, ¡jamás!, tampoco, hubo partos. Por eso, ¡cuánto bochorno le sacaba a las mujeres que siendo casadas no habían tenido hijos!, cuando les gritaban con irónico modito: ¡*tis!*, ¡*tus!*, *vosteniña*, *sos* una pura mula machorra!

Y que les sirva de escarmiento para las generaciones de *curitas* que vengan más tarde, para que se moderen y dejen a un lado los escrúpulos del Padre Gargajo.

Contaban el otro caso de un anciano cura, que en su supina ignorancia apostólica y craso fanatismo *romano*, opinaba toda vez firmemente mistificado, que el salivar en la iglesia era pecado mortal; por esto, cada

(55) De *pita* finísimo, traído para él desde las *Filipinas*.

(56) La guagua busca su alivio en el seno de la madre, y si ella no se da trazas para alargarle presto los pezones, se desespera y rompe a llorar inconsolable.

(57) Nombre sui generis del hombre que no piensa más allá de donde ven sus ojos, y cree a pie en juntillas todo cuanto le dicen.

(58) Amarrado, fuertemente ligado.

(59) Enterrarle el cuchillo después de maneado de pies y manos.

y cuando le venía el desgarró o el *gargajo*, que es lo mismo decir, ¡Dios libre!, corría presuroso hacia la sacristía, donde espectoraba a su reglado gusto: floreando el suelo, a diestra y siniestra, puesto que ello no significaba pecado: ni venial.

No faltará alguien, ¡digo!, que le *sople* a Robustiano, sostenía don Zacarías; que ¡Robustiano es juez que no se vende!, ni se anda con *chiquitas* (60), y, ¡venáiga su estampa!, porque puede ponerlo al *cepo* (61) apenas se convenza de la verdad y hacerlo pasar al taita Cura la mar de apuros. ¡Está acostumbreadito a hacerlo!

Por menos, tuvo colgando de las de *atrás*, no hace mucho, al cura *antigüe*; y eso que antes de darle la *bota* (62) le tiñó las aposentaduras con alquitrán, quitadito el hielo (63).

Y como a cada santo le llega su día, y está visto: que

No hay bien que por mal no venga

¡Ailante con los jaroles!

Por eso debemos atenernos al dicho de nuestros mayores, cuando al considerar la mala fe y la indolencia que los de misa se gastaban con los humildes, se quedaban perplejos repitiendo una y mil veces:

¡El hábito, no hace al monje!

Y, además, le añadian el refrancito:

¡Debajo de una mala capa:
se encuentra un buen torador!

Así, bien podemos convencernos, entonces, los feligreses, que el Cura de *Mariposas* no es ningún *dengue*, ni *alfañique tampoco*, para que se deshaga solo.

(60) Nada tiene oculto, dice todo cuanto debe decir y nunca se arrepiente de ello.

(61) En la *barra*, donde se colocaban a los delincuentes, sujetos por los pies con grillos corredizos.

(62) La salida, indicándole el camino con un par de patadas.

(63) Recalentado, para hacerlo aclarar.

Puede soportar, por amor a Dios, la *cuelga* (64), ya que hartó lo ha mortificado con su flaquezas e impertinencias durante años y años.

Mi Paire y Señor San José, hombre moderao, que vivía a la anti-güe, nunca se enfadaba por ná, ni mal a náiden le hacida, ni que juera a tenel un mal vicio, él se acomodaba con too, nunca tuvo aspiraciones mayores y confolme con su suerte, a todo decía: ¡güeno!

* * *

Un tal Severico Moño, hermano de *corrias* (65) con ñor Isadías Cavieses, que se encontraba ausente en sus quehaceres en el monte, apodados ambos: *los reyes magos*, por representar los personajes de Melchor y de Baltasar de la leyenda sacra, en Pascua de Navidad y la *otra* (66), y por ende: muy versados en místicas *cuestiones*, metiendo su criolla sabiduría por encima del Patrón Viejo y de los *presientes*, puesto que el patrón les abonaba y les dejaba la *quēida* (67), pudo ponerle punto final, a la discusión, expresándose en estos términos:

¡A caballo muerto,
la cebada al rabo!

¡A mí, poco y ná m'ilpolta sel entrometió! Pero soy bien hartó *capacito* de tirarme cuatro filos con el mismo taita Cura y ejarlo *callaucito* en cuestiones de *lotrinas* y de las tragerias que paeciό Güestro Siñol cuando ejό que los judíos ¡sarracenos! lo azotaran y lo enclavaran en la Crú, pol venil a reimil a los pecaores.

Y no en vano soy hermano tercero de mi Paire San Jrancisco, que no me ejará mentil.

¡La noche del nacimiento,
del *Mesías* verdadero,
le cantó el ki ki ri ki:
el gallo en el gallinero!

(64) Casi significa lo mismo que el cepo.

(65) Se conocieron en los santos ejercicios, donde aguantaron como hombres cuando les zurraron la badana.

(66) Seis de enero, Pascua de Negros.

(67) Los dejaba hablar haciéndose él el desentendido.

Cuando Güestro Siñol Jesucristo (proseguía impertérrito) vino al mundo cobijao bajo el amparo de un triste obrero artesano: *mestro carpintero*, que trabajaba en puros pololos, esperando a que le cayera trabajo: si llegaba, ¡güeno!, o la di no: ¡güeno tamién!

A duras penas, esperanzao como pasarlo el dida.

¡Guainita, icen las Sagráas Escrituras, iz que de güenas a primeras, una mañana, al tiempo de empezar a cantar las diucas (esto lo vieron los más *mairugaóres*), tuvo la regrande con los finaos pairecitos de su tiempo, polque habidan agarrao en la goñicha de ponel al lao aentro de las puertas de l'lesia, q'es la casa de Dios: ¡toa clase de negocios!

Ey habidan baratillos, tiend'etrapos, zopaipillas pasás, mote con huesillos, su gran puesto de sandías y melones, carbón y leña de monte, víguelas, alpas, rabeles y *cordionas*, chunchules, manrriones, prietas, en fin, de too un poco, *habida* corderos lechones, conejos vivos, cajones pa muertos, cilgueros enjaulaos, jabón, velas y azúcar, volaores, pieiras pa afilal y pieiras de juego pa raspále la chispa al yesquero, sacos costale-ros, picos pa pical la pieira de molel, *alcones* adiestrados para cazar pa-jaritos, y hasta burros en cuatro patas vendian los pairecitos en la *recoba*, que les ejaba bastante preduto.

Y lo piol era la pelotera q'earmaban infundiéndoles a los *caseros* el pavor de las penas del infierno, caso de no comprarles a ellos.

Por ley, ante tanta *jarana*, habidan de vendel la mercaeria acachá a precios más que de lairones.

¡Garrotiar, q'es güeno!

Se habidan vuelto unos Zañartus (68), empalicando a la gente, sa-cándole la pepa del alma a los que trabajaban a la buena de Dios, las *premicias* a los *chacareros* y hasta a los mismos costinos que bajaban de la mal traendo la sal, el pescao seco, el luce y el cuchayuyo en trolas, pa vendelo al menudeo; ¡tras!, que fuera de los *diezmos* (69), que no se los despintaban ni al más *pintao* (70), tamién se los *arrancaban* ¡dao!, a la fuerza, poco menos que robao.

¡Too pa ellos, y pa náiden más!

Pol esos mismos tiempos, explicaba de nuevo, mientras acariciábase los pelos de la cara, iz que apareció en el pueblo onde habitaba el Si-

(68) Esta vez quiere decir paliqueros y ladrones.

(69) El 10% en especies, ganados o de lo que les producía el sudor de sus rostros durante el año.

(70) Al que tuviese más fueros.

ñol (71) un helmitaño de las *balbas* crecías, harto patriota y *serioco*, a pesal de lo güeno q'era, el que pol más se *tapaba* el medio cuelpo; y el rabo, con un pellejo de oveja liguana (72), pa tapal la vergüenza y que náiden lo viera tan rabón, y lo mentaban el San Fuan Guatita (73). Este hombrecito no tenida otra que preical a toos los vientos que se *provinieran* porque detrás de él venía el Mesidas, que too lo enrielaría por la güena, y lo arreglarida a pueblo (74).

Y le empezó a preparal la *camita* (75), al tal Mesidas, q'era pariente suyo; primo hermano carnal, en primer grao, por el lao de la maire!

¡Güeno!

Los pairecitos, crendo q'el Mesidas er'un cualquiera, no dieron naíta de crédito a las habladurías de la gente jormal; pero, en *triojo* (76) tomaron al tal San Fuan, cuando cacharon q'este acristianaba a los roteques de balde, sin cobrarles ni una ficha.

Los llevaba a l'orilla del rido, onde espúes d'iuna conversa poca, lis hacida unos garabatos a cuero pelao, y en seguida les descorgaba en la caeza una cantará d'iagua de la corriente y los convertía de *matános* (77) en católicos y chilenos, altirichicho!

Tonces jueron los apuros pa los pairecitos, cuando se convencieron por sus cabales q'el Mesidas habida llegao, y estaba como sapiándolos al laito d'ellos. ¡Naíta de bien que les entró la noticia!

¡Güena cosa de susto regrande!, tuvieron Mi Siñol San José y su quería esposa, que l'oera la remesma Vilgen Marida Santísima, cuando una ve, al tiempo de salil er sol pol detrás de los montes, se les andúo perdiendo er Niño Jesús.

¡No hallaban a qué santo clamal!

¡Cómo lo duscaban afanosos entre la vecindá, ofreciendo albricias al que lo encontrase primero! ¡Pero jué en contra na!

Er Niño estaba *apequena*o etrás d'iuna *coluna*, al laito aentro de l'lesia Cateiral, afijándose en lo güeno y en lo malo que *hacidan* los

(71) Dios, encarnado hombre.

(72) En *Ligua* multiplican los pastores la parición del ganado menor cruzando entre el cabro traído de Angora y la oveja bruta, dando un precioso tipo ovejuno.

(73) San Juan Baustista.

(74) Pondría las cosas en su lugar.

(75) Formándole buena atmósfera.

(76) Todos lo juzgaron mal.

(77) Mahometanos.

pairecitos, tal como lo veidan sus ojitos, con el ojeto de *soplale* la voz al Paire Celestial.

Y ¡Dios libre!, que, con lo vido, no puo aguantal más; y, cormao hasta el remesmo *gollete* de vel tanto latrocinio, iz que les andúo dando la *carda* (78) con toa la zambá!

Vanas jueron las palabreridas que gastó Güestro Siñol pa que se enmendaran los pairecitos, hasta que no tuvo más remegio que agarral una varilla de *pálqui*, créndose q'eran culebrones, y con ella les corrió *guaraca* hasta echarlos puelta ajuera.

¡Cómo arrancaban los indinos! ¡Como pollos *gomitaos*! (79), dando *tumbos* contra el suelo; maniataos pol el ruedo de las polleras y ataos por el peso de los pecaos cometios: ciertos y sabedores, que no les quedaba otra!

¡Güeno que se lamentaban, endey, los pairecitos! ¡Como que les andúo *escociendo* (80) la *callana*, cuando se las hizo humial el Siñol.

Y, ¿cómo era que n'iba a tenel *tinca* el tal Mesidas, cuando era er mesmo Dios Verdadero q'está sentao en los cielos y disfrazao de roto perigiliento habeida bajao a la tierra a imponelse de lo más mínimo que queridan hacel los *mandaosos* con los menos avisaos?

* * *

¡Chitón! Y no me levante el *tarro*, ¡taita Cural!, polque con las *chape-tonás* que li ha hecho al patrón viejo tan y solamente, puée salirle er jutre vestío de huaso coltauquino y coltale el *sereóto* al tiro. ¡Veley! Si pol este camino endilgamos los pairecitos ¡Igamel!, la santa religión de Dios, con el tiempo va a queal lo mesmo que las *huifas*!

¡Endey, entonces y en seguida, vendrá a sel un peligro pa los que arreden el ganao de Cristo, más *patracito* paire!

Contimás, que uno n'oes ningún *Peiro* (81) que igamos; y la fus-ticia yo llego y l'hago, pol *angas* o pol *mangas*, ¡callaucito!, da lo mesmo.

¡Soy jué!, y se ónde duerme el *diacho* caray!

¡Y náiden me par'el gallo!, que ¡onde manda *capitán* no manda mar-
rinerol!

¡El que l'hace: la paga! ¡Onde no gobierna la razón y hay monos

(78) Los castigó severamente con furia, sin esperar razones y con algo que llevaba entre manos.

(79) Gargajos lanzados a toda fuerza de los pulmones.

(80) Les quedó el dolor, por largo rato.

(81) Hombre que fuese *tonto*, para no pensar detenidamente en lo que debe hacer.

q'ihagan fusticia, dijo el sabio rey Salomón: viene el desbarajuste y la quebrazón de trastos, altiro!

¡Miren que paire tan rangoso ha llegáo aquí?

¡El mentao Menistro del Siñol, *empriestando* platita a interés y con ganancia! ¡Compriando cosechitas en yerba y acariciando los pollitos del vecino, criando chanchitos en media con el inquilinaje de la hacienda, achampándose con los cobrecitos y con las *fichitas* enredás (82) que le van queando de buerto en los velorios y responsos, y llorando miserablidas, pa que se *conduelan* d'él y le tengan compasión?

¡Pa espantar un *cotipao*,
no habiendo mejol remegio,
que un güen sudol galopiao:
con *cosquillas* entre megio!

¡No, n'uaguantó planes!

A Güestro Siñol Jesucristo Nazareno, q'era el rey de los cielos y de la tierra, con mares, montañas, minas y entierros d'oro y plata sellá, y too un cuanto hay, nunca que le picó el *piduye* (83), y humirde com'un cordero huacho jué!, prefiriendo andalse cuando vino a recorrel er mundo con lo *encapillao* (84), a pura pata pelá y hasta sin chupalla, con tal de dal el güen ejemplo a l'humanidá!

¿Cuántas veces lo tentó el *malulo* pa que juer'otro?

¿Cómo andúo de Heróres a Pilatos, di aquí pa allá y di allá pa acá, pa hancel que toos juéramos güenos?

¿N'oes na eso, lo que preícan los pairecitos en las *misiones* y lo que los han enseñao a uno los mayores?

¡No te váis a *cotipal*
ni váis a pasál bocholño:
polque en la puelta del pan,
se suele quemal el holno!

(82) Usurpadas, creyéndose que el *otro* no lo notara.

(83) Parásito igual al piojillo de las rosas que pica en el hombre en las partes húmedas hasta hacerlo desesperarse.

(84) Nada más que con lo que llevaba puesto en el cuerpo.

Yastá, ¡mi señol curita! Vosté lo compriende mejor q'iuño: primero está la obligación y después entra la evoción!

¡Mientras más agua: más cristianos!

¡De la zandilla, el pezón (85)
y del melón, la flor!

¡La claridad conserva la amistad! ¡Y no hay más!

¡Agora: vaye arremangándose las polleritas; y, en bajándose los *churrines*, no s'impaciente ni le tenga vergüenza a naidencito; sólo a *Tata Dios*, que lo ha mirao y mira d'ionde está: lo güeno y lo malo que hacen las criaturas, y a vosté, pol su *estao religioso*, lo ha estao *oservando* ¡añitos! ¡A Dios no se l'engaña, polque El lo sae too y no se escapa ni la mudre!

¡Ta cormá hasta er *tope* la media haneguera (86), paire!

¡Por el tronco, se llega al cogollo!, y:

¡Tanto hace la zorra en un año ...
qué en un rato las paga!

Iscurpando der *mate* (87) pa bajo, *vosteniño*, ¡hijo *pario* de mujell, es hombre jormao de la mesma masa real que semos jormaos los emás hombries; y, además, onde está atorunao y na *traginao*, es goloso pa qué icil.

Si los *pairecitos sagraos* que eben dar el ejemplo, ser la paz del mundo y la *condolidá* andando, andan con apequenás, duscándole d'ionde sacal partío, aparentando que too lo puéen con Dios y *aprietando* al pobrerío ¡hasta decir basta!, que llega a dal mico, ¿qué quéea, entonces, pa los masones, pa los herejes y pa los matáños?

Continás, ¡que yos no soy ningún arcagüete de náiden!, y si el mesmo patrón viejo, q'está bien abonao *con este gallo*, hiciera por ey ar-

(85) El lado donde nace.

(86) Un *artezón* hecho en madera, capaz de contener *colmados* ocho almudes de trigo.

(87) La cabeza.

guna payasá, me con (88), ¡tamién se las aplicaba, aunque me fuera er puesto!

¡Veley! Si uno no les ataja er pasmo a vosteniño, luegoichicho andaridan los demás curitas: ¡a la que salta!, armaos de trabuco y con el corbo atravesao a las pretinas, a pretexto q'era pa efendelse de los perros bravos que le salieran al encuentro o de los facinerosos que los poían agreir en argún *dequivoque*; ¡listos pa atracal al pobrerío!

¡Creo en Dios Paire!, q'en los restos de mi vía no ha habío ni habrá en toa la reondez de la tierra un hombre honrao, reuto y jormal, que efienda a brazo partío pol peines (89), q'iandan por ey *mañosiando*, a no sel que sedan de la mesma *cuairilla* que se las pasan por güenos, y van *miti* a *miti* con los lairones!

¿En qué queámos?

¡Ta bien quivocao, taita Cura!

¡En esta villa, náiden es *saca tronchas*! ¡Pobre poirá sel uno, pero s'hila (90) bien redergaicho.

Y piol agora q'el patrón anda triendo er poncho atravesao y er sombrerito queido al ojo! (91). ¿No s'ía fijao, curita?

¿En q'estuvo q'hubiera montao en el macho alazán?

¡N'estamos a l'otual: a la der que pestañeda, pierde!

¡El que sentencia una causa:

sin *oyil* a las dos partes:

adún que sentencie lo justo...

injustamente, sentencia!

¡Ijo el patrón on Pancho Castillo (92), y esa es la repura!

Si vosté, *paire*, tiene que icil un argo en su abono, aquí toy *yos* pa dal mi parecel! Que no goy a quemal mi alma cuando tenga que comparecel a dal cuenta de mis auciones en l'otra vía, a Dios Paire Too Poeroso!

(88) Me condenara e iria derechito al infierno si no fuese verdad lo que digo y afirmo en este instante.

(89) Hombres amalditados que no se espera nada de bueno de ellos.

(90) Se hila.

(91) Anda de mal genio, ni se acuerda de acomodarse el sombrero; cuando anda en este estado, es porque le pasa algo grave, yo no me animo a sostener una conversación con él.

(92) El recordado poeta don Francisco Antonio Concha Castillo, que huyendo del mundanal ruido, vivió sus últimos días en los campos de *Milagüe*, departamento de Caupolicán, vecinito a la aldea de *Chanqueabue*.

Adún que:

¡Pol una parte obligao:
y pol la otra queriendo bienes!

Yo l'aplico, numás, la *ley*, ¡mi pairecito!

Con la vara que pueo midil a los demás *alacranes* ¡me parece! que pueo midilo a vosté tamién; y endey tan cúmpas como d'iantes.

¡A cá santo le llega su dida!, y n'ohay que sel tan prosúo del too ni taimalse, con quien le ice la repura y santa verdad:

¡Quien na hace: na teme!

Endey, s'iuno que ispone de la *ley* de la razón no lis hace un *parao*, lueguichicho andaridan los pairecitos duscando ónde ponel agencia o tiend'etrapos, establecel *tambo* (93) con ruea de gallos, cancha de bolas y mesa de juego (94) onde se *despellejen* los niños, pa venderles la *mercocha* (95), y el queso agusanao, y póngale trago ¡litriao!

Son muchazos los calgos que tenemos que rendil en l'otra vía los *fueces* y los *sacerdotes* de la tierra, cuando lleguemos a freil los huevos allá onde vive mi Siñol San Peiro, que manija las llaves de las puertas del cielo; onde los santos no amiten *coimas*, ni regalitos en plata, ni recomendaciones de náiden pa que este pecho vaye a emudrentarse las manos!

N'os toy *yos*, paire, pa sopoltal n'iun contratiempo, ni tenel n'iun enreo cuando tenga que comparecel ante la Potestá der Paire Eterno. Bastantito q'hay sufrió en esta vía con los *supositorios* (96) detrás de l'oreja y, con el *pelambre* (97) de los *torcios* (98), ¡pa que me quéen más ganas de paelcel en l'otra!

¡Erechito com'un chuzo, y ¡na más!

(93) Sitio de remolienda del bajo pueblo, donde se baila y se sirve trago que se lo hacen pagar bien caro, y cuando han agotado su dinero les arrancan las prendas que llevan puestas y los arrojan a la calle a látigo o a puntas pies.

(94) Donde se juega al monte para arrancarles la *coima*.

(95) Conchos de licor.

(96) El parche de moscas de Milán.

(97) Los que puedan hablar mal de él.

(98) Los afectados.

¡Juisteis tirano y prosúo pa con unos!, le priduntarán los letraos en el cielo; y el *discretito* de San Beño (99), que por lo buena boca que tuvo pa hablar contra los *curas* (siendo del oficio ¿no les iba a conocer toas sus mañas?). Por eso jué que Mi Dios lo deligió pa que jormara número en la Corte Celesial. Y endey, poniéndolos en la balanza de los delitos cometíos, que está aceitaita en los descansos, y no es na *bruja* como la que manija ñor Peiro Caro, le dirán: ¿y habís tenio *pana* (100) pa sel verdugo de los otros?

A malhora que no tenidan a náiden que los apairinara, ni recibisteis talegas de platita: al hombre sosegao y dotao de güena goluntá le levantasteis falso testimonio y lo condesnasteis a velas apagás, sentenciándole en contra . . . y, al otro, *chimplán* y de mal vivir, ¡hijito de mi arma!, que como quien se come un quesillo asao al palo, te presientó testigos *goltarios*, y unios tramaron las mentiras paa sacrificial al justo, las echaron jurando con una *cruz* en las manos y poniendo a Dios de espantajo, siendo *tis*: juez y parte, ¿le distes la largona?

¿Q'hicistes, judío, arma de genio arrebatado, con las *coimas* que te pasaron por la *bajuja* pol las *payasas* que te mandaron hacel?

¿Trajistes argo en las *alforjas*, ¡diablo lesol, pa la eternidá? ¿Pol qué te calláis y te *achicáis* agora, si juisteis tan sumamente guapo y tan mandarín en la tierra de los desamparaos?

No te vengáis a hacel el zorzal, ¡indino!, en el Cielo . . . polque a too esto: ¡n'oes tiempo!

¡Pícaro! ¡Fascineroso! ¡Alacrán! ¡Fariseo! ¡Beato! Hijuna!

Este *colegato* s'iacriminó solo, cuando estuvo desempeñando las *taredas* de *fuez* en el *partío* de Chile. Aemás que se andaa *dejatando* de las porqueridas que hacida a la sombra de los artículos de los coigos: va esterrao p'al 5.º infielno. ¡Pa sécula!

* * *

Limpiándose con toda mansedumbre el sudor que le emanaba del rostro el tufo que le sarpicaba la proximidad de la boca del juez de campo, que a medida que cargos le reprochaba, íbasele acercando más y más al pobre fray Anselmo, que esta vez, dado a la más justa razón, amoldándose a las circunstancias, atracado como dicen: entre la espada

(99) San Bernardo.

(100) El valor suficiente.

y la pared, se esforzaba en excusarse a su interlocutor: reculando, como el cangrejo, *siempre para atrás*, secándose los párpados y repitiendo, entre sollozos, que le nacían del alma, una y mil veces, que parecía oración:

—Me esforzaré, mi amigazo, en no hacer nunca más en mi vida otra mala acción, por el contrario: trataré de ser bueno, Dios mediante: ¡esta vez será la última!

CAPITULO V

TIPOS CONOCIDOS

Un casamiento criollo, don Juan de Aguilar; el *roto* Ibáñez y otros.

Asociéguese, ¡ñor *éste*! (1), y no seda cargoso ni urguéte, le icen; ¡dale con la *candinga*, Toñito!

Tan colto de genio que parecía el *mocoso* agrandao, pal caso q'es mas castizo q'el gallo paire!

¿Que no li amarraron na las manos cuando estaba chico. le icen?
¡Yo se lo goy a salil contando toichicho a mi taita!

En estos términos lamentábase la tristucha Mariquita González, capiándole a los desmanes del joven visitante, que así la mima y así la acaricia, a hurtadillas de los comensales que celebraban con gran beneplácito el *santo* del dueño de casa, que, de guata, ¡tirado!, a la sombra de una añosa higuera, se encontraba a medio filo! (2).

Si la muchacha se *queja*, lo hace con su *qué*, puesto que hay de por medio un *misterio* que es imposible revelar.

Y como la libélula que en rictus de coloquios, revolotea sus alas en torno de la flor, segura en su pasión, de artarse de su néctar: la muchacha campesina que habita en la choza de la quebrada, o la moza que afana en la apacible calma de la aldehuela; a la igual que la hija del rey, la sobrina del mariscal, la hermana del obispo, la cuñada

(1) Incomodada, no quiere llamarlo por su nombre.

(2) Durmiendo las rasca botado en el suelo, cosa corriente en aquellos años.



del marqués y la niña que no le tiró para monja, llegado, que indague por ellas *amor*, coloran de amapolas sus mejillas y embriagadas por la pasión del *no sé qué* pasa por mí: véseles revoletear ágiles y vaporosas alrededor del hombre amado, tratando de atraerlo con sus encantos... y no paran mientes hasta que consiguen hacerlo *suyo*, ¡muy *suyo*!

¡Dime, mi bien, que me adoras
que me amas mucho: eso, dí;
y si no me has olvidado:
dí que te acuerdas de mí!

Asediada por las *empalagosidades* del *prete* (3), entre apenada y alegre, la *tibia* (4) Maricuchita, que en los tiempos normales no *quiebra un huevo*, modula en sílabas cortadas un prelude de ternezas que

(3) Pololo, antes de comprometerse en matrimonio.

(4) Desganada siempre, ignorante en materias de amor.

dicen un mundo de endechas: ¡olvidádo! y con mal contenido disimulo, devuélvele al ser que adora: caricias por caricias.

¡Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien;
piensan que nadie los mira:
y todo el mundo los ve!

¿Aquél, le corrió mano por debajo de su talle, sin su permiso, y, sin miramiento alguno, en sus oídos le vació un secreto?

Ella, ¡se venga!, asestándole con marcada intención un tremendo zurdo (5), que lo deja *timbimbe*.

En seguida ¡váse!, llevando esta vez encendido el rostro y prendido en su pecho un *cominillo* extraño, que nunca antes lo había sentido.

¡Secretos de dos:
no son de Dios!

¡Sonrió la moza, mordió sus labios, y dióse por madurar en su calletre!

* * *

¡Uspierta!, si estás durmiendo;
abríme las puertas: ¡cielo!
De noche te vengo a ver
porque en de día no puedo!

Razga al aire el eco del *esquinazo*, forjado y llevado a la vía de los hechos entre los *compaires* más queríos y *apreciaos*, que, armados de vihuela, de mosto, de horchata con malicia (6), de *mistelas* a *diligil* (7), su fiambre d'iave; ponche bien *batío* y cabezón y *desedos* de remoler y de alargarle la vida al *santo* (8), se encuentran a las puertas de la choza, esperando: hasta que las destrancan de adentro.

(5) Un puñetazo dado con la mano izquierda.

(6) Con bastante aguardiente.

(7) A elegir.

(8) La persona a la cual celebraban con tantísimo regocijo; y ella gozaba con esto.

¡Mi señor, don Fuan del Pino:
cascarita de graná
yo me muero por vosté,
y a vosté ni se le da na!

Inter, el joven galán, de corta manta, que parecía un *relicario* (9), y de largas y durísimas uñas, porque nunca se las había *ramoneado*, perfora el barro del rancho con el índice de su derecha, a manera de pasar tiempo, ávido de echar al olvido ¡cosas que pasaron!, y que no tienen remedio.

De nuevo, véese surgir entre los contertulios la graciosa figurina de la muchacha que ha mudado de *delantal* y viene ostentando, recién arregladito: el *cachirulito* de pelos que tanta gracia le hace y tan rebién le *sienta* sujeto por el *cintillo* de terciopelo que le presiona la nuca, al desprenderse en forma de *onda* en la región de la frente. Y en la ramazón de sus *trenzas* un clavel *tamañazo*, rojo como la sangre y fresco como el aire, que con tiento lo desprende y atolondrada ofréceselo al atortolado mozalbete, haciéndolo probar, todo casi a la vez: la cascada de una madurita *pera cereza* que ha mondado con sus dientes, y caldo se vuelve en sus labios; discurriendo en dulce tono y haciéndosele la *chiquitita* (10):

—Muerda vosté, tamién, ¡Toñito!; ta re alorosita y re calduíta, ¿no?

—¡Caché!, prosigue, qué montón de tiempo, vosté, Toñito, ¿querida icilme más d'iun argo a mis?

—¡Ciertito es! Pero, ¡no me *alimo!*, responde el mancebo, embobado en dulces añoranzas, reteniendo entre las suyas el puño de aquella mano, que primero lo golpeó airada y después le ofrece la gloria.

Y contemplado a la moza, ¡jemebelezado!, distraído en el éxtasis de una veneración extraña, entrégase de lleno en adivinar en el rostro de la muchacha que, lánguida, le observa, para *largarle* brusco:

(9) Los *santos* que los veneraban en *busto* llevaban *talmitas* tan pequeñas que apenas si le tapaban la guatita. Relicario llamaron también a un pedacito de género bordado, donde las muchachas casaderas colocaban a la cabecera de la cama: las joyas preciadas o el retrato del bien amado.

(10) La mimada, ella era la única querida.

¡Ojos que causan enojos:
 más valiera *no tenerlos*,
 pero es bueno tener ¡ojos!

Formulada que fué su *salida*, acentuando con cabeza, cogote y *todo*, enjúgase los labios con la lengua, en venia de haberle encuadrado cuánto penetra en la niña, para continuar más admirándola: el perfil de las líneas y curvas que forman el *primor* de su cuerpo, su *talle ondulado*, el *torneado* de sus piernas; y, hasta aún, le llama la atención la *cintita* que le ligaba la *colita del chape*, con el cual las muchachas de veinte años, para *emperifollarse* como se pide, liaban sus cabellos para formarse la *trenza*.

A todo esto, basado en los encantos; poniéndole cara de carnero moribundo, estira sus manazas (11) y la atrae hacia sí, para acariciarla sobre las *nalgas*, cuya embergadura palpa y examina, estático; arruyándola quedo:

—¡Agora sí, ¡que hay encontrao l'horma de mis zapatos! ¡Venáiga la maire que la parió, m'hijita!

Y otras cuantas *palabras lisonjeras*, que ellos sólo pudieron comprenderse.

—¿Ya llegó, ya? Yo creída que m'ihabida echado en el saco der olvido! (12). ¡O que m'iba a cobral sentimientos cochinos!, le replica.

No les importa un *comino* que el mundo entero los cate hacer, ¡qué ocho cuartos, ni qué niño muerto! Si no les *atajan* el pasmo, les llega al corazón. ¡Guá, que les llega!

¡Tus ojos, me dicen ¡sí!
 Tu boca, me dice ¡no!
 Entre la boca y el ojo:
 al ojo me atengo yo!

Y el tímido, el San Juan de Buena Ventura, que a nada se atreve entre las redes del amor, haciéndose el zorro rengo, picado en el huesito de la *alelulla*, espándose en ditirambos curiosos y bien armonizados, que contesta la *prenda*, dejándole la *queida*: recóndita de pasión y ávida de corresponder al hombre que la ha comprendido.

¡Por querer, m'estoy muriendo, m'iarma!

(11) Sus manos, extremadamente grandes.

(12) Creía que no se acordaba de ella.

¡Ayer me ijisteis que hois
Hois me dirás que mañana:
y mañana me dirás:
me l'ihan pasao las ganas!

¡Sereniá, Toñito! Con paciencia y con *saliva*, ¡se consigue: el cielo y la *gloria*! No se le dé na, mi perrito choco, le ha *currucuteado* embelezada, dejándole bislumbrar la mar de promesas y permitiendo, como la mansa bestia: tocarse y ser palmoteada por él, en todo su cuerpo.

Es que, plena de fe, después de bien sondearle, le ha otorgado toda su confianza.

¡Güeno!, me dijo y sonrió:
toa llena d'ialegrida ...
¿Y cómo iba a icil que no:
cuando *enterita* era mida?

A cada momento, *dejatándose*, lleva hacia él su risueño semblante, confiada toda en el *picaronazo*; mientras esos sus ojos, que los entorna, los *aprieta* y los vuelve *turumba* dentro de sus cuencas, le repiten, una y mil veces: ¡*toy da!* (13).

¡Si no me casa, mi mama,
en la semana que viene:
le priendo *juego* a mi taita;
yo la veré con quién duerme!

Los vecinos e invitados que conocen a los jóvenes desde que los pasaron por el *pairón* (14), los comprenden en *demasia* y saben hacerles *giien gancho*.

Por esto, reunidos: compaires, ahijaos, amigos, conocíos y *parientes*, que toos son *unos*, los dejan *hacer*, porque concordes están que los *huincas* están enamorando callaucito, y pensando en el amol:

(13) Estoy entregada a Ud.

(14) El censo, levantado años atrás.

¡El *amol*, que dusta tanto:
y a todo pobre consuela!

No por otra causa, quetecitos se quedan y sigilosos se miran, cuando bien perciben y mejor oyen: la voz de la niña que murmura por lo bajo, mientras distrae el rabo del ojo para mirar a su *gancho* con marcado disimulo, sin hacer el menor amago de darse por agraviada:

¡La *laranja* es colorá,
el limón es amarillo;
¿cómo querís que te quiera,
si no m'ihacís ni un cariño?

—¡M'iardén las orejas de la cara, Toñito! ¡Ejese de *chacoteos* y no seda chinchoso, ni urguete, le icen! ¿Ya le cargó a Machuca (15), de nuevecito otra vé?

¡Ta *intutible* (16) est'ihombre *caco*! (17).

¡No me venga a hacel quél en la tentación, l'igo!

¡Güen dal, miren s'ies; dale que s'ía de lleval a puros agarrones con una y n'oentiende en renunca!

Endey, ¿si l'iachunta?

—¡Güeno, pus!, entonces, responde con sorna, en bien consabidos términos, dándoselas por agrabiado el atrevido galán, que no pudiendo por menos disimular que la niña tenga entre manos otro *amol* (18), bastante apenado se da por definir:

¡Mariquita: si me quieres;
si me tienes *goluntá*,
dile al otro que se vaye;
se vaye y no güerga más!

Acto seguido, tomando el ademán de dejar la *tertulia*, termina diciendo: ¡será el destino!

(15) Entregarse de lleno a escudriñar algo que les interese.

(16) Incorregible.

(17) Mozo joven que se las quiere dar de hombre formado.

(18) Otro hombre que la quiera y esté cuidándola para sí.

¡Tomaré la *cachanlagua*,
y del membrillo: la flor
Que no hay cosa más amarga:
que ser pobre y con amol!

—¿Ya se jundió er tacho de nuevecito, otra vez? ¿O es que no me tiene compasión, Toñito, q'está juando a la *payaya* conmigo?

Yo no l'igo ni pol un *pienso* que yo tenga otro amol, ni menos que tome la *cachanlagua*! Lo que le igo es que endey si le *achunta* y una sale con su *omingo siete* (19), ¡eso igo!

—¡Pa eso, t'ois yós! ¡Palomita quería! ¿Que no m'ihaya *forro* que seda bastante hombrequito *jormal*, y puea trabajal *em* pa los dos?

Los gamos onde el *taita Cura* pa que vaye *liendo* las *ploclamas* (20), q'iargunos realitos tengo ahorraos y naiden puée oponelse!

¡Me pareuce,
que en regando la planta: ¡creuce,
y *abotonando* ¡loreuce! (Sostuvo el mancebo).

Pero, ña Maclovía, que estaba toda *espinuda* por aquello que se le estaba desgranando la *mazorca* (21), y por más: ha oído el *romance* con que saliera el joven, tonificado por las frases alentadoras de su prometida:

¡Si yo juera pajarito:
chiquitito y volador
a la niña más goñicha
le picaba el corazón!

Que, como corolario de tantas emociones palpadas, le lanzara en su carita el *peor es ná* (22), a la hija menor que lo escuchaba atenta: afróntalo con la escoba de ramas de espino con que ha barrido el *horno* (23), que empuña en su diestra, y con el estropajo con el cual ha

(19) Parida del hombre amado.

(20) Dando aviso a los feligreses de que el matrimonio se anunciaba por la vía legal de la Iglesia.

(21) La última hija mujer que le iba quedando a la madre.

(22) Hombre que se ha presentado como postulante al matrimonio a falta de otros.

(23) El horno donde se hacía el pan en las casas de campo.

limpiado el culito de las ollas tiznadas, que trae en su izquierda; como en sus ojos, el siniestro dejo de una rabia mal contenida, replica miti-quera, bufando en altanero tono:

¡Ey es! ¡Jloripondio!
¿qué esto, que no se entiende?

¿La *maire* cría a sus hijas:
y el *Cura* es el que las vende?

Ustaquio Villarroel, conocido con el nombre de *Vuela Poco*, con su sombrero cazador de pollos (24) encasquetado hasta la *cachita* (25), desde que empezaba a apuntar el día hasta que *atinaba* por irse a acostar, no había forma posible de persuadirlo de que se lo sacase, porque invariablemente contestaba a todos: ¡que no!, porque era suyo y le había costado *¡su güeno!* (26). Y porque si le daba sogá, se le *¡cotipaba* la nuca!, oído que hubo el *relaucheo*, alienta a los jóvenes:

—¿Contando platita, ailante de los pobries? ¡Güeno está, pero no vayan a causiarse el pavo a solas (27), polque pué *atocigalse* la novia!

Dusquen a este *gallo*, si es que en argo puéa ayudalos, que arcabo con un argo me *portaré* (28); tengo güena mano para *ahijal* (29) y no soy na pairino cacho! (30).

En efecto, on Villarroel era hombre *aspierto*; pues, para la *arranca* y la *trilla* de los porotos, la plantación, la limpia y la aporca de las cebollas y ajos, como para la desbastamadura de los papeles y otros quehaceres *apuraos*, era voz sabida en el lugarejo y sus contornos y a nadie le extrañaba, que, como güen pairino q'era convocaba a toos los ahijaos y a los compaires a un *mingaco* (31), y con ocasión al *mingaco* que les servía y era suculento, venía la remolienda que duraba sus tres o cuatro

(24) Gran sombrero muy alón y en estado lastimero.

(25) Hasta el cogote si es menester.

(26) Un dinero ganado con el sudor de su rostro.

(27) Que comunicase a sus amistades el acontecimiento para que todos lo supiesen y asistiesen a él.

(28) Tendrían un regalo de su parte para la boda.

(29) Buena estrella para que viviesen felices sus ahijados.

(30) No sería ningún coñete para quedarse haciéndose el leso.

(31) Una cena completa, que derivaba en fandango, en la cual todos eran como de la casa, ninguno valía más que el otro.

días, hasta poner término a la tareda de la cosecha, que de haber pagado a extraños se habría demorado meses y le habría salido mal.

Y así, uno a uno de los convidados, un algo dicen, en son de dar su asentimiento tácito. Pegue o no pegue, ¡cual más, cual menos, todos elogian a la pareja!

¡Seis veces en la semana:
se castiga a la mujer...
pa que bote la vergüenza,
y aprenda al hombre a querel!

—¡Quien no s'iarriéja, no pasa el rido!

—¡No l'ihaga juicio, m'ihijita; que me da que sió qué icile q'es mellicero! (32).

—¡Ta intautita de pies y manos, enjutita! (33). ¡Sin resabios na!

—¡Ni cosa más acertá! ¡Ni una palabra más! Recaba Juan Catalán, llamado también *Juan Carachas*, por aquello: que, porque le pica y le pica, sus uñas se lo llevan en su cuerpo y en su cabeza, ¡razca que razca!

—¡Er uno se ha hecho pal otro!

—¡Ande bien la venta de zuecos!

—¡Se sacó la rifa el *pichinduja*! Maricuchita era la última niña que le iba quedando a ña Maclovía.

¡Los dos son *agenciosos* y busca vías! (34). Ella, en tratándose de *catimbaos*, era otra vieja potó! (35); a él, ni con un cabo de vela q'se l'encuentra compañero.

¡Gale una carga d'oro en pepas!, exclama Salustio Méndez, que era solterón *paveza*, porque a pesar de ser *cincuentón* (36), no había encontrado quién lo quisiera; y, donde quiera que fuese, antes de hablarles de amor a las mujeres: dale, que había de salirles no más, con el *despanzurrio* de decirles, muy cumplido:

¡No hay mula, sin tacha!

(32) Siempre engendraba hijos mellizos.

(33) Sana de nudillos.

(34) Emprendedores para hacer un buen negocio que se presente.

(35) Vieja señorona que vivía en los barrios apartados de Santiago, y se hizo célebre por juntar cuanta mugre rastroeaba, a fin de que llegado su tiempo le encontraria colocación.

(36) Más de cincuenta años a la cola.

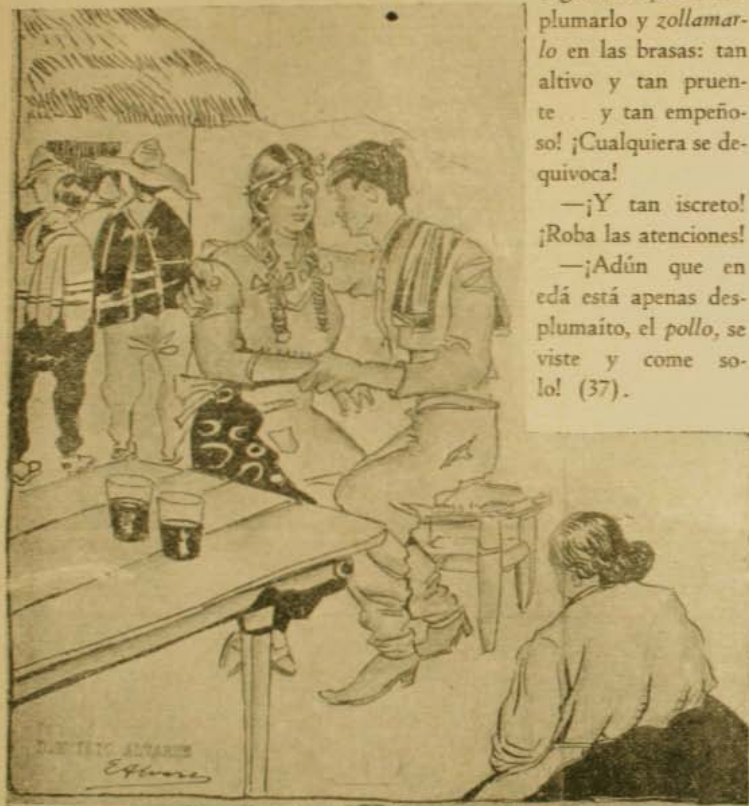
¡Humo, gotera y mujer gritadera
echan al hombre de su casa, afuera!

—¡Tan *guainita* y tan *estrujaíto* de *verijas* que lo han de ver! Y pa *hacel* un LAZO DE KILIN como pa *tocal* el *rabel*, o pa *suasal* un *peaso* de *charqui*, *gorpiarlo* en la *pieira* y *preparal* un *vardiviano* a lo *pobre*; des-

cogotar un *pollo*, des-
plumarlo y *zollamarlo* en las *brasas*: tan *altivo* y tan *pruente* y tan *empeñoso*! ¡Cualquiera se *dequiva*!

—¡Y tan *iscreto*!
¡Roba las *atenciones*!

—¡Adún que en *edá* está *apenas* des-
plumaíto, el *pollo*, se *viste* y *come* solo! (37).



—¡Corre la *pluma* de lo *delicao*!

—¡Y sae *delettrial* (38) de *corrió*!, *atestiguó*, *moviendo* la *cabeza*, ñor *Domiciano Arao*, llamado también: el *Lechuza*, porque era *zarco* y tenía el *pelo* *rubio*, *tirando* para *blanco*.

(37) Trabaja y gana para vestirse y para comer.

(38) Ha aprendido a escribir, lee sin tropiezos en cualquier papel.

—¡Ta too hecho un hombre! Como que cuando jué a la guerra a pelial contra los *cholos*, na que se le hieló la *chacra* (39), y si pilón está, es polque l'oreja que li hace *farta* (40) se la andúo causando un paisano *curiche* (41) d'iun mordisco!

Como si hubiera tenido monos pintados en la cara, lo agarraban a *deseo*: ¡mírenlo, que yo lo miro! No le despintaban los ojos del *defeuto*; a veces se *apiñaban* a contemplarlo, priduntándoles prudentes, acerca de si le *descocia*, ¡de si le *ardía*, y cómo jué que quedó *asina*; y, más de uno, insolentón, para mal de sus pecados, le recomendó que se pusiera una de burro!

Arte difícil era, y de gran paciencia, el unir los *crines* de las colas, pescuezo y *gatillo* de los cabalgares, para hacer un *lazo trenzado*, que poco precio tenía, pero muy útiles servicios prestaba.

—¡Dios lo guarde, pus!, vosteniño, pero l'ihay de aconsejal que afile bien la *chapa* (42) pal dida que se case; ¡no hay más que hacel, polque las *escupetas* las carga el diablo, no es bufoná; los entierros, cuando más seguros están, ¡los *mudan* los brujos!, y las *suegras* son las *condenás*, cuando se les va el *conchito*! (43).

—¡Y eso!, que apenas está *destetao* el ternero, metió su *cucharón* ña Trina Moya; ella es una palomita *sin hiel* (44), obediente con sus *mayores*, hacendosa (45), güena mano pa oldeñal! (46), y en *renunquichicha* s'ía oído decir nada malo d'ella, respeito q'ihaya sio *templá*.

—¡Con naiden!, continuaba *Chumingo Jlores*, medio *traspuesto* (47) y los ojos un argo *piturrientos* a riesgo de haber dicho una *chovada* (48).

¡L'único que, como es *albina* (49), es pecosal, y como es tan *zarca* (50), tiene los ojitos megio *piúres* (51), y legañosita, es su poco!

(39) Nunca se asustó de nada ni le tuvo miedo a nadie.

(40) Efectivamente: le faltaba una oreja.

(41) Negros de la jeta vuelta, nacidos en el litoral peruano y que pelearon a *mordiscos* en la guerra del 79.

(42) Se ponga enérgico.

(43) La última niña de la casa.

(44) Una niña por demás inocentona.

(45) Trabaja a cada instante.

(46) Saca la leche a la vaca, sin necesidad de ayuda.

(47) Se conocía que había echado su regular sueño.

(48) Alguna disparatada sin nombre.

(49) Los cabellos rubios se han tornado en blancos.

(50) Ojos muy azules.

(51) Ribeteados en el nacimiento de las pestañas.

—¡Allegándosele bien, como es ñatita, hasta hedionda de nariz es! ¡Con esto se lo igo too!

—¡Parece perrita choca!, vociferaba el vecino flaco, ñor Ulogio Ulloga, y aimás: como jué *siete mesina* (52), es un argo *apirgiinaita* y seca de verijas.

—¡Poco y na, hay ey ónde agarral! (53).

¡No hay goñicha sin su defeuto;
ni feda sin su gracia!

—¡Las *mechas* (54) si bien se *escarmenan*, no pasan de ser si no una colita de ratón, no faltó quién saliera con su *despanzurrio*.

—¡Ah, brutos!

—Pol lo mesmo q'es aflautaita, tiene las d'íatrás (55) como patas de *treguil* (56), y pol más zapallo asao que ha comió detrás de la puel-ta, na que li han engoldao las cañillas!

—¡Y él, como jué *tambol* (57), l'íá quedao la afición pol los paillos, terminó Fermín Pantoja; que, todo *cachudo*, miraba con ojos de *comedio* y con marcado despecho la *custión* del casorio de Maricuchita; y, ¡claro era!, puesto que él también andaba interesado a la *polla*.

Por eso, y por la *mazorca* de calabazas huerteras que le daba la *novia*, al aceptar *otro partido* (58), era que le saca a relucir los cue-recitos al sol (59).

¡Chas!, digo, que *tengo pena*:
enamorado, sin plata...
y con ganas de comer:
¡Cazuela!

(52) Nació a los siete meses del embarazo.

(53) Muy flaca, sin carnes.

(54) El pelo.

(55) Se refería a los pies.

(56) El queltegüe.

(57) Tocó el tambor, durante la guerra, en el campo de batalla.

(58) Cualquiera hombre que no era él.

(59) Le dijo cuanto sabía de ella, sin miramiento alguno y en voz fuerte, cosa que lo supieran todos.

El *huacho* (60) Jovino Lolca, que era también hombre *corrio* (61) y *embarao* andaba, porque detrás de sus orejas soportaba sendos confortativos para prevenirse del *adre colao*, lanza oportunamente su *desquite* al *cachiporreado* (62) ñor Fermi, buscándole la *camotta* en son de defender a los *novillos* (63).

—¡No!, ñor Fermi le increpa, en duro tono, ¡yo n'uguento planes!; y al punto, parándose frente a frente a su amigo, en actitud *serioca* (64), ¡le aboca sus ojos, a sus ojos!

Esto, después de haberse cerciorado que se aglomeraban a la puerta los novedosos, a los cuales los *rosea* con *otra salida*, que para algunos de ellos significó una sentencia; y tornar de nuevo al citado:

¡No te levantis el tarro
q'es bien poco tu saber;
ojos de purga pedorra:
mechas de *miadero* de güey!

—¡Mes, miren que tocale! Aquís en este rancho de pobre, onde los encontramos reuníos, losotros venimos a pasal un güen rato, pero no a duscál sin razones, ni menos a cobral sentimientos cochinos, ¡que igamos!; y le añade de *yapa*, yo no soy partidario de la *trifulca*, l'ihay de icil.

¡Es contra na, tratál de hacel la mula d'iancas, cuando ha nació cuyana! (65).

¡Si la *Maruca* (66) no lo ha *apetecio* en renunca a vosté niño pa mario, pa que si ande *dejatando* pol la pura *pieira*!

¡Burro grande:
ande o no ande!

¡N'ohay pa qué confundilse solo!

¡Er que se case Toñito con la Marica, con la Fuana, con la Mi-

(60) Hijo de hombre desconocido.

(61) Que había andado mucho y sabía por experiencia propia lo que los otros ignoraban.

(62) Muy sufrido.

(63) Novios comprometidos.

(64) Bastante serio.

(65) Es soberbia y poco obediente al freno la originaria de Cuyo, provincia de la República Argentina.

(66) Quiere decir María.

caela, con la Sinforiana, con la Veneranda, con la Casilda, con la Quiteria, con la Lucinda, con la Verónica, con la Candelaria, con la Serafina, con la Bienvenia o con la Emerenciana la carecallo, da lo mesmo: ¡vosté n'oes el que se maneda!

¿Que no sac, ñor Fermi (67), los reglamentos y las obligaciones der inquilino en l'hacienda, y lo que cuesta mantenel al peón obligao, ar sobre peón, a la *peoná*, a la mujel y a los chiquillos, pa que enga a dalse pol agraviao?

¡Hay que sel bastante *patriota* (68) en estos tiempos pa tomal *estao*! La carga del *fardo* del matrimonio pal *ranfañoso* com'uno: ¡escuecel, y cuand'uno no tiene *puntales* (69) que lo acompañen, es bastante pesá! ¿Pa qué andalse con cambullones?

¡Soy hombre de pelo en pecho:
y de riñoná *tapá*,
y onde pego la guantá:
hago salil el afrecho!

Pero sucedió lo que tenía que suceder: que mientras ñor Jovino *palabreaba* (70) a ñor Fermi, éste *callaba*, preparando su desquite, y los mirones, *múos*, ¡como en misa!

—¿Pa qué se *extiende* la *verdolaga*, cuando no es tan *superitante* digamos? (Fué su única alegacia). ¿Lo va vosté a *sacare* d'iapuros a uno? ¡El más boyante!

¡Ni uno de los dos se *alimó*, y la *cosa* quedó en na!

* * *

Desde el día que la muchacha era solicitada en matrimonio, oficialmente, ¡úpale ya!, y ¡pobre de ella!, era una *matanza* (71).

Nadie, ningún hombre se le acercaba, y aún en la misma casa: para sus padres, hermanos o parientes, pasaba a ser *harina* de otro costal!

(67) Fermin.

(68) Hombre que soporta sin chistar, calladamente, cuanto contra-tiempo se le venga encima.

(69) Quien lo ayude pecuniariamente a salvar su situación financiera llegado el caso.

(70) Ni es valiente, ni tiene fortuna, y sólo obra a impulsos de un *arrebato* momentáneo.

(71) La molestaban sin miramiento, a cada instante y sin motivo.

¡Pal juicio que yo les hago:
la goluntá que les tengo!

Era el único decir de la sentenciada al matrimonio; y esto lo repetía heroicamente, alentándose a sí misma, con el fin de darse fuerzas y valor para resistir a los embates de los *moscardones* que la zumbaban a cada rato; encendida la cara como unas brasas y con el pensamiento entregado a Dios, y al *prete*. Segurísima que siendo de él, él sabría defenderla con uñas y muelas en cualquier terreno, *der pesuñento* que se atreviese a requiebrarla de amores, porque: ¡no lo necesitaba!

¿Qué le come el zorro a vosté:
cuando ni gallinas tiene?

Argüía en tono de insólito desdén la *polla*, lile (72) de no poder verse libre de los *empalagosos* que la asediaban a retóricas y cumplidos.

Y, a la disimulada, llenos sus ojos de lágrimas, ¡lloros acaso, de felicidad o de sentires!, arrancaba a verter sus lágrimas: rancho adentro.

De nuevo, reparando al punto su albeldrío, vuelve, y quieta se queda, dispuesta a no bartular más, por más que la *pichonéen*.

Pero, el *apitucado* (73) Tiburcio Matamala, que, con los *ñervios* de punta, había permanecido *ahicito no más* (74), a la expectativa, lo mismo que el tiempo *crudo* (75), y era el que recibiera la expresión de la *concertada*, le devolvió la hablada:

—¿Llegastes tís de Chillán? (76). Pu allá me tirastes *tis* con tus desprecios: ¡cara de pan con anís! (77).

A lo que ella, sin poderse reprimir, pudo contestar:

¡De tus desprecios, me rido:
cara de perro *piorido*!

(72) Tembleque, desatinada, sin saber qué resolución tomar.

(73) Hombre que se arreglaba como un caballero.

(74) En el recinto.

(75) Que hace frío y va a llover.

(76) Estaba enfadado. ¿Por qué *chillaba* tanto?

(77) Había pecas en la cara.

Y agarraban con la *candinga*: ¡Guá!, la novia está *amurrá* (78). ¡La novia está de güena! ¡Con pena, amaneció la novia! ¡A la novia se li anduvieron k'endo los refajos! ¡La novia está *acalorá*! ¡Guá!

Y la joven niña, colocada en este estado, pagaba el pato de la boda. ¡La novia era el blanco de las miradas de todos!

La gatita enamorada se afeita su carita, por parecer bien al *gato* amado; y la mujer *acalorada*, para *acertarla* mejor, se refresca el *cutis* con polvos de arroz, y soplándose con el abanico.

¿Si *cariá* tenis la muela:
por qué no te la sacáis?

¡Porque otro remegio no hais:
para que el *mal* no te duela!

Repercutió en el rancho la voz morbosa del vaquero ñor Sofanol Pérez, que se *zuzurraba* era pariente cercano de Güestro Paire Adán: tanto por su rostro atezado que había, como por el apelativo que llevaba.

Como era Pérez, los huasitos comentaban al respecto: que N. S. Jesucristo, al colocar a nuestro padre Adán en el Paraíso, lo obligó bajo juramento y después de haberle suplicado lo bastante, que no comiera de la frutita prohibida.

Güestro Paire Adán se lo prometió pol lo más sagrao, que comería riscos y hongos de los que nacen en los troncos de los árboles, antes que quebrantar su palabra empeñada, y, por tanto, ni aunque se cayera al suelo, de madura no la probaría, porque no la apetecía!

Si la *prebas*, le ijo el Siñol, y lo miró de pies a cabeza, poniéndole cara de juez alepiriao: *perecerás!*

Y asina sucedió: tentado por los encantos de la mujer, que la prebó primero, y con la carita llena de risa, *entusiasmadísima*, se le acercó a él y le *peló* los dientecitos, diciéndole que estaba *¡cosa papa!*, jué que fartó a la palabra empeñada: *¡comió!*, y al punto *¡Pérez, fué!*

Decimos: el vecino Sofanol jera *reuto* en too!, se le conocía hasta pol los *trancos*, y asina como era hombre que le gustaba el mosto, el *pihue-lo* (79) en *cacho* (80), las mujeres, las tonadas y una cueca bien zapateada: le dustaban también las cosas claras y el derecho.

(78) Emperrada, con el genio atravesado.

(79) Harina de trigo remojada con vino.

(80) En el auténtico *cacho* (asta), sacado del cuerno del vacuno, que no lo separaba de la *enjarna*.

¡La mujer que a mí me engañe (estalló altanero)
 s'ía de ponel pantalones
 el *trabuco* en las alforjas:
 y el cuchillo en los corriones!

Sin contar, ¿para qué contar?, más vale no *meneálo*, que cuando otros mozos que visitaban el rancho, las *paraban* (81) que, realmente, la niña amaba a su novio ausente y a ellos no los llevaba *ni en los tacos*, prontito las *raspaban*, diciendo:

¡Por el *poto pican las abejas!*
 ¡Prienda con dueño:
 da sueño!

Pero si se convencían que la muchacha era *lista*, no faltaban trovadores que tomando la *vihuela* ¡por juar!, hicieran oír las melodías de su voz, templando el instrumento en cadenciosos arpeggios:

¡La niña que quiere a dos
 no es tonta, ¡es advertida!
 Si se le apaga una vela:
 la otra le queda encendida!

La muchacha bonita servía, sin quererlo, en los pueblecitos pequeños, como la manzana de la discordia; y, más aún, entre amigos que lo fueron de confianza hubo en muchas ocasiones lances de honor que terminaron con la muerte de uno de los adversarios.

Por eso, las más duchas, ¿cuántas veces lo expresaron?

¡Los hombres de hoy en día,
 no se pueden ni tratar,
 primero está la *picardía*
 que el arte *en el amar!*

(81) Convencidos de que lo que se trataba era cierto.

* * *

Nos hemos desviado del hilo de nuestra narración, mis apreciadísimas lectorcitas y queridos amigos, que en sus manos han estas *Costumbres Criollas*: contando cosas indiscretas, latifundios, que acaso mortifiquen o fastidien en *místicos* oídos; pero, enríclemos, cortemos por lo más derecho: no fué el ánimo del autor ofender al hombre noble y bueno.

¡Mi señor don Pantaleón:
vosté que sabe d'iasunto...
¿qué remedio puede haber:
para que viva un difunto?

.....

Tal hacía un suspensivo don Zacarías, dándose maquinalmente un golpe con la falanje de sus dedos sobre la frente, para recordar al roto Ibáñez, aquel relajado vagabundo que fuera el delfín mimado de los acaudalados señores S., en su época.

El roto Ibáñez era su bufón y hazme reír.

.....

Tanto, uno de los presentes, no pudiendo resistir a la tentación de quedarse callado, puesto que él sabía el secreto, y todavía que a él iba dirigida la pregunta, pudo contestar en forma redonda:

¡La respuesta va ligera:
meterle el deo en el *traste*; y
sale el dijunto... a carrera!

.....

* * *

¡El roto Ibáñez sabía el secreto de pasarlo muy bien!

.....

Al tipo, que lo era un perfecto *canalla*, hacíanlo vestir en las más elegantes sastrerías de Santiago, y su ropa interior le era llegada de Europa, a fin de tenerlo grato para que les costeara su diversión. ¡Así, él, se sentía como entre ellos!

En los tiempos cuando no se conocía el teléfono, ni las alpargatas, ni se analizaba la orina, cuando a las señoras mujeres se les hacían pocos, los *gargajos*, a falta de almidón de trigo hecho polvos, para escupeteár-

selos en el pote de la guagua, a fin de que no se les fuese a *cocer* con lo fuerte de los *miadecitos* y con ello criarse *atrasados*, en vez de haber usado la *creta* que en montañas las había en el interior de las cordilleras; y, dale, que habían de embarcarse con rumbo al extranjero, para que de allá volviere transformada y adosada en cajitas o frascos que traían motes *rumbosos*; y, tal acontecía con los cueros, con las nueces, con la cebada, con los minerales y con las yerbas medicinales . . . cuando, seguimos, no existía entre los *guainas* esa pecha por la empleomanía fiscal, porque todos optaban por trabajar buenamente en las labores del campo o de la ciudad; y, entre los comerciantes, que los fueron modelo de honradez, no había el empeño de empalicar al prójimo pasándole gatos por liebres, ni vidrios retorneados en cuenta de brillantes de primera agua; cuando sólo las *gringas* egoístas sabían el arte de tejer a palillos las *calcetas* de sus hombres; cuando no falseaban las personas su palabra empeñada; y, mucho más antes que urdieran los mortales la brujería de la luz incandescente en los mecheros a gas; cuando era un *mito* hablar del *carburo* y se creía fábulas o cuentos de hadas que los hombre volasen por los espacios del aire; o anduviesen debajo del agua como los peces, en aparatos contruídos por ellos; cuando se decía que los *gringos* Clarck, llamados mejor, los *tocaos* (82), estaban gastando lo suyo y lo ajeno (habiendo ya empeñado hasta la camisa), para abrir un *boquete* en la cordillera andina hasta topar con la *otra banda* (83); cuando se comentaba tan a lo vivo que andando el tiempo se verían cosas extravagantes, tales como que por obra y encantamiento del diantre: los *carros urbanos* (84), los coches de posta, y aún las *carretas*, movidas hasta ese entonces por *caballos* y por los *tardos* bueyes, se verían arrastradas por la *eleutricidad*.

¡Pero, lástima que sólo pocos cristianos creían en ello!, porque a los demás no los hacían *lesanos*, ¡miren que tocale!, ni menos cuando los venían a embaucar que por alambritos llegaría a las ciudades desde la distancia: la luz del sol que se *colaría dentro de las casas* para iluminarlas con sus resplandores, *dejándolas como de día*; no había otros medios como pasarlo mejor.

En cierta ocasión, en una fiesta campestre, hicieronlo desempeñar el papel de chanco, doradito al horno; a lo cual, el perverso no tuvo inconveniente en prestarse para ser servido en medio de una colosal mesa (que dicho sea de paso, en los grandes fundos las habían *con sus patas*

(82) Débiles de espíritu.

(83) Llegar a ver la luz del día en la República Argentina.

(84) Tranvías de sangre que se movían con indecentes caballos y corrían en contadas calles.

enterradas en el suelo), y esta vez se encontraba adornada de frutas, legumbres, verduras, banderitas de colores y la estupenda algarabía de los libertinos anfitriones.

Grande fué el estupor de las respetables damas, candorosas muchachas y personas sensatas que formaban el grupo de invitados, cuando descubrieron el *marranito*, que, todo *horondo*, apareció desperezando sus perniles, pulpas y espaldillas completamente desnudos, tal como tenía en cueros pelados como vino al mundo todo su cuerpo, pero aderezado con ramas de maitén, de arrayán, de hinojo, de toronjil, de yerba mota y de cilantro; sus cuatro flores de maravilla flotando en el aire, que hacían suave efecto con las varias de zapallo, de *calas* de cardo santo y de *copihues*; amén de las banderitas, naranjas, apio en rama, tomate coloradito y *aji verde*, que rodeaban el bandejón.

El *burro* éste, permanentemente andando de *punto en blanco*, era el encargado de divertir a los invitados en toda oportunidad, aunque para ello se valiera de atropellos inauditos; así, por ejemplo: mientras el *vecino* ñor Jlorencio Monje, que era hombre moderado y de buen vivir, echaba su *maukeadita* (85), el *roto* se le acercaba despacito y con todo *sigilo* le pintaba la cara con carbón, para que al despertarse se mofasen de él o para tantearle que era su *partidario*; al cual le *plantificaba* a la descuidada una teja por debajo del sudadero de la montura para que al montar el pingo, empezase a *barquinear* al sentirse dolorido, con esto él se convencía de que fuese o no, un buen jinete.

Al tercero le brujiaba una *zancadilla* a la descuidada o le ponía en los pies las manecas de la bestia, y luego le imitaba un temblor, por ver si era *espantadizo* o era de los *pacíficos*; y al *otro* le colocaba un monroy, de los que crecen en el *palqui* y los llaman *troimoy*, para que le picase el cogote.

Y como era *taita*, nadie podía decirle: *¡esta boca es mía!*, porque al haberle reprochado su estilo, pronto el *hereje para hablar*: por primera los habría *encumbrado* a improperios, y por segunda, ¡se los habría tragado en cruz!

Para imponer su prestigio, el *roto*, mientras los palabreaba a su regalado gusto, los presionaba a la fuerza con sus manazas, y les taconeaba con *cebadilla* las narices; o les hacía ingerir la mentada *pichoga* en el vaso de licor, que, sin ganas, debían bebérselo a su importante salud.

Los *patrones*, con sus soberbios empeños, lo salvaban de apuros y le disculpaban sus bufonadas ante la autoridad, pagando religiosamente,

(85) Un sueño pequeño sobre sentado.

si era menester, las multas que le solían aplicar para que no cayese en la *capacha* y obtuviera el sobreseimiento temporal el alacrán.

¡Y así, todo!

¡Buena cosa d'ihombre guapo:
le dijo el pequén al zapo
¿Que porque tenís cuatro ojos:
me miráis de arriba a abajo?

* * *

Por aquellos entonces apareció en Santiago el famoso andarín don Juan de Aguilar.

Era él un formidable mocetón, de *caja* (86), que siempre trayendo sobre sí los dos cuartos y el espinazo, iba por ahí tratando de hacerse el livianito de sangre a los que le caían en gracia, a los cuales, y ¡sólo a los cuales!, les indagaba muy cumplido buscándole con sus ojos, el eje de sus ojos, para enhebrarles el hilo de su oratoria, con toda terneza:

—¿Le gustan los *porotitos* en su casa?

A lo que respondiendo que sí, o que no, venía el *cantito*: ¡del infielno pa la gloria!, o ¡de la gloria pal infielno!, que lo recitaba castañeteándole los dientes: ¡*según!* y, seguida-



(86) Bastante corpulento.

mente, el estribillo de la *chancaquita*, que lo repetía desde la una hasta las mil veces, sin inmutarse y de un solo resuello, alternando el verso, que era igualito al de un gallo con *pepa* (87), con el ruido de dos soberanas piedras que las golpeaba a compás mientras bailaba, las cuales las mantenía entre sus puños, terminando con el monótono decir:

¡Yo soy el mentao don Fuan de Aguilar
que tender, tender
que lavar, lavar...
las ropas en el arenal!

En efecto, don Juan era muy limpio, le chocaban las personas *mu-drientas*, que oliesen a *chivato* (88), y nunca nadie tuvo el recuerdo de haberle visto por sus ojos: un piñén, un *bicho*, ni mucho menos un piojo parado o gateándole sobre su pobre indumentaria.

Que a los que le eran *pesados* o le contestaban indolentes que no les gustaban los *porotitos en su casa*, al punto les cantaba el pasaje de las CARACHAS y les ponía cara de aceituna en la mata, indagándoles cierto:

¿Quién manda aquí?
¿Manda usted, o manda el burro?

¡Que le ure y no le maure!

¡Carachas, carachas, carachas, carachas, carachas, carachas!, etc.

Por esto, por lo humilde de su semblante, y por lo malicioso que era, cuando le hablaban en términos *pirunchos* (89), muchos dieron en llamarlo *zonciaco* (90), y otros le creyeron *idiota*; pero el tal, no tenía un pelo de leso, cuando antes de *chancelar* el más misero *chipe*, por algo *pedido* (91), que era la menuda moneda de bellón, de valor de *medio cen-*

(87) Con carraspera al nacimiento de la lengua; mujeres prolijas se encargaban de arrancarle la pepa a la gallina, al pollo o al gallo, no importa.

(88) *Cabro viejo*, mayor de 10 años.

(89) Palabras cortas pero expresivas, dichas en tono de doble sentido, que indican la mar de cosas, y en los campos se acostumbra decirlos y salen graciosos.

(90) Medio pasado por debajo de la cola del traro.

(91) Lo que se ha engullido y lo ha solicitado sólo de palabra.

tavo, llamada también *chico*, pedía la *yapa* a los *caseros* con toda potestad y desfachatez.

Y, ¡desdichados!, si notaba la *merma* en el mercado; o no le alargaban de antemano, en forma de un trozo de *chancaca* de Paita, la *lonja* de jabón vetado; o el destajo de *chirigüitas* (92), que se vendían en los *bodegones* pichiruches: de a dos por cobre!

¡Lo que n'oes goluntá, n'oes juerza!

Les increpaba en su media lengua; y, al punto, después de regatear y de apocarles la mercadería, ¡desesperado!, igual que un *azogado* (93), seguía enhebrando la retahílla, poniéndolos de vuelta y media; y bautizándoles con los epítetos más contundentes de su pulcro vocabulario: *canacas*, ¡pillós!, pichiniques, garroteros, *defraudadores*, que le quieren comel a uno los purmones, a mal hora por que lo ven chico!

¡En l' hora de la muerte las han de pagal toas; allá la verán con Dios!

Y, ¡Dios libre!, cuando con toda gracia, alegre el semblante y ple-tórico de estúpida sonrisa se echaba al *hombro* a todos, es decir: los trataba de *vos* y de *tus*: ¡vosteniño arriba y vosteniño abajo!

Tonces, cuando estaba de buenas, era cuando a quien le quisiera oír, le contaba el cuento del Orinoco (94).

Era voz pópuli (95) que don Juan de Aguilar, cuando solía sentarse al mesón de la *chingana*, porque lo venía apurando don Juan Delgado (96), a manduquear la *cena* o cualquiera otra golocina; zampar el *chunchul* o a comerse al detalle su pedazo de queso con ají, cebolla y cilantro: al desenfundar su CUCHILLITO BELDUQUE (97), que lo cuidaba como a la niña de sus ojos y no le daba zoga de entre las manos, sostenía filosóficamente llamarse don Fuan Orozco.

(92) Panecillos pequeños con grasa y muy sabrosos.

(93) En punto de lanzarlo al precipicio (o a la eternidad), desde el palo de la horca, puesto que ya está con el cordel al cuello.

(94) Que Ud. no lo conoce ni yo tampoco.

(95) Voz del pueblo.

(96) La necesidad del hambre que lo devoraba y que como hombre no podía soportar por más tiempo.

(97) Sacado de la hoja de la *bechona*, y que llevaba toda vez: ¡cachita de maitén!

¡Yo me llamo: Fuan Orozco (resongaba)
 que cuando como: ¡no conozco!
 ¡Pero en acabando de comer...
 los vuelvo a conocer!

Y mientras le daba trabajito a los molares, preparando la otra mascada, discurría sólo, creyéndose que nadie lo avistaba:

¡Yo vivo de lo que como:
 y bebo lo que me dan!
 ¡Pero, trago algunas cosas:
 que no las pueo mascar!

El cuchillito *belduque*, siempre oculto, disimuladamente, *mordido* en la papita seca (98), o ajustado en la vaina de cuero, o guardado en la zoga de trapo de nunca acabar de estirla, era arma *blandita* o *terrible*. ¡Sigún!

Tan presto devanaba un *corrión* como *despalmaba* la bestia en el *candado* (99), abría un *huraco* en la quinchá, rompía la trompa al *merriano* tierno, *desvinzaba* un novillo, *despostaba* el cuero del vacuno, *raspaba* un cuerno, hasta dejarlo *lisito*; cortaba el ramalaje de las cercas vivas, cuando estorbaban la pasada; y a la *rés* en el estado de *difunto* la hacían charqui en un santi amén; *rajaba* el *haba* (100) al ganado cuando estaba *jodio*; rebanaba una sandía y rebanaba también un *cristiano* por la guata si el caso era apurado y había menester.

Don Fuan de Aguilar, estoico ante la realidad, a todos contaba, seguro de sus palabras, cómo, antiguamente, los hombres tenían el ombligo en la frente; y, después, con la mudanza, afirmaba en su sencillez, la *custión* era que se les había trasladado a la panza.

En cierta oportunidad, unos *gracejos*, para mofarse de él, a tiempo que se deslizaba un triste cortejo, no dejante que venía despreocupado, le *piduntaron* de manos a boca:

(98) Una papa cualquiera, tomada al azar, que pronto se tornaba añeja, en la cual se *clavaba* la hoja del cuchillo, y tenía la propiedad de conservarle su filo y limpieza.

(99) Debajo de las uñas.

(100) Especie de *yema* (puz), que le apuntaba al vacuno bajo del paladar, haciéndole dificultoso el *rumear* o masticar las yerbas y el pasto que recogía en la lengua.

—¿Conoces tís al que llevan a enterral?

A lo cual él contestó, muy orondo, seguro de decir la verdad:

—¡Al dijunto, cadáver, muerto, que está metío aentro der cajón!

Prosiguiendo en voz harto tranquila: cuando era hombre y estaba com'uno, *vivito*, lo mentaban el ENDIVIO, y dey, que pase argún tiempo, y los *dolientes* hagen güenos recuerdos d'él, porque *n'ohay muerto malo*, lo seguirán llamando el finao!

El crédulo don Juan pululaba por los *cuadros* y *ramadas* de manzanas (101), donde y cuando, por su honradez reconocida, servía de correo y de *balijero* a los *patrones*, soliendo llevar y traer correspondencia, dinero o efectos, hasta los pueblos más distantes que imaginarse pueda.

Cabalgando a lo burrero (102), en cualquiera de sus *pingos* (103), el gran trotón, a pata pelada, nada le arredraba: ni el frío, ni el calor (aunque el sol estuviese *paradito*) (104), ni las lluvias, ni las grandes nevazones; ni respetaba al mismísimo *diantre* si a su paso se le hubiese ocurrido ponerse.

¿Qué laya de mojadura es esta:
que m'iatiento, y m'ihayo seco?

¡No m'ihago, ni me deshago!

Sostenía, palpándose sus ropitas, engolfado en su discreta inocencia, después de haber soportado una *manga* (105), en que todos los demás, esquivando el bulto, habíanse cobijado *bajo sombra*.

El, sólo atinaba a sacudirse, y al hacerlo, tomando las apariencias de una diuquita que se baña en una pocita, la imitaba en lo divino, haciendo los mismísimos movimientos: ni más, ni menos.

Si por algún acaso, preciso; por algún contratiempo fortuito, o causa ajena a su voluntad, debiera estarse en rezago, don Juan no podía tener sus manos desocupadas; pues, entonces, le daba a la *varilla* (106).

(101) Donde se mataban piñadas numerosas de vacunos.

(102) Echado hacia atrás.

(103) Uno de sus caballos *de madera* que había.

(104) A la hora del medio día.

(105) Lluvia torrencial que cae de *zopete* y descuelgan los cúmulos de paso en el firmamento, cual si se hubieren abierto las regaderas del cielo.

(106) Hacía canastos, secadores para la guagua y otros artefactos con varillas de mimbre, previamente pelado.

El peor epíteto, que no lo soportaba alma nacida, sólo comparado con el de *canaca*, era cuando llamaban al hombre: *endivido*, que daba a entender que lo era un perverso, un malvado o un patibulario.

Para probar cómo andaba en *bueno* don Juan, y que sus *pirgos* no estaban *caldeados* (107), ni *resabiados* (108), los revolvía a las dos manos, azotándolos con el *rebenque* a más y mejor; encabritándosele a veces los *chuzos*, que él imitaba a la realidad, resoplando fuertemente las narices y dando brincos a diestra y siniestra, vuelto una taravilla, cual que reparte palos el ciego al ser bromeado, que las de *Cain* (109) pasaban los más cercanos:

¡La mucha confianza,
es causa de menosprecio!

Habían dicho los antiguos, él, se les venía encima, sin decirles ¡agua va!, irremisiblemente.

Y así, montado, puesto en camino, trasmontaba los cerros por los desfiladeros; badeaba los ríos, cortaba esteros y devoraba distancias por campos, *deshechos* y sembrados; pues, conocedor era del terreno que hoyaban sus plantas, que una vez husmeados por él, no se le despintaban jamás.

Para él, no cabían diablos con cachos, ni fantasmas, ni duendes, que le salieran a través, porque por lo *pobrecito* que andaba, y como era *zonciaco*, no le hacían caso.

A más, ni ruido metían las *pisadas de las bestias* que cabalgaba don Juan, en las orejas de los *habildosos* que aprovechándose de la *inorancia* de los más débiles, solían salir a *patraquiar* montados en *ancos* en los callejones o a campo atraviesa, simulando duendes o apariciones del otro mundo; y, cuando el transeunte que iba pasando su camino les *paraba gallo*, por casualidad, eran capaces de bajarles el *moño* y darles el *bajo* (110), a pretexto de su propia defensa.

Ante el horror del peligro que lo amenazara de muerte (111) (bromas pesadas que le tramaban para amedrentarlo y hacerlo desesperarse);

(107) *Golpeados* en las manos por causa del mucho trabajo.

(108) *Gastados* de tanto andar.

(109) A palos Cain mató a Abel.

(110) Los mataban como que hay Dios.

(111) Con el cuchillo desenvainado le salían a través.

ante la emoción que lo embargara; o ante la apuesta figura de una *hembra* que le cautivase su corazón: cuando el hombre andaba de a pie (112), se hacía *rastra* (113) y se le caía el *real* (114), haciéndosele caldo la boca, ¡lloraba las penas amargas!, cual que ejercitante arrepentido:

¡Cuando el alma duele tanto,
la pena a los ojos sube:
busca espacio, forma nube,
se deshace y llueve llanto!

Pero, ¡Dios libre!, cuando montaba en buen pingo: escarbaba el suelo con ambas manos (115), relinchando como el más soberbio potro, y poniendo risueño semblante echaba al hombro sus penas, emprendiendo de súbito veloz carrera; no, sin antes dejar de lanzarle su piropo a la agraciada, que lo paladeaba con ansias:

¡Cuando yo sea Gobierno
como lo hay de ser alcabo;
con las mujeres acabo:
mandándolas p'al infierno!

Entre los hombres de humor, que han brotado los campos de Chile, huasos *canilludos* y *bulrrezcos* en demasía (116), han habido y los hay, que en la apacible calma de la aldehuela, en el pueblo *animado*, o donde quiera que han ido toda vez y cuando sin importarles saber *qué día es*, ni *a cómo estamos*, fueron y van, echando bolas a la raya; pero, donde remató el colmo de la brutalidad de estos ingenuos de oficio, que han en su alma destellos de perfidia, fué en la triste aventura ocurrida a don Juan de Aguilar entre los *cuadrinos* don Loreto Reveco y el *discretito* on Panta.

A éste, siendo Pantaleón, quitábanle el medio nombre, dejándolo en *ñor Panta!*

Igual que al que se apellidaba *Salamanca*, le capaban la *manca* y

(112) En uno de sus palos más malitos del rogueteo.

(113) Trataba de evadir la conversa.

(114) Le corría la *baba*.

(115) Esta vez eran los pies.

(116) Faltos de respeto, que hacen risa del inocente, porque son capaces y tienen cómo pagar *el abogado* que los defienda.

le aumentaban la *yegua*, apellidándolo a secas: el *Salayegua*; al Francisco, le llamaban: *Pancho*; al Teófilo, le llamaban: tío Filo; al Gregorio, le llamaban *Gollo*, cuando era hombre de talla y peso, que cuando era *menudo* le llamaban Gollito a secas. ¡Toda la vida: Gollito!; al infeliz contrahecho que arrastraba sus huesos torcidos por el mal de la parálisis y temblequeaba al pretender dar paso, haciendo con su cara visajes y contorsiones mil, a ese, sin estar de acuerdo: llamábanlo el *guaroso*!

El otro, era el *vizco* (117); aquél, el *turnio* (118), y el que tenía tutuma en el lomo: lo mentaban ¡el curco!; así, también, como pudieron haberlo llamado: ¡el camello!

Al que veía por un ojo, le llamaban el *tuerto*; al que era fino y relamido de cuerpo, le bautizaron por el *calambrito*, o bien el *fideo* o el ¡pe-
lo de choco!; al obeso, le apodaban el *guatón*; al que había partido los labios, le brujiaban para decirle el *cheuto*; y al pusilánime y pobre de espíritu le dijeron siempre y en toda oportunidad: ¡el ánima bendita!

Nadie tenía su nombre de pila, porque todos obedecían al de su apodo. Era cosa común.

Al corto de vista que usase anteojos le llamaban secamente: el cuatro ojos; al cojo, que *cullumpiaba* su cuerpo balanceándolo de una pata, le aplicaban que venía llegando de Rengo; y si por casualidad se juntaban dos, de los cuales: el uno lo era grande y grueso y el otro lo era pequeño o *atrilado* al punto se paraban a contemplarlos y los llamaban: la escasez y la abundancia. Igual que al que era Jesús María, le habían de llamar *estornudo*; y sucedía así, que cuando un transeunte que fuera pasando a su lado estornudase por mera casualidad y esto lo notase Jesús María, éste, al momento, se volvía hacia el romadizado para llamarle la atención en términos bien cumplidos: ¿Me llamó, caballero?

Al desgraciado que a causa de un incendio hubiese perdido su hogar y nada más hubiese en el mundo, le llamaban: ¡el *quemado*!; y al Ángel o al Serafín (no importaba sexo), no había poder humano posible para que el *pobrerío* lo llamase por el nombre de pila; pues, le tiraban el *boquillazo*, y le decían: ¡*diablo o demonio*!, porque aunque lo repasasen en sus mentes una y otra vez, nadie conoció entre los antiguos un Ángel *pasable*, un José Santos *regular*, ni un Serafín *bueno*!

¡Todos fueron: zolapados, perversos, ruines, mentirosos y desleales!

(117) Abría los ojos para ambos lados al mirar.

(118) Mirábase la punta de la nariz al tratar de mirar fijamente a las personas.

Y reclamen de ello los modernos *querubés*; que pueda suceder, que cambiando los tiempos hayan cambiado también los pareceres.

Para el caso, daba lo mismo, ellos bien se entendían en sus rancias costumbres.

* * *

Atizbando el *chaparrón* (119), pues corría Norte, era en el pleno invierno, las nubes estaban *brezas* y ya el agua se descolgaba sobre los campos: don Reveco estaba en un *pecado* (120).

Don Juan de Aguilar había partido a Til Til, llevándose esta vez una razón y un encargo; y, a juzgar por los datos dados por el propio andarín, éste, debería entrar como Peiro por su casa al Matadero de Santiago, al rayar el alba de tal referida mañana, aún que lloviera o tronara.

El contendor, que veía en la pujanza de don Juan, su juego perdido; puesto que era sabido: que el hombre, tal como era de firme y de seguro cuando era bien tratado por los *patrones*, con quien el destino lo acomodara y montaba en buen pingó, era de firme y de consecuente cuando empeñaba su palabra.

El ocurrente abastero on Reveco (que conocemos), sin parar mientes, se dió *mañas* para salir del atolladero en que se encontraba engolfado.

Por eso; germinó en su meollo, que con untar la mano (121) a toda la gente *cuadrina*, atajaría a don Juan a la entrada del *callejón* y se las tendría todas consigo.

Así fué como tramaron la *grezca*, y al toque de un *pitucho*, que era la consigna convenida entre aquellos salvajes, armaron la de San Quintín, o la ¡Dios es Cristo!, que equivale a lo mismo entender; y diéronle la más formidable corrida de *baqueta* que registra la historia al invencible y nunca bien ponderado don Juan; es decir, el *morrocotudo* cuadrillazo, la feroz *corrida* de *bofes*, *panas*, *hígados*, *entrañas*, *ubres*, *cachos*, *colas*, *menuos* y *piltrafas*, de los *alimaes* volteados del día, y los del día anterior, que habían *aporrotado*, y guardaban apertrechados para reventar al pobre andarín.

(119) Aguacero de nubes sueitas.

(120) No podía convenir que fuera cierto lo que pensaba su mente.

(121) Darle a cada pobre *un algo*, para que lo ayude en una maldad.

¡No me quisiera acordar
de cuando me patió la oveja:
mientras más me le distanciaba,
más me las *daba* en l'oreja!

En aquellos tiempos, *el menuo*, es decir: las vísceras de los animales muertos para el consumo en el Matadero de Santiago, se le botaba a los perros, y nadie hacía caso de aquellos desperdicios, que los llamaban *piltrafas*, y con patas y colas pertenecían al que enterraba el cuchillo y a su dócil cuadrilla.

Tal contaban, era la aspiración de toda madre, que tuviera su hijo grande (*pinganilla*); de *arrenquín* en el *cuadro*. La esperanza del hogar, como llamaban al primogénito de la familia, recitando así, tan campantes:

¡Cuando estará mi hijo, de arrenquín,
en el *cuairo* de matancero
Panas pa la maire:
gofes pa los perros!

Medio real por cabeza (122), costó al huaso bruto tal humorada, que llevó al infeliz don Juan a rascarse la *hallulla* (123) al *hespital*, por dos semanas mortalistas, durante las cuales, mientras hacía *gárgaras de piedra alumbre* por el buche, y se frotaba los machucones con *palma baja*, se contentaba con mascullar entre dientes:

—¡Endito sea Mi Díos! ¡Hoy semos, y mañana no semos! ¡En este *cuairo* el pescao más grande se come al pescao más chico!

Por cierto y entendido, que: de antaño, como de ogaño, no faltó por ahí algún *metete*, de esos que con todo rango dieron en aparecer en estos últimos tiempos; y dado en llamarse pomposamente *gestores*, es decir: que *¡hacen gestos!* de diestra a siniestra, sacando *piltrafa* por lado y lado; el cual, arregló la cuestión y tan *cumpas* como de antes, quedaron las partes.

Habiendo indemnizado al infortunado don Juan (a trueque de daños y perjuicios): con dos caballos de palo, que llevaban cabeza labrada,

(122) Cada hombre pagado.

(123) A meditar a solas su desdicha.

ya que el dinero le servía de espinas y era *contra* para él, que no lo *apetecía* para nada; y una *cuarta* (124) de mosto de los PADRECITOS DOMINICOS.



Los Reverendos Domínicos cosechaban en sus viñedos que habían al pie del *San Cristóbal*, un excelente caldo *mosto*, dulce cual la miel, el que fuera de la reserva que dejaban para las misas y lo que solía salir en *retorno* de los innumerables regalos que, en efectivo y en especies, los pechoños y las *beatas* se desgañitaban en enviarles durante todo el año: el resto, lo expendía por decas, medias decas, *arrobos* (125) y *galo-*

(124) Cuarta parte de la arroba.

(125) 40 litros justos.

nes (126), el hermano *mocho*, trajeado con hábitos color golondrina, en el *bodegón* de la calle que aún conserva su nombre: al *futre*, al de *man-teo* (127), al militar o al *plebeyo* (128), que acudían a cualquier hora, a paladear, como leche al pie de la vaca, el comfortable tragullo:

¡Chupa, conforta y *aprieta*...
y llama la digestión;
hace levantar el espíritu:
y hace bajar la oración!

Razonaban los Padres Piores, saboreándose los labios; e impregnados de seráfica mirada, continuaban con *suicidio* (129) al considerar como por el *espichito* (130) íbales mermando, poco a poco, el de la tinaja. Y más que todo está visto:

¡Disipa las tentaciones,
y atrae sobre nosotros:
las bendiciones de Dios!

Fama, y mucha, de *volteador* y de *puro* (131), había ganado el licorcito Dominico, a tal extremo, que en las *inscripciones* y en las *elecciones* (132), tanto para un *partido* como para el *otro* (a los padrecitos no les importaba nada la *cachada*), era el *apetecido*.

Y prueba de ello al canto: que en botijas, en *odres*, en *madama juanas*,

(126) Medida de tres y medio litros, S. E. u O.

(127) Los sacerdotes.

(128) El infeliz rotito ignorante y a mal traer, que vivía en el mundo sin aspiración alguna.

(129) La pena detenida en el alma.

(130) El pequeñito agujero que se le abre al tonel, por donde se introduce un cañito de madera agujereada, o la pajueta y se chupa (absorbe) o se retira el líquido para palparle el sabor.

(131) Sin agregarle agua ni ningún otro contenido, como lo hicieron en tiempos más tarde.

(132) En el momento de elegir al hombre que ha de defender en la Cámara, en la Municipalidad o en la Presidencia los destinos del pueblo.

en *gamelas* de madera, que se tomaban por el *aza*, en *cuernos* (133) y en *bordalesas terciadas* (134), lo retiraban los *candidatos* (135) *fijos* (136) como ellos solos, de enardecer con sus libaciones la sangre de sus *electores* (137), y segurísimos que al sólo probarlo en sus bocas les daría el valor suficiente para sostener a campo abierto las *reyertas* que a *combo limpio* y a *garrote* se suscitaban en estas oportunidades por defender la causa de Dios o el predominio del diablo.

¿Que tal?

¡Como costura de costal!

Que si los hombres, siempre *libertinosos*, franqueando los umbrales de la *portería*, las enderezaban al *bodegón* a definir la *litriada*: ya fuera jugando una inocente *brisquita* o tratando de *picar* una *quemada* con el *tejo* en la *rayuela*, al reparo de las murallas bardadas y ante la rueda de *pairecitos* y de *novicios*, que acudían a apostar fuerte y *fiero*, desde la mañana a la noche en los solares del convento, y contábase que entre éstos y los asistentes no se encontraba un solo *temperante*.

Las beatas y los no envidados, acudían por el *mosto* añejo, que lo recetaban los médicos para retirarlo oculto (138) y llevarlo como quien conduce un tesoro o viniese arrancando de un terremoto o con un algo robado: donde hubieran enfermos convalecientes, o se celebrasen *jolgorios*, al cual caldo básico era lo bastante adicto el nunca bien ponderado don Juan de Aguilar, que, al empinarse la última cachada, junto con el consabido ¡hasta verte Cristo Mío!, solía exclamar ufano:

¡Las pieiras no dan sangre!

¡La tierra no tiene ojos!

(133) Inmensos *cachos*, que fueron de bueyes que duraron hasta los veinte años bien contados y bien trabajados.

(134) Barriles alargados, que cargan sobre la bestia a los costados, y el que hace de sobre carga, forman el tercio.

(135) Los que penan y mueren por llegar a figurar ante la opinión pública, aunque ellos sean unos necios.

(136) Van a la segurera.

(137) El pueblo: a veces consciente, es decir: es capacitado para deliberar, y las más de las veces no sabe los pies que le cargan.

(138) Bien tapado y disimulando que fuese otra cosa, por ejemplo: una guagua, que la traspusiesen de contrabando porque *asina* lo requerían las circunstancias.

¡Vino, vino, vino y vino;
que me hacen parar las patas:
pero yo, siempre te empino!

* * *

En ocasiones, encaminábase don Zacarías hacia las *cuadras* (139) por echar su *ojeada*; y, dirigiéndose a sus caballerizos y fieles servidores, prendido de ese cariño que le era innato con sus semejantes y para con las *avecillas* del cielo; les suplicaba una *largoncita* al potrero enfalfado para el *Sacristán*, para el *Moro*, para el *Melado*, para el *Gringo Pobre* o para el *Huacho* (140) del hocico *tabaqueado* (141), sendos padrones, mezclas de árabes y de *quilamutas*, nacidos en los potreros de Alhué, para los lados de Aculeo, entrando por Hospital adentro, hacia el lado *de la mar*.

Pingos, viejos y destroncados, que en los tiempos pretéritos fueron elegantes tipos de montura, descendientes de pura cepa chilena, en los cuales, él, una y mil veces había paseado su talante.

Cierta ocasión, lo recordaba perfectamente, siendo muy jovencito, había acompañado, en escolta en uno de esos padrillos, al propio don José Joaquín Pérez, cuando era Presidente de la República, y acostumbraba a platicar la amistad con las personas que montadas seguían su dirección en atraviesa por esas calles de Dios, con rumbo hacia el llano de la pampa, llamado también: el *tajamar*, por estar ubicado en las márgenes del *Mapocho*, donde habían las *pirámides*, hacían ejercicio dominguero los de línea (142) y se *alistaban* los *cívicos*! (143).

Mas, en la actualidad, los pobres brutos, a fuerza de cuidados y de atenciones sólo podían resistir para llegar a encontrarse meros despojos o pingajos vivos.

¡Qué lindas crías me han dado estos pobres esqueletos!, se le oía

(139) Sitio cerrado y con *galpones*, donde se cobijaban los caballos del coche o del *patrón* únicamente.

(140) Criado *manocado* y con *mamadera*, sumamente dócil.

(141) Señalado por la Naturaleza en la barbilla o en la baja jeta, con *pintas overas*.

(142) Hombre que dedican su vida sólo para ser militares.

(143) Hombre en estado de civil, que en tiempo de paz, tomaba las armas para adiestrarse en el arte de la guerra.

exclamar a don Zacarías, con dolor de su alma, mientras mirábalos con ojos llorosos que escurrían lágrimas de piedad.

Los nobles brutos, de cuencas hundidas y de vista cancina, agradecidos de las galletitas, del terroncito de azúcar, y del *restito* de pan que les alargaba su amo, y de sus finezas: relinchaban con aire jubiloso, le pelaban sus romos dientes, estiraban sus cuellos, movían sus lacias jetas, rascándose con la punta de sus uñas traseras, sus flácidas orejas.

CAPITULO VI

LAS PERIPECIAS DE UN MOCHO

¡Diezmos y primicias a la Iglesia de Dios. Una *corrida* de ejercicios para hombres de pelo en pecho, allá en 1870.

Por la *Cuaresma* (1) todos los años, invariablemente, antes de quemar los *roces* (2) para *levantar* (3) las tierras y sembrar el de *rulo* (4), traíales don Zacarias a los más *quedados* a la *raya* (5) y demás moradores de *Mariposas*, las *Santas Misiones*, que ellos recibían: torba la mirada, esquivo el semblante y semi alelados.

Los que más distanciados vivían, llegaban hasta do ubicaban las *Misiones*: ¡ellas, en *zuecos* (6); ellos, en el caballo de San Francisco (7), los que podían, y los más *viejancones*, en carreta; los *otros enançados* (8); y los más *acomadados*, en *berlinas* (9), birlochos propios o

(1) Tiempo de oración y de *recogimiento* que celebraba la Iglesia para honrar los padecimientos de Cristo que ocurrieron el año 1.

(2) Los sarmientos nacidos en la montaña, entre los árboles seculares.

(3) La faena de mover las tierras con el arado.

(4) El terreno, cerro o plan, que lo riegan las aguas de los cielos.

(5) Al disparar el *tejo*, los rayueleros, unos levantan por demás la puntería y otros se quedan atrás a fin de no propasarse y se quedan cortos.

(6) Horma de cuero con *plantas* de madera, con que forraban las mujeres sus pies desnudos, y otras lo usaban, puestos los botines, para andar durante el invierno y atravesar los *charcos* y los barro.

(7) En pie pelado.

(8) Montados a la grupa de los caballos.

(9) Sinónimo de carruaje americano, que llevaba vidrios y hermosos faroles, cortinajes al interior y sus asientos eran tapizados en brocados de seda.

en el *brek* que viajaba al pueblo día a día, y debía forzosamente llamarse *carretela*.

Las manos juntas, metidas dentro de sus anchas mangas, caladas de capucha, sus cabezas orladas de cerquillo, ¡todos corridos! (10) y pisando en puntillas: tales que *pidenes* (11) que los hubiese venido corriendo el peuco; o como los cuervos, en bandadas de a tres o de a cuatro: no más, llegaban al *partido* (12) los *pairecitos*, que vestían zaya azul, teñido en tinta color chocolate, o *bayeta* (13) color *castellano* (14), y para resguardarse del frío, de las miradas profanas (cuando no estaban de humor) y de las diatribas de los que los conocían en sus perversidades y no les soportaban sus descarados negociados), cubrían sus *peladas* con el *capuchón*; y amarraban el *tamal* (15) de su barriga, que más parecía tonel sin zunchos que *panza humana*, con un cordel anudado, fuera además: que calzaban CHALALAS, las que les permitían ir mostrando por do quier: las de *atrás* (16), negras algunas; floreadas, las otras; no faltando las bayas y peludas, que enseñaban al mundo (17) hasta más arriba de los tobillos!

Antes de esta historia, los frailes Franciscanos, como casados mal avenidos, vivían alarmados, reñidos, ¡en continua controversia!, definiendo el color de los hábitos que llevara en vida Nuestro Padre San Francisco.

Los *Recoletos*, juraban que fueran plomisos, y los usaban *castellanos*; los *Franciscanos*, Cañada arriba, aseguraban que eran azules, y los teñían en tinta de este color; y los *Carmelitos*, al otro lado del *Mapocho*, echaban pestes contra los otros conventuales y los paseaban color chocolate.

Gracias a la intervención de un padre, que era el *tinterillo* más *jodio* (18), en el sentido de decir disparates, y ocurrente a la vez, del trio conventual, alarmó a la Comunidad, diciéndoles de esta manera: ¿Qué tanto da, ir teñido de un color o de otro?

(10) Asustados, mirando de un lado a otro.

(11) Pájaros acuáticos.

(12) Al lugar determinado.

(13) Paño llamado *Castilla*.

(14) Así, tramadito, entre blanco y negro.

(15) Algo hinchado, v. gr., la *bumita* apretada por la amarra.

(16) Los pies.

(17) Lo formaban las personas que los admiraban.

(18) Hombre ocurrente, que tiene a flor de labios una salida para cada cosa cuando viene el caso.

¡Con el tiempo y la *pelecha*:
todo se alcanza!

Justo es que riñamos convento adentro, pero no que se ría en nuestras barbas el vulgo y el incrédulo de nuestras cuestiones, volvió a repetir, y convocó a un *Concilio* que se llevó a efecto a velas apagadas, reunidos los pairecitos; y en pleno *capítulo*, como ellos llamaban a una panzada de pollitos asados al horno, vino generoso, queso que lo saboreaban como una mantequilla, dulces almibarados, mantecados, preparados especialmente para el caso, y tortas de masa real que la sopeaban en *chocolatorum* con vainilla y canela, *batidas* por los *mochos* con el consabido *molinillo*, para servirlo en *jarros* de esos de forma cilíndrica y con *agarradero*, que eran hechos en loza vidriada *made* en Europa, exprofeso para el uso; y fueron *repetidos* (19).

Después del *Concilio*, pactaron jugar a las *chapitas*: el color a firme que debían llevar las tres sectas que habían vivido hasta ese entonces separadas. Desde esa memorable data, quedaron café teñido en leche.

El Padre Santo de Roma, después de este arreglo, les adjuntó desde su trono de gracia y de gloria, su apostólica bendición, que, cruzando tierras, mares y cordilleras, llegó al fin para paz y concordia entre ellos, y *san ciaca*!

La *chalala* fué la ojota echa de piel de vacuno que adaptaba en la planta del pie y se sostenía sobre el empeine, liada con *tientos* (20) de cuero, sobados a mano.

Todo hombre de bien, en el monte, en la colina, en el valle y en plena ciudad: las llevaba y no era delito; que, las señoras mujeres a duras penas solían ponerse medias, temiendo por aquello que pudieran volverse *calcetas*.

Ellas, calzaban en el pueblo el botín de satén con botoncitos y elásticos; y en el campo, se las componían *traqueteando* en puros zuecos.

* * *

Atizbando con el rabo del ojo, igual que lo hacen los pájaros *yeros* que orillan los pantanos, llevan plumaje negro y tienen por tragadero

(19) Servidos una y otra vez.

(20) Cuero cortado en hebritas delgadas.

una caverna tan honda como si fuese el socavón de San Pedro, que rompe el camino de hierro que serpentea entre Santiago y Valparaíso; y ubica entre escarpadas y abruptas serranías, por el cual penetran todos los trenes; la punta del pico la llevan en forma de garfio, y al tratarlos se hacen los humildes y los más aturdidos, siendo que lo son los más *habilitados* entre las aves acuáticas.

Día por día se engullen los más sabrosos pejerreyes; pero cuando penetran que son observados, se amainan, se *acurrucan* y se hacen los que están a la atrapa de coltrahuitos y de renacuajos.

* * *

Desde el primer momento de su llegada al punto donde iban a establecer su campamento, los propagadores de la fe, a fin de inspirar confianza y de granjearse las voluntades: ofrecían medallitas de los santos a los niños y tierra de Jerusalem para los grandes, que era repartida en paquetitos lacrados y sellados, tal como si hubiesen sido semillas de hortaliza, polvillos de rapé especial, o flores para el jardín; previas las reconvenciones que de *buenas a primeras* les lanzaban a boca de jarro en sonsonete, remedando a un francés *patois*, para más o menos cantarles que eran sus miras:

¡Sé que he de *mourir*: más no sé dónde!
 ¡Sé que he de *mourir*: más, no sé cuándo!
 ¡Sé que de *mourir*: más no sé cómo!
 ¡Mas, yo sé que *hey* de *mourir*!

Tétricas profesías que les helaba la sangre; y, donde iban, las iban meditando y dándolas vuelta en su cabeza, que se les tornaba abombada.

Una vez ya inculcada esta reprimenda suave y verdadera como que lay Dios, les era fácil continuar sometiéndolos al más escrupuloso reportaje para sonsacarles con arte lo más recóndito del alma.

El hermano *lego* (21), trayendo los atabales, *furundungos* y *zaran-dajas* de los de *misa*, llegaba a la vanguardia de ellos.

Un mocetón fiero (22), trajeado con hábitos de fraile, que más bien parecía *chonchón de la vía sacra* que ser humano, pero que no cantó *misa* porque era *roto*; y, además, muy cerrado de mollera, cargaba con el *santo* que hacía el milagro.

(21) No sabía nada de lo que hacían los otros.

(22) Muy feísimo.

Y, premunido de tal *reliquia*, llegaba y se *colaba* rancho adentro sin decirles ¡agua va! a alma nacida, ofreciéndoles a besar los piecitos *sagrados* de un Niño Jesús en el pesebre, o la *estampa milagrosa* que la hociqueaban sobre el vidrio, no importándole n'iesto al *mocho*, que los moradores de la choza estuvieran en paños menores o no se hubiesen levantado aún de sus humildes camitas; él, de todas suertes, ¡les pasaba el santo! a todos, a contar: desde el dueño de la casa, que abriendo los brazos y restregándose los ojos, esperezaba el sueño, hasta la guagua recién parida; al sano, al chulleco, al *afuerino* o a la muchacha doncella, y también al leproso o al que viniese ahorita convalenciendo: del zarampión o de la *membriana*.

¿No eran acaso todos al igual: feligreses y cristianos?

El *chino* este, más conocido que el *palqui* (23), ¡porque sí!, poblaba su *mate* (24) que era tan duro como un rizco, y tenía trazas de un coco de palma de Panamá: una sementera de cabellos tiezos y rebeldes como las cerdas del chanco: que bien pudieron servir como rasquetas o escobillones, en cualquiera oportunidad.

El hermano de marras, en medio de la estupefacción de los fieles cristianos que lo miraban consternados, y le gritaban como para tantearle el genio:

¡Pelao locho (25):
que tocáis las ocho;
con el *deo* mocho
en la calle del Dieciocho:
y pan de bizcocho!

Creyéndolo que fuera o no fuera el mismísimo que viniera el año pasado, rezaba el sacratísimo rosario; y en idioma extraño, las enve-laba con las letanías de los santos todos, que mascullaba en místico y fingido sonsonete.

Cabalgando su *mulo* (26), desde el cual disparaba los certeros pencazos, reniegos y blasfemias, cuando se le empacaba, gobernaba a

(23) Arbusto muy conocido por sus propiedades curativas.

(24) El cráneo del hombre propiamente hablando.

(25) Perennemente, esquivando *la tiña* que estaba más abajo.

(26) Macho, en la familia de los mulares.

pueblo (27) la recua o *tropa* de quince o más de la misma familia de lo montado que seguían los pasos a la yegua *madrina* (28), que yendo adelante: cabrestaba el MARUCHO!

Y *marucho* llamaban al pobre arrenquin, que no pasaba de tener sus ocho o doce años, pero estaba decretado por el *sino* para ser el más aporreado de los seres vivientes.

Lloviera o tronara, *calados* los huesos y mojado hasta el alma, el pobre desgraciado embelezaba comiendo tortillas duras, o rumiando los higuitos o peras secas, que remojaba en la lengua, perdido en los pello-nes de la enjarma o entre los montes a enorme distancia del *capataz* y sus arrieros caminaba su vida; pegado al mulo y guiando la yegua *mai-rina*, decimos, que, por lo general, lo era *overa* o *tordilla* (29), llevaba colgando (la yegua) en su cuello: el *cencerro* que llamaba a la tro-pa (30) y éstas, cada una de las mulas, soportaba sobre sus lomos sendos capachitos o *árguenas* que lo eran de cuero peludo y tieso.

Salía el *mocho* por campos y *poblados*, dispuesto a hacer la arriada.

¡Perro que no anda, no encuentra hueso!

Era su constante dilema, y las emprendía presuroso, barriendo con piños de vacunos, cabrios y *lechones* (31); trigos, harina, cera, man-teca, *méices* (32), miel, nueces, y cuanto encontraba a *tiro*, hasta juntar un *rimero*, que le entregaban sin titubear: quietecitos y humildes, y, más aún todavía, dándole las más explícitas *discurpas* acerca de lo poco y de lo malo: feligreses y *parroquianos*.

Por cierto, que el macuco *mocho*, pletórico de toda indolencia, sin arrugarse, acaparaba lo bueno y desechaba lo fallo, por tratarse de que lo que él *recogía* era para el sustento de los pobres *pairecitos* que mor-tificaban sus cuerpos ayunando todo el año a pan y agua, y se morían de hambre (si no los socorrían los devotos), *encorralados* en las celdas de su convento.

Para el caso que los de *misa*, ciñéndose a las pacatas costumbres de los antiguos, comían como el sabañón, hartándose de fiambres de pavos.

(27) Los tenía sometidos bajo su presión autoritaria.

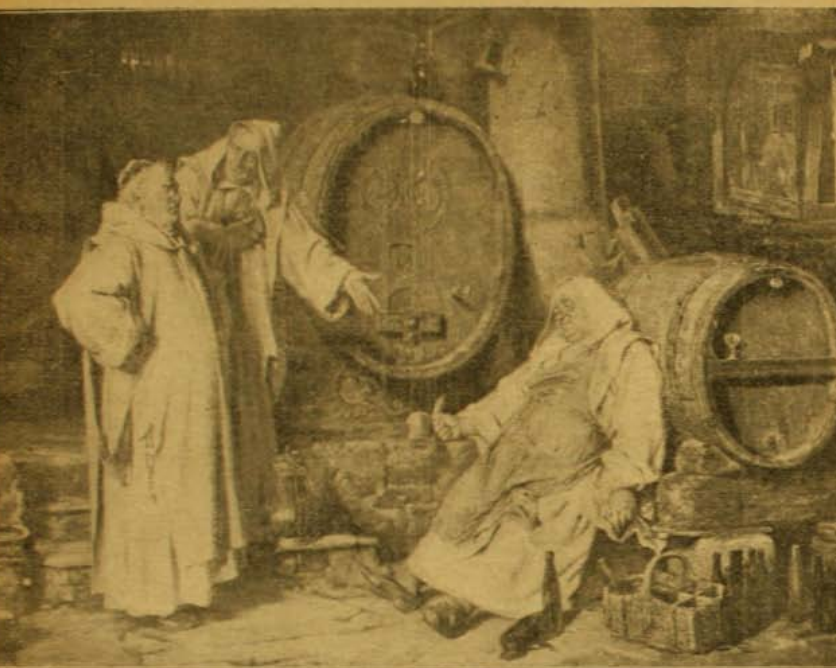
(28) Bestia que caminaba desnuda y que servía de lazarillo a la ani-malada dispersa.

(29) Color blanco.

(30) La unidad de varios individuos de la especie, que se conocen en-tre sí.

(31) Hijos de la parición del año.

(32) Maíces, derivado de maíz.



del rico queso hediondo, y *abusado* (33), pero bien regado (34), traído de Francia; de conservas exquisitas y de tortas y manjares enviados por las *sores* monjitas, y de cuantas viandas de cositas ricas con dulce adentro se hacían en esos entonces, que ellas, las beatas lesas, dejaban de comerlas para entre flores, *detentes bordados* (35), cojines primorosos, almohadones y *perezosas* que los ángeles del cielo sólo las hubieran tenido iguales; madrigales y sonetos que les inspiraban sus musas mandábanse los, decimos, a los malos agradecidos, que se los zampaban de una *sentada* (36), sin advertir: que día a día iban echando guata y cola, hasta que les reventaban las panzas!

(33) Le apuntaban los gusanos.

(34) Pasado con buenos tragos de licor.

(35) Pequeñas insignias hechas en paño, que imitaban el *corazón de Jesús*, del cual brotaban las llamas sacras, y lo *cargaban* los fieles para preservarse de las *tentaciones* y males a que estamos expuestos a cada instante los seres mortales.

(36) Sin moverse de donde se sentaban a comer.

Además, el hermano *lego* ordenaba en las *corridas* que obligaba a los *fieles* (37) que acudían a practicar los *santos ejercicios* una vez al año y tenían lugar en las mentadas casas de *Ejercitantes*, construidas por el clero con la *limosna* de los *ricachos* cuando estaban en las puertas de la muerte, que la *largaban*, temerosos de no alcanzar las delicias del cielo, si no hacían tal desprendimiento.

Era frecuente ver cómo se apiñaban quinientos o más *borregos* (38) a las puertas de las mentadas *casas* en cada *corrida* (39).

Los *tales* que habían concurrido hasta allí, trayendo consigo los *libros* de sus camas, *cobija* y atabales, para tenderse a meditar en Dios, sufrían la gran decepción cuando eran obligados a quedarse con la boca *pegada*, como si hubiesen estado en misa, durante los nueve días que duraba el encierro, en el cual tiempo dábanse en considerar: no, ¡es claro que no!, en la Pasión de Cristo, ni nada que se le pareciera, si no que ensimismados vivían pensando y repasando en sus mentes, cómo era que hubiesen hombres que se dedicasen a ser religiosos. Pensaban en la vida que llevarían estos monásticos en su convento, y les miraban sus caritas atingidas en medio de la soledad en que vivían, cuando tan grande era el mundo.

Y este *pecado* cundía y cundía entre los penitentes, a medida que avanzaba el tiempo y la presión de los *pairecitos* se hacía mayor.

Primero les entraba la *tontería* de saber qué hacían los sacerdotes que gastaban con ellos tanta *potestad* cuando se encontraban en el caso de confesar a una penitenta que fuera joven y *goñicha*, siendo que ellos eran solteros y bien comidos; después, les entraba por pensar en sus mujeres y novias, ¡todo, la tentación del diablo!

Y esto provenía porque los *pairecitos* al *trasegarlos* (40) a la entrada, les habíadan quitao la *entretención* que habeíadan traído para el caso de aburrimiento.

A las *perdidas* los ejercitantes tramaban entre ellos estrecha amistad, y en pocas *cuchuchadas* se entendían y se decidían cuanto ellos deseaban saber, terminando estas conversaciones con la intimidad, pu-

(37) Los pobres ignorantes labriegos, o lo llamado *el pobrerío* en las ciudades.

(38) Hombres buenos, buenísimos, pero faltos de criterio e incapaces de pensar con voluntad propia.

(39) Célebres fueron la de don Tomasito Argomedo, en la Quinta de Cailloma, la de San José, en Santiago; la del Padre Escolapio, en Curimón; la de la *Isla*, en Rengo; y la de Constitución.

(40) Por verles si llevaban armas, licor o el *naipécito* escondido.

diendo darse a la *salida*, en medio de los abrazos y estrechaduras de manos, el dulce nombre de *hermanos*, que perduraba por toda la vida.

Y era a los *Pobletes* a los que alcanzaba el santo sacramento de la penitencia en vida; que a los *Riquelme*, con dinero para pagar misas y responsos a la hora de sus muertes, se hacían los *tardos* de oídos.

¡Cómo luchaban y cómo pechaban! ¡Dios Eterno!, los pobres *ba-biecas*, en su afán de obtener lo más pronto la gracia del cielo, antes de entrar *al encierro*! Para ello iban mostrando a todos la *papeleta*, en que constaba cómo habían contribuido con el *óbolo*.

Y el *óbolo* eran sus *veinte realitos* (41) del ala, contantes y sonantes, que ya habían *encapachado* los pairecitos. La abstinencia de muchos meses de trabajo y de ayuno, que era el valor intrínseco de la *corrida*, y no se la despintaban ni a Cristo Redentor que hubiera venido bajando de la constelación etérea.

Peor que *ermitaños* desamparados, humildes y *atribulados*, con más tino que un ciego de nacimiento buscando la querencia en pueblo extraño, donde había el peligro de los perros bravos y de los piños de animales que cruzaban los caminos, salían *mayormente* (42) los *pobrecitos* de la *corrida* para irse derecho con rumbo a sus chozas, al decir de ellos, confortados por la voz de Dios, para seguir *cascando* en la vida, y santificados por la Gracia Divina que había echado *raíces* en sus corazones.

Era verdad de fe, y había que creerlo a pie en juntillas, *eso*: que, después del *lapso* el *pecador* quedaría curado del mal de la *brujería*, ¡limpio de toda culpa terrenal!, tal como si hubiese sido una *guagüita* de meses, o un ángel bendito bajado del cielo; aunque antes hubiese sido un bandido que lo persiguiera la justicia por deber el *hermano* veinte vidas.

Advirtiéndolo, además, que si cien veces *caían* reincidiendo en la *chipporra* del pecado, llevados por las tentaciones, *debilidades* o *flaquezas humanas*, instados por el lucro fácil o por instintos atávicos, otras tantas podrían *levantarse*, pero debiendo tener, ¡sí!, antes que nada: confianza en sí mismos, ¡ciega fe en Dios!, su poco de arrepentimiento y haber contribuido para la obra de la Iglesia a la medida de sus fuerzas con el consabido *óbolo*!

(41) Dos pesos cincuenta centavos.

(42) ¡Seguritamente que iba ser así!

El *mocho*, con sus ojos de mirar atónito, según y como lo requerían las circunstancias, tanto le brujiaba, apegado al *parecito*, al *sacrificio de la misa*, como les preparaba la *colación*, tocaba la *matraca*, les zurcía los fundillos, les hacía las *chalalas* y les lavaba los *cotones* (43) a la vista de los seglares empecatados. Ya entrada la oración, a la horita consabida, ayudábales a los austeros *padrecitos* en las tareas de la Santa Misión, cuando los *Reverendos* sometían a los *adultos* a la Santa Disciplina.

Encerrados dentro de las cuatro paredes de los graneros de la hacienda, donde en su debido tiempo se acumulaban las cosechas, sin escapatoria alguna; ¿pa ónde?, los redentores de almas se encargaban de hacerlos comprender que todo tiene remedio y no hay que desesperarse en esta vida.

Así, en compensación al rigor con que otrora los judíos trataron a N. S. Jesucristo, antes de llevarlo al calvario, obligábanlos, mientras más infelices lo fueran ¡mejor!, a pagar las habas que se comió el burro: ¡zurrándoles la badana!

En medio de la ignorancia más supina que existió en el territorio de Chile: vivían sumidos y confundidos, aquellos desgraciados seres.

Era entonces cuando los Ministros del Señor los exhortaban, para definir a fuerza de azotes y de latigazos, misterios ultra terrenales, que ellos jamás comprendieron, ¡ni los frailes tampoco!, siendo que los pobrecitos no conocían la *Jiña* ni la *O*, por lo redonda!

Primero, con diplomacia instintiva, les arrancaban sus ahorros, co-tizándoles por un precio ambiguo un rinconcito en el cielo; después, ¡el mejor causeo! (44), se encarachaban con ellos, y, para mayor gloria de Dios, les daban *catatán* (45), hasta hacerlos entre persignarse y *persuadirse*.

Esto, que para mayor afrenta, ya les habían urgado sus bolsillos, y cuanto llevaban entre sus ropitas y atabales, para librarlos del pecado de la *baraja* o del *aguardiente*, que efectivamente lo entraban de contrabando los tahúres y los beodos!

Alternadas con las oraciones dirigidas a Dios: Justo, Divino, Mise-

(43) Camiseta de lana genuina. Al fraile le fué prohibida por el sínodo Pontificio, el ponerse ropa que no fuese de pura lana. El Obispo va vestido de seda interiormente.

(44) Su peor desdicha.

(45) Los hacían golpearse mutuamente a su manera, con azotes o palos y donde cayera, mientras ellos esquivaban sus cuerpos.

ricordioso y Omnipotente para ablandarle el corazón y que les perdonase sus culpas, venían el ¡ayayay!, y los quejidos lastimosos y plañideros que se escurrían de sus gargantas exhaustas, desfallecidas por el dolor voluntario (?), soportados en sus carnes y huesos ¡molidos! por las brutales penitencias urdidas por los pairecitos misioneros, para castigar: esos cuerpos pecadores e inquietos; esas manos insolentes y urguetes; sus bocas murmuradoras; sus ojos perversos y sus sentidos, que no atinaban a cosa buena!

¿Qué layas de hombres, entonces?

¡Añañay, sóplame este ojo!

Nunca se supo, entre los seculares acomodados (46) de aquella época, por qué lloraban y por qué se lamentaban tan aciagamente esos infelices; si, arrepentidos por la quízi cosa de haber obrado mal en esta vida y haber ofendido a Dios; o por el dolor soportado durante la *refriega* que daban en llamarlo, con estúpida resignación: ¡la Santa Disciplina!

* * *

Pero, ¿qué significaba aquello de zurrar la badana?

¡Misterios!, ¡misterios!, ¡misterios!, y toda la vida: ¡misterios!

Encerrados en el *bodegón* de la hacienda, hemos dicho, ¡Dios mande! (47), como quien dice: en *chirona* (48), empotrados dentro las cuatro paredes de una cárcel, en la penumbra cercana a la obscuridad y a puertecitas cerradas: mientras escurriales gota a gota el sudor que les bañaba sus frentes y espaldas; y de sus lagrimales vertía el lloro, deberían soportar, ¡sin chistar!, *porque sí*, y por no perder del todo los veinte reales arrancados en dinero efectivo, la *etonomía* (49) del tormento, que se les venía encima.

Principiaban los sacerdotes de Cristo por hacerlos alinearse militarmente: unos enfrente de los otros, guardándose una pequeña distancia. Advirtiéndole que cada cual llevaba ya en sus manos temblorosas, encallecidas por el roce de la *mancera* del arado, por el *astil* del hacha labradora; por el *aza* de la picota; por el descomunal peso del chuzo; esto, fuera de las demás herramientas que se empleaban en los rudos

(46) Que había dinero suficiente.

(47) Verbi gracia.

(48) En el Presidio.

(49) Léase *anatología*, que en lenguaje vulgar significaba decir: una paliza sacerdotal.



trabajos del campo: en la reparación y construcción de las zanjás y fozos en los caminos que se abrían; o descarpando el cerro abrupto hasta hacer la honda cueva, a fuerza de pólvora y picota, para *darle luz al metal*, que lo cataban los entendidos; sus gruesos rebenques (50), *chicoterías*, látigos, recién engrasados, y muchos las recordadas *varillas de membrillo* desnudo de hojas y de corteza, con las cuales debería castigar: al hermano, al cuñado, al pariente, al *amigo*; y, acaso fuera: al mismísimo padre que le dió el ser, si le llegaba a tocar por casualidad y lo tenía a tiro; corroborando con esto: que el que pega primero, pega dos veces, y en muchas ocasiones: el que pega más fuerte, ¡es taita!

Anocheciendo, instantes después del *refrigerio* (51), se verificaba el sublime acto de la misión, en la cual: los pairecitos se permitían desafiar a los más *empecatados*, como eran de valientes y de *chilenos*, y estaban bastante arrepentidos de sus culpas cometidas, debían quedarse a la Santa Disciplina.

(50) La penca que acomoda con las riendas, al montar a caballo.

(51) Una poca comida para engañar al estómago.

Después de las reflexiones y considerandos del caso, y de uno que otro *latinazo* (52) que los dejaba en ayunas, uno de los paíres, sumido hasta el nivel de la barriga, en el barril que les servía de púlpito: perorábalos e instábalos con verdadero denuedo y *catecismo* (53), a practicar los sagrados deberes de la contricción, es decir: que confesasen sus pecados a los padrecitos, ya ¡cada uno en su puesto! (54), y recibiesen con toda unción, con el nuevo día, a *Nuestro Amo* (55), siendo que por medio de estos procesos ahuyentarían seguramente al *espíritu maligno* (56) que llevaban encerrado dentro de sus cuerpos!

Sólo así, y entonces, podrían contar con las bendiciones del cielo.

Luego, con el *pabito* que ensartaba la *caña* (57), comenzaban a encender las de *cera* que ardían en sendos *candelabros*, que a veces lo eran forjados en plata, en *bronce* o en cobre, como bien pudieron ir en la *caña* hueca; y representaban los Doce Apóstoles de Cristo, y tras de una bullanga de cánticos extraños y estúpidos que les hacían tiritar las barbas de la cara al más valiente y llamaban *mañines*, un *candil* iba muriendo (58).

¡Sólo el pecado y el mal,
perduran en la vida humana...
porque la dicha cabal:
pasa como sombra vana!

Explicaban cuando estaban en su elemento los misioneros, esto, dirigiéndose a los más *palo gruesos*; inter, con santa unción y tramando la voz para trocarla en sonsonete, el fregado *mocho*, que había errado la vocación de vendedor de ataúdes, o de *gallero*, o de receptor de infinitesimal cuantía; ya que también la erró de *grupier* de los que en la mesa de juego estando de parte del *tallador*, instan a los *mirones* para que hagan *juego*, copando la banca cada vez que su compañero ha preparado un *arrastre* y quedan tan frescos como si nada hubieran hecho; como bien pudo también haber nacido para verdugo o esbirro... de

(52) Un *refunfuño* dicho en latín.

(53) Haciendo gran manipuleo con lo que se está diciendo.

(54) Sentados en sus sillas llamadas *fraileras*.

(55) La Sagrada Forma.

(56) El diablo que se acercaba.

(57) Era la manera de encender las velas en las iglesias, como lo sabrán demostrar las personas antiguas.

(58) Lo apagaban a su vez con el gorrito de lata invertido, que llevaba la *caña* al lado contrario del encendedor.

rompe y razga, atrona el silencio de los *tartúfos*, que bañados de sudor helado sus cuerpos y espaldas, sólo meditaban en ¡Dios Paire! que los estaba *aguaitando*.

¡Fuera ropitas!, ¡fuera fundillos!, ¡fuera camisitas!, ¡fuera *ponchos*!, indicaba el zotanudo; y daba la señal de apagar el último *candil*. ¡se armaba la rosca! hasta llegar a romperse la *crisma* a rebencazos; y a veces: reventar en sangre, que vertía a raudales de los *verdugones* abiertos y de los *cardenales* que quedaban estampados a raíz de sus carnes.

Mientras, atrincherados quizás dónde, como las viscachas dentro de sus cuevas, sólo llegaba al bodegón el eco de los cánticos del coro de perversos, que ajenos a todo dolor, recordando a los inquisidores de España y de las *Antillas*, de aciaga memoria, en los tiempos de la Reina doña Isabel, llamada por su alma de hiena: *la Católica* (ciento cincuenta años atrás), continuaban fervorosos e impasibles quejándose de lo lindo, como si a ellos les hubiese ido algo en la parada.

¡Un cuidado sin cesar
me atormenta, noche y día

Que al punto era contestado por los *hermanos penitentes*, que, más muertos que vivos, respondían a una voz:

¡Ay, hermano del alma mida;
aplíquemelas sin pensar!

Afuera, rompiendo sus rodillas en la dura loza, o a la raíz de la tierra pelada, las señoras mujeres: gimiendo y llorando, a moco tendido, imploraban y se lamentaban pidiéndole a Dios para que se le *compusiera* el genio al mario; o *apareciera* lo robao durante el año en la hacienda del *patroncito*... ¡con tal que no hubiesen *presos* ni *azotes*!

* * *

Y como el manso buey ungido al yugo, soporta el puntiagudo acero de la picana del embrutecido carretero, que con un ¡teza pa atrás!, le agijonea sus hijares, soportaban los cándidos y bienaventurados, to-

do cuanto venía sobre ellos. Porque, embuidos por la Divina Gracia de la sugestión de los Reverendos que los dominaban a su antojo: estaban completamente convencidos que mortificando así, tan estúpidamente sus cuerpos, y *aflojando la pepa* (59), librarían sus almas de *cayer después de muertos*, en las llamas y tormentos del infierno: ¡*¡ca uno cuida su arma como puée en esta y en l'otra vía!*, sostenían con toda potestad (60), y a naiden l'impolta na!

Al llegar a sus moradas, saturados por cierta aureola de santidad de que venían premunidos los *penitentes*, la vista atónita y sus semblantes amarillosos, cual que zopaipillas sin freir: recibidos eran por la *parentela* de toda su familia, por sus amigos más queridos, por los compaires, por los vecinos... y por los conocíos, que merodeaban por ahí ahítos, y llamábanse en esos ratos, con toda humildad: *jindinos, pe-caores!*

Puestos en movimiento de curiosa ansiedad, postrados de hinojos ante la figura del recién llegado, que *quebraba corazones* al sólo observarle lo que fué antes y lo que era ahora arrepentido, ¡estando en la buena con Dios!, sosteniendo entre sus manos una *cera* encendida, dábanse en tratarlos como a *Santos Mocarros* (61), es decir: con toda ternura y respeto, porque el *pobrecito* era una alma de Dios.

Al demente, al desvalido, al viejo achacoso, al loco de remate, al tullido, al tonto de capirote amarrado, al jorabado en demasía, al inocente niño, al borracho consetudinario, al leproso, al infeliz que yaciera en el camino con las entrañas vaciadas fuera de su vientre por el certero golpe de una feroz puñalada, al bandido convicto y confeso de una docena de asesinatos, que expiaba en el patíbulo sus delitos cometidos: afianzados sus pies con barras de hierro y sus manos encadenadas con esposas de oprobio, daban en llamarlo muy compadecidamente: ¡el *pobrecito*!

Era frecuente que éstos, después de muertos, resultaban milagrosos. Por eso: veíanse en campos y poblados, como la piedad, o la supina ignorancia prendida en los corazones de los pobres, encendía centenas de velas al *álíma* del podrecito!

Bajo el sucio techo de latas y de fierros enmohecidos por la intem-

(59) Los realitos, que habían largado.

(60) En altanero tono.

(61) De los que exponían en *la hermita* en los cóncavos que dejaban expofeso a los costados en la entrada de la puerta de las iglesias.

perie, o en hornillas armadas en barro y piedra, que en el correr de los años veíanse enmohecidas por el humo de millares de *pabezas*, ardía perennemente al reparo del viento que pasaba zumbando, el recuerdo del *finado*, que murió inocente.

Le llegó (62) en una *travesura* que por la pura *pieira* tuvo con otros niños y por *cazuela* (63) lo anduvieron *pinchando* mal, en parte *delicá* (64).

Yerbas y arcos de flores adornaban la entrada a la triste vivienda del hermano penitente; y flores y yerbas esparcidas cual alfombra oriental, hoyaban los pies de la avergonzada y *contrita criatura*, que aunque fuese en la plena canícula y el sol reverberante quemase sus lomos, llegaba forrado y entraparrujado de regreso de la *corrida*, sin advertírsele ojos, boca, ni narices, toda tapada su cabeza en el rebozo (65), como la del arizco macho, o la soberbia mula, que *pica* pal monte, espantada por más de un algo; y se torna en un *basilisco*, si el paciente *marucho* que ayuda al arriero y conduce la yegua *mairina* no ha atinado a tiempo para taparle las orejas y cubrirle los ojos con el reverso de su poncha.

Cabistivo y *pensabajo*, *adolorido* bajo el peso de la *cobija*, estilando como si viniera reciencito saliendo del baño o le hubieran corrido un sudor galopiado: compungido y *atrilado*, como el burro *garañón*, que entre quebraderos de cabeza considera su desdicha, al comprender que con su figura y elegancia, *tiene el don* de calentar el agua para que los *caballeros* se ceben el *mate*; fija su mirada en el suelo sin atreverse a mirar a *náiden*. Luego, dirige su mirada y conduce sus pasos hacia el *altar*, que, vestido de gala, ostenta las albas sábanas del vecino más pudiente de la localidad, que esta vez sirven de mantel, y, sobre el mantel, la cruz y montando la cruz: el Cristo, débilmente iluminado por la opaca luz de cuatro candiles que arden parpadeantes, encancanados en sendas *palmatorias*, ante el cual *crucifijo* ora y medita brevemente para volverse de súbito y bendecir a los *presientes* (66) con un formidable: "¡Sécula seculorum!", aprendido en las corridas.

Al lado de la *peaña* que sorportaba al *Siñol*, casi tocando con sus vaivenes al crucifijo, ¡cullumpiándose de la viga!, colgaba la *chigua*, hecha de coligües montañeses, o de mimbre, en forma de canasto azafa-

(62) Lo pilló de sorpresa el cuchillo del contrario.

(63) Por casualidad.

(64) En lo más sensible del cuerpo.

(65) El pañuelo de *apuros* que tiene la mujer.

(66) Los ahí presentes.

tado, y afianzada con *tientos* de pergamino; o de *bóquil* (67), donde se *meecía* (68) el *hueñe*, la esperanza del hogar... el que más tarde reemplazaría al padre, en las obligaciones de la hacienda y defendería a sus hermanas del *aguilucho* de cabeza negra (69), que cuando estuviesen *polloncitas* podría venir por ellas. Y mueble también donde se *secaba* la *chuchoca*, se *colaba* el almidón, y a veces se extendía el *liuto* (70).

Al *hueñe*, por de pronto lo sabía cuidar el hijo de la vecina; y si se esmeraba en *cargarlo* (71), al hacerle el *tuto guagua*, lo hacía demostrándole tanto cariño, era porque el *paire* del *hueñecito* le había prometido: que cuando pariera la yegua, pa él iba a sel el *potrillo*!, y la *maire* del *chiquillo* le había jurao que si no se *poltaba* con el niño: le aguardaba una *güena* frizca con el *chicote* de ramales, llamado también el *taita pairino*, ¡a potó pelao!

Volvamos de nuevo nuestra atención al *hueñecito*, que con ojos tamañazos atisbaba *pucheriento*, apretando fuertemente entre sus rollizas manecitas el *coróco* (72), o el trozo de rosca recién sacadito del horno, que engullía con visible dejadez; pues *harto* (73) estaba de chupar la teta de la *mama*; digamos mejor, de la cabra criada doméstica, que al sentir el llanto del pequenuelo acudía presurosa, e hincando sus rodillitas se afanaba en ofrecerle sus pezones que adozaba en la *goquicha* del mamón, con todo ingenio, sin hacerle el menor daño, a fin de llenarlo con la gorda leche que guardara su *poche* ubrecita.

Los otros *pergenios* de la casa, digamos mejor: la gente menuda del *cuchitril*, con el *triste* al aire y el *tambembe* también, afanadísimos con el *tuto del ave* o el *muñón* (74) que les habían dado para entretenerlos, abrían descomunales ojazos; y *las paraban* como los conejos escondidos entre los costales cargueros, aperos de labranza, o los

(67) Arbustillo que enrama en los montes sureños y reemplaza al látigo más fuerte.

(68) Se balanceaba.

(69) El joven enamorado.

(70) Chuño que produce la fécula de la papa.

(71) Andarlo trayendo siempre consigo.

(72) Figuritas hechas en masa de huevo, que imitaban: pajaritos, animalitos y hasta sapos y culebras enroscadas, que se guardaban días y se comían fiambres.

(73) Muy lleno ya no le cabía más.

(74) Pernil de porcino o de ovino, cargadito de carnada.



lampazos (75) apertrechados para el frío del invierno: penetrados de cuanto ocurría en la choza.

Sobre la mesa del *Siñol*, que miraba desde el cielo cuanto ocurre en la tierra; y ello es así: de un *jemal* (76), forjado a yunque y fuego por obra del maestro herrero, pendía la lámpara de reverbero (a parafina), que iluminaba la estancia; cuando no: el *chonchón*, o las de *cebo* y *pabilo* pegadas al muro rebocado con el calor de su propia luz, que despabiezaba mientras se iba *corriendo* (77) la tijerita especial que llevaba *muezca* y guardijo.

Detrás de la puerta, que al rozar tierra tenía perforada la indispensable *gatera* (78) y giraba afianzada en bizagras de cuero crudo (79) y engrasado, yacía la tranca o *garrote* de pesada madera y de

(75) Trozos de madera que forman la cáscara, de ahí al interior sale la tabla.

(76) Clavo hecho por mano de herrero.

(77) Gastándose de tanto estar prendida.

(78) Orificio por donde cabía el gatito para salir y entrar a su regalado gusto.

(79) Tal como sale del animal.

descomunales dimensiones, que dado caso: serviría de arma contundente.

Más allá, diseminadas a la diablo, entre las *troneras* y ranuras del quinchado, colgados en *garabatos* que se arrancaban a los árboles, estaba terciada la balanza de brazo y platillos, donde le tanteaban la honradez al casero y apurado lo tenían cuando les mermaba en las onzas y adarmes; donde colocaban los *cuartos* (80) del chanchito o el jamón, ya *salado*; el hulero, el pico para picar la piedra; la *rodela* de corontas para desgranar el maíz a su debido tiempo; el caballote de palo, donde habían las monturas y los *aprestos* de repuesto para los días de gala; el cedazo harinero (81), la *quita penas* (82), el *atao* con las *pepas* (83), el ajicito en vaina; la cola de la yegua, en cuyos *kilines* se colocaba el *arriero* (84), ya lo fuese de *carey* (85) o fuera de hueso o de raíz de *guayacán* (86); el rosarito roto, el *secaol*, donde en invierno se colocaba el *poncho* estrujado (87) del hombre, o los *pañales miaos* de la guagua, lavados a l'orilla del cequión o del *estero* después de haber sido desprendidos y jabonáo en la artesa, siendo que en el verano se extendían en el cordel para que los secara el *solcito*; el *pultre* o la *pajarilla* para el *cuajo* (88), el lazo y el bozal con que se *achicaban* los terneros al traerlos o al llevarlos al *chiquero*; en fin: la piedra de moler, con su mano (89); la *callana*, donde se tostaba el trigo, añadiéndole en el fondo su *puñadito* de arena; la *cabrita* que descansaba en tres patas (90), la *olla* colorera (91), el *chuico* donde se guardaba el arrope... el saco con *huesillos* y el con *orejones* (92); la *botija* de barro cocido que contenía el agua fresquecita recién tomada de la noria o de la vertiente; la *calabaza* que guardaba las *granzas* para la *zurzulita* o el *cuculi*; y la de dos *guatas*, que conservaba el tabaco preparado (93).

(80) Un costillar que toma espaldilla, pierna y paleta.

(81) Para cernir sobre frío y seco.

(82) La guitarra encordada.

(83) La semilla seleccionada.

(84) El peine.

(85) Sacado de la tortuga, según creían ellos porque así se lo habían dicho los entendidos.

(86) Madera apellinada y dura, oriunda de la provincia de Coquimbo.

(87) Mojado y apretado para que estile.

(88) La hiel del vacuno, que tiene la propiedad de *cortar* la leche para formar el *sucro* que deshaguado forma el quesillo.

(89) Pequeña piedra que acompaña a la de moler.

(90) Olla de hierro.

(91) Donde se guardaba la *color* para el condimento.

(92) Rebinadas de zanallo, secadas al sol.

(93) Listo, en punto de liar el cigarrillo.

Más distante estaba el maqui seco, la harina tostada o la de *yayi*, para el *ulpito* que consumía el hueñe; cada cual con su señalcita y en separados tiestos.

La gallina *giüera* (94), la francolina (95), consentida y regalona; la *marinama* (96) y el *maricón patojo* (97), que era el gallo castrado e inocentón, puesto que no sabía del mundo ¡pizca!, pero que era *pachacho* (98), y aguantaba que le *hortigasen* la pechuga cuando se afanaba en cuidar a la *parrada* (99); el *quiltro lairaol* (100); el loro Juanito y el *tiuque* llamado Mateo, tenían los honores de vivir como cristianos; tal como la *pulseada* de la primera postura y los palomos *paires*, desparramando los *cutres* (101), las *ñiguas* y las bravas pulgas dentro de la choza; la primera: porque estaba clueca en el nidal; el otro, porque el zorro cebado (102), lo atizbaba toda la santa noche de Dios, siendo que en el día el *peuco*, el *gavilán*, el *cernícalo*, el *aguilucho* o el *Halcón* le daban montón de trabajo para defender a sus polluelos; el *quiltro*, porque avisaba el peligro; y la d'otra: pa que se juera acostumbrando, porque era nuevona.

El gallo *paire*, las gallinas de vientre, el pavo y las *pavonas*, igual que las *gallinetas*, dormían encaramadas en el mojinete del rancho, o en cogollados en las ramas de los árboles.

Los patos y los *itagiües* (103), conversaban de los asuntos caseros ocurridos en el rancho o en la vecindad, por ahí, reunidos en consejo, o desparramados a todo patio; y el pollo moquillento, inerte, estornudando sus angustias, suspiraba atónito capíandole a los encontrones y a los picotazos de los más alentados. Los terneros huachos, pensando en la teta de la maire: balaban en el *chiquero*; los perros grandes, en teniendo la panza llena, roncaban durante la noche que daba mil gustos, tendidos largo a largo en el zaguán; que, cuando andaban *hambreados*, salían a golociar en los ranchos y *posiciones* cercanas; o a devorar manadas de cabros o de ovejas en las haciendas vecinas, por casualidad.

(94) Clueca.

(95) Igual a la perdiz, que le faltaba la cola.

(96) Que tenía cinco dedos como los cristianos.

(98) Cortito de patas, se arrastraba al andar.

(99) Doce o más pollitos que siguen a la gallina.

(100) Los quiltros nuevos son siempre ladradores cuando penetran el peligro; el perro grande gruñe y muerde.

(101) Los piojos pequeños que crían estas avechitas.

(102) Que lleva ya muchas muertes.

(103) Los gansos nuevos que empiezan a botar los *cañones* de donde nacen las plumas.

Pero en muchas ocasiones solía ocurrir que en tales tragines dejaban la vida, porque los dueños de la *hacienda* diezmada, matreros con la merma, poníanles veneno (estricnina) en la carne preparada, o formábanle los *rosaritos* de huesos de los llamados *redondos*, enhebrados en el lazo en forma de trampa que, sujetos entre los árboles, en contrapeso con grandes piedras, dejaban al ladrón colgando, y luego ya, le sacaban el cuerito para tenerlo como cuerpo del delito y *pararle* los perjuicios al amo; y esto no era una novedad.

* * *

Nueve días y sus correspondientes noches, que eran los cabales que le cargaban el *muerto* (104), los pairecitos misioneros a los hermanos ejercitantes, debía vivirlos o *pasarlos* abstenido de todo consorcio mundano, el *contrito* penitente, después de la llegada a su hogar, donde tenía el fuero de ser considerado por el *batidero* de personas que llegaban y no vagaban por verlo *asesegado* tal como si hubiese sido un caballero *profesional*, un poquitito más que un *letrado* o como el mesmito señor Obispo reciencito venido al pueblo; y aún *venerado* por todos los habitantes de la casa como los del vecindario: como santo labrado en la madera o pintao en el papel!

Venía *desocupadito* (105), su alma limpia de polvo y paja; ¡tal como el trigo aventao!, estaba *tamizada*; repasada y vuelta a pasar, en los harneros sagrados de los molinos celestiales.

¡Limpio y puro!, de los *pecados* venial y mortal, que al decir de los señores sacerdotes: el venial, entretiene al alma en el *refugio* del Purgatorio, mientras le llega el alivio de la *misita* y responsos, para agradar a Dios, mientras le toca el turno de entrar al Cielo; pero, el *otro*, lo condena a soportar a *perpetuidad* las penas del infierno, ¡a velas apagadas!

Si al gallo se le ocurría *morirse* en los precisos momentos de llegar a su casa, era segurísimo que pasaría derechito, sonriéndose, a la gloria.

Arrebujado, como le vimos entrar a la choza, mustio y cari acontecido (106) por el bravo lapso pasado en el *encierro* y con las tripas que le corcoviaban dentro de la guata, haciéndole una sonajera lo mismo que caballo de circo, que le incomodaba lo bastante, pocas palabras se dignaba gastar.

¡Es contra na, tratál de corregil ar que n'oescucha los güenos conse-

(104) Tenía que ser como ellos decían.

(105) Ya se había confesado y comulgado.

(106) Atontado, embrutecido, pensando en sus *veinte reales* idos y en el tiempo perdido.

jos!, argüia, *ceseando* (107), en tono de insólito desdén, con bastante *desespero* (108).

Puesto en *cuelillas* y descansando el peso de su humanidad sobre sus rodillas encorvadas, afirmando en tierra firme la planta de sus pies, a excepción de sus talones que oscilaban en el aire, pasaba las horas muertas!

Después, aburrido acaso, desmontando el *pucho* que escondía cabalgando en sus orejas, encendíalo en el descomunal *tizón* que atocigaba el ambiente de la cocina (vecinita a la casa o al rancho), y le *atraca* al vicio menor. ¡Ahora, fumaba!

¡Pitaba! Y deleitaba sus oídos oyendo el cantito del *cheracán* (109) para matar el tiempo y para olvidar penas.

Mientras aspiraba con ansias, dándole con todas las fuerzas de sus pulmones al *alorosito* néctar de el de su *cosecha* (110), que resoplaba con furia: vuelto espesas nubes, por boca y narices.

Y como la propia mujer, en lo mejor que estaba ensimismado, viendo correr el sol detrás de los nublados o descubriendo las estrellitas que iban apuntando en *los cielos* a medida que se entraba la noche, se le allegase para ofrecerle solícita y abnegada algo agradable y hacerle compañía, diciéndole en bien disimulado secreto:

¿Para qué me dijistes,
que me queridas:
y que tan sólo con la muerte
me olvidaridas?

El, aquel *mostro* d'ihombre: *emperrao* y huraño, refunfuñando con agrio ceño, *pelándole las paletas* (111) que le rechinaban en su boca, impulsados por la rabia que le nacía desde lo más recóndito, y mostrándole sus puños, que los apretaba al unísono que movía su medio cuerpo, a fin de esquivarle la mirada, ¡murmura quedo!, para de súbito altar la voz y los hombros, repudiándola con tirria:

(107) Asesando, era corto de lengua.

(108) Incomodado, no se atrevía a decir por qué.

(109) Pajarito de color terroso, menudito, que no admite se le aprisione, viviendo confiado cerca de las viviendas, se decía que era llamador de culebras: y lo perseguían por esto.

(110) Todo hombre de campo advertido, tenía la precaución de plantar su hilada de tabaco en el jardincillo de la *patrona* para abastecer el vicio durante el año.

(111) Los dientes incisivos, cuando lo son abultados y hermosos.

—¡Quitate p'uallá, moleéra! ¿Ya venís ya a tentálo a uno? Est'oes, ¿que no vís q'estoy como miao de perros y engo en recién saliendo d'ejercicios?

Como indicándole a las claras que las palizas y torturas recibidas cuando le zurraron la badana y le sacaron el *añil*, dejándole la sola *lacta* (112), en el recinto *sacro* (113), lo fueron única y exclusivamente por culpa de su propia consorte.

¡Güena cosa, Juana Rosa;
que te váis p'al *litoral* (114)
y a mí me dejáy solito:
rascándome la *callana*,
con una *trola* de quillay!

* * *

Si miras pa atrás, ¡sos perdió!, y estatua de pieira *lipe* (115) te habís de conveltir, ¡si mirás pa atrás!

Gesticulaba, mirándose las manos y golpeándose el pecho, ¡furibundo!, como un energúmeno, ante el estupefacto auditorio, el hermano lego, perdida su media humanidad en el tonel, desde donde dirigía su oratoria a los ignorantes campesinos, terminando su peroración: en diatribas, que cautivaban por aquello de armonizar en lo puro con el tono de voz cadencioso y humilde con que había empezado. Conforme de haber descrito a lo vivo la paradoja de la Sagrada Escritura que se refiere al justo Lot, que también trabajaba en la agricultura del campo, cuando avisado por el Angel del Señor que destruiría las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Sevoín y Segor, huyó de la ira de Dios llevándose consigo a Sara, su mujer, y a los miembros de su familia, que eran buenos muchachos y nunca que dieron que hacer a la *autoriá*.

Sara, novedosa como lo son la mayoría de las del sexo (por eso fué que no cantaron *misa*), dudando del vaticinio del Señor, después de haber recorrido bastante trecho por la arena movediza y caliente, con las po-

(112) Abiertas las carnes, supurando puz y con señales indelebles marcadas en sus carnes.

(113) Lugar bendito.

(114) A la guerra, siguiendo al hombre amado.

(115) Grandes bloques de sal yema, que abundan en la cordillera y tienen la propiedad que lamida por los animales les hace criar bonito pelo, después de pelechados.

lleras arremangadas, le dió por volver el *cogote* hacia el lugar donde ardían las ciudades malditas y, ¡tras!, que, como por arte de encantamiento, quedóse *altirichicho*, ¡replantigada!, ey mesmo, convertida en una *estuata* de sal!

Asina jué, iz que le ijo, ¡la maire al hijo! Volvía a recordar despectivamente las sentimentales frases, haciendo breve pausa: ¡*ca y cuando!*, el antipático y confianzudo *mocho*, las repetía una, dos, diez, cien y mil veces, hasta convertirlo en refrán.

Si miras pa atrás, ¡sos perdió!, ¡iz que le ijo la maire al hijo!

¡A l'otual, los hombres están *empedernidos* y las señoras mujeres andan como endiablás!

Too no se güelve en esta tierra na más que una merienda de negros, ¡q'esto y q'estotro!: y una borrachera ¡paire!

La remolienda los tiene tomaos a toos, q'es un *guirigay*. No s'entien-de na!

¡Esto es con desconsideración!

¡Tanto, que Mi Dios, Güestro Señol, ta nojao!, y ha oldenao ponele herrauras a las puertas celestiales! ¡Ey es! ¡En cualquier dida poirá mandal un castigo, que *arriará* con grandes y con chicos!

¡Tenrrán que pagarla a nueve!

¡Para llegar al cielo,
se necesita:
un buen caballo *cuartago* (116),
la monturita,
chamanto doñiguano
Sombrero de pita;
un lazo bien trenzado
y una *cuaquita*.
La tabaquera de *huiña*
y el *yesquerito*:
que al darle el primer golpe
reviente en chispas!

Pronto, ya n'oestarán por estos *litres* (117) los parecitos de misa.

(116) Trabado de paso.

(117) Campos solariegos sólo conocidos por los nativos.

Ende pasao mañana, espúes d'ihabel colocao l'insinia de la *Crú* (118) en el huerto de on *Moni Caroca* (119), en señal de su estada en estas soledades, onde ya n'ohay más mundo, quearán los diablos lesos (120) abandonados al *ventestate!* (121).

¡No hay *capatoria* posible, pa piil misericordia al Siñol!

Y d'hinquense de nuevo, toos altirol, huasos apergaminaos, perijilientos y *casposos*, lo mesmo q'uno; y no m'ianden con apequenás, polque puée saliles el jutre vestío de huaso coltauquino (122), y costarles carito!

Recen en agora: un *ña uncaol* y un *ñ'ou Cristo!* (123), que ya me tienen guatón con tantísima jarana, y en gracia de Dios, q'está *uno!*

Me li está mariando la caeza; que me le da güertas pa toos laos y me le va: di aquí pa acá y de acá pa allá! ¡Y pa no verlos m'iagacho! ¡Pech! (124).

El risueño *Baco* le esperaba dentro del pupitre en el cual estaba encaramado.

Extático, ¡sentado en el fondo del foudre!, aguardábado impaciente el *hueñe*, que tenía la santa obligación de complacer al pairecito *preicaol* cuantas veces pedía un sorbo para aplacar la sed; mas, esta vez, el *picaronazo* mocho pedía con marcada insistencia el incitante trago que se mecía hasta los bordes, en el *mate* (125), preparado en aguardiente de uva, con *déjos* de culén, almíbar y otros mistos variados, que, según expresiones del lego, si los ángeles del cielo lo hubiesen probado, *siguramente* lo habrían mascado y no le habrían encontrao *defeuto*.

Y esto que al mocho de marras le gustaba harto *golpeador* y bastante *cabezón* (126).

Paso mañana, hermanitos y *hermanandas* (127) que m'iescuchan con tanta reverencia, continuaba orondo, embuído en su oratoria, se-

(118) La Cruz que era de rigor plantar por los padres misioneros en cada lugar donde habían estado esos nueve días, *predicando* el Evangelio de Dios.

(119) Bonifacio.

(120) Era la manera de tratar a los humildes.

(121) Botados a todo campo.

(122) Dificulte que en los campos de Chile hubieran otros más diestros para la pence, más apitucados, y que usasen mejores arrees de montar.

(123) Un yo pecador y un Señor Mío Jesucristo.

(124) ¡Estoy harto de Uds., no quiero verlos!

(125) *Calabaza* de gran porte, que le daban diferentes usos.

(126) Casi puro aguardiente.

(127) Dirigiéndose a las mujeres.

cándose con el revés de su ancha manga sus labios humedecidos por el comfortable tragullo. Paso mañana, igo, las raspan pa otros *partíos* los parecitos sagraos!; ya el que les sermonió anoche er cuento der hijo próigo, con pelos y señales, le salió la *nombrá* (128), y las *puyó* (129) con la *fresca* al primer canto del gallo!

Agora li toca al paire guatón, q'és el indino pa *aclarar* lo del infierno, con las bateas de plomo derretío hirviendo, q'el que ey cayé, ¡muere hecho pebre!

Antes d'ilme *yos*, les hay de icil a carzón quitao: que harto malconcito s'ian poltao con l'arcancida los parroquianos; lo mesmo que con las premicia y los *diezmos* de Dios.

Las cosechas, gracias a Mi Paire San Jrancisco, a Mi Siñol San Peiro y a San Anrrés, el *peras cosías* (130), han sío regüenas y la parición de las ovejas, más gale no icilo: ¡di a dos al hacha! (131). ¡El más lesito!

¡Cuando el año está de piojos
hasta del cielo *cayen*!

Pero, con too, los feligreses de esta ardea han estao de *remate* (132), jarriaos el corazón!

Y contraná que los parecitos no han podío dar *abasto* y pol más que lis han dao en el huesito de la *taba* (133), no han aflojao la pepa.

A pesal de las *indireutas* que a manera de lavativas: unas *quitás* y otras *puestas*, y con su señor *moo* les han echao los parecitos que no les han andao con añuñuyes, ni han economizao palabrias:

¡El que menos habla más ahorra!

(128) Le habian designado donde le tocaría seguir camino para no perder tiempo.

(129) Le clavó las espuelas al caballo.

(130) El día de San Andrés, están en punto las peras para echarlas a la olla.

(131) Melliceras.

(132) No han querido entender.

(133) Huesito del cordero en la rodilla, con el cual jugaban nuestros mayores.

Era la divina causal para hacerse los desentendidos, poco y na, que han estirao la cuerda.

¡Too ha sio: pol viento! (134).

¡Mesma cosa: que majal en hierro frido!

* * *

Aunque no soy entuavida na: paire preicaol, toy encalgao pa pre-nuncial dos palabrias al respeito a nombrie de la Comuniá que reprie-sento—las emprendía de rompe y razga, el de quiskas y sotanas.

Q'estamos muy agradeciazos de vel la gente desprendia, que s'ia pol-tao (135). ¡Que Dios le dé ca día más salú y vía; y *doblonos* (136) como muelas de gallo! Pero, a los úros der corazón: que les apunte onde les escueza y les haya *mella*: un *divieso* bien *granao* y que revienten en gases en el estómago, y tamién, en miéchica.

¡Pidiéndoles por la *suya*, no faltaría más!

En años anteriores, sin indireutas, han salio los pollitos goldos, las peldices, los pajaritos cazaos en el huachi, los alfajores, los almenrraos, los jamones azucaraos y las nidalás de huevos cocíos... causeos de per-niles, arroyaos de malayas, cabritos rellenos, cabecitas de chanco, que-sillos y quesos de cabra; su *caponcito* cebao, la gallinita pelá; los peje-rrices, los *bagres*, los CATUTOS, en fin, la merienda venía hecha.

En agora, ¡toito ha escasiao!

¿Cuántas veces pasándolo el día en *blanco*? (137).

¡Que revienten!, como las *curaguas* en la callana; y que les llegue al *tutano* a los que pudiendo no han tenio *compasión* y ¡caridá! con los pobres pairecitos!

Otros, ¡por ey!, están haciéndose los *rulengos* (138), que arrastran las patas; y se les compriende q'es pol sacale el quite a la jeringa: pa librarse de no *trocal* la bula.

Ey andarán de carrera en la Cuaresma: lo mesmo q'el emfelmo de-trás del deutol; o que las señoras mujeres en meses mayores, duscando la *parturienta*, ¡queriendo comel calne, adunque sea de la *negra*! (139).

(134) Palabras vanas.

(135) Han acudido a dar su limosna.

(136) Moneda de oro que valia veinte pesos.

(137) Sin echarle alimento al cuerpo.

(138) Les costaba mucho para andar, a consecuencia de ser *quebrados*.

(139) Carne de vacuno.

¡Sí!, ¡comoñucol!, Dios. ¡Puchero van a comel! ¡Calne de pavo y de castilla (140), tamién!

¡S'iacabaron pa esos los lechones! (141).

¿Pol qué no comen? ¿Es acaso a farta de que las muelas no l'iacompañen, o es que no tienen *ganao* pa dalse con el dusto?

¡Canas y dientes,
son *ausidentes*;
pero eso de arrastrar los pies:
eso sí que es vejez!

¡Uno es *macuco* en estas *triquiñuelas* pa que traten de hacerlo lesol!
¡Ta güeno!

¿Cómo no manda Dios, castigos seguíitos pa los herejes?
¡El Siñol se conduela y tenga misericordia de losotros!

Er que no tenga la *gula* guardaíta debajo de la caecera de su cama, o etrás der santo de su devoción: ¡a pan y agua se quea!

Ta decretao, ta oldenao y ta mandao pol ley de la Santa Maire Ilesia; pero el que la tenga: ¡ese no!, polque puée comel y *manduquial a tuti*: ¡charque vacuno o de huanacol!, ¡pernils de chancho!, o *catete* (242) a su regalado gusto! Y si tiene a *tiro* carne *crua*, ¡que coma tamién! ¡Pa eso está con la *gula* que l'ía costao su güeno, caray!

Ar porfiao: n'ohay pa qué polfiale!

¡No engan con tencas muertas:
ni con zorzales overos...
¿Pa qué m'iandan con medios didas:
habiendo *didás* enteros?

Quien dijo: *catutos*, quiso decir: *tableteados*, hechos en masa de huevo, con trigo nuevo (143) majado en la piedra agujereada en forma de al-

(140) Cuando lo era de cabro o de ovejuno.

(141) Corderitos tiernos de la parición del año.

(142) Condimento que hacían del caldo de chancho hirviendo, con el agregado de harina tostada y bastante del tinto.

(143) Del prendido en la espiga.

mirés, que formaba parte de los utensilios caseros; hecha *papilla* y probado el *gusto al paladar*, era puesto en el horno, donde se doraba y quedaba exquisito.

* * *

Hay por estos medios un caballero muy cumplido, ¡muy regüenazo!, harto evoto, bastante dadivoso: mani abierto y limosnero.

Y dificurte que no hay quién pegue con él.

Se ha poltao com'un herodes (144), y ha sío lo bastante compadecido con los pairecitos misioneros. No l'oigo pol alabale los *cascos*, ¡no!, l'ohago d'únicamente d'ihablal polque viene al caso, tan y solamente.

Er tal caballero es el mentao on Zacaridas Encina: ¡el rico!

Dios, q'es güen pagaol, *tiene plata sencilla* y n'oes na tramposo como *Moya* (que ha crio fama de güen pagaol, asina las cascabelea). ¡Ay sí y como nó! ¡Pal caso de que n'oes tan hablaor el loro, como lo ponderan; ni tan fiero el león, como lo pintan!

¡Dios!, igo: le dé el cielo y la gloria cuando se muera; y en esta vía bastante suelte pa trabajal.

Y onde ponga la mano que li jlorezca la jortuna; le dé hartas cosechas y le multiplique sus ganaos. Y si está de Dios que lo *apetezcan* las niñas y hay alguna por ey que li *entretenga* el ojo: ¡que se case no más! ¡Yos no m'iopongo!

¡Agarre ese trompo en l'uña, el patrón!

El pobre don Zacarías, sin decir esta boca es mía, arrinconado en su sitio de costumbre, oíalo todo, ¡todo corrido!, con dejos de vergüenza, estas alabanzas que le mortificaban cruelmente su amor propio; mientras el *mocho* impertérrito, más fuerte que nunca y más colocado en razón que jamás lo había estado, hacía sonar en el bodegón el estampido de su voz.

Además de estar *emparafinado* (145) por las libaciones de despedida, esta vez estaba autorizado y *carboneado* por los propios reverendos para expresarlo todo en cifras redondas.

Otro hombrequito hay tamién por ey, que se le sigue al patrón viejo, y es el mentao ñor Loreto Arraigá, q'es dueño del *predio* q'es un vergel y jorma punta de diamante con los caminos que gan pa la costa y gan pal rulo, vecino al caserío der Peñón, pal lao de los llanos del *Peuco*, onde empiezan las lomas blancas: ¡ey no más!

(144) Como un héroe.

(145) A un paso de la borrachera.

¡Selviol!, ¡limosnero! y ¡valeol! (146), ¡es como tirao con honda!

Pol más señas: es menuíto de faucciones; y, tanto pol lo *parao* q'íanda, como pol las *cacharpas* con que se *apituca* (147), y pol lo vivo d'iojo q'es, lo mientan: ¡el *pichicuma*!

Sin contal con el *trapiche* (148) a *torba* q'íubica en lo *propio* (149), y transjorma el grano de trigo en harina d'ihojas, queándole a él la res-
peutiva *maquilla* (150), est'o'es: sin vagal, que no para en too el año, a no
sel que l'escasiara el agua en el canal: ¡no da abasto!

De dida y de noche *trabaja* el molino, com'un negro empeñoso; caéndole en ca güelta de la *ruea* un *chorro* de plata.

- Y sin hancel alarde tampoco de los *majuelos* que guidan a la sin rumbo, y si los tiene, los tiene como cosa perdía; agora ha plantao en el *faldeo* (151) unas cuantas *taredas* de parronales, q'están verdegueando y arrastrándose por los suelos los racimos.

Da envidia vel la uva *macolláita* (152), ¡ca racimo es un litro de *chacolo* de fijo!

De la baya *cocía* (153) pagó los diezmos religiosamente a la Comunidad, ejando su poco pa cuando llegaran los pairecitos, q'en la misión s'ian *chupangueado* los dedos de puro dusto.

Espumeda ¡la diabla!, y la chispada al ojo, lo mesmo que si fueran miaítos d'ingelichos.

Agora, pa qué icil der *huachucho* q'estila, sacao de la *piqueta* del orujo, el alambíque, de *retuqueque* patente y *London* (154), previli-
giao pol la mano de Güestro Paire San Menelao?

Con más *cuerpo* (155) y más *voltiador*, ¡*dificurte*!. no lo habrá igual ni en las Uropas de Chile! (156).

¡Que no farte en n'íunita palte! Pero hay que tenel bastante cuidao y gualdáo arropao bajo siete llaves: polque a más de los mosquitos que

(146) Le gustaba hacer un servicio en dinero.

(147) Se contorneaba de un lado al otro, creyendo hacerlo mejor.

(148) Molino que se mueve por impulso de la *rueda* al paso de la corriente del agua y *estruga* al trigo, partiéndolo *pie*dra sobre *pie*dra.

(149) Terreno comprado con lo que había ganado con su trabajo.

(150) Un almud libre en cada fanega trabajada.

(151) En la planta del cerro.

(152) Muy tupida.

(153) Hervida.

(154) Importado de Europa, según lo indicaba la marca de fábrica.

(155) Mucha fortaleza.

(156) Santiago.

l'hacen la ronda, se hace humito con el adre; tiene muchos envidiosos que lo apetece y hay que acoldarse:

¡Que, en arca abierta:
el más justo: peca!

¡Qué miradas más tristuchas y codiciosas (a la par), ponía el *prizco* mocho, para encarecer al auditorio: el venero del licorcito, y más, cuando se atrevía en definirlo:

¡Del trago, viene el amor:
vienen del amor: los agravios
Y de un zopapo bien anivelado:
un sueño hasta el mes de mayo!

¿Que para un gloriao caliente? ¿Que pa friegas en el espinazo del lomo y en el rabo de la cola? ¿Que pa las señoras mujeres en espera del primer parto? ¿Que pal mal de la *coriza*, cuando ataca a la nariz? ¿Que pa fabricar una mistela d'iapio, o de *beterraga*, o de azafrán? ¿Que pal *chavalongo*? ¿Que pal flato? ¿Que pa un *solvetorio* (157) cuando duela la caeza, que se acomoa: aliñaito con panul, ajeno, *Don Diego de la noche*, su cogollito de orégano y la rebanaíta de meloncito pal réuma? (158). ¿Que pa pasal un *calambrie*, cuando engan los fridos del invielno, trueñen los vientos, se azoten los rayos y caiga la nieve pa quearse pegá en la narí, haciendo dalse al cristiano giente con giente; las bestias se acalambren pol la escarcha, tiriten de frío y se les enericen los pelos, en riesgo de que les entre la *puna* o la purgación, como al hombre de campo y a los perros, cuando se les aprieta el canal de la orina? ¿Es peca, digo yo, empinalse un trago der de ñor Loreto?

¡No! ¡N'oes na peca!, pero tiene que ser *¡morito!* (159), sin bautizar, y endey d'este trago: viene *¡otro trago*, de perilla!, pa que no críe mañanas el *puntero* (160). ¡Con toda confianza, niños!

(157) Un preparado dentro de una botella que la vaciaban en pequeños trapitos cuando se le necesitaba.

(158) Meloncitos de esos pequenitos con que jugaban los niños y tenían su secreto de la Naturaleza.

(159) El aguardiente se vendía como la leche: puros siempre, no había necesidad de mezclarlos con agua para que cundieran.

(160) Los bueyes que pican adelante, forcejeando con la *cuarta* cuando caminan en varias parejas.

¡Aguardiente y vino puro:
es ~~la~~ bebida de los reyes
Que tomen agua los bueyes
que tienen el cuero duro!

Y por *correr* la voz, desde el púlpito, la *pepa del alma* (161) les arrancaba el mocho desvergonzado y busca vida a sus favorecedores:

¡Si Cristo murió en la Cruz,
con tres clavos, solamente!
¿Cómo quieren que *cunda* ñor Lore:
si lo *clava* tanta gente?

Alegaba cabiloso el *traguilla* en su bastarda *filosofía*, aprovechándose de la moraleja de Cristo en la Cruz, para embaucar a los infelices que lo miraban absortos.

Ñor Lore, estudiaba la *manerita* como *garrotear* de lo lindo, y no verse burlado de lo que malamente le arrancaba el maldito mocho por la propaganda que le hacía, entre sus parroquianos.

¡Nadie es tonto, en su negocio!

* * *

D'hinquense, otra vez, que me li había orvidao: huasos calambrientos y de la pata rajá! ¿Pa qué m'iandan mañerando?

Engan pa acá, ¡hueñes!, renfañosos y güenos pal *tinto*; acérquense a este *reparito* (162), y recemos juntos, con toa humirdá, el *auto* de contrición; y piámosles a Dios Paire, con toas las juerzas de los pulmones: ¡salú y vía!, y aimás too cuanto queramos alcanzal aquí en la tierra; que en el piil n'ohay engaño. Y, sin Dios, Güestro Siñol, ta con las orejas tapás o bien es que s'ihaga el lesano: que no quée pol farta d'iuno, ¡no faltarida más! Polque: ¡niño que no llora: no mama! Y con rezal... ¡na se pielde!

Si Dios los alcanza la gracia a los que andamos a tres dobles y un repique (163), ¡güeno!, y la di nó: ¡güeno tamién!

(161) Todo lo que podía *arrancarles* en dinero efectivo.

(162) Sitio donde no penetraba el viento.

(163) Fregados, sin cobre en el bolsillo, ni encontrar quién se los facilite.

Del lobo ¡un pelo! Algo es algo; pero hay que hacel too empeño.
¡Las cosas no s'ihacen solas!

Y pensal tan y solamente, lo que icen los profetas, con respeito a las Sagrás Biblias, que:

¡Tando en la güena con Dios:
los santos son inquilinos!

¡Yastá! ¡Altirichicho! ¡Los juímos!

A la d'una, a las dos, ¡y a las tristes! ¡Chas!

Ñol Mido Jesucristo Criador Paire y redentol mido: yo soy hombre verdadero, etc. Siñol Mido Jesu Cristo, criador de too lo criaio y too Potroso, etc. Ñoun Cristo, ñoun pecaol, me confieso a Dios, etc.

Acto de contrición y *credo*, que lo rezaba en voz clara y sonora, en unión de hombres, mujeres, huainas y mozas. Los niños medianos no alternaban con los mayores en estos rezos, porque con sus *girimeos* no hacían más que *fregar la pita*; que, al haber asistido, también, según los saberes y los entenderes del fregado mocho, habrían sido: ¡hombres verdaderos o verdaderos hombres!

¡Veley! (164). Cómo tienen a Mi Dios: cari acontecido, ¡too jo-dío! ¡Com'un chacarero apequenao en su RAMÁ!

¡Er pago de Chile!

¡Too compungio! ¡Too atrilao! ¡Too dao a la trampa, pol el pecao d'iustedes!

¡Mírenlo, jrente a jrente: no le tengan mieo, que n'oes n'iun alacrán! ¡Com'un santo qui hubiera pasao su día: la nariz afilá y los ojos negros!

¡Ay sí, y ayayay!

Paraba (165), es decir: detenía su voz, el *mocho*, para rememorarles acerca del *mosto*, y mientras sus labios estaban mudos, dáselas a tamborear en los bordes del tonel, tratando de aleccionar a sus oyentes comunicándoles la alegría que rebalsaba en su cuerpo, para proseguir más empeñoso:

El *tinto*, el rosao y la rucia volteadora, son nuestros mayores enemi-

(164) He ahí: ¡vea Ud.! ¡Qué rabia me da ver!

(165) Callaba.



gos; y asina como muchas veces los hacen mereceores a mucho, en otros, sólo sirven pa discordia, pa enredos y pa fomentar las malas pasiones. Pol eso hay que d'ir tantiándolos de a poco. ¡Agora, el hipo no me deja hablar! ¡Est'oes lindo!

Nor Lore, era el reverso de la medalla de la cual hecho era don Zaca; pero el mocho, por el lao de la *coima*, ya le tenía erigida una estatua:

¡Yo no sé lo que m'ia dao,
como si tuviera empacho,
con la caeza mariá
y los ojos medios lachos;
y pa no más difarial,
muchacho: pásame el cacho!

Y, ¡zás!, que con toda comicidad perdía su humanidad en el tonel, inclinándose para implorar del *hueñe* otro *tragullõ*.

¡No se mien (166) estos huasamacos pa tomal! Echarle no más, co-

(166) Hablan sin saber lo que hablan.

mo quien echa en un costal, ¿por qué? ¿Por qué son asís? ¿Por qué no se contentan con lo más necesario no más?

¡La *chicha* se ha hecho pa tomarla;
la *plata* se ha hecho pa gustarla;
pero, ¡no!, para desperdiciarla!

¡Güena cosa d'ihombres, ni turcos que juevan! ¡No darles vergüenza de que los miren curaos! ¡Estos no la *cortan nunca*!

Adún que ¿pa qué *mortificarse* tanto el cuerpo el cristiano?

¡Corregirlo, sí!, pero no cansarlo hasta hacerlo desesperarse; por *injempro*: si el cuerpo d'uno le pía mosto, ¡dêle mosto!, ¡ta bien!; pero si le *carga* con que le dé agua, después del mosto no hay que darle en el dusto, se le castiga y se le da ¡del rosao! (167). ¡La cuestión es que no salga con la suya!

Quien dijo *ramada* dijo *torito* quinchado y armado en estoquillo o en totora que impide el *penetro* y deja correr las aguas; la diferencia es: que la *ramada* tiene techo y tiene *ventanucho*, y el *torito* carece de ellos, pues hecho es con las *costaneras* (168) de la carreta en rezago, afirmadas entre sí.

Para armarlo: lo afianza un tijeral y empotra en cuatro estacas enclavadas en la pura raíz del suelo razo, puestas en el mediecito del potrero sembrado, donde hace vida de ermitaño el sembrador, el cual, en su soledad dispara sus tiros de fusil al aire; tanto para espantar los perros golosos que van por la fruta durante la noche, como a los *comedios* que se aventuren a visitarlo durante la madurez de los sandiales; para éstos salen los tiros envueltos en mandobles y boquillazos (169).

¡Experiencia, niños!

* * *

Agora, en la nohecita, toca la Santa Disciplina, para los *cayetanos*, 'de pelo en pecho!, argüía prosaicamente, embotado su cerebro por el alcohol.

(167) *Chicoli* crudo, o sea: vino del año.

(168) El quinchado.

(169) Palabras groseras que expresan todo cuanto se les vienen a la cabeza.

¡Traíguense sus *rebenques* y háguete un *paraó* a tiempo, que:

¡Dios consiente:
pero no para siempre!

No hay pol qué andalse con *chiquitas* (170), ni con contemplaciones de n'iuna laya, ni con *mariconás*!

Los que sean gallos de *peleda*, se quean: y los que no, ¿pa qué vienen? Esos, ¡raspan el coco!

Que se queen en sus casas a buen recaudo (171), dándole el rozco y limpiándoles el poto a los chiquillos de teta! Aquí queremos hombres *granaos* (172) y no *gallinaos* (173).

¡Caray!

¡Guaraquiar tupío y parejo! (174). ¡Fuerte y fiero! Pa que salguen toos los *pecaos* q'ihan quedao orvidaos entre cuero y carne, a toos los que han asistío a estas Santas Misiones, y lo que sobre: pa los *desgraciaos* que n'ohan venío: ya pol estal mayores en edá, *destroncaos* con el trabajo cotidiano, o *caldiaos* de las de atrás. ¡Con esto lo igo too!

¡Endey, si les baja el sueño: a dulmil la rasca!

¡Pa ulmil, no se necesita cama!

¡El güey, trabaja con l'asta:
la mula, con las costillas
La mujel, con las caeras;
y el hombre, con las roillas!

No s'iorviden ni pol un pienso que onde ñor Loreto Arriagá se ende el *chufay* repuro d'iuva, que si el Santo Paire de Roma lo huele, *me con* (175) que llega y s'ihace *casero* en el bodegón de ñor Lore.

¡Hay que dalo a sabel: y al güen entendeol, pocas palabrias le bastan!, que:

(170) Traer a colación cosas fútiles, sin importancia.

(171) Bien asegurado, que no se escapase para ningún lado.

(172) Valientes y de buena talla.

(173) Como lo llaman en el Perú al jote.

(174) Sin parar y cada vez más fuerte.

(175) Me llevarán los diablos.

¡El *picao*, saca versos;
y el afligido es el q'habla
El que canta: va de alivio;
y el más *simplón*, carga el arpa!

¡Al mentao ñor Lore, lo conozco ende que era *peral*! (176).

¡Del *tronco* de un peral seco;
hizo un Cristo un escultor
Lo vió un huaso hacer el busto,
y perdió todo su humor;
¡bueno es dijo el huaso bruto;
y pensativo quedó.
(Mientras lo miraba absorto
al *Cristo*, que era un primor)
Murmurando por lo bajo:
con santa resignación:
¡Cómo anda, el genio del hombre:
esto es sin comparación!
¿Que con arte y *maña* pura:
pueda ¡solo! (177) hacer un Dios?

¡Pol esto me *costa* q'es hombre de malas purgas, y onde ha comío conejo, es un argo delicao al purmón!

Pol lo hartazo que ha vivío, como pol lo mucho que ha fiao, juera de lo *feble* (178) que l'ihan pasao una y repetías veces (sigún lo manifiesta él, pero yos no le credo ni el bendito), cuenta que lo tienen *cabriao* (179, y como que s'iha dejao de enderezal *colcunchos*.

Las niñas, cuando se ven querías: ¡no corresponden!; y los hombres, ¡venaiga!: ¡si te hay visto, no m'iacuerdo!

(176) Hombre que fué pobre, padeció lo bastante y *arribó* a espeta de *batatazos*, para llegar a ser *rico*; y, en este estado, ¿atreverse a no conocer a los que le sabían sus principios?

(177) Sin brujería, sin invocar al diablo de ningún modo.

(178) Moneda falsa.

(179) Receloso, matrero, por haber tratado de hacer hacerlo tonto muchas veces.

¡Señorita, güena moza:
no l'ohago pol su hermosura
Si no que pol el olol:
que tiene a peras maúras!

¡Ah! ¿Me dijistes, ñato?

¡Lo fiao y lo *emprestao*:
es pariente con lo dao!

Ice, ñor Lore... por eso, desije:

¡Platita en la mano: y,
potito en el suelo!

* * *

Había que alabar al astuto y picaronazo *mocho* las veces que se soltaba a andar *libre* (180), cuando embestía a las mujeres para llamarlas a la contricción, parodiándolas en diatribas e interjecciones altamente literarias y excesivamente diplomáticas; tales como: ¡borregas del diablo!, ¡yeguas rabonas!, ¡lechuzas emperifollás!, ¡beatas chusquisas!, ¡lenguas de *juego*!

Pero a veces solía llamarlas desde la cátedra: ¡hijas mías!

Tanto para los hombres como para las señoras mujeres, poco o nada variaban el sentido de las alocuciones o jaculatorias, que brotaban de los inocentes labios del allegado del seráfico de Asís, que, en todas sus *salidas*, tanto le significaba decir *chana* como decir *Juana*.

¡Dios conmigo,
y yo con El;
El, ailante;
y yos detrás d'El! (Era su consigna)

(180) Vestido de paisano por las calles y caminos de Dios.

¡Toa la culpa está en mí; y vos la pagáis, Siñol!

¡Bajó la Vilgen Marida:
 en una cinta platía
 ¿Quién como vos, Maire Mida,
 que tenís comodiá?

A veces, como compadecidos, *en verdad*, por los innumerables sufrimientos que experimentara N. S. Jesucristo cuando vino al mundo, por convertir a los herejes; exhalando hondos suspiros y tratando de dominar su carácter ante sus oyentes, se las acomodaba para interesar al auditorio que lo escuchaba un tanto taciturno y mohíno.

Con aspavientos y requiebros, entre suplicantes y quisquillosos; esto, dirigiéndose a las mujeres, llamadas vulgarmente por los misioneros en general: *ovejas descarriadas*; que, para los hombres, sabía el bellaco, un emporio de culebras, sabandijas, sapos, *palotes* (llamados también caballos del diablo), y ciento pies.

¡Ver!, en vez de *ved*, hijas tiernas y amantes de vuestros hogares; ¡ver, hijas desconsoladas!, ¡ver, hijas tostadas por los rayos del sol!

Que el *mocho* repetía tan de prisa y de corrido, que resultaba feísimo al oído, como las enhebraba para armonizar el hilo de su oratoria.

Fué este mismo lego (sin ser otro), que habla la tradición de las Reverendas Paternidades Franciscanas, que no sabiendo cómo deletrear el *catete* (181), lanzaba sus *boquillazos* a diestra y siniestra, en son de hacerlo muy bien. ¡Requete hartó bien!

Obligado por las circunstancias, a ayudar a los religiosos en las arduas tareas de la Iglesia, dándose ínfulas de letrado *sin diploma*; entrador como un arado de *punta*, y más ergullosos que la yegua de ño Carrasco (182), cuando le tocaba de *cabe* ejercer el santo apostolado sacerdotal. Abrogándose toda responsabilidad, del Santísimo Rosario, que lo rezaba *trinadito* (183), pasaba a mascullar las letanías de los Santos

(181) El libro en que aprendieron a leer nuestros antepasados.

(182) Huaso *acomodado*, *renquino* (de Renca), que tenía una yegua de *alzada* que se hizo célebre por la fachosa que lo era al andar, y era que *curado* siempre su amo (ño Carrasco) la *apuntala* de las riendas, mientras la *estaquillaba* las espuelas para que no tropezase por lo vieja y lo fuese a dejar feo.

(183) Así como quien galopa un caballo.

todos: ¡Paráclitos y no Paráclitos!, sin dejar a ninguno agraviado, ni feo tampoco!, y de éstas, a leer las escenas culminantes de la vida del Santo Omnímodo.

Y ello lo hacía con tanto garbo, desparpajo y castiza naturalidad, que dejaba a la Comunidad en zozobras!

Alternando frases, aumentando palabras, suprimiendo puntuaciones e hilvanando una de sílabas y de letras cortadas, que a la postre resultaban curiosas, las enhebraba:

"San Francisco, decía el texto, era un gran santo: comía como bestia y dormía sobre una vieja tarima de madera! ¡Esta era la vida del santo!

Pero el mocho prisco, *divertido* y porfiado más que borrico descomido, echando pelillos a la mar, *embolismado*, y ocupada su mente en otros pensares, leía deletreando, a pesar de las mil reprimendas que le habían constatado y hecho notar los pairecitos:

"Güestro Paire San Jrancisco, comía com'una bestia y durmía sobre una vieja, tarima de maera de palo. ¡Esterá, la vida der santo!

* * *

Sólo dos hombres quedaban en el fundo que no habían cumplido con los santos mandatos de la Iglesia: el uno, lo era el buenísimo del *patrón*, que acercándose al Reverendo Padre Superior, e hincado a sus plantas, ¡quiso confesarse!

Pero el Padre, preso de una habilidad y suspicacia sin igual en tan supremos instantes, avanzándose a él, lo levó por sus manos, y en tono de augusta piedad, le dijo:

—¡Señor don Zacarías, hombre bueno, generoso y *justo* a carta cabal, ¡dése por confesado! (Y continuó): Santos como Ud. habian de haber en los Reinos Celestiales, ¡yo, lo absuelvo en el nombre de Dios!, y Dios me perdone a mí que soy un gran pecador. ¡Reciba no más a Nuestro Amo!

El otro que no se confesó, porque algo así como que lo tenían *cachencho* (184) y se quedó pensándolo, fué el *galeote* Cotollito, que:

¡Callado el loro, y
comiendo nueces!

.....

(184) Matrero, como quien dice *resabiado*.

Estaba estagnado, *confundido*, lelo y con los pelos de punta, capaz de haber hecho más de alguna barbaridad, desde el día en que habían *arribado* a la hacienda los misioneros.

Y acaso, ¡motivos tenía! A sus amigos, los pobres e ignorantes campesinos a quienes él los comprendía en sus temperamentos, los compadecía en sus ingenuidades y los amaba en realidad, tanto así como el mismísimo patrón viejo; los había visto confundirse a consecuencia de los *latigazos* y de las *cargadas* de *romana* (185), que les habían prodigado con toda picardía los pairecitos misioneros.

A éstos los había visto *empinar la cachada* y quedar tendidos en el suelo a la sombra de los árboles y en las cunetas de los caminos, como botijas vineras.

¡Llegando y cortando escobas!

Al fundo habían entrado como la langosta cuyana, en los potreros sembrados:

¡Querís, se murió;
y Tomás, está vivo!

Explicaban sarcásticamente a los pobrecitos, recogiendo lo que pillaban a mano, ¡sin miramiento alguno!

¡Plata es, lo que plata vale!

Expresaban con acento sardónico, encomendaremos a Dios, en *netestas* cortas plegarias, a los que bien nos hagan!

¡Que allá se las vean:
en una olla con *greem*
los que mal nos desedam!

* * *

Mucho se *piduntaban* entre *patanes* y campesinos, y a veces formalizaban entre ellos agrias discusiones, acerca de lo que ocurría entre los frailes, que solían confundir el 6.o con el 9.o mandamiento de la ley de

(185) Los hacían sudar, achacándoles cargos que no los habían.

Dios, formando honda alharaca que ninguno otro que el propio Cotollo sabía definir.

Porque a su Isabelita del *alma* (186), a quien nadie habría podido sacarle en su comportamiento ni lo más negro de la uña, uno de los sacerdotes misioneros, el más apavado, al observarlo así, a la simple vista, como que le había andado haciendo la *rueda*, imitando al gallo en lo castillo; y en la rejilla del confesionario, algo así como que trató de indisponerlo con él: ¡requiebrándola de amores!

Pero, cómo hablarle a una esfinge, porque la niña, toda impregnada en la buena fe y en el inmenso cariño que palpitaba en su corazón por el adorado de su alma, fué calladita hacia él, lo abrazó por el cuello con ambas manos y, efusiva, acercándole sus labios a sus labios: la besó apasionada.

Después, desviándolos hacia los tímpanos auditivos que se encontraban alertas en la caverna de sus oídos: le dijo, en *jerigonza* una *pila* de cosas.

¡Yopo, mapa, topo, alpa, zapa, rape, cepe, nopo!

¡Rugió! Exasperado por la ira, el mancebo Cotollo; y, diciendo *no* haciendo:

¡No dejes para mañana
lo que puedes hacer hoy!

Fuese por explicaciones ante le Reverenda Potestad del Padre Prior, para demostrarle palmariamente las agudezas del disoluto frailucho; que, si la muchacha hubiese sido su *poquito* blandita del corazón, ¡esta era la hora! (?) en que la habría confesado a su regalado gusto y colocádole en cruz las bendiciones: ¡papal! y ¡sacerdotal!, por separado.

Ofuscado de despecho, al ver cómo se le escapaba de las manos el *monigote* enamorado, que en esos instantes se había hecho humo, no pudo por menos de tratarles de vándalos, *avechuchos*, jotes sanguinarios, zánganos, espantajos y *vampiros* a sus acompañantes, sin contar otros epítetos curiosos y bien claros, ¡clarísimos!, tal como *churretean* los patos!

El Reverendo, entre confundido y temeroso, igualito como si lo hu-

(186) La mujer adorada, que pronto sería su esposa ante Dios y los hombres.



biesen presionado en el lagar, o metídotlo dentro de una *adobera* (187), o lo hubiesen *cargado las ánimas* (188), en cuanto a lo tocante por lo del *acuse*; estimando perdida la reputación de los que estaban bajo su dominio jerárquico, y más afligido que un jote viejo al tiempo de emprender el volido: después de una pútrida zampada, en el cadáver olisco

(187) Molde que emplean en los campos y pueblos para hacer los tapiales colindantes en las casas y potreros.

(188) Es de nunca acabar en los corazones de los pobres que creen a pie en juntillas que los *finaos* recién que los entierran vienen a penar a los vivos, presionándolos sobre sus camas.

de algún animal muertecino, como que anduvo perdiendo las *chavetas* (189).

¡Cómo veía oscurecerse el mundo, cuando se les acercaba para ellos la tempestad!

Altando los hombros, sin darle zoga a las manos, que las llevaba metidas dentro de sus anchas mangas, afanándose a fuerza de movimientos para sujetarse las pretinas de sus fundillos que se le venían abajo, contoneando su cabeza semi pelada que la borneaba dentro de su *capuchón* (190) y haciendo lo posible por rezar algo que fuese en provecho de su alma, se debatía en vano por aplacar los nervios del locuaz Coto-lo, que, enrabiado con lo acontecido y con argumentos poderosos, le exigía explicaciones y no le daba cuartel.

—¡Bizarro joven! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! ¡Hijito de Dios!, le parodiaba en jerga de supina mansedumbre, como saben hacerlo cuando desean sacar algún partido.

Hay que perdonar las flaquezas y adversidades de nuestros prójimos: ¿sabes tú, le replicaba acto seguido, que entre los apóstoles de Cristo hubo un Judas?

¡En el cielo si han delinquido en este valle de lágrimas, habrán de tener su castigo!

¡Quisiera ser de resorte:
para armarme y desarmarme
y al mismo tiempo achicarme
y quedar del mismo porte!

Se expresó el padrecito, en último término, para finiquitar que con lo dicho, el joven Coto-lo se iba a quedar calladito, pero se fué en banda.

Coto-lo no era mulo de arreo, ni menos que aguantara cargas sobre sus lomos, como dicen los costinos; ítem más, que estaba acostumbrado al fino trato de su viejo patrón, por esto fué que como que se anduvo *encarachando* (191), y parándosele en dos manos al Padre Santo (no lo

(189) Las presillas que amarran los pantalones del hombre con el respectivo broche.

(190) Vea Ud. cualquier *monje franciscano* sobre tarde o a la resolana y se convencerá.

(191) Amostazado el ánimo, el hombre de buen vivir no tolera que se le veje y en sus cabales, dice lo que se le viene a la cabeza.

permita Dios), le devolvió sus frases contestándole en el mismo tono que antes le había increpado la conducta de sus acompañantes.

—¡Señor de zotanas, le largó en un *corrido* (192), el deslenguado Cotollo, algo así, como tomándole del *cerquillo* al Padrecito, que defendía a brazo partido la *inocencia* y la *abnegación* de los Ministros del Señor: "¡Amarás a Dios sobre todas las cosas del mundo y a tu *prójimo* como a ti mismo!"

Fueron las palabras que Cristo repitiera una y otra vez, sin cansarse, a sus discípulos en el monte del Calvario, antes del Sacrificio; pero este precepto Uds. lo han echado al saco del olvido!

No hay para qué confundir: ¡la hinchazón con la gordura! Nada tiene que ver el hipo con el flato, ni el pulso con la orina!

Repito: ¿Cree Ud., padre, que pueda tratarme como lo hacen con esos pobres desgraciados, que caen en sus manos?

¿Se han figurado Uds., por ventura, que estas pobres gentes, que trabajan todo el año, hasta reventar en sangre (193), no sean seres racionales?

En verdad, Uds. tienen el corazón de hiena; nada saben, ni nada les importaba saberlo, de los inauditos trabajos que llevan a cabo para ganar su sustento; de ello han de haber: para colmarlos a Uds. y, en recompensa, azúzanlos con las penas del infierno, los amedrentan y los tratan a la baqueta, sólo porque son pobres de espíritus y no les levantan el gallo! (194).

¡Me repugnan sus procederes sólo de degenerados, Padre Santo!

¡En la pluma se conoce el ave!, sostenían nuestros antepasados; pero, con el tiempo y la pelecha, Uds. han variado. Y, de la tropa que Su Paternidad dirige, con Ud. a la cabeza, siendo que visten hábitos de palomos, no son sino verdaderos cuervos, tanto en sus actos como en sus costumbres!

¿Son acaso, los Ministros del Señor descendientes de turcos o de gitanos, o de chinos, que al primero que pillan a mano, se lo echan al hombro y lo tratan de *vos* y de *tus*, y sin más ni más, tratan de arrancarle sus ahorros?

(192) Hablar largo y detenido algo muy sabido, en tono de sentencia.

(193) Desechos los pulmones por el gran trabajo corporal que hacía el peón gañán en el campo o en la ciudad, reventaban en sangre y se les iba la vida por la boca.

(194) Fué timorata de por sí la gente antigua, cuando le hablaban cosas del otro mundo, por esto los llamaban tímidos; nunca ellos se atrevieron a hablar golpeado a sus patrones.

—¡No, mi hijito! Paladeó de nuevo, como el astuto zorro cuando se encuentra bloqueado en el despeñadero, el sumiso siervo del Señor, trabada la lengua por el despecho y la rabia mal contenida que guardaba hacia su interlocutor, que era hombre de intachable conducta, no hallando, al ver desbaratados sus planes, la manera de cómo *ni cuándo*, salir del atolladero.

Lo único que puedo decir a Ud., mi amigo, es, dijo entre zollosos, que sufra con paciencia y calladamente lo que sepa acerca de los malos sacerdotes, que así habrá guardado mucho para con Dios, cuando muera!

No divulgue, por servicio, jamigazo mío!, los secretos que a Ud. le consten, ni diga nada delante de los niños, ni de los pobres, porque entonces cundiría la mala adversión de los protestantes, de los masones, de los libertinos y de los herejes, hacia el reino de Dios y de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana!

¡Sé que Ud. es creyente! Sus padres fueron creyentes; sus abuelitos y toda la ascendencia: fueron cristianos y creyentes.

¿Cristianos? ¡Sí, tanto por la gracia de Dios como los *ocho reales* (195) del bautizo!

Después, razonando el sacerdote, en mefistofélica sabiduría, creído ciertamente de haber convencido al astuto y recalcitrante Cotollo, que no le iba en zaga en el contrapunto; y era por eso que podía tirarse sus cuatro saltos con el pastor de almas, volvía de nuevo a la vieja; ¡bueno, pues, joven!, le observó por centésima vez, ¡Dios le disculpe y le perdone, en lo tocante a los *jocho reales del bautizo*! y en lo mucho que le ha ofendido; puesto que se ha obstinado en creer lo que ha revelado esa *china* (196) perversa!; y déjese de molestar y de seguir hablando de los pobres padrecitos misioneros, que tanto se mortifican en enseñar a los ignorantes las doctrinas del cielo.

Y esto, eso y aquello otro, le trajo a Cotollo a colación; y hasta aún lo del Judas traidor, que entre los apóstoles tuvo Cristo cuando le dió por venir a recorrer el mundo, salió a relucir muchas y repetidas veces en tono de eterna sentencia, con voz de agudo reproche. ¡Aquello era interminable!

Mas, Cotollo, ¡copado, hasta la coronilla!, al ver la *cachaza* del padrecito: arrojando lejos de sí, su sombrero, mezó sus cabellos con soberbia,

(195) Un peso cobraba por *quitarle lo moro* a la guagua recién nacida.

(196) Los arrebatos del hombre o de la mujer de mala cepa y peor humorado, contra la pobre doméstica que se desgañita trabajando por ellos, les hacen expandir este enojoso epíteto.

quitóse el poncho que le servía de estorbo y empuñando sus manos maquinalmente, reventó como *curagua* en la callana.

En tal actitud, le largó el *chorro* al reverendo, en tono casi altanero, y un algo insolentón, sin poderse reprimir.

¡Por los clavos de Cristo!, le increpó con inquina:

¡Los *unos* se llevan la fama,
y los *otros* se quedan con la lana?

¡Conozco la ética (197) de cómo es la fúncia!, y puedo sostener a Ud., le arengó, con laxitud, que los verdaderos misioneros son los sacerdotes que, sometidos al destino de las creaturas y cumpliendo su verdadera vocación, llevan una vida de pobreza pletórica de humildad, ejercitando lo quiera que estén: la virtud de Cristo; predicando el Evangelio de la Fe y de la Caridad allá en las selvas africanas, o en parajes desconocidos para la gente civilizada. Habitando para Dios entre las tribus de nómades y de salvajes que existen diseminadas en el Universo.

Aquellos ¡buenísimos hombres!, alejándose de la sociedad corrompida, sacrifican y exponen sus vidas hasta ser devorados por los animales feroces o *manducados* por los caníbales y antropófagos que los devoran sobre vivitos para servírselos en estofado o al *canapé*, asaditos al palo!

¡Uds., sus adláteres, la broza y la escoria de lo perverso, prefieren, ¡cobardes!, quedarse a la sombra en el convento, haciéndose los tococos, porque les conviene! ¡Viven y medran de las limosnas que recoge el *mocho* y de las dádivas de los más lesos; como Cresos, persiguiendo las riquezas de la tierra, o como Heliogábalos, comiendo a siete carrillos, ¡tragan y zampan! que es una bendición; haciendo sufrir a los pobres y a los humildes, a quienes, bajo el ardid del *freno* de la Santa Madre Iglesia: les cuentan fábulas y pamplinas para más idiotisarlos!; y lo que es más grave, mortificándoles sus cuerpos a divisa de ayunos, los confunden a fuerza de latigazos.

Desesperarme el pensarlo, y me sacan *pica* sus tantísimas patrañas; que, exacto, como el zorro cambia de pelaje en su vida, pero no de mañas — estoy completamente convencido en la escuela que tenemos en estas soledades y aprendamos del anciano don Zacarías; repito: "¡El hombre se conoce *más por sus hechos* que por la palabra!"

(197) *Estar* al corriente que no es murmuración, sino que efectivo cuanto se dice de tal asunto y de tal persona.

Por eso, para ser buenos de verdad en esta vida: bien se puede seguir de Uds. sus consejos; pero no, ¡jamás por jamás, sus ejemplos!

¿Y cómo podía haberse quedado callado el joven Cotollo, cuando al llegar al fundo, los misioneros, dándoselas de payasos, con todo sigilo y desvergüenza, puesto que ya habían tomado sus líneas, como quien entra a un corral: habían entrado a su cuarto de dormir, cateándole el ojo, en horas inoportunas y dentro de él le habían traginado y hurgado hasta lo más recóndito que él guardaba con tanto aprecio?

Fué así, como creyéndole su *alcornoque* (198), le abrieron con ganzúa (199) la chapa de su *petaca*, hecha de madera de olivo y forrada en cuero de buey de matanza (200), que afianzada por gruesos visagrones de hierro forjado a *machote* (301), iba guarnecida de *aldabones* de cobre y pintadas las *tallas* con pajaritos y flores en colores resaltantes y maravillosos; de la cual, le usurparon con gran desplante: libros y estampas que él guardaba reservadamente.

Ahí estaban: *Los Papas al través de la Historia*, *Los Misterios de la Santa Inquisición*, *La hija del Cardenal*, *La Bandera negra*, *La Historia de los Jesuitas*, con sus subterráneos misteriosos que cortaban la ciudad de Santiago de extremo a extremo, sus cavernas tenebrosas, sus *emparedados*, sus *pellucas* (202), y el revelar miserable de sus siniestros planes e intenciones; *Los Cuentos de Bocaccio*, *Los Cachivaches de Antaño* y otras y otros, que con todo cariño se entregaba a leer en las larguísimas noches del crudo invierno.

¿Y que fuera todo esto, solamente?

Se le *apercollaron* del seco ramillete de unas florecillas, en que entraba: el *pensamiento*, la *no me olvides*, el *suspiro* y las *siempre vivas*, que él guardaba como un amuleto sagrado, puesto que se las había regalado su novia en un día de gratos recuerdos para ambos jóvenes y, por más señas, estaban liadas con los cabellos de la niña, envuelto en un cartuchito lacrado, hecho en papel de *estraza* (203).

(198) No el árbol que da el corcho, si no que hombre sonzo, tibio y pasado por debajo de la cola del traro.

(199) Llaves maestras que le hacen a toda cerradura.

(200) Elegido, muerto para saciarse de su carne.

(201) Combo pequeño, que usa el herrero.

(202) Oro en *pellas*, en *pepas* o en *polvo*, que *acaparaban* con sigilo los antiguos, guardándolo en cantaritos de greda, y llegado el caso los sacaba de apuros.

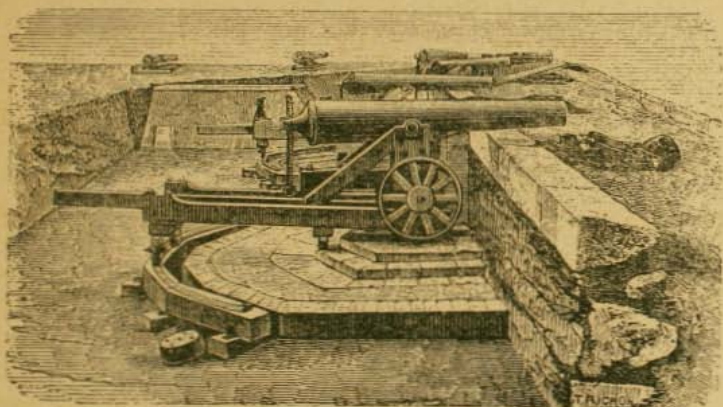
(203) Que usaban los despacheros para envolver sus paquetitos: azúcar, chancaca, yerba mate, etc.

Y fuera de lo expuesto: el recuerdo de su único tío que hubo en el mundo, don Estanislao Román, que tanto le deleitaba cuando se ponía a hacer memoria; como un millar de estampillas de diferentes países, que el pobre caballero, muerto del cólera allá en 1886, le había traído de Lima, cuando llegó de regreso de la guerra.

¿Por qué entraron a su cuarto?

¿Por qué se lo saquearon así?

Decía Cotollito que su tío contaba y lo propalaba con su *qué*, que la colección de *estampillas* de que se trataba la había traído el pariente como un simple recuerdo de su permanencia en la ciudad de los Virreyes, cuando después de haberle detallado lo reñido de la batalla de Chorrillos, donde el enemigo perdió hasta las ganas de seguir peleando, ¡pues!, fué que se encariñó con ella.



Juan de buena alma (el amigo peruano), se la endosó graciosamente, entregándosela por la razón, como un recuerdo, con tal que influyese con los mandarunes para que los regimientos chilenos que cercaban la *plaza* (204) no se trajesen el *morro* (205) y lo dejaran plantado donde mismo lo había colocado la mano de Dios.

Había que ver cómo se daba contra los *muros* el *moreno* del Rimac, y cómo los cabezasos le salieron de ahorro, pensando en la *colec-*

(204) El foco atrincherado que lo poseía el enemigo.

(205) Gran mole de granito, baluarte inexpugnable, dotado de morteros de guerra y casa-matas que defendían a la ciudad de Arica, y apuntaban sus cañones en dirección al mar Pacífico.

ción, tal que pensara Cotollito, años más tarde, cuando se le desapareció como por arte de encantamiento entre las zotanas de los reverendos.

¡Un ladrón que le roba a otro ladrón:
tiene cien años de perdón!

Había establecido la vieja ña Chuma, que en diferentes ocasiones había sido *robada*; pero le asistía de haber escapado *jabonada*; mas, aquí: ¡no cabe tiro canchero!, porque el joven Cotollo la poseía donada de hombre a hombre, mientras que los perversos frailuchos se le habían *guachapeado*, ¡como hay Dios!, a la mala, por la espalda, ¡a traición!, en contra de su voluntad, y a conciencia cierta de que obraban pecaminosamente.

FIN DE «DON ZACARÍAS ENCINA»

Interesante y con mucho más acopio de dichos, refranes, chistes, proverbios, versos y reminiscencias de la vida criolla, aparecerá el 2.º Libro de «La Novela Folklórica», continuación de «D. ZACARÍAS ENCINA» que se intitulará

¡SOLITA EN EL MUNDO!

INDICE

	Págs.
Prólogo de don Eliodoro Flores Toledo	5
Dedicatoria	7
BOSQUEJO PRELIMINAR	
<i>La mujer que vendió su corazón y murió de amor.</i> —Al margen de cada vida—Hay escrita una historia	9
CAPITULO I	
<i>Dos vidas y un destino.</i> —Lirio del Valle ¿por qué has dejado marchitar tus pétalos y morir de amor?	11
CAPITULO II	
<i>La confianza y el peligro.</i> —Historia del anciano acaudalado llamado "El Patriarca"	21
CAPITULO III	
<i>Un asalto en despoblado.</i> —Recuerdos de la juventud de un mozo diablo	70
CAPITULO IV	
<i>Lo que está de Dios.</i> —¿Qué queda entonces para los protestantes, para los ateos, los herejes, los incrédulos y los masones?	132
CAPITULO V	
<i>Tipos conocidos.</i> —Un caramiento criollo, don Juan de Aguilar, el roto Ibáñez y otros	164
CAPITULO VI	
<i>Las heripecias de un mocho.</i> —Diezmos y primicias a la iglesia de Dios. Una corrida de ejercicios para hombres de pelo en pecho, allá en 1870	200

ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
50	6	hecha	hecho
51	2	suicidio	«sucidio»
55	9	en el	al
63	26	{ por eso y no se asombre { por eso eso, y no se asombre	{ Por eso es y no se asombre,
89	12	ellos	etlos
111	27	es	el
119	2	toma	tomá
119	28	Soo	Zoo
203	18	cantarles	catarles
207	31	decidian	decían
208	4	Riquelme	Riquelmes